

Revista de la Biblioteca Nacional

Época 3 Año 5 N° 8 2013



BIBLIOTECA
NACIONAL
URUGUAY

mec
MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA
URUGUAY



BICENTENARIO
URUGUAY
1811 - 2011

Ministro de Educación y Cultura
Ricardo Ehrlich

Director de la Biblioteca Nacional
Carlos Liscano

Coordinadora del Departamento de Investigaciones
Alicia Fernández Labeque

Directora de la Revista de la Biblioteca Nacional
Ana Inés Larre Borges

Coordinador de este número
Gerardo Caetano

Contacto: revista@bibna.gub.uy

ISSN 0797 9061

Diseño gráfico original
Rodolfo Fuentes
Digitalización de imágenes
Nancy Urrutia

Retrato de Barrán en contratapa,
pintura de Anhele Hernández, gentileza de Ida Holz

Producción gráfica, impresión y encuadernación
Tradinco S.A.
Minas 1367
Tel: 2409 4463

*Revista
de la
Biblioteca
Nacional*

Barrán

Coordinador
Gerardo Caetano

Índice

Acerca de este homenaje.....	9
Carlos Liscano	
Nota introductoria.....	11
Gerardo Caetano	
José Pedro Barrán, apuntes para un retrato.....	15
Fernando J. Devoto	
De las inquietudes del “primer” Barrán: empresas y empresarios rurales.....	29
Raúl Jacob	
Más que historia, más que economía: la historiografía económica de Barrán y Nahum.....	43
María Inés Moraes	
Barrán en <i>Marcha</i>	65
Carlos Demasi	
“Los terceros en discordia” José Pedro Barrán y la independencia del Uruguay	85
Ana Frega	
Barrán profesor	107
Alicia Fernández Labeque	
Dos maestros	129
Rodrigo Arocena	
“El Jefe”	137
Ana M. Rodríguez Ayçaguer	
Barrán: un testimonio del nuevo milenio.....	145
Magdalena Broquetas	
Inés Cuadro	

Itinerarios Barrán según Susan Sontag	149
Julio Osaba	
Barrán: lo de menos, es lo de más	161
Teresa Porzecanski	
A la búsqueda del sujeto del siglo XXI Barrán leído por un psicoanalista uruguayo	165
Marcelo Viñar	
Lo privado, lo público y lo íntimo en la obra de José Pedro Barrán.....	179
Daniel Gil	
La Historia de la sensibilidad: innovación historiográfica y provocación intelectual	191
Isabella Cosse	
La historia de la locura en Uruguay. Una reflexión historiográfica en torno a la obra de José Pedro Barrán	205
Nicolás Duffau	
Barrán y el poder médico.....	217
Alvaro Díaz Berenguer	
Intimidación y (homo)sexualidad: entre la empiria y la teoría social.....	231
Diego Sempol	
Barrán y la “historia reciente”	245
Vania Markarian Jaime Yaffé	
El próximo Barrán. Recuerdos, ideas, hipótesis	257
Gerardo Caetano	

Acerca de este homenaje

Carlos Liscano



9

No es tarea del director de la Biblioteca Nacional introducir todas las publicaciones de la institución. Trataré de explicar por qué esta vez me propuse hacerlo. Hace más o menos un año, en una reunión con Alicia Fernández y Ana Inés Larre Borges para hablar de “la marcha” de la edición 2012 de la *Revista* nos preguntamos cuál sería el contenido del próximo número, es decir de este. Yo propuse algo que venía pensando desde hacía meses: que debía estar dedicado a homenajear a José Pedro Barrán. Los tres estuvimos de acuerdo en que así debía ser. Antes de ponernos a fantasear sobre el proyecto decidí avisarle a Alicia Casas de Barrán, como correspondía. La llamé por teléfono y se lo anuncié. Recuerdo que Alicia hizo un breve silencio antes de responder: “Yo te apoyo, contá conmigo”. Cuando la reunión continuó acordamos con Fernández y Larre Borges pedirle orientación a Gerardo Caetano. En la siguiente reunión Caetano propuso que el homenaje debía consistir en investigaciones sobre aspectos de la obra y la labor docente de Barrán. Lo demás ha sido, como siempre, estudio, trabajo, disciplina. Los diecinueve artículos que contiene este ejemplar lo dicen.

La Biblioteca Nacional agradece a todos los que colaboran en este número, en especial a Gerardo Caetano por su apoyo a la directora de la *Revista* y, más, por su compromiso permanente con la institución. A Alicia Casas de Barrán: gracias por la generosidad al poner a disposición de nuestros investigadores el archivo de Barrán.

En 2010 la Biblioteca Nacional inició un período de reflexión sobre sí misma. Luego de un año se definió como institución dedicada a

la investigación científica y a la creación y difusión de conocimiento. A lograr ese fin está dedicada toda la Biblioteca y, en particular, el *Departamento de Investigaciones y Archivos Literarios*. Uno de los esfuerzos para cumplir con la definición se ha centrado en que la *Revista* tenga un alto nivel académico. Creemos que el contenido de este número trabaja para cumplir con esa aspiración. Barrán fue, también, un hombre de esta casa, en la que investigó durante muchos años. Sigue siéndolo, porque sus trabajos dan a conocer nuestro acervo y alientan a otros investigadores a recurrir a la Biblioteca.

Me gustaría que este número, esta publicación, contribuyera a continuar la tradición de la “especificidad” uruguaya, que tanto interés a Barrán en sus últimos años, como afirma Caetano. Entiendo que, al hablar de esa especificidad, Barrán estaba tomando posición ante el pasado y, también y mucho más, ante debates actuales.

Lejos por formación de cualquier chovinismo, el simple paso de los años y las pequeñas responsabilidades asumidas en la función pública me confirman cada día en que hay algo específico sobre lo que los uruguayos debemos reflexionar y por lo que debemos trabajar. Este es el motivo por el que propuse este homenaje, lo que también es una modesta toma de posición. Para homenajear a Barrán hay muchísimos otros motivos. De ellos se ocupan quienes aquí escriben.

La Biblioteca Nacional es una institución conservadora y parsimoniosa y así debe ser. Es conservadora porque esa es su tarea: conservar, preservar para el futuro. Es parsimoniosa porque para mejor cumplir con sus fines debe actuar con “lentitud y sosiego”. Me ilusiona pensar que la Biblioteca Nacional, por su acervo, por su historia y por su presente, es parte de la identidad de los uruguayos. O de su especificidad, como quería Barrán.



Nota introductoria

Gerardo Caetano



11

Hace cuatro años que murió José Pedro Barrán. Y no deja ser muy paradójico lo que se siente al escribir esto. Parece que habláramos de mucho tiempo, sensación que el dolor y la fuerza cotidiana de su ausencia no hacen más que profundizar en todos los que lo conocimos y quisimos tanto. Y al mismo tiempo, surge un sentimiento extraño de presencia continuada, no interrumpida, pues también es cierto que en más de un sentido, él nunca nos dejó del todo, ha seguido entre nosotros de muchas formas y maneras.

Algo de eso fue lo que inspiró mi alegría cuando hace aproximadamente un año, el Director de la Biblioteca Nacional, Carlos Liscano, y la directora de la revista de esa institución, Ana Inés Larre Borges, me anunciaron que habían resuelto dedicar un número monográfico de dicha revista a José Pedro Barrán. Se trataría de un homenaje distinto, orientado a la investigación de su obra. Para ello se haría una amplia convocatoria a historiadores y a investigadores de otras disciplinas, quienes desde distintos ángulos y perspectivas de análisis, abordarían aspectos específicos de su producción y de la reflexión que la misma había generado en las últimas décadas. Me pedían ayuda para esa tarea, lo que de inmediato acepté con orgullo y mucho cariño.

Me entusiasmó la idea. Entre otras cosas porque significaba socializar una experiencia que había vivido en solitario o en conversaciones de pocos (en particular con mis hermanos Daniel Gil y Marcelo Viñar) durante todo este tiempo: la interlocución persistente con José Pedro, con sus ideas, sus sentimientos, sus convicciones, sobre todo con sus preguntas inteligentes y radicales. Carlos Liscano reforzó la propuesta con

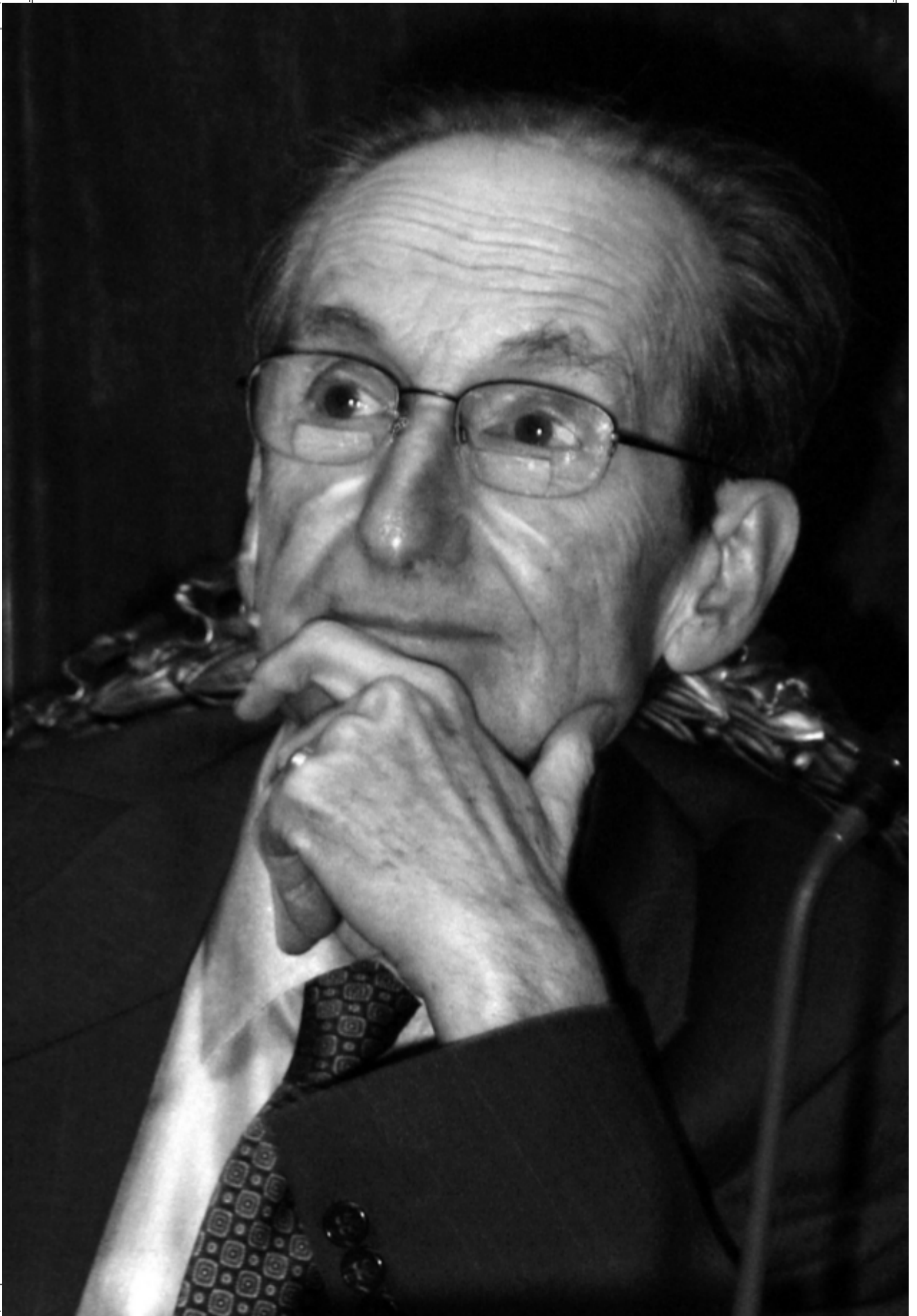
su certeza acerca del nuevo rol de las bibliotecas en la investigación tenaz de los autores de las obras de su acervo. Y la compañía de Ana Inés Larre Borges en la coordinación de la tarea garantizaba, además de su talento y de su buen criterio, el aporte de todo el Departamento de Investigadores de la Biblioteca, de probada calidad.

Luego de mucho trabajo, individual y colectivo, aparece este número especial de la Revista de la Biblioteca Nacional. Con temas y perspectivas diferentes, con autores de procedencias muy diversas, en un conjunto que reúne una clara mayoría de historiadores pero también cultores de otras disciplinas, diecinueve investigadores presentan sus abordajes sobre tramos y aspectos que juzgan relevantes en la obra y en la vida de Barrán. Como no podía ser de otro modo, se combinan miradas muy plurales, en una mezcla de generaciones, de preguntas, de enfoques, de balances que no escapan al rigor de la crítica. En su polifonía, creo que los trabajos reunidos hacen justicia a una obra y una trayectoria que siempre tuvo ese rasgo definidor de la pluralidad, tanto desde la elaboración del autor como en los impactos en los lectores.

Por supuesto que se trata de un esfuerzo con alcances y también con límites: sin duda faltan autores y miradas, se trata en muchos sentidos de un paso más en un trabajo intelectual que apenas arranca. La vida y la obra de Barrán siguen interpelándonos y con seguridad seguirán promoviendo entre nosotros muchas más preguntas que certezas, la avidez por nuevas lecturas, la expectativa curiosa por hipótesis que abran horizontes de análisis, pero que sobre todo conmuevan las sabidurías convencionales acerca de los viejos temas. Y a esa tarea están convocados todos, pero en particular –esto corre por mi cuenta– los más jóvenes y los investigadores que vendrán. Estoy seguro que ello le habría gustado de modo muy especial a José Pedro. Que la mejor manera de homenajear su vida sea desde la fragua incesante de la investigación que siempre alentó.







José Pedro Barrán, apuntes para un retrato¹

Fernando J. Devoto²

Universidad de Buenos Aires



José Pedro Barrán fue una persona que generosamente me honró con su amistad. Es siempre difícil tomar distancia para reflexionar acerca de alguien que, además de ser un amigo, compartía la misma profesión. Puedo decir que lo conocí bastante bien (hasta donde podemos conocer a otra persona, aún la más cercana) y que lo quise mucho. El esbozo de retrato tratará, entonces, dificultosamente, de contener la dimensión personal y la académica.

Encontré a José Pedro Barrán por vez primera, creo, en casa de esos maravillosos anfitriones que eran Blanca Paris y Juan Oddone y a partir de allí, muchas veces volvimos a encontrarnos en Montevideo, en Las Flores y ocasionalmente en Buenos Aires, ciudad que le atraía más por el teatro Colón que por los encuentros académicos, a los que era esquivo. Y esa

1. El presente texto es una ampliación de una conferencia leída en un acto de Homenaje a José Pedro Barrán en la Universidad de la República. Conserva, sin embargo, las características de una exposición pensada para ser escuchada, no leída y por ello, entre otras cosas, carece de aparato erudito, ese requisito necesario y a la vez esa vanidad de la profesión de los historiadores. Agradezco a los amigos Alicia Casas, Gerardo Caetano, Daniel Gil y Marcelo Viñar y los editores de Banda Oriental por la ayuda brindada de muchos modos.

2. Fernando J. Devoto, historiador argentino, es Profesor Titular de Teoría e Historia de la Historiografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y uno de los mayores especialistas en historiografía argentina y latinoamericana. Es autor, entre otros libros, de *Historia de la inmigración en la Argentina* (2003), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna* (2002) e *Historia de la historiografía argentina* -en colaboración con Nora Pagano- (2008).

reticencia tenía en parte que ver con los diferentes estilos de ejercicio de la profesión en una y otra orilla del Plata. La forma bastante agresiva y presuntuosa de los estudiosos porteños (o de los mismos porteños) era ajena a su temperamento mesurado y comedido, tanto como el sentirse lejos de las seguridades contenedoras que daba ese mundo uruguayo que era el suyo. Si pese a todo cruzaba el río, o en otros casos el océano, ocasionalmente, lo hacía (imagino) por presión de Alicia, su infatigable compañera y sostén. Barrán no buscaba, por otra parte, más que el reconocimiento de sus compatriotas, que eran, por decirlo en los términos de Merton, su grupo de referencia a la vez que de pertenencia.

A esos encuentros reales se suman en mi memoria aquellos no realizados: los viajes imaginarios que planificamos pero nunca pudimos realizar: a Francia y a Italia, lo que quería decir, desde luego pero no solo, Palais Garnier y La Scala. La opera y lo que convencionalmente llamamos música clásica, ritmaba sus desplazamientos y en ella imagino hallaba no solo un deleite musical, el SODRE estaba allí siempre acompañándolo, sino también, al asistir a las representaciones, la posibilidad de coparticipar de un espectáculo en el que sobrevivía, a su modo, otro tiempo y otra sociedad, aquella que solemos llamar burguesa, que era íntimamente tan suya. Su persistente defensa de los nuevos tiempos y de los avances incesantes de las costumbres sociales no se extendía al plano de las sensibilidades musicales contemporáneas ni, en general, a la música popular. Hombre de izquierdas, siempre lo había sido pero de una izquierda iluminista y en tanto tal pedagógica. Recordaba en eso y en otras cosas a los viejos socialistas de las dos orillas del Plata, como a ellos no le interesaba ni el consumismo, ni los deportes de masas ni el carnaval.

De los tantos encuentros que ocuparon un período de más de veinte años, mis recuerdos se desplazan en especial a aquellos que solíamos tener bajo la sombra de un tilo en su casa de Las Flores. En las largas charlas que se prolongaban hasta entrada la noche, a veces estábamos de acuerdo y otras en desacuerdo sin que eso tuviera, en el fondo, importancia. Siempre respetaba el punto de vista del otro y reflexionaba sobre sus argumentos, tendiendo a conceder que eran plausibles. A veces bromeando, cuando polemizábamos, me llamaba Pueyrredón. Nunca quiso demasiado (me parece) a los porteños y aunque detestaba nacionalismos y patriotismos estridentes, no dejaba de ser muy uruguayo y alguna vez en el hotel Alción, aliado con Gerardo y por temas futbolísticos que tan poco le interesaban, me pusieron persistentemente dos a uno.

De una de las muchas personalidades de Barrán quisiera detenerme desde ahora en el historiador. Sé que hay personas aquí más competentes que yo para hacerlo, personas que conocen mucho mejor la historia y la historiografía uruguaya y espero que sean generosas con mis inexactitudes.

Como aprendí alguna vez que nuestro mejor instrumento de comprensión es el conocimiento directo o mejor aún, la experiencia vivida, la vivencia (la *Erlebnis* de Dilthey), empezaré entonces por describir aquello que yo veía y escuchaba del Barrán historiador. Y sé cuanto lamento no haberle preguntado tantas otras cosas, pero es difícil tratar a los amigos como fuentes.

Ante todo, señalaría que tenía aquella virtud que siempre tienen los grandes historiadores, sabía muchas cosas. Nuestra disciplina es siempre un poco hija de Bouvard y Pécuchet, los dos patéticos personajes de Flaubert (la cita le hubiera agradado) o en otros términos, menos irónicos o autoirónicos, más extensiva que intensiva. Sabía tantas cosas del pasado uruguayo y a menudo recordaba en la conversación algo que había visto o leído en algún testimonio del pasado. Sin embargo, también sabía de tantas otras cosas, literatura y música ante todo y, en especial la primera, proveía también ejemplos apropiados para la conversación. Creía que la literatura espejaba la vida, quizás porque muchos de los personajes que encontró indagando el pasado imitaban a la literatura (y a veces a la ópera). No sé si puesto a elegir no hubiese preferido una buena novela a un buen libro de historia. Era así lo que llamaríamos un erudito o por qué no, empleando una palabra más antigua, un sabio. No había leído tal vez las últimas novedades producidas en el entonces Boulevard Raspail, hoy Avenue de France, pero ¿era ello importante? La “teoría”, los modelos de las ciencias sociales, la misma historia de la historiografía, le interesaban relativamente poco y solo en la medida en que le aportasen algunas ideas para sus investigaciones. Asimismo, haciendo suya aquella observación famosa de Henri Pirenne a Marc Bloch, le interesaba en igual grado el presente que el pasado, ante todo el uruguayo luego los otros. Era, desde luego, demasiado buen historiador como para dejar que la temporalidad del acontecimiento presente influyese más de lo inevitable en su tarea del historiador que trabaja en y para otros tiempos.

El presente le sugería las preguntas, no las respuestas. Lo mismo sucedía con la política, era un ciudadano comprometido y, llegada la hora, asumió la carga pública (la “gabela”) de aceptar responsabilidades que le fueron ofrecidas y que no deseaba. Imagino que hubiera adoptado sin reservas la clásica distinción de Max Weber entre “el político” y el “científico”, así lo hacía en la práctica.

Procediendo por contigüidad señalaría que sabía tantas cosas porque era un omnívoro lector. Y siempre estaba con algún libro entre manos, hábito según me contó adquirido ya en la adolescencia. Y si no estaba leyendo estaba escribiendo, incluso en las mañanas de sus vacaciones allá en Las Flores. Era así un infatigable trabajador, según correspondía, como escribió en un libro famoso del que hablaremos luego, a la sensibilidad “civilizada”.



Era asimismo, virtud más infrecuente en personas exitosas, alguien que sabía escuchar y no solamente ello, sino que sopesaba las opiniones diversas y de algún modo las hacía suyas para mejor discutirlos. En suma, otra gran virtud, el espíritu crítico, que es ante todo autocrítico.

Era también agudo e ingenioso, algo todavía más raro entre los cultores del gremio. Sus comentarios tenían esa originalidad que reposa en un espíritu libre y no dogmático y en una voluntad de complejizar los problemas mirando la cuestión desde distintos ángulos. Complejizar era también admitir que el presente era solamente uno de los pasados posibles.

Era además una persona muy generosa, algo también poco común, y mi testimonio puede ser rápidamente corroborado mirando la estructura de notas de sus libros donde aparecen una y otra vez los agradecimientos y reconocimientos hacia aquellos que le habían indicado una lectura o le habían sugerido la existencia de un documento. Pero también era generoso con las opiniones diferentes y a veces callaba sin otorgar, en parte también porque era una persona educada y, aún más, carente de divismo, era capaz de ir a un congreso o a un curso y sentarse a escuchar a otros.

Finalmente era una persona apasionada. Esa pasión que emergía detrás de la timidez y que su mirada reflejaba tan bien. Sin embargo, por ello o pese a ello, lo vi algunas veces transformarse ante públicos académicos, incluso muy prestigiosos, y desplegar una variedad de recursos inesperados para dominar y seducir al auditorio. “Rigor y pasión” he ahí una frase que no por conocida deja de ser eficaz y tan pertinente en su caso. “Rigor y pasión” he ahí, una síntesis de Barrán.

Ese era, esquemáticamente, el Barrán historiador que conocí. Luego estaba el Barrán que había leído ya antes de conocerlo. He escrito sobre ello en otro lugar y no quiero repetirme. Solo recordaré que descubrí y aprecié mi primer Barrán y Nahum siendo estudiante de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en la primera mitad de los años setenta, el libro era *Las bases económicas de la revolución artiguista*. En esos tiempos turbulentos y finalmente historiográficamente bastante estériles, ese libro inteligente tenía el mérito de ser sensato y razonablemente erudito. La erudición, un estilo y una práctica también muy uruguayas. Más tarde, en tiempos de las respectivas dictaduras cuyo sombrío clima ayudó paradójicamente a hacer comprender que las cosas eran más complejas, leí algunos de los tomos también en coautoría del “Batlle, los estancieros y el imperio británico”, una obra en tantos sentidos de transición entre viejos y nuevos esquemas interpretativos, que reposaba sobre una asombrosa erudición.

En cualquier caso, quisiera detenerme aquí solamente en una obra, los dos volúmenes de la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*,

publicados originalmente en 1989 y 1990. No sé si es el mejor libro de Barrán, sí sé que es un libro emblemático de una época y a la vez un libro en el que se dan dos tránsitos, el primero es el pasaje de la coautoría con Benjamín Nahum a la labor unipersonal (anticipada episódicamente antes) y el otro, el pasaje de una historia socio económica política a otra que quizás pudiéramos llamar cultural o socio cultural. Ese mismo tránsito se percibe muy bien comparando el tomo 1 y el tomo 2, aunque mis observaciones sean en este punto diferentes a las que el mismo Barrán propuso para distinguirlos. En el primero permanece todavía la aspiración a una historia “total” y todo comienza con la demografía y la utilización de la cuantificación (que estaba cayendo en desuso en otros contextos desde poco antes). Nótese en cambio que no hay cuadros en el tomo 2.

En suma, la *Historia de la sensibilidad* es una obra emblemática y me gustaría atreverme a llamarlo un “clásico”. Conozco todas las dificultades que encierra el término desde que Aulo Gelio lo formuló en el siglo II d.C., en “Las noches áticas”, *scriptor classicus non proletarius* (donde el *scriptor proletarius* era Cayo Julio César, lo que implicaba claro está una definición por el estilo). He repasado muchas de las definiciones desde la a su vez clásica de Sainte Beuve:

Un verdadero clásico, como me gustaría definirlo es un autor que ha enriquecido el espíritu humano, que ha llevado a realizar un paso más, que ha descubierto cualquier moral inequívoca o ha retomado cualquier pasión eterna dentro de este corazón donde todo parecía conocido y explorado.

O aquella de Borges:

Clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término... Clásico no es un libro que necesariamente posee tales o cuales méritos, es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad.

Definición esta que se acerca a la que yo busco aquí. Como lo es aquella entre las 14 que propone Italo Calvino: “los clásicos son los libros que ejercen una influencia particular ya sea cuando se imponen como inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual”.

En cualquier caso, como el mismo Calvino reconoce, no hay ninguna definición posible de que es un “clásico” que no sea una definición individual. “No queda más que inventarse cada uno una biblioteca ideal de sus clásicos”.



Como todos saben, Juan Pivel Devoto, inventó aquí en Uruguay la suya en su célebre colección. Yo más audaz voy a proponer la mía, acotada a la historiografía y cuya única ventaja es su brevedad, entre los cuales quiero incluir la *Historia de la sensibilidad* y vuelvo a insistir en el carácter a la vez emblemático de las obras elegidas y en lo arbitrario de mi elección. No sostengo que sea la mejor obra de Barrán, apenas sostengo que es la más ejemplar. Me gusta imaginar que Barrán hubiera compartido mis gustos, excluyéndose él mismo de la selección propuesta.

Coloquemos esa obra en perspectiva con otros clásicos de mi cosecha.

Creo que habrá bastante consenso historiográfico en que la *Historia de la dominación española en el Uruguay*, de Francisco Bauzá, es el primer clásico de la historiografía uruguaya (con perdón de Real de Azúa). No lo fue por el carácter innovador de la propuesta historiográfica sino porque a su modo ocupó un lugar que debía ser ocupado en el Uruguay como en otros contextos. Fue la de Bauzá la clásica operación historicista de singularización e individualización en el devenir, articulada con el mito fundador de un estado nacional. Es decir, encontrar la especificidad uruguaya, desde el lejano momento colonial, que explicase y justificase la identidad uruguaya, en sí y ante otras comunidades nacionales. No sé si el historicismo, del que Bauzá fue un emblema para el caso uruguayo, era, como sostuvo ese gran historiador que fue Friederich Meinecke, una gran revolución del espíritu humano, sí sé que fue una de las grandes novedades del pensamiento del siglo XIX, en torno a las cuales se constituyó la historiografía moderna. Quizás le quedaría bien a Bauzá la definición del historiador nacional, como lo fueron Mitre entre nosotros, Michelet en Francia o, en su madurez, Droysen en Alemania. Fue también el historiador de un momento, de una época del Uruguay, aquella del militarismo, como señaló alguna vez Gerardo Caetano, en la que intentaba afirmarse un estado. Y fue una historia nacional además por otra razón que lo aleja de los precedentes ilustres antes enumerados: porque el enunciador de la misma aparecía reuniendo en su persona las grandes tradiciones contrapuestas del siglo XIX uruguayo.

Creo que habrá más discusiones en mi elección de la *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* de Juan Pivel Devoto como otro clásico de la historiografía uruguaya, por parte de Carlos Zubillaga, desde luego. Ciertamente Pivel no era, como tampoco lo era Bauzá, un innovador en términos metodológicos, incluso comparado con el caso argentino. Era un puro ejemplo de la historia erudita y en buena medida su operación era, también y todavía, una operación a la manera del historicismo del siglo XIX (aquí las notas a pie de página de numerosas fuentes primarias hacen una diferencia formal no sustancial). Y sin embargo, su interpretación del siglo XIX uruguayo era sumamente original. Esa capacidad de poner en el centro la política y la legislación electoral, las

divisas y los partidos y a su vez brindar una interpretación (y un juicio) que atravesaba esas dicotomías y esas formas y construía otras organizadas en torno, por ejemplo, a doctores y caudillos, era enteramente original, en especial, puesta en relación con otras historiografías de interlocución como la argentina. Era además, apelo aquí a la autoridad de Pepe Rilla, el hombre de una época del Uruguay, si se prefiere de un momento, aquellos años políticamente tan ambiguos de Alfredo Baldomir y más en general de la transición del terrismo a la democracia en el contexto de la “tormenta del mundo” de halperiana definición. Que Pivel fuese un historiador faccioso como ha sido sostenido, sea. Sin embargo, me parece que su historia, como todas aquellas que en un momento se convierten en emblemáticas, va más allá de una parte y puede a su modo conciliar a más de una tradición política. Una historia que pusiese juntos del lado positivo, que para él no dejaba de ser el caudillista, a Rivera y a Venancio Flores, era toda una originalidad, que complejizase consolidadas dicotomías como “civilización y barbarie” o Montevideo y el Cerrito (por muy discutible que fuese su idea del “partido de los orientales” y de un sentimiento nacional y la utilización de ese criterio para distribuir justicia histórica), he ahí otros hallazgos interpretativos y he ahí las bases de otra autobiografía de la nación. Un historiador nacional, llamó Pierre Nora a Ernest Lavisse. La frase puede aplicársele también a Pivel y, por lo que antes señalamos, también de un modo diferente a Bauzá. De nuevo, en cualquier caso, un tema articulador: la singularidad del Uruguay.

Mi tercer clásico es diferente de los anteriores. Es el extraordinario libro de Carlos Real de Azúa *El patriciado uruguayo*. Una obra muy diferente, ya que más que venir retrasada historiográficamente venía adelantada. Ciertamente el libro era parte de un clima de época, en tanto espejaba la relación entonces en alza entre historia y ciencias sociales. Empero, lo hacía desde un lugar que no era el más popular por entonces (aunque su principal referencia aludida fuese Wright Mills) ni en el método ni en el enfoque. Con su habitual inteligencia Tulio Halperín señaló tanto el parentesco del patriciado con la gran obra de Sir Lewis Namier (y se podría hacer lo mismo me parece con *Revolución y guerra* del gran historiador argentino), como su aire nostálgico hacia el antiguo patriciado. José Pedro por su parte, en otro registro pero no tan disímil, solía decir que en Carlitos (como lo llamaba) siempre persistía por debajo un alma blanca y católica. Solamente que, por esos años y en la cultura historiográfica de la izquierda, aquella referencia y este elam, no eran precisamente los políticamente correctos.

Es necesario recordar que eran los tiempos en que la figura de Hobsbawm (tenaz contradictor de Namier) ascendía y los ciclos artiguistas se multiplicaban. Que muchos no lo hayan notado dice bastante acerca del problema de la recepción y acerca de en qué medida unas fra-



ses adecuadas colocadas aquí o allá y unas tomas de partido ocasionales pueden distraer la atención de los lectores.

En cualquier caso, el libro era muy innovador en el método prosopográfico que utilizaba y en la interpretación que proponía. Finalmente he aquí de nuevo disuelta, por otra vía, la dicotomía blancos y colorados, ciudad y campaña, para ser sustituida por otra tensión entre ese patriado y los otros grupos sociales, o nuevos o populares. Un patriado que, más allá de sus sucesivos desfallecimientos en la política, lograría, según Real, asegurar su preeminencia y su carácter de grupo de referencia hasta el arribo del mesocrático batllismo. Un libro, en cualquier caso, que me parece instructivo leer en secuencia con el de Barrán. Un libro que enfrenta y discute problemas (desde lo terminológico) que se debate entre asumidas incertidumbres y precauciones, ahí donde no solo Bauzá o Pivel, sino también buena parte de sus contemporáneos de los años sesenta, más seguros y menos cautos, habían encontrado rápidas soluciones. En cualquier caso, se trató también como los precedentes de un libro individualizador, de nuevo el Uruguay como especificidad o, como el mismo llamó en otro artículo, el Uruguay como reflexión.

En este conjunto quisiera poner ahora la *Historia de la sensibilidad*. Como aquellos, fue un libro que representó una época no solamente uruguaya, aquella de la transición democrática, sino occidental. Como en aquellos, su fuerza reside en haber sabido interpretar las señales de un tiempo cultural e historiográfico. A diferencia de ellos, en cambio, logró un eco de público notable. En los pocos momentos en que decía cosas a favor suyo, Barrán mismo señaló que al fin y al cabo, comparando la población uruguaya con la francesa, él había vendido más ejemplares en



relación con el universo potencial de lectores que ese gran best seller de la historiografía gala que había sido el *Montaillou* de Le Roy Ladurie. Logró ese eco porque encontró un público más amplio que simplemente el de los historiadores o el de los políticos intelectualizados. Lo hizo porque fue al encuentro de problemas que le interesaban e interesaban a mucha gente y no solamente a los practicantes de una profesión. Y no lo logró porque buscara deliberadamente un público, sino porque lo que Dilthey llamó el motivo mayor del interés por la historia, la autognosis, coincidía aquí con el de tantos uruguayos coetáneos.

Cuál era ese clima que interactuaba con el libro de Barrán, y aquí se me permitirá espero conjeturar, era lo que puede ser llamado en forma pesimista el desencanto y en forma optimista, que fue la de Barrán, la voluntad de comprender de una manera más compleja un mundo que se había vuelto incomprendible para ciertas tradiciones intelectuales. Un mundo de ideas se caía a pedazos, el futuro (o si se prefiere el horizonte de expectativas) y las utopías ¿qué sobrevivía de ellas? ¿Qué sobrevivía en ese Uruguay afortunadamente plácido, pero demasiado cansino e igual a sí mismo, de los primeros tiempos de la transición? El papel asignado por la teoría social a los actores no era cumplido por éstos, tercios en no recitar los parlamentos que los cientistas sociales y los historiadores teleologistas le había asignado. Si finalmente los dominados seguían siendo dominados y había que explicar más su pasividad que su rebelión, ¿no habría que buscar en otra parte las razones? ¿No habría que mirar en profundidad?

Barrán buscó motivos de inspiración seguramente en el núcleo de sus amigos que procedían del campo del psicoanálisis y también en la historiografía francesa y encontró allí a la historia de las mentalidades, que procedía de aquella tradición Febvre-Mandrou, con sus prisiones de larga duración, por entonces historiográficamente ya declinante. Su acendrado empirismo le evitó caer en la trampa que este último enfoque proponía, aunque su punto de partida había sido el de la mentalidad común a todos los hombres de una época, de César al último de sus soldados, en la conocida expresión (o en la que Barrán uso, de Carlos V al último de sus lansquenets). Como dijo, los datos no cuajaban en la voluntad de encontrar un rasgo compartido para todas las personas de una época. También lo ayudó la voluntad de pensar, una vez más, el Uruguay como especificidad, como un caso diferente del que habían pensado aquellos autores franceses que frecuentaba.

Historiográficamente, el punto más relevante estaba, quizás, en otro lugar: en su tenacidad para conservar algunas ideas fuertes que procedían de un tiempo historiográfico precedente, aquel de la historia social. De esa época pervivía en especial el de las relaciones de clase -definidas de modo deliberadamente ambiguo y predominantemente en términos de “clases altas” y “clases populares”-, entre dominantes y

dominados. Ciertamente de allí procedía la palabra burguesía, utilizada por Barrán con muchas precauciones y connotaciones específicamente aplicables al caso uruguayo, como se ocupó de aclararlo en una nota a pie de página que consideró imprescindible.

Esa apelación a la historia social no era hacia aquella que, renovada por historiadores como E.P. Thompson o Maurice Agulhon, exploraba los mecanismos de sociabilidad o de acción concretos a través de los cuales se construyen, se hacen a sí mismos, en la historicidad, la conciencia social y política de los grupos sociales. Era mucho más la vieja idea de que en la sociedad hay clases y hay conflictos y que aquellas y estos están vinculados con las dimensiones económicas. Esa mirada estática de los grupos sociales hacía que en la tensión entre esta lectura y la que, vía Foucault se centraba en los mecanismos disciplinadores que operan sobre los individuos, en la dominación y en la represión, haya predominado, en términos explicativos, esta última. En cualquier caso, encontré que el proceso era más complejo, que todo podía ser mirado, en algunos momentos, desde una perspectiva uniformizadora, pero en otros, desde una perspectiva que veía hasta qué punto las que llamó, con cierta sana indecisión, “elites”, “clases dominantes”, “clases conservadoras”, “burguesía”, impulsaban un proceso para mejor consolidar su dominación política y social. Ello llevaba la cuestión a una paradoja enriquecedora: los mismos disciplinadores estaban, a la vez y a su modo, dentro del mecanismo y fuera de él (a la manera en que Unamuno dijo de Sarmiento que se le veía el chiripá por debajo del frac), lo promovían y lo padecían.

La obra se mueve así en una tensión conceptualmente irresuelta entre la historia uniformizadora de unas mentalidades sin actores, y que se desarrolla en buena medida en el plano de lo no consciente para el actor, y una historia social de sujetos que actúan en función de intereses en el contexto de una sociedad surcada por el conflicto. En la práctica concreta, se decanta a favor de esta última.

De otro peligro lo salvó su inteligencia y su erudición, aquella de proponer una transición entre una sociedad tradicional o bárbara y otra civilizada (es decir alguna variante de las teorías lineales de la modernización). Por el contrario y no sin hesitaciones, e idas y vueltas en su pensamiento, el proceso terminó siendo mucho más dos procesos, el de la sociedad civilizada y el de aquella bárbara, que se mueven en contemporáneo a diferentes velocidades y que concluye con la primera absorbiendo a la segunda. En cierto sentido esa lectura de Barrán puede ser colocada en la línea que, abierta por Herder y tematizada por Koselleck, postulaba la “simultaneidad de lo no contemporáneo”.

También, su buen sentido y su profesionalismo le evitaron caer en los juicios apodícticos o en las valoraciones anacrónicas y tomar distancia de un proceso luchando con el mismo, porque como él dijo de Real, él también tenía un alma abajo, laica y progresista, en el fondo bastante

batllista. Como señaló con sinceridad, nunca podríamos entender del todo a las personas de otro tiempo, el pasado es distinto del presente y en ello reside su interés. Como se observó ya, había encontrado en Foucault algunas ideas y algunos temas que quiso compulsar con ese riquísimo material que había ido acumulando en las décadas precedentes, mirado ahora con ojos nuevos. Y nuevamente por esa u otras razones se distanció de muchas implicancias de aquellas incitaciones, y haber sobrevivido a los peligros de los habituales traslados acríticos de Foucault de *Vigilar y Castigar* y de la *Historia de la sexualidad* a realidades históricas muy diferentes es otro mérito no menor del libro. Su remanente creencia en el progreso lo ayudó en ello.

Pongamos un ejemplo: es difícil negar la hostilidad a la modernidad que por distintas vías, culturales en un caso, ideológicas en otro, tenían un Foucault o un Philippe Ariès. Nada de eso hay en Barrán. Y aunque era demasiado buen historiador para decirlo a cada paso, se vio obligado a poner en una nota al pie del segundo tomo esta aclaración:

Los términos víctima y victimario no deben entenderse como tomas de posición del investigador a favor de la sensibilidad “bárbara”, y condena de la “civilizada” por represora de las mismas. En realidad no hay posibilidad de ningún modelo cultural sin inhibir las pulsiones. En todo caso de lo que se trataba era de que ese modelo “civilizado” reprimía severamente algunas –la sexual, por ejemplo– y encauzaba otras a favor del “progreso” económico: por ejemplo, la agresividad y la violencia física transformadas en competencia y fuerte individualismo.

Por mucho que señalara, en una afirmación emparentada con una célebre de Gramsci, aunque no necesariamente por influencia de éste, que el cura, el maestro y el médico eran los grandes factores del disciplinamiento (Gramsci había dicho el cura, el maestro y el suboficial), Barrán no dejaba de conservar la ilusión iluminista en el poder emancipatorio de la educación y de la ciencia por encima de sus tiranías y en el progreso como un horizonte. Si así fuera, Foucault lo ayudó a descubrir los precios a pagar en ello.

Así fue hilvanando una historia de la sensibilidad que se encontraba con las sensibilidades contemporáneas y es evidente cuanto lo ayudó aquí, en su original forma de historia de la vida privada que si no desdeñaba las formas y los lugares de la sociabilidad le sobreponía, entre otras cosas, la temática foucaultiana de la sexualidad. Lo pudo ayudar también Ariès (poco citado), en el tema del niño, la familia y la muerte (aunque sus soluciones eran otras, siempre la excepcionalidad uruguaya). No llegó de todos modos a atravesar a menudo, en sus explicaciones concretas y más allá de las reflexiones conceptuales, el umbral de lo no conciente (aquello que Ariès llamaba el secreto). Su historia fue más una historia



de los discursos y las prácticas y en muchos temas, como la muerte, parece haber estado más cerca de Delumeau que de Ariès (y ello implicaba una operación historiográfica muy diferente). Pero aún quiso ir más allá y tal vez Bajtin o los documentos le sugirieron otros temas como el carnaval, la fiesta, el ocio.

Siempre tuve dudas, y las discutí con él y también, recuerdo, con Gerardo, acerca de cuanto en realidad había penetrado en profundidad ese proceso disciplinador en el que tantos habían contribuido, laicos y clericales, burgueses y dirigentes proletarios, de José P. Varela a Mariano Soler, de José Batlle Ordóñez al periódico “Lucha Obrera”. Siempre propuse la hipótesis de estudiar lo que alguna vez Juan Oddone tipificó con tanta gracia como la “curva de Maroñas”. Qué pasaba verdaderamente allí, en el suburbio. Con los años creo que me inclino a darles más la razón, en especial comparado con el caso argentino, donde ese proceso civilizatorio o disciplinador fracasó y al menos fracasó desde el momento (por poner un ejemplo) en que la multitud enardecida arrancó los caballos del carruaje presidencial y lo llevó a pulso el 12 de octubre de 1916.

Sobre el otro proceso, aquel de la construcción de una sociedad burguesa, con sus reglas, sus normas, su empaque y sus represiones, creo que estábamos bastante de acuerdo. Finalmente los dos percibíamos que, si esa revolución prometida no tenía lugar, sí lo tenía otra en la cual una sociedad cambiaba en sus pautas culturales aceleradamente, aunque no lo estuviéramos tanto acerca de cómo juzgábamos ese proceso desde el punto de vista del progreso social, al menos discursivamente (en el fondo éramos los dos buenos y pacíficos burgueses que amábamos la ópera y la buena comida y no estimábamos ni el carnaval, con perdón de Milita, ni la música popular, ni la “llamada”).

Unas reflexiones más quisiera agregar acerca de este libro y su relación con los otros “clásicos uruguayos”. La primera, que lo une a estos, es que la obra propone una nueva interpretación del Uruguay, en su singularidad. Interpretación, asimismo, colocada en otro plano radicalmente diferente, lejos de las dicotomías tradicionales, incluida una vez más la de civilización y barbarie, que Barrán mira de un modo diferente (no sé si más ancho como él sostiene) a la tradición sarmientina. Así, son eludidas también las habituales contraposiciones, laicos y católicos, blancos y colorados. Finalmente, la política y lo público están bastante afuera y la sociedad y lo privado adentro. Una segunda, es relativa a la ruptura radical con la historiografía piveliana. Nada queda aquí de ella (más allá del afecto y el reconocimiento que siempre lo unió a su maestro), salvo la escrupulosa erudición, el sumergirse en los hechos concretos.

Menos clara y más problemática es la relación con el libro de Real de Azúa. Ciertamente los dos libros se articulaban en torno a ejes diferentes y sin embargo un diálogo podría establecerse entre ellos. Aquel patriado renovado por la circulación de las elites, pero no totalmente, quizás

conservó en sus valores, en sus pautas mucho más de lo que Real de Azúa estaba dispuesto a admitir cuando hablaba de esa vida declinante, en las casas de la Ciudad Vieja o en las quintas del Prado que una vez me hizo conocer Cecilia Pérez. Quizás en sentido más amplio la mesocracia uruguaya era, a su modo, la democratización del patriciado conservando muchas de aquellas buenas maneras (y de los que el mismo Barrán era un ejemplo y el Teatro Solís o el Oro del Rhin, la confitería, otros), o al menos es lo que nos parece a los argentinos. Por otra parte, como el propio Barrán me dijo una vez, en el año 1990, cuando asumió el gobierno de Lacalle, el gabinete parecía el Cabildo de Montevideo de 1810.

En otro plano, también existe ese diálogo entre Real y Barrán y es en la operación historiográfica, aquellas incertidumbres temperadas de Real se hacen aquí plenas y es posible percibir en la obra de Barrán las permanentes oscilaciones de un historiador que trata afanosamente de poner un orden en el complejo desorden de la multiforme vida histórica. Nada de esquemático hay en esta obra. Véanse sus dudas que como gran historiador que era se negaba a suprimir acerca de las conexiones entre distintos órdenes de fenómenos (y subrayo su misma expresión “conexiones” no causalidades) o la posible prioridad de unos por sobre otros. A fin de cuentas, ¿qué favorecía el disciplinamiento? ¿Las transformaciones del modo de producción (en sus términos)? ¿el proceso de modernización social? o ¿la voluntad de un conjunto de actores? Una obra en suma abierta, que iba luego a decantar hacia muchos lugares en el mismo Barrán y que iba a generar una serie de libros propios y de otros inspirados en ella.

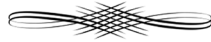
¿No es ese el destino de los clásicos?

Llegado a este punto, el que aquí escribe debe señalar que sus comentarios dejan de lado una dimensión esencial del libro: aquella que se refiere a contar una historia y la forma de hacerlo. Quizás el encanto de la obra está allí, en esos personajes, reflexiones, situaciones y anécdotas que son descriptas con plena atención a su riqueza. La historia entendida, entonces, no solo como algo que debe ser explicado sino también y simplemente narrado, como un caudaloso río humano del cual el autor es, siguiendo la célebre reflexión de Balzac en el prólogo de *La comédie humaine*, el secretario.

Concluyo, no sé qué pensaba Barrán del después y de los póstumos homenajes que buscan combatir el olvido. Su vida era tan intensa, quizás porque sentía que se le escapaba y que se desplegaba entre sus muchas pasiones –la historia, la música, la literatura, Alicia y Pedro, Nueva York y Las Flores– y quizás no pensaba en el después y hubiese hecho suyas las estrofas célebres de Lorenzo de Médicis

« Chi vuol esser lieto, sia:
di doman non c'è certezza »

O quizás le hubiera gustado fabular que un día postrero estuviésemos reunidos en un acto o aquí en una revista, amigos, colegas y discípulos y presentir en esa imagen anticipatoria la deuda de gratitud que tantos contrajimos con él.



De las inquietudes del "primer" Barrán: empresas y empresarios rurales

Raúl Jacob¹

Sistema Nacional de Investigadores – ANII

El peso del pasado: autobiografía e historia



29

En el año 1969, por sugerencia de Juan Oddone, contacté a Barrán para entregarle –confieso que con mucho temor– mi primer trabajo édito, que versaba sobre un tema bien conocido por él: las consecuencias sociales del alambramiento. Ese encuentro no duró más de un par de minutos pues lo encontré ya saliendo para una de sus clases.

La segunda vez que hablé con José Pedro fue en 1980, como integrante de *CIEDUR*, uno de los centros privados de investigación que impulsamos algunos de los universitarios que optamos por quedarnos en el país durante la dictadura. *CIEDUR* estaba organizando un seminario sobre la década de 1970 con la finalidad de intercambiar ideas sobre el estado de las ciencias sociales y proyectar futuras líneas de investigación. A mí me correspondió organizar una mesa redonda para evaluar la historiografía de esos dos lustros, instancia de la que surgió la idea, concretada a lo largo de los años 1980 y 1981, de reunirnos mensualmente para discutir las obras que se habían publicado y las que iban apareciendo. Lo que más me intrigó en ese momento fue que aquel fraybentino

1. Raúl Jacob es historiador egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias e investigador Grado III del SNI. En 1991 participó de la creación del Programa de Investigación en Historia Económica y Social de la Facultad de Ciencias Sociales (UDELAR), ejerciendo desde esa fecha y durante dos décadas el cargo de Profesor Titular. Es fundador y primer presidente de la Asociación Uruguaya de Historia Económica (AUDHE). Publicó entre otros títulos, *Uruguay 1929–1938: depresión ganadera y desarrollo* (1981), *Más allá de Montevideo: los caminos del dinero*, 1996, y en coautoría con Gerardo Caetano, *El nacimiento del terrismo (1930–1933)*, 3 tomos, 1989, 1990 y 1991.

no hablaba como nosotros los litoraleños, los que comemos *chuletas* en platos *playos*. Tampoco lo hacía como lo que los montevideanos llaman *canarios*. Es más, una de las objeciones que se le puede hacer a su *Historia rural del Uruguay moderno (HRUM)*² es que se trata de una visión excesivamente metropolitana sobre aquel país que todavía no lograba funcionar como país. Años después me enteré que había venido de niño a la capital.

En cierta oportunidad, en que en una conversación se habló de un tipo de faros direccionales manuales que se colocaba a los vehículos utilitarios, su subconsciente afloró imprevistamente: “¡Ah! Lo llamábamos *busca-huellas*” – dijo. Sí, así era como los hombres de campo denominaban al faro–piloto.

En el tiempo que lo frecuenté en muchas oportunidades refirió a su padre, un empresario rural al que en cierta ocasión definió como no exitoso. Pero era extremadamente parco con su infancia. La pregunta es cuánto pesó su pasado en este hombre que dedicó su vida a escudriñar el pasado de otros.

Si bien me referiré a un aspecto de la investigación realizada con Benjamín Nahum, presumo que José Pedro pudo volcar en ella muchas de sus vivencias personales y familiares.

Cuando dos autores firman una obra uno se pregunta qué aporta uno y qué pone el otro. Imposible saberlo. No obstante se entiende que ambos están de acuerdo con lo que suscriben.

Acerca de la temática de la empresa rural

Es sabido que en vastos sectores sociales prevalece un sentimiento de aversión o menosprecio a la figura del empresario. Sin embargo casi todos los seres humanos, incluso los intelectuales, cotidianamente asumen actitudes empresariales.

Por diversas razones, que no es del caso detallar aquí, también ha existido aprehensión, o cierto prejuicio antigadero. Las causas son múltiples, y en aras de la simplificación opto por dos, las que entiendo más importantes.

Se trata de una sociedad, la uruguaya, con un temprano y elevado grado de urbanización, en la que por razones políticas e ideológicas se arremetió contra lo que se entendía eran las verdaderas trabas para alcanzar el desarrollo económico y una sociedad más justa: los latifundistas, los propietarios ausentistas y la ganadería extensiva. Esto produjo confusión, ya que la realidad del tejido empresarial rural era más compleja. Éste no se explicaba exclusivamente por categorías binarias, como lo eran la oposición ganadería – agricultura o latifundio – minifundio.

2. Abordaré únicamente ejemplos de esta obra.

Aquellas teorías autárquicas, que creyeron que el gran dilema económico se resolvía con la siembra indiscriminada y al voleo de chimeneas, encontraron el terreno fertilizado previamente. Lo obvio era que el país no podía, no puede, prescindir ni de la ganadería ni de la industria.

En otra oportunidad me referí a las dificultades que plantea abordar este tema, el del empresario rural. Una es la indefinición e ignorancia que existe sobre el mismo ya que hasta se evita llamarlo por su nombre: se habla de “productor” y no de empresario. El tan mentado productor conoce de diferencias (las determinadas por el tamaño de las explotaciones, por el derecho de propiedad, por la especialización productiva, por la localización geográfica de los establecimientos, por las facilidades para acceder al crédito y a la tecnología, etc.).

Si se repara en un único aspecto, la especialización productiva, y se la relaciona con la inmigración del siglo XIX y su afincamiento geográfico, se puede comprobar la coexistencia de distintos tipos de empresarios: el ganadero británico del litoral, el brasileño del norte, el ovejero vasco del centro del país; los agricultores canarios de la región de Canelones, los hortifruticultores italianos de los ejidos de los principales centros urbanos.

Mención aparte merecen los riesgos que enfrenta la actividad rural, sujeta a políticas económicas inestables; a variaciones climáticas y a características medioambientales; dependiente de factores tan diversos como el valor de la moneda, los criterios fiscales, el régimen de lluvia y de vientos, la temperatura, la acción de la fauna. Por otra parte el ciclo biológico de la ganadería es lento. Y coronando esta suma de incertidumbres aparece el mercado, un mercado que depende de las fluctuaciones de los precios internacionales; de la competencia de otras producciones, tanto las del ancho mundo como las de la región.

Se trata pues de un universo extremadamente complejo. La *Historia rural del Uruguay moderno* no lo encaró en su plenitud. Pero alcanzó a delinear determinado tipo de empresas y de empresarios. El objetivo específico del trabajo no fue ése, fue otro más ambicioso, y por lo tanto las menciones a la dinámica de las unidades productivas, y a los actores sociales que las impulsan, están diseminadas a lo largo de la obra.

En las páginas que siguen aludiré sólo a algunos puntos que me interesa rescatar y subrayar.

El empresario “moderno” como motor del cambio productivo

Inicialmente la *Historia rural del Uruguay moderno (1851 – 1914)* fue fuertemente influida por el *desarrollismo* y por su concepción del sistema centro – periferia, por su énfasis en analizar los problemas estructurales de la economía, por su afán en solucionarlos con cambios en los sistemas productivos. Es con ese marco conceptual que abordó el surgimiento de



un nuevo Uruguay, el emanado de una serie de transformaciones que las ciencias sociales de la época rotulaban como *proceso de modernización*.³ Estas modificaciones eran necesarias para facilitar la inserción del país en la economía mundial, para abastecer de alimentos y materias primas a los países industrializados.

El operativo para ensamblar la economía productora con la consumidora requería de varias acciones y se hizo en etapas. La precedió la asombrosa expansión del ovino, que fue acompañada por los primeros intentos de mejorar la genética del ganado lanar y el vacuno. Pero el paso trascendente fue la adopción del alambrado, un elemento tecnológico necesario para delimitar las propiedades e innovar la ganadería criolla. La liberación de mano de obra y la asalarización del trabajo fueron dos de las consecuencias sociales más notorias de estos cambios.

El Estado apoyó las medidas con renuncias fiscales, modernizando la policía y aprobando el Código Rural. Para atenuar el riesgo empresarial encaró la pacificación de la campaña y el control social de sus habitantes.

La difusión del ferrocarril, nuevas instalaciones portuarias y la construcción de plantas frigoríficas catapultarían al país al estadio del progreso, a ocupar el lugar que se le había reservado en la división internacional del trabajo.

Una nueva clase alta rural, integrada por hacendados extranjeros (británicos, alemanes, franceses, catalanes, vascos), pero también por estancieros nacionales, fue la que se abocó a modificar la ganadería. Fueron representados por la Asociación Rural del Uruguay, en cuyas filas muchos de ellos revistaron como fundadores, dirigentes y asociados.

El gran innovador fue un tipo de empresario con vinculaciones urbanas (banca, barracas y comercio), capaz de correr riesgos, como lo fue preparar el ganado para un frigorífico que todavía no había asomado en el horizonte. Era un actor portador de las virtudes burguesas, aquellas que se identificaban con el capitalismo: educación, contracción al trabajo, capacidad de ahorro, propensión a la inversión, afán de lucro, eficiencia y precisión numérica y contable, voluntad de poder y deseo de trascender.

Aquellos que eran inmigrantes contaban con ventajas adicionales: la protección de los diplomáticos de su país, mayor propensión a la aventura y al riesgo y conocimientos mundanos. Casi todos eran comerciantes o habían tenido vinculación con el capital mercantil.

Se hizo una descripción de los mismos con información que permite caracterizarlos y regionalizarlos. Los ganaderos tradicionales, que subsistían y subsistirían pues sin invertir más que lo imprescindible igual

3. Este concepto ha sido analizado por María Inés Moraes en un incisivo estudio sobre la historiografía del período (véase Bibliografía).

ganaban, quedaron diseminados en la frontera norte y noreste y parte del centro del país. Los emprendedores ocuparon las mejores tierras del centro, sur y litoral, buscando las que además contaban con facilidades de comunicación fluvial con Buenos Aires.

Cierta simplificación terminó por oponer al empresario europeo, renovador, con el brasileño, atrasado. Compartiendo ambos espacios quedó el hacendado nativo, cuya incidencia en la nueva realidad agraria se desvanece como consecuencia de esa polarización. Existe cierta cortedad para identificarlos como capitalistas (se habla de “estancieros empresarios”), aunque subrepticamente se cuela alguna noción básica de marxismo, como la de superestructura e infraestructura (J.P. Barrán, B. Nahum: 1967, 318). Pero también aparece un instrumento interpretativo que de aquí en más acompañará a Barrán, la psicología: “Las motivaciones psicológicas de la conducta económica han constituido siempre una base de la cual partir para explicarse los rasgos de una estructura social determinada” (J.P. Barrán, B. Nahum: 1967, 336).

Este no es el único relato existente sobre el nuevo tipo de ganadero y de estancia. Existe una anterior, legada por el hacendado y escritor Carlos Reyles en su novela *Beba* (1894). El origen literario de esta versión no le resta valor histórico, por el contrario, el autor –con conocimiento de causa– se esmeró en reconstruir la realidad del medio rural uruguayo en los años previos. Para esta tarea contó con información de primera mano: su propia experiencia al frente del emprendimiento paterno.

Siguiendo las enseñanzas de los autores: ¿qué muestra la larga duración? Si fijamos nuestra mirada en los cambios profundos que en las dos últimas décadas ha sufrido el agro uruguayo podemos encontrar ciertas similitudes. También ellos han sido impulsados por un núcleo de empresarios, en gran medida extranjeros, que han invertido en la adopción de tecnología. Esto es claramente perceptible tanto en la forestación, como en la agricultura sojera, por citar dos de los rubros más notorios y exitosos. Es de señalar que ambos han captado abundante inversión del exterior.

El ganadero como empresario

Es menester realizar una precisión: ambos tipos de ganaderos, los rutinarios y los renovadores, eran empresarios. Los ganaderos, además, están lejos de la uniformidad: admiten varias subcategorías, cada una con su propia lógica productiva, de acuerdo a si son criadores, invernadores, o de ciclo completo; a si se especializan en razas carniceras, lecheras o lanaras; si hacen o no agricultura, etc.

Los autores, en sintonía con la teoría de las élites de C. Wright Mills, supusieron que el grupo innovador estaba llamado por su posición de poder a ser la vanguardia, a servir de modelo, a ser dignos de

emulación por el conjunto. Concluyeron que aquella élite fue parcialmente exitosa en su intento por modificar la ganadería y que subsistió un sector que siguió produciendo a la antigua, o invirtiendo el mínimo posible. Por lo tanto fracasó en su intento por modernizar totalmente la ganadería, por estimular su pasaje de extensiva a intensiva.

A una década de la publicación del primer volumen, y ya con miles de páginas editadas, en el tomo VI buscaron una explicación que reflejara la complejidad de lo que denominaron –citando a Fernand Braudel– “civilización ganadera” y que evidenciará que se habían alejado de las interpretaciones más economicistas para buscar auxilio en otras más globales y más ricas en matices (Lucien Febvre y la Escuela de los *Annales*, Pierre Chaunu, entre otros).

Es así que aspiraron a introducirse en los vericuetos mentales de los protagonistas para intentar dilucidar sus actitudes económicas, concluyendo que existió, además, una mentalidad conservadora que bloqueó los cambios. Encontraron que en la sociedad rural uruguaya existían dos valores: el culto a la tierra y la ganado–manía. Y que a ellos se le agregaban el deseo de seguridad –que conducía al inmovilismo– y la atracción ejercida por el oro –que llevaba al atesoramiento–. El placer de la posesión y la búsqueda de certezas se oponían a los requisitos de la modernización, a una apuesta a un horizonte lejano e inseguro. Mientras que la adquisición de campos y haciendas era invertir en lo concreto. De ahí que no sorprenda que se aceptaron aquellos cambios que consolidaban lo que se tenía: el alambrado para asegurar las tierras y el ganado; el mestizaje para mejorarlo ahorrando tiempo y dinero. La pradera artificial, en cambio, “es pasarse al bando del enemigo, el agricultor” (J.P.Barrán, B.Nahum: 1977, 394).

Casi dos décadas después estos presupuestos fueron en parte controvertidos, primero por Julio Millot, y luego en un libro de autoría compartida con Magdalena Bertino. La revisión que interesa para este artículo es la que hicieron en la zona “atrasada” y que comprendía los departamentos de Salto, Artigas, Rivera, Tacuarembó, Cerro Largo, Treinta y Tres, Rocha, Maldonado y Lavalleja. En algunas partes de esa región predominaba la gran propiedad y el bovino; en otras el ovino y las pequeñas y medianas extensiones de campo. Se caracterizaban por su baja productividad ganadera por hectárea, de acuerdo a la información proporcionada por el Censo de 1908, y también por la subsistencia con más frecuencia de la estancia tradicional, ahora con el agregado del alambrado, al que estaban obligados por ley.

Esa parte del país tenía serias dificultades en sus comunicaciones, ya sea por escasez de vías fluviales, o por falta de transporte ferroviario debido al atraso en el tendido de los rieles. Era una seria limitación para acceder a dos de los grandes mercados que demandaban ganado: Montevideo y Buenos Aires.

Lo novedoso del planteo de Millot y Bertino fue la utilización para caracterizar esas tierras del índice de productividad Coneat (1979). Concluyeron, en base a ese instrumento científico, que si la “mentalidad arcaica” pudo influir en el rezago, “la productividad física (...) es sin duda el factor decisivo” (J. Millot y M. Bertino: 1996, 99). O sea que los ganaderos fueron condicionados por las características de los recursos naturales.

Afirmaron, además, que “hay elementos que se ven como atraso sólo si se parte de un preconceito: el latifundio como retardatario” (J. Millot y M. Bertino: 1996, 101). Como ejemplo citaron el consumo de alambre que en sí no constituía progreso técnico: la delimitación de las pequeñas propiedades exigía más alambrado que la de las grandes. Lo mismo acontecía con el número de potreros, ya que su superficie aumentaba o disminuía en relación a la oferta y calidad de las pasturas.

Estos hacendados debieron resignarse a enviar sus ganados rústicos a los saladeros de la frontera o del litoral, o a exportarlos en pie. Fueron cambiando lentamente, a medida que el ferrocarril se fue extendiendo a todas las capitales departamentales, y los fue acercando a la demanda más exigente de los frigoríficos montevideanos.

Esta visión introdujo un tema, el de la racionalidad capitalista. La misma, muchas veces, consiste en disminuir el riesgo, en oír el llamado de la realidad. Por otro andarivel corre el espíritu empresarial, la innovación, el emprendurismo. Son conceptos diferentes.

Ambas interpretaciones son actualmente de recibo. El prejuicio contra la ganadería extensiva se ha debilitado, o por lo menos aparecen voces discordantes, que señalan que más importante que la superficie de los establecimientos es la productividad de la tierra. El Ing. Agr. Rodolfo Irigoyen ha llamado la atención acerca de que se usan como sinónimos “intensiva” y “eficiente” y “extensiva” e “ineficiente”. Argumenta que la función de producción que utiliza mucha tierra y poca mano de obra por unidad de producto puede ser eficiente o ineficiente; lo mismo que la que utiliza poca tierra y mucha mano de obra. Para él la producción primaria extensiva ha sido consecuencia de un país-pradera casi vacío, en el que primaba la tierra y faltaba mano de obra. En cambio se erigió como modelo a seguir, aquel que exigía mucho de lo que faltaba (trabajadores rurales) y poco de lo que sobraba (campo) mientras se estigmatizó el opuesto, el que ocupa mucho territorio y pocos brazos (R. Irigoyen: 2007, 35).

Por otra parte, existe mayor predisposición a aceptar que la mentalidad pesa en las decisiones económicas. En el año 2002 el Premio Nobel de Economía se otorgó a un psicólogo, el Dr. Daniel Kahneman, por su aporte a la demostración de que el *Homo Economicus* racional, supuesto por la teoría ortodoxa, era un mito. Kahneman analizó la toma de decisiones en ambientes de incertidumbre, para concluir que el ser

humano tiene aversión a la pérdida. Cuando existe esa posibilidad, prefiere no ganar. Eso explicaría, por ejemplo, por qué una parte de la sociedad uruguaya ahorra en desvalorizados dólares, a la espera de una hipotética y catastrófica devaluación. Y también algunas de las razones por la que los ganaderos uruguayos, acostumbrados a intempestivas variaciones climáticas, fueron renuentes a la implantación de praderas artificiales o a mejorar las pasturas. De lo que se trata, siempre que se pueda, es de minimizar los costos y los riesgos, maximizando las ganancias. De lo contrario hay que intentar no perder y conformarse con mantener el capital.

Los límites de la mirada “nacional”

La *HRUM* fue elaborada con una visión nacionalista, propia de algunos cultores de la historia política, que no se adapta a la historia económica del período, en el que todavía lo local y lo regional prima sobre el concepto de “nación”.

Esta perspectiva de fronteras hacia adentro, acotada a los límites nacionales, tiene sus riesgos. Y es la de no percibir en toda su dimensión las características de aquel empresariado. Pues así como el norte y noeste habían logrado atraer a los vecinos hacendados brasileños, y las fértiles y bien situadas tierras del litoral a los británicos y de otras nacionalidades, algunos de ellos con similares intereses en Argentina; empresarios rurales uruguayos e inmigrantes radicados en el país buscaron otros horizontes, diseminándose por los países de la Cuenca del Plata.

Sobre este fenómeno llamé la atención en *Cruzando la frontera* (2004).⁴ Repito ahora los argumentos.

Una de las causas de la inversión externa uruguaya en tierras fue la inestabilidad política del país, las amenazas de alzamientos, las guerras civiles. El campo en las zonas fronterizas constituía un seguro contra la destrucción de los rodeos, un territorio neutral en el que podían encontrar refugio los hombres y su ganado. Siempre es bueno recordar que Uruguay fue un temprano expulsor de su población, y que en aquel entonces uno de los motivos de esa emigración era escapar de las frecuentes levas. En tiempos de paz se podía obtener un beneficio económico adicional, como lo era la posibilidad de comercializar las reses en el lugar más conveniente, obviando el detalle de la frontera y sus controles. Asimismo permitía disminuir en algo el riesgo climático, la escasez de pasturas que sobrevenía después de las sequías e inundaciones. Fue una decisión que redujo las incertidumbres diversificando el ámbito espacial. No fue una práctica exclusivamente uruguaya. Lo mismo hicieron los



4. Este libro está dedicado, entre otros, a José Pedro. El único comentario que me hizo fue: “Yo soy nacionalista”.

hacendados del otro lado de la frontera. Es decir que habría existido un tipo de empresario rural fronterizo.

Para los que residían en Uruguay había otra razón: las tierras fiscales se estaban extinguiendo en el país. Adquirir campo en los países de la región permitía expandirse y sortear los inconvenientes que provocaban su escasez o su alto costo. Era la solución ideal para un país pequeño, sin posibilidades de tener colonias en el exterior, ni el poder militar y político para anexar el territorio ocupado por sus vecinos.

Por inmigración o por inversión la propiedad rural uruguaya en la Cuenca del Plata tuvo cierta importancia para el país. Aunque, quizás, lo más relevante es que plantea la obligación de revisar las viejas representaciones, de encontrar una más equilibrada. El Cono Sur fue una zona en la que en mayor o menor medida la propiedad territorial estaba en manos de extranjeros. Y así como había argentinos y brasileños en Uruguay, también había uruguayos en Argentina, Brasil y Paraguay. Existió un mercado regional de tierras, al que pudieron acudir los interesados de todas las nacionalidades.

La paradoja uruguaya fue que debido a las guerras civiles algunos hacendados buscaron la seguridad en los países vecinos, mientras contemplaban cómo en el propio se afincaban los propietarios extranjeros. Estos últimos contaban con el apoyo de sus representaciones diplomáticas a la hora de efectuar las correspondientes reclamaciones por daños o perjuicios como consecuencia de los ataques a la propiedad y excesos cometidos durante los conflictos.

Quien revise la prensa de hace unos meses podrá encontrar una noticia que quizás le llame la atención: “Uruguayos poseen un millón de hectáreas de campo en Paraguay”.⁵

Volvamos a lo permanente. A lo largo de su historia los empresarios uruguayos han invertido en el exterior en tierras. Las razones han sido múltiples y variadas, dependiendo, entre otros motivos, del precio de la tierra. Pero es una tendencia constatable en el largo plazo. De ahí que al analizarlos habría que incluir una nueva categoría: los empresarios rurales transfronterizos. ¿Es que se puede aislar al país de su contexto regional?

Un empresariado movedizo, un poder inestable

La empresa rural, al igual que las originadas en otras actividades, es perecedera. Solo un núcleo muy reducido logra perdurar en el tiempo. Lo que la diferencia es que ocupa un recurso natural no renovable. La tierra constituye un bien limitado, que se transmite de generación en

5. Declaraciones del senador Dr. Pedro BORDABERRY (www.uruguaysustentable.com.uy; 16 de noviembre de 2011).

generación o se comercializa, es decir se vende o se arrienda. Esto se manifiesta en permanentes cambios en la estructura rural, que son provocados por la incorporación y cese de nuevos propietarios y arrendatarios. Este dinamismo, este movimiento rotatorio, no siempre impacta las estadísticas.

Un estudio de campo realizado en 1975 por el geógrafo francés Gérard Prost, en el que las propiedades más extensas fueron agrupadas de acuerdo a su origen temporal en cinco tramos que se extendían desde mediados del siglo XIX a 1970, mostró que el grupo poseedor cambiaba.

Ya a comienzos de los años sesenta, Vivián Trías en su *Reforma Agraria en el Uruguay*, había dejado una muy nítida fotografía de los nuevos inversores, los provenientes de otros sectores económicos.

La extrema movilidad en la titularidad de los grandes fundos fue confirmada por la *HRUM*. Los autores hicieron su propia investigación en base a las descripciones de las grandes estancias contenidas en el álbum *Pur Sang* (1916–17) (J.P. Barrán, B. Nahum: 1977, 282–295).

Pero fueron más allá, quisieron averiguar las causas por las que grandes patrimonios se pulverizaban o desaparecían. Las respuestas analizadas fueron variadas: las guerras civiles, las leyes de herencia, las crisis económicas, el sistema de comercialización de la producción rural, el estilo de vida de la clase alta rural.

También se propusieron brindar una explicación aproximada sobre el origen de la nueva clase rural... Nuevamente encontraron una multiplicidad de factores: la inversión externa, el trabajo, el matrimonio, el capital mercantil y bancario, unos pocos industriales.

Una de las conclusiones es considerada cosa juzgada: “La tierra atraía a todas las grandes fortunas, tuvieran el origen que tuvieran. Porque era rentable, pero también porque proporcionaba seguridad y posición social”. (J. P. Barrán, B. Nahum: 1977, 294–295).

¿Esta movilidad continuó? Trasladémonos al presente. Según información proporcionada por el Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca, con datos de la Dirección General de Registros, del 1 de enero del año 2000 al 31 de diciembre del 2010, la compraventa de tierras para uso agropecuario se aproximó a los seis millones y medio de hectáreas. “Casi 4% de la superficie del país cambió de dueño”, revelaba el matutino *La República* en un artículo sobre las transacciones de tierras efectuadas entre enero del 2010 y junio del 2012.⁶

El cambio de propietarios de campos y haciendas es también una característica de siempre del agro uruguayo. ¿Cómo afecta esta inestabilidad el interior del poder económico rural, un poder que es esencialmente

6. *El País Agropecuario*, marzo 2011, página 26 y *La República, Campo & Mercado*, 25 de octubre de 2012, página 3.

plural y heterogéneo? Difícil saberlo. Por lo pronto, en el selecto grupo de los cabañeros, se pueden encontrar apellidos centenarios conviviendo con otros más recientes. Igual acontece en las gremiales que los representan. Ni siquiera es posible, como en otras épocas, buscar la respuesta en el catastro, ya que las mayores extensiones de tierras actualmente las explotan forestadoras extranjeras y no empresas ganaderas.

Desmenuzando la estructura

Los resultados del censo de 1908 –que en su momento contó con tecnología de punta para procesar la información recabada– permitieron analizar la composición de la sociedad ganadera de ese entonces y delinear un mapa agropecuario con la regionalización productiva del país.

Quedó en evidencia que el tamaño de los predios planteaba un primer criterio de diferenciación en por lo menos tres grandes categorías: pequeñas, medianas y grandes explotaciones. Su distribución espacial facultó distinguir las zonas en las que primó cada una de ellas.

Este primer aporte de la *HRUM* se complementó con la orientación productiva de los establecimientos censados, distinguiéndose los departamentos en los que predominaba el vacuno o el lanar, y además aquellos en los que coexistían la ganadería y la agricultura.

También accedió a datos sobre el uso de tecnología y su distribución espacial, reconociendo dos grandes grupos, los “rutinarios” y los “avanzados”.

Asimismo aludió al peso de los arrendatarios. “En todo el país el 35,4% de los predios se arrendaban”. (J.P. Barrán, B. Nahum: 1977, 352). Uno de los deberes pendientes es ahondar en las condicionantes impuestas a la ganadería por el régimen de tenencia de la tierra, pues es un aspecto crucial para el empresariado. Se trata de pequeños, medianos y también grandes hacendados que no poseen la tierra, o que carecen de la superficie necesaria para desarrollar sus actividades.

Hay cierta tendencia a identificar a los arrendatarios con la agricultura. Sin embargo en el año 2009, el 27% de las explotaciones ganaderas se hacían bajo el régimen de arrendamiento (únicamente el 53% eran en propiedad, el restante 20% bajo diversas formas) (MGAP – DIEA: 2010, 35). Esto permite señalar otro rasgo estructural: una parte importante de los propietarios de las tierras del país no las han usado para trabajar sino para obtener una renta. Esta es una de las explicaciones, no la única, de por qué muchos gustan definirse como “productores”.

En resumen

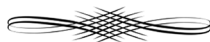
Desde las décadas de 1960 y 1970 a nuestros días ha cambiado la forma de hacer la historia: ahora es más sectorial, especializada en tópicos,

áreas y subdisciplinas. Esta reducción del horizonte temático le ha permitido ganar profundidad en otros aspectos, como el de la metodología que utiliza y los enunciados teóricos de que se nutre.

La *HRUM* no es una historia de empresas y empresarios. Por lo tanto no se le puede exigir el empleo de categorías analíticas propias de ésta. Menos se le puede objetar el desconocimiento de aportes posteriores.⁷

No obstante, ha legado una descripción de ciertos tipos de empresarios rurales, de sus establecimientos; del ascenso, objetivos, logros y limitaciones de la nueva burguesía rural del siglo XIX. La fotografía sobre la estructura agraria en 1908 permite, como todas las instantáneas, hacer comparaciones.

Nos ayuda a que hoy, treinta y cinco años después de publicada la obra, podamos apreciar algunos rasgos constantes, perdurables, del Uruguay agropecuario.



AA.VV., *José Pedro Barrán – Epílogos y legados*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010.

Anuario Estadístico Agropecuario 2010, Montevideo: Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca– DIEA.

BARRÁN, José P. y NAHUM, Benjamín, *Historia rural del Uruguay moderno*, 7 Vol., Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1967 – 1978.

CHIAPPE, Marta, CARÁMBULA, Matías, FERNÁNDEZ, Emilio (Compiladores) *El campo uruguayo: una mirada desde la sociología rural*, Montevideo: Universidad de la República – Facultad de Agronomía, 2008.

JACOB, Raúl, *Cruzando la frontera*, Montevideo: Ed. Arpoador, 2004

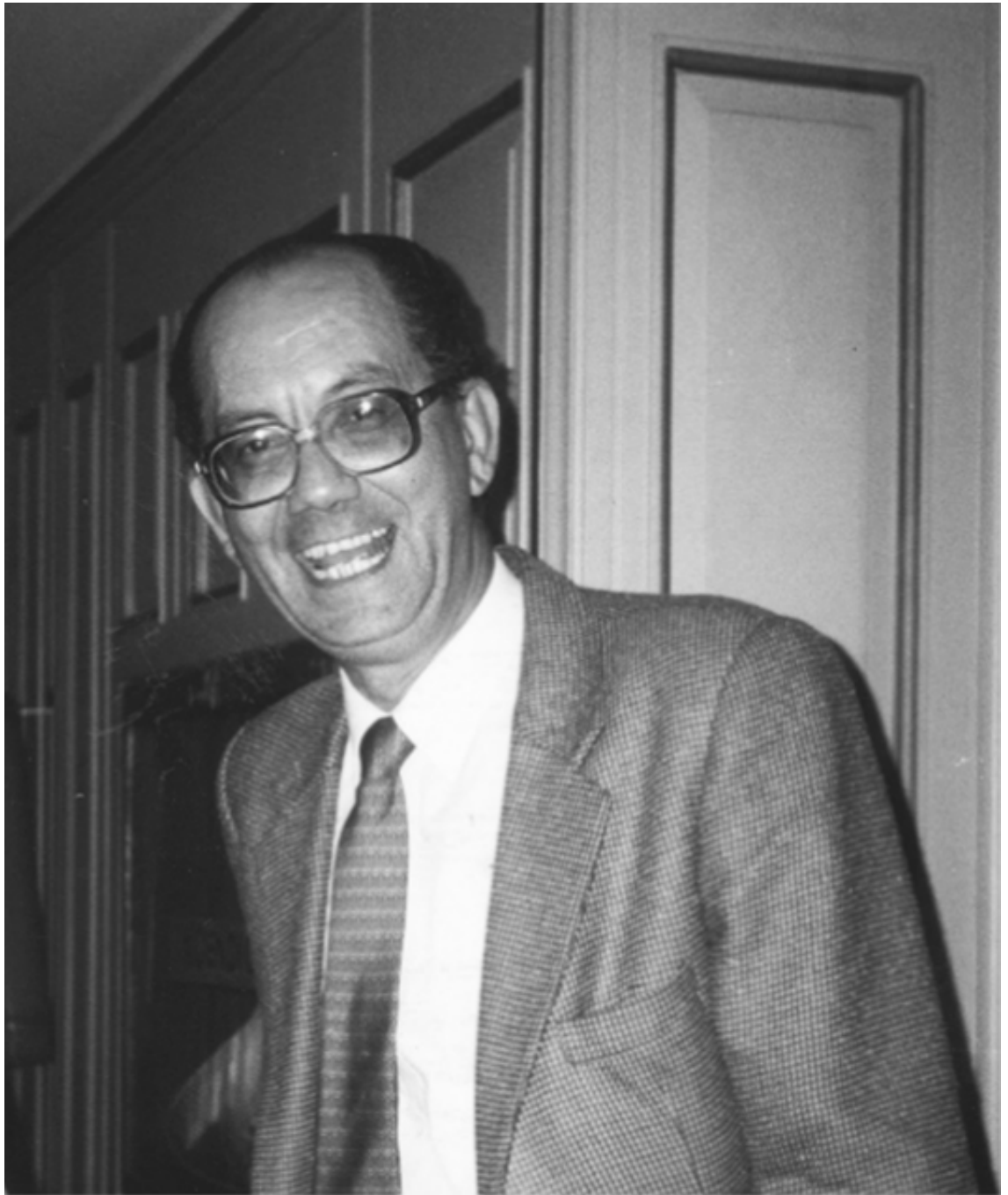
_____, “La historia de empresas en Uruguay”, en *La nueva historia de empresas en América Latina y España*, textos reunidos por María Inés Barbero y R. Jacob, Buenos Aires: Ed. Temas, 2008, pp.169 –195

IRIGOYEN, Rodolfo M., “El país terrateniente”, *El País Agropecuario*, Montevideo: agosto de 2007.

MILLOT, Julio, “Dinamismo empresarial en Argentina y Uruguay: Difusión y adaptación de tecnología en el sector agropecuario 1850–1920”, ponencia presentada en el simposio “Empresas y empresarios en el Cono Sur”, *XIV Jornadas de Historia Económica* organizadas por la Asociación Argentina de Historia Económica (Córdoba, 1994).

7. Por ejemplo, las investigaciones de *CIEDUR* y *CIESU* sobre la agricultura familiar se comenzaron a difundir a partir de 1982.

- MILLOT, Julio y BERTINO, Magdalena, *Historia Económica del Uruguay*, Tomo 2, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1996.
- MORAES, María I., “Dos versiones sobre las transformaciones sociales y económicas del medio rural uruguayo entre 1860 y 1914”, *Cuadernos del CLAEH*, N° 83 – 84, Montevideo: diciembre de 1999
- _____, *La pradera perdida*, Montevideo, Linardi y Risso, 2008.
- PIÑEIRO, Diego, “Caracterización de la producción familiar”, *www.fagro.edu.uy*, consultado el 18 de diciembre de 2012.
- REAL DE AZÚA, Carlos, “La clase dirigente”, *Nuestra Tierra* N° 34, Montevideo: diciembre de 1969.
- TRÍAS, Vivián, *Reforma agraria en el Uruguay*, Montevideo: Ediciones El Sol.



Más que historia, más que economía: la historiografía económica de Barrán y Nahum

María Inés Moraes¹

Facultad de Humanidades
Universidad de la República



43

(...) la pregunta sobre la utilidad o inutilidad de la historiografía es una cuestión imposible, un "error categorial" en el sentido de Ryle. Junto con la poesía, la literatura, la pintura y las demás artes, la Historia y la conciencia histórica pertenecen a la cultura, y carece de sentido formularse ninguna pregunta sobre la utilidad de la cultura. La cultura, de la cual forma parte la historiografía, es más bien un contexto desde donde o contra el cual podemos formarnos una opinión sobre la utilidad, por ejemplo, de ciertos tipos de investigación científica o de ciertos objetivos políticos". (Ankersmit 1989, 135)

La historiografía económica de Barrán, escrita en su mayor parte junto a Benjamín Nahum, ha influido poderosamente en las ciencias sociales uruguayas, y a través de ellas, en la conciencia del ciudadano uruguayo que ha recibido educación formal. Leída desde siempre por economistas, politólogos y sociólogos, masivamente difundida y posiblemente simplificada en las aulas y manuales de la enseñanza media, configura un corpus interpretativo que enlaza la economía colonial con el primer decenio del siglo XX a través de algunos elementos que se reiteran: los problemas generados por la temprana vocación ganadera y mercantil de la estructura productiva nacional, la dualidad del empresariado ganadero, la



Benjamín Nahum coautor junto a Barrán, entre otros títulos, de los siete tomos de la *Historia rural del Uruguay moderno*. (Foto gentileza de Banda Oriental)

1. Mará Inés Moraes es doctora en Historia Económica por la Universidad Complutense de Madrid y Profesora Agregada en la Universidad de la República. Entre sus publicaciones más recientes están *Las transformaciones rurales del Uruguay en la segunda mitad del siglo XIX: una síntesis revisada* (2012) y *La pradera perdida. Historia y economía del agro uruguayo 1760-1970* (2008).

amenaza de los intereses extranjeros en el devenir local, la singularidad del primer batllismo como fenómeno político, la condición reformista (progresista, diríamos hoy) de éste, y desde luego, la existencia de una gruesa línea demarcatoria que pone al latifundio, los latifundistas, los miembros del “alto comercio”, la iglesia católica y el capital extranjero de un lado, y a Batlle, los obreros, los pequeños agricultores y la clase media urbana, del otro.

Este texto repasa los principales hitos y temas de la historiografía económica de Barrán y Nahum; hace referencia a algunos de los materiales y métodos favoritos de los autores y concluye con la hipótesis de que la historiografía económica de Barrán y Nahum es una pieza clave de un sistema mayor de representaciones sobre el destino del Uruguay, que se construyó en la segunda mitad del siglo XX desde diferentes ámbitos de la inteligencia uruguaya. Este *modo de pensar* se caracterizó por el apego a la “historia nacional”, por cierta nostalgia del pasado y por un acentuado dolor por el presente, desde donde a veces se deslizaban juicios y prejuicios históricos que han venido con el paso del tiempo a convertirse en parte de la identidad de una amplia porción de uruguayos.



Hitos y temas

La historiografía de Barrán junto a Nahum tuvo tres hitos fundamentales: *Bases económicas de la revolución artiguista* (1964); *Historia rural del Uruguay moderno* (1967-1978) y *Batlle, los estancieros y el imperio británico* (1978-1987). Además de estos libros los autores publicaron algunos artículos donde avanzaban o resumían contenidos de estas obras (Barrán y Nahum 1983) (Barrán y Nahum 1984a) (Barrán y Nahum 1984b). También publicaron una reflexión que si bien se basa en las investigaciones citadas puede considerarse como una pieza autónoma, de extraordinario valor, sobre las respuestas del país ante los momentos de crisis y el papel del Estado en la historia del Uruguay (Barrán y Nahum 1984c).

Los tres hitos tuvieron un impacto profundo en el mundo intelectual. Entre la mitad de la década de 1960 y la mitad de la década de 1980, los otros historiadores y los científicos sociales uruguayos leyeron ampliamente estas obras, y en la mayor parte de los casos incorporaron estas contribuciones a sus propios argumentos sobre un conjunto de temas que forman parte medular del pensamiento uruguayo posterior a 1960.

Cuando en 1964 la novel editorial Banda Oriental publicó *Bases económicas de la revolución artiguista* la historiografía sobre Artigas había cumplido un intenso proceso de consolidación y acumulación. En 1944 se había creado el Archivo Artigas, en 1950 el diario El País había publicado una extensa serie de contribuciones de especialistas sobre el tema; en 1951 y 1952 habían sido publicados sendos prólogos de Pivel

Devoto a los tomos II y III del Archivo Artigas que contenían el texto original de *Raíces coloniales de la revolución oriental de 1811*. En 1961 se había publicado la primera edición de *El ciclo artiguista* de Washington Reyes Abadie, Oscar Bruschera y Tabaré Melogno. Si los historiadores de la primera mitad del siglo XX habían contribuido a reivindicar al personaje, rescatarlo de la perspectiva de sus vencedores y elevarlo a la condición de héroe nacional, esta nueva historiografía entregaba el tema a la primera generación de jóvenes que se formaban profesionalmente como historiadores, ya sea en el Instituto de Profesores Artigas o en la universidad, para que le pongan su sello propio.

Bases económicas de la revolución artiguista se propone, como lo dice su título, aclarar los fundamentos económicos de la revolución artiguista. Es a la vez un eco y una apostilla a la obra “Raíces coloniales de la revolución oriental de 1811” de Juan Pivel Devoto. La obra de Pivel Devoto tenía como propósito, en palabras del autor:

enumerar los distintos problemas sociales, económicos y administrativos de la Banda Oriental en la llamada época colonial, que a mi juicio dieron origen a la revolución de 1811 y de los cuales deriva lo medular del pensamiento artiguista, el carácter y la orientación de aquel movimiento (Pivel Devoto 1957, 5).



Muchos años después Barrán reflexionó sobre este diálogo implícito con su maestro Pivel al momento de escribir *Bases*:

(...) En *Las raíces coloniales de la revolución oriental...* de 1952, Pivel estudiaba ya los orígenes sociales y económicos del pensamiento artiguista. Pero él estaba centrado en la historia política, era su obsesión, y nosotros en aquella época queríamos hacer otro tipo de análisis y renegábamos de ese padre y esas formas (Markarian y Yaffé 2010, 180).

Bases económicas es un libro breve y de lectura ágil, casi sin aparato erudito. No contiene evidencia nueva si no una nueva lectura del artiguismo a partir de materiales ya publicados, si bien todavía poco discutidos. En primer lugar el libro adopta la interpretación que hiciera Juan Álvarez de las discordias entre las provincias argentinas y Buenos Aires, donde los factores geográficos y económicos jugaban un papel fundamental (Álvarez 1914) (Álvarez 1936) (Álvarez 1936-1942), y la hace extensiva al caso artiguista. En segundo lugar el libro de Barrán y Nahum, además de contrapesar una lectura excesivamente “política” del conflicto, invierte los juicios de la historiografía mitrista, casi en espejo: para ellos la élite porteña que hizo la Revolución de mayo es un grupo de apátridas, que:

[...] respondía directamente a los intereses de los fuertes hacendados y comerciantes bonaerenses, que surgieron a la actividad política como grupo económico relacionado con el exterior. [...] como *grupo no-nacional*, ligado a los intereses ingleses y contrario a una economía integrada. [...] el caso tan especial de esta oligarquía porteña, que nace a la vida política defendiendo intereses *extranacionales*, que son la base de su propia fuerza (Barrán y Nahum 1997 [1964], 24-25 [las cursivas son mías]).

En cambio, afirman que el federalismo fue la primera propuesta de verdadero carácter *nacional*, basado en la integración de regiones e intereses diversos, por encima de los localismos. Por esa razón, [...] la doctrina federal era, tenía que ser, radicalmente opositora a la política unitaria. Era el reclamo de una política nacional frente a otra política no nacional [...] (Barrán y Nahum:1997 [1964], 40).

Finalmente, *Bases económicas* enfatizaba los aspectos económicos del programa artiguista. Los autores dieron especial atención al Reglamento de Aduanas de setiembre de 1815, que transcribieron íntegramente e interpretaron como un “esbozo de nacionalismo económico” (Barrán y Nahum1997 [1964], 66). También dedicaron amplio espacio a los antecedentes, el contenido y la aplicación del reglamento de tierras. Colocaron la política artiguista de tierras como parte de “*una revolución de multitudes campesinas*” (Barrán y Nahum1997 [1964], 113), de corte popular y antioligárquico, en línea con la interpretación predominante en una serie de influyentes productos historiográficos de la década de 1960 (Reyes Abadie, Bruschera et al. 1966) (de la Torre, Rodríguez et al. 1967)(de la Torre, Rodríguez et al. 1969).

Al margen de estas novedades, la obra mantiene y reafirma algunas líneas interpretativas maestras que ya estaban presentes en *Raíces coloniales de la revolución oriental de 1811* de Pivel Devoto. Así, Barrán y Nahum también creen reconocer en el enfrentamiento de los comerciantes montevidianos con sus socios y rivales porteños de la primera década del 1800, así como en la rebelión de los hacendados montevidianos frente a las exacciones virreinales del mismo período, un embrión de sentimiento nacional que no dudan en hacer converger con la identidad oriental nacida al calor de un movimiento tan diferente en su naturaleza social y totalmente opuesto desde el punto de vista político como fue el artiguismo. Es también una línea de continuidad con Pivel Devoto -y a través del maestro con la historiografía anterior- la pintura de la estructura rural de una Banda Oriental colonial concebida como un único espacio económico organizado en torno a un polo urbano-portuario, un

modesto cinturón de chacras y un conjunto extenso y disperso de grandes propiedades rurales. Como en toda la historiografía de cuño nacionalista, la Banda Oriental de *Bases económicas* es esencialmente una prefiguración del Uruguay posterior: “En el siglo XVIII, la Banda Oriental, *viejo nombre del Uruguay*, se llenó de colonos [...]”, dirán los autores en otra oportunidad (Barrán y Nahum 1984, 5 [subrayado de la autora]).

La siguiente obra de Barrán y Nahum fue la monumental *Historia rural del Uruguay moderno* (Barrán y Nahum 1967-1978). Todo lo que *Bases económicas* tuvo de sintética y didáctica lo tuvo la *Historia rural* de enjundiosa y especializada: siete tomos, más de tres mil páginas, más de dos mil citas, extensos anexos estadísticos, diez años de investigación sobre una agenda que, ahora sí, rebosaba novedad y actualidad. La obra analiza las transformaciones ocurridas en el medio rural uruguayo entre la mitad del siglo XIX y 1914: muestra una secuencia de cambios tecnológicos, productivos y sociales que marcaron el ingreso de la economía uruguayana a su condición de capitalista y dependiente. A su modo, ésta también era una historia sobre *las raíces* de algo; en este caso, de lo que los autores entendían que era el frustrado desarrollo capitalista en el Uruguay:

Si entendemos por desarrollo económico una modificación profunda de las estructuras que permite una producción superior en calidad y cantidad, debemos llegar a la conclusión de que el Uruguay conoció a partir de 1860, con el triunfo del ovino, un proceso de esta naturaleza [...] Se debe anotar, empero y desde ya, que este desarrollo se bloqueó al poco tiempo de iniciado, ya que en la evolución político social que lo acompañó cristalizó un factor dominante: la clase terrateniente, tradicional y latifundista, que tendía a convertir el desarrollo en mero crecimiento económico [...] Lo que relataremos de aquí en adelante es, entonces, la historia de ese desarrollo bloqueado (Barrán y Nahum s/f, 126-127).

Las contribuciones de la *Historia rural* al estudio del Uruguay del período 1850-1914 son múltiples y han sido estudiadas con detenimiento en otra parte (Moraes:1999). La obra unió diversas intuiciones de la época en un argumento que resultó de alto poder: el capitalismo uruguayo nació fallido porque no superó la especialización productiva ganadera que venía de la época colonial, consagró al latifundio y subordinó el país a los intereses del imperialismo de turno. Este argumento reúne tres componentes que juntos resultaron muy persuasivos: por un lado, la tradición antimperialista de la izquierda clásica, que había sido adaptada al caso rioplatense por la historiografía revisionista argentina y vigorosamente adoptada en el Uruguay por Vivián Trías en la década de 1950; por otro lado, la tradición antilatifundistabatllista, que sin ser la primera ni la última trinchera ideológica antigandera, era posiblemente la más generalizada entre los sectores cultos urbanos y estaba muy presente en



la influyente *Sociología rural* de Aldo Solari publicada en 1957. Y en tercer lugar, el argumento incorporó un componente que en la década de 1960 no era una tradición ideológica si no un estado de ánimo entre los intelectuales que se autodefinieron como *generación crítica*: la actitud condenatoria del presente. Si la generación del Centenario se había ahogado en el ditirambo nacionalista, la generación de intelectuales a los que pertenecieron Barrán y Nahum iba a construirse a sí misma subrayando los males de un país que miraban con onettiana amargura. Así, dos tradiciones intelectuales potentes (izquierda y batllismo) enlazadas con una sensibilidad proclive al desasosiego forman la entretela de la *Historia rural*.

Batlle, los estancieros y el imperio británico es una obra mayor de la historiografía política uruguaya. La economía no es el tema central pero está presente en el análisis del fenómeno, a veces como oportunidad, a veces como restricción, siempre como contexto; y se le dedica amplio espacio. Los autores intentaron, a lo largo de ocho tomos, entender la naturaleza del batllismo confrontándolo con sus antagonistas principales: los intereses británicos y las fuerzas conservadoras del campo. Sin embargo, se negaron a aceptar las hipótesis deterministas que pudieran colocar al batllismo como una mera expresión de tales o cuales intereses de clase, o de pactos interclases, y se aproximaron a él como un fenómeno esencialmente político. En este sentido, la obra sigue una senda intelectual que para el caso uruguayo había sido trazada por Real de Azúa y habría de culminar con la “tesis de la centralidad de los partidos políticos” en 1988 (Real de Azúa 1971)(Caetano y Rilla 1988).

A pesar de la continuidad programática y autoral de la obra con la *Historia rural*, las diferencias entre ambos productos son notables. No sólo *Batlle, los estancieros...* es una obra de dos historiadores maduros con un amplio dominio del oficio y con una relación más solvente con otras ciencias sociales como la demografía, la economía y la sociología; es también, la obra de dos intelectuales que después de 1973 han visto con horror levantarse frente a sus propios ojos un país todavía peor que aquél que habían criticado en la década anterior. A propósito del cambio de actitud que provocó entre los historiadores latinoamericanos la derrota de las izquierdas y el advenimiento de las dictaduras militares de los setentas, el historiador económico norteamericano John Coatsworth ha dicho que se propagó durante las dos décadas siguientes una “desconfianza de la utopía” que cambió el tono y los temas de la historiografía (Coatsworth 2012). Al margen de esta importante inflexión en el tono del análisis, *Batlle, los estancieros...* es en todo sentido la prolongación de un programa de investigación enclavado en la preocupación por el presente, llevado adelante con gran coherencia en un clima intelectual muy diferente del que asomaba cuando se publicó *Bases económicas*. Por cierto, el lenguaje de la obra, aunque casi siempre ardoroso en relación

con los aspectos más radicales del batllismo y en especial con relación al georgismo y al feminismo de la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez, es en general más sobrio y menos combativo que en las obras anteriores; asimismo, los juicios matizados son más frecuentes y aunque el diálogo con el presente sigue vivo (en el fondo se trataba de entender la condición ambigua de un régimen político complejo, problema extensivo a la dictadura entonces vigente) las conclusiones del libro no se prolongaban hasta el presente de manera lineal.

Todo lo que la *Historia rural* pudo tener de tajante para identificar “los culpables del atraso”, *Batlle, los estancieros* lo tuvo de sutil para hacerse cargo de la complejidad de elementos políticos, coyunturales (de la coyuntura económica) y estrictamente ideológicos que acunaron el batllismo. Dicho esto, debe agregarse que la segunda gran obra de Barrán y Nahum subrayó el carácter intrínsecamente atrasado del latifundio, el perfil profundamente conservador de las clases altas rurales y en general martilló la imagen negativa del mundo rural uruguayo que se había formulado en la primera. En sentido opuesto, la obra de Barrán presentó un batllismo que iba a resultar irresistible a los ojos de los uruguayos del último cuarto del siglo XX: un movimiento político democrático de base urbana y popular; un espacio ideológico de vanguardia (con ingredientes anticlericales, libertarios e igualitaristas); una conducción económica de inspiración nacionalista y estatizante. Si unos años antes las obras de los extranjeros Milton Vanger y Ghöran Lindahl habían apuntado en esa dirección, fue la obra de Barrán y Nahum la que redondeó una versión del batllismo novecentista que con el paso del tiempo encontró profundo arraigo en la conciencia histórica de los uruguayos.

En conjunto, estos tres hitos historiográficos que han sido las obras mencionadas, contribuyeron a realzar la dimensión económica de diversos procesos históricos ocurridos en una especie de “siglo XIX largo” uruguayo, entre 1811 y 1914: el artiguismo, el caudillismo, las guerras civiles, el militarismo, el civilismo, el batllismo, todos quedaron colocados en otro lugar a la luz de estos libros. A partir de la obra de Barrán y Nahum la sucesión imposible de recordar de presidencias truncas, revoluciones y guerras que era el siglo XIX desde una perspectiva política, se ordenó en un proceso de construcción del Estado moderno que tuvo dos etapas muy claras. La primera durante el militarismo, con el telón de fondo de la “modernización rural” capitalista y dependiente en pleno despliegue; la segunda con Batlle, de inspiración progresista pero cercada por sus contradicciones internas, la clase alta rural y el imperialismo británico. Antes del Estado moderno, muy allá atrás en la cuna de la patria, quedaba colocado el artiguismo como un punto de referencia fundacional y como una imagen posible del futuro.

Barrán y Nahum en la historiografía uruguaya

Los historiógrafos uruguayos colocan unánimemente la obra de Barrán y Nahum como parte de lo que en su momento, por identificación con el modelo original francés se llamó la *nueva historia*. Suele presentarse precisamente esta corriente como una historiografía de inspiración francesa que a partir de 1960 tomó en el Uruguay el relevo de la historiografía erudita “tradicional” y se desmarcó también del “revisionismo” de inspiración rioplatense. El nacimiento de esta *nueva historia* uruguaya coincidió con las primeras etapas de un proceso de profesionalización del oficio que llegaba con atraso y habría de ser lento y accidentado; entre aproximadamente 1960 y 1973 sus cultores ampliaron la agenda de investigación hacia períodos y problemas novedosos e introdujeron nuevos métodos y fuentes (Ribeiro 1991) (Soler 1993) (Sansón 2006). Por encima de todo defendieron una práctica historiográfica “comprometida con el presente” y por lo tanto en consonancia con los desafíos políticos de la hora: el conocimiento histórico era considerado útil en la medida que arrojaba luz sobre problemas del presente y especialmente, en la medida que ayudaba a elegir entre opciones políticas contrapuestas (Zubillaga 2004). Como en toda América Latina en la misma época, la producción historiográfica del período adquirió ribetes de militancia política.

Suele implicarse también que esta *nueva historia* uruguaya desaparece o se diluye con el golpe de Estado de 1973, por la desaparición de las condiciones institucionales que la habían hecho posible. Pero la *nueva historia* no era sólo un contexto y un ambiente intelectuales; era en primer lugar una forma de hacer historia y un programa de investigación. Ambos se adaptaron y sobrevivieron al extenso período de la dictadura militar.

En efecto, aun cuando el golpe de estado de 1973 en muchos sentidos cerró para siempre una etapa y abrió otra, hasta la segunda mitad de la década de 1980 no se hizo evidente una discontinuidad productiva, temática ni metodológica en la obra de sus principales figuras. Es recién entonces que empiezan a verse los resultados de unos cambios metodológicos y de agenda que se venían gestando desde antes, pero que se hicieron visibles recién cuando estaba a punto de ocurrir el suceso que según Hobsbawm vino a clausurar el siglo XX: la caída del socialismo real. Así, en contra de quienes consideran que la nueva historia vio terminado su ciclo a partir de 1973, el caso de Barrán y Nahum muestra la supervivencia y la maduración de una forma de hacer historia mucho más allá del período que la vio nacer². Para entonces, es decir en la segunda mitad de los años ochenta, los puntos de vista y las narrativas de

2. No sería difícil afirmar lo mismo para la historiografía de Juan Oddone, Raúl Jacob y Lucía Sala.

esa historiografía estaban en condiciones de jugar el rol de una nueva ortodoxia, que habría de sustituir –como efectivamente ocurrió a partir de 1985– en los programas de la enseñanza pública a los puntos de vista y las narrativas de la historiografía “tradicional”. La obra de Barrán y Nahum, en ese contexto, devino canónica.

Los historiógrafos también han subrayado la índole francesa y *Annaliste* de esta historiografía, una cuestión que está fuera de duda y que ha sido reiteradamente mencionada por los propios protagonistas: la *escuela de los Annales* fue la historiografía más influyente en Uruguay durante aquellos años, quizás como una prolongación natural del afrancesamiento de las élites cultas de la generación anterior³. Desde la perspectiva actual es útil ubicar antes que nada la práctica historiográfica de Barrán y Nahum dentro de lo que podrá llamarse, con fines de claridad, el *sentido común moderno* de la historiografía occidental, en contraposición a lo que luego habría de conocerse como una forma *postmoderna* de escribir historia:

[...] Para los *modernos*, dentro de la visión científica del mundo, dentro de la visión de la Historia que todos aceptamos inicialmente, la evidencia es en esencia la evidencia de que algo pasó en el pasado. El historiador *moderno* sigue una línea de razonamiento desde sus fuentes y evidencias hasta una realidad histórica escondida detrás de ellas. Para los *postmodernos*, en cambio, la evidencia no revela el pasado sino interpretaciones sobre el pasado, para ello es que usamos la evidencia. Para decirlo con una imagen: para los modernos la evidencia es una losa que puede ser levantada para ver qué hay debajo; para los postmodernos, en cambio, la evidencia es una losa que sirve para ir hacia otras losas, en un sentido horizontal en vez de vertical [...] (Ankersmit 1989, [traducción de la autora]).

Ha sido muy estudiado por los especialistas el proceso por el cual nació y se desarrolló esta suerte de sentido común metodológico que Ankersmit llamó “moderno”. Aunque los historiógrafos franceses le dan un protagonismo central a su afamada escuela de Lucien Febvre, Marc Bloch y Fernand Braudel, la de los *Annales* era solo una de las versiones más exitosas de una historiografía de cuño estructuralista que después de la Segunda Guerra se había generalizado en Europa y América, aun allí donde la escuela francesa tuvo poca o ninguna influencia como pasó en Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos. Se ha escrito mucho sobre la crisis de este modo historiográfico; una crisis que se asomó a fines

3. Rodríguez Monegal hizo notar que la generación formada en los años de interguerras (puso el caso de Quijano, formado en París en los años de 1920) tenía todavía en 1960 a París como el centro de la cultura mundial y que, con excepción de la de España, no conocía muy bien la producción intelectual que no viniera escrita en francés. Rodríguez Monegal (1965), pp.2.

de los sesentas, se afirmó en los setentas y definitivamente la arrasó en los ochentas. El restablecimiento de la genealogía y la hermenéutica; el “regreso de la narrativa”; el “giro lingüístico” y el nacimiento de la microhistoria son todos episodios autónomos y de significado diverso que pueden unirse en un mismo proceso de demolición del modelo epistemológico anterior (Noiriel 1997) (Iggers 2005). Al cabo de 25 años de un período plagado de malestares e incertidumbres entre los historiadores de los principales centros de producción mundial, no ha surgido un consenso generalizado sobre cómo debe escribirse la historia, pero existe un consenso generalizado acerca de la crisis del modo anterior.

En el marco de un giro historiográfico refrendado por el final de su sociedad intelectual con Nahum y la publicación de la exitosa *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Barrán escribió sobre el tema a partir de los últimos años de 1980 e hizo pública, en reiteradas ocasiones, su toma de posición por una historiografía que mirase más allá de las macro determinaciones regulares y revelara las elecciones individuales y fortuitas; que tuviera en cuenta no solo lo medible y esperable sino también todo aquello que no se puede medir, aquello que rompió la ley de hierro de la causalidad, o incluso aquello que no llegó a efectivizarse como hecho histórico (Geymonat 1996) (Barrán 2009) (Barrán 2010).

Así, corresponde ubicar el nacimiento y la madurez de la *nueva historia* uruguaya en las postrimerías de una era metodológica en la historia de la historiografía mundial que estaba a punto de cerrarse. Y lo que es más interesante, la canonización de la historiografía de Barrán y Nahum después de 1985, llegó cuando también llegaba a su fin el modelo historiográfico que la había inspirado⁴.

La técnica de investigación de Barrán y Nahum se basó en el llamado “método histórico” o “método erudito” cuya herramienta fundamental es la crítica de fuentes. Barrán ha dicho:

Pivel nos dio sobre todo la idea de que para hacer historia hay primero (y segundo y tercero) que investigar las fuentes primarias. Era muy exigente y minucioso: hay que tener primero los ladrillos para después atreverse a edificar la casa. Y los ladrillos eran los documentos, a los que había que seleccionar e interpretar, y ahora lo sé, leer del derecho y del revés [...] (Markarian y Yaffé 2010, 180).

Visto en perspectiva, puede decirse que el protocolo de Pivel ponía todo el peso del oficio en la abundancia y riqueza de las fuentes pero se quedaba corto en relación con los problemas de su interpretación, una tarea bastante más compleja que hacer la crítica externa e interna de un documento. El sentido común “modernista” en el sentido de Ankersmit,

4. En 1988 la revista “Annales” publicó el editorial que algunos especialistas consideraron una rendición del grupo ante las críticas a la “historia total”: Editorial (1988).

donde se asume que los documentos “prueban” acontecimientos y procesos, puso a Barrán y Nahum en una postura privilegiada para explorar y explotar fuentes históricas, pero desconfiada hacia los instrumentos conceptuales que vehiculizan y ordenan, inevitablemente, el análisis del historiador. Una postura inusual entre historiadores de una escuela francesa inclinada al matrimonio con las ciencias sociales, que quizás deba entenderse como una reacción de Barrán y Nahum a las simplificaciones tanto del revisionismo rioplatense de la segunda postguerra como de la historiografía latinoamericana marxista, en fulgurante ascenso durante la década de 1960.

No es extraño, por lo tanto, que a partir de *La historia rural* la obra de los autores se caracterizara por la presencia de un robusto aparato erudito construido a partir de fuentes que en su mayoría habían sido hasta entonces inexploradas. Documentos notariales de carácter privado, papelería privada, anuarios estadísticos, informes parlamentarios, memorandos de la administración central y de las empresas públicas, y sobre todo la gran estrella de sus dos obras monumentales: la prensa periódica del período 1850-1916, que utilizaron –y a través de sus libros enseñaron a utilizar– copiosamente.

Pero a la hora de organizar la caudalosa información de las fuentes, la reticencia de Barrán y Nahum a emplear de manera deliberada conceptos teóricos para elaborar un análisis histórico no los puso a cubierto de la influencia de casi ninguna de las grandes teorías que durante la Guerra Fría estaban en uso para pensar y elaborar interpretaciones históricas.

Así, la teoría de la modernización; el modelo cepalino de centro y periferia y sobre todo la teoría de la dependencia atraviesan su obra de modo visible, aun cuando sus libros raramente incluyen referencias teóricas a ninguna de estas corrientes. La realidad mostró que la ausencia de un credo teórico explícito tampoco era un antídoto contra las simplificaciones. En este contexto, la *Historia rural* por momentos exhibe cierta rigidez del análisis que se expresa en juicios tajantes, casi siempre lúgubres: los hacendados “tradicionales” del Centro y Norte del país no hacían forrajes porque eran “rutinarios”, “atrasados” y padecían de “ganadomanía”; los ferrocarriles ingleses se aprovecharon del subsidio estatal, distorsionaron la vida rural y no ayudaron al desarrollo económico del país; la lana “nos ató” al mercado mundial porque fue una producción desarrollada expresamente para abastecer la demanda internacional; en el Uruguay había una “civilización ganadera” de 300 años que pesaba como un lastre:

Lo evidente es que durante más de doscientos años el Uruguay rural –y a menudo el Uruguay a secas– vivió al amparo y a la intemperie de los



países imperiales, creciendo si ellos lo necesitaban, estancándose si no era así (Barrán y Nahum 1971, 49).

Casi al final de su vida, Barrán reflexionó sobre esta cuestión en estos términos:

Las preocupaciones de los sesenta se notan en *La historia rural*. La obsesión de la época y la izquierda era el latifundio. Era el gran enemigo, el gran mal y hacedor del mal. Allí el presente influyó de mala manera porque pervirtió el análisis documental, tendió a hacernos producir una obra que a veces contenía afirmaciones terminantes y esquemáticas. En otros casos, la investigación se impuso y logramos probar que hubo una clase media rural que fue importante [...] La documentación nos abrió los ojos y rompió un esquema muy consolidado en la izquierda (Markarian y Yaffé 2010, 183).

La única gran teoría que no muestra la cola en la historiografía de los autores es el marxismo, al menos hasta *Battle, los estancieros y el imperio británico*, obra sobre la cual podría pensarse que fue formulada íntegramente en base a preguntas y categorías de Nicos Poulantzas. Incluso entonces, puede decirse que en esa obra no hay “modos de producción” ni “lucha de clases” ni “fuerzas productivas” ni “acumulación originaria”. Aunque a fines de los sesenta Barrán y Nahum formaron parte de un colectivo de historiadores militantes donde también había marxistas, tanto leninistas como de otras vertientes, siempre mantuvieron distancia de un marxismo que visiblemente chocaba con su sensibilidad intelectual y política. Barrán ha subrayado:

Yo nunca fui marxista, no me agrada esa filosofía. Ya en aquellos años rechazaba la primacía explicativa de los factores económicos, pero creíamos que detrás de lo político había otros trasfondos: que el prisma de lo económico y social no podía ser esquivado (Markarian y Yaffé 2010, 180).

Barrán y Nahum en la historia de la cultura uruguaya

Quienes hacen historia de las ideas, historia del pensamiento o historia intelectual en nuestro país nos deben un análisis más profundo de la contribución de los historiadores nacionales. Como indica el epígrafe de este artículo, en definitiva la Historia y la conciencia histórica pertenecen a la cultura, ese espacio impreciso sin el cual no es posible ninguna valoración del saber y ninguna toma de posición política. La obra de Barrán y Nahum es, en este sentido, mucho más que un producto historiográfico a ser evaluado con criterios presuntamente asépticos internos al oficio. Por los temas que tocó, por las narrativas que construyó y por su trayectoria -que entre 1960 y 1990 los condujo desde los bordes de la

historiografía establecida hasta el mismo centro de un nuevo canon- la obra de Barrán y Nahum forma parte de la cultura uruguaya de fines del siglo XX y principios del XXI. Fue un artista quien captó con extrema sensibilidad el lugar de Barrán y Nahum en la cultura uruguaya. En una canción de 1985 donde denunciaba que el Uruguay habría de pagar su deuda externa a costa de la cultura nacional, Leo Masliah escribió (con gran sentido del humor sobre el fondo musical de la Caballería Ligera de Franz von Suppé):

Pagará con Rodó, con Martínez Carril, pagará con la Cinemateca/con Tabaré, con Bartolomé, con Radio Sarandí.
Pagará con Barrán, pagará con Nahum, pagará con Américo Torres/ y con Cuadernos de Marcha que hayan logrado sobrevivir.

A modo de apuntes y de hipótesis para lo que debería ser una investigación más extensa, es posible enmarcar la obra de Barrán y Nahum en un cierto período de la historia intelectual del país que va de la mitad de la década de 1960 a la mitad de la década de 1980. Por lo regular los estudiosos de la historiografía, la literatura y la filosofía del Uruguay no ubican estas tres décadas en un mismo período. En efecto, no es un período homogéneo: está pautado por la cesura de 1973 y sus correlatos. Pero si en vez de mirar las discontinuidades institucionales se pone el foco en las prolongaciones, extensiones y reformulaciones de una especie de “programa intelectual” (por analogía con los programas de investigación científica de Lakatos) madurado en los sesentas, se observa una marcada continuidad.

No es ninguna originalidad decir que en América Latina la cultura de los sesentas se enamoró de lo político. La ciencia, el arte y las humanidades fueron entendidos mucho más que antes, quizás mucho más que después, como prácticas de naturaleza política en el sentido amplio del término. Artistas, intelectuales y científicos se rindieron ante la idea de que efectivamente, no había forma de evitar que la práctica científica, artística y “cultural” tradujera, de maneras más o menos sutiles o flagrantes, el conflicto político que atravesaba las sociedades. Así, tomar partido en materia de los grandes conflictos de intereses de cada sociedad no sólo era inevitable: era deseable, porque sinceraba una práctica que de todos modos era intrínsecamente política. La naturaleza militante del oficio, donde el compromiso político se unía con la práctica intelectual, constituyó posiblemente el núcleo duro del programa intelectual del período definido aproximadamente entre los años 1965-1985. En un reportaje de 1970 Barrán expresó con firmeza cómo entendían su tarea los miembros del grupo de historiadores “Historia y Presente”, que él y Nahum integraban junto a otros colegas:



El pasado [nos interesa] para aclarar y diagnosticar el presente, el estudio histórico [nos interesa] como arma de liberación de los mitos que la historia oficial y académica hace muchos años nos obliga a repetir, arrojando todavía más las cadenas del conformismo. En suma, una historia no ascética, sino, valga otra vez el término, comprometida (Ruffinelli 1970).

Juan Oddone, desde cuyo seminario sobre “Historia de la Cultura” en la Facultad de Humanidades se había irradiado buena parte de la renovación temática y metodológica que caracterizó a la “nueva historia” uruguaya (Jacob 2012), reafirmaba en 1972 la misma forma de entender la tarea del historiador:

[...] la “nueva historia” invoca, desde su campo de estudio, la necesidad de ahondar en las raíces cercanas y mediatas de los problemas presentes, reiterando así el ya clásico ejemplo de una concepción historiográfica condicionada por la toma de posición frente a una época de crisis (Oddone 1972, 220).



En el Cono Sur el baño de sangre de las dictaduras de la década de 1970 reforzó, sin duda sin proponérselo, el compromiso político de aquella generación de intelectuales latinoamericanos: unas convicciones de índole epistemológica y política sobre el rol de los intelectuales en la sociedad se vieron elevadas a la categoría de imperativo moral; las ideas habían sido selladas con sangre. Es imposible saber cuál hubiera sido la deriva del programa intelectual de los sesentas sin tales circunstancias, pero es posible que su ciclo de vida hubiera sido más corto.

Solo cuando el Cono Sur recuperó la democracia, en el curso de aquella etapa que los politólogos del momento llamaron “la transición” (de dictadura a democracia) y que coincide con lo peor de la crisis de la deuda latinoamericana, se ablandó en algo aquel núcleo duro programático que era el compromiso militante del quehacer intelectual. La transición política del Uruguay posiblemente reforzó la sensación de que moría un paradigma: para muchos herederos de la tradición política sesentista la derrota del Voto Verde en abril de 1989 marcó el inicio de una nueva era. Fue un anticipo de la crisis de expectativas que habría de estallar con la caída del muro de Berlín apenas unos meses después.

Así, la historiografía económica de Barrán y Nahum queda enmarcada en el extenso período que va desde el ascenso de un modelo de *intelectual comprometido* iniciado en la primera mitad de los años de 1960 hasta su ocaso treinta años después.

Además del compromiso político, es útil tener en cuenta otro fenómeno que se inició en la década de 1950 y estaba alcanzando un punto alto en la de 1960: el desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas. A partir de la fundación de la CEPAL en 1948 tuvo lugar de manera más

o menos generalizada en la región un rápido proceso de refundación, institucionalización y profesionalización de la sociología, la economía, la ciencia política y otras disciplinas afines. A propósito del impacto causado por este fenómeno en el pensamiento latinoamericano, Devés Valdés señaló que las ciencias sociales latinoamericanas se propusieron desplazar la ensayística de tono filosófico y suplantarla por un conocimiento científico firmemente asentado en la evidencia empírica y el análisis teórico, pero que a pesar de estas aspiraciones no pudieron evitar retomar y reformular temas y problemas que habían estado presentes en el ensayo latinoamericano de los cien años previos (Devés Valdés 2003, 47-68). En este mismo sentido, Real de Azúa ya había señalado que, aunque en un lenguaje y con un tono distinto, Domingo F. Sarmiento y Medina Echevarría hablaban –a casi cien años de distancia uno del otro– de lo mismo (Real de Azúa: 1975). Con este doble movimiento de recoger frutos maduros y a la vez sembrar nuevas semillas, las ciencias sociales pasaron a ocupar en la segunda mitad del siglo XX un lugar principal en la historia intelectual latinoamericana, como no habían tenido siquiera cuando Comte, Spencer o Durkheim estaban vivos.

La historiografía de Barrán y Nahum revela de manera singular esta nueva presencia de las ciencias sociales en el escenario de la cultura latinoamericana. Su obra ocupa una posición que ahora puede verse como intermedia, entre una práctica historiográfica tradicional precedente, que esencialmente hacía caso omiso de las contribuciones teóricas de los sociólogos y economistas de su tiempo, y una práctica historiográfica de corte más netamente científico-social, que por momentos los autores rozaron en *Batlle, los estancieros...* pero que vino a consolidarse con la generación siguiente de historiadores económicos y también políticos, ya en la década de 1990. Es imposible leer la obra de Barrán y Nahum sin percibir que las preguntas y las respuestas de los autores están profundamente influidas por las discusiones de las ciencias sociales latinoamericanas de aquellos 30 años: la transición de una sociedad tradicional a una moderna, la dependencia de los centros mundiales de poder económico y militar y la singularidad de las experiencias políticas atravesadas por todas esas tensiones; las raíces –en definitiva– de un desarrollo capitalista problemático y los condicionantes que ponía sobre las sociedades latinoamericanas estaban presentes en Gino Germani, Raúl Prebisch, Celso Furtado, F. H. Cardoso y Enzo Faletto, Osvaldo Sunkel, Carlos Real de Azúa, Guillermo O'Donnell.

Como se dijo antes, esta impregnación científico social no es extraña en la historiografía de cuño estructuralista. Lo singular del caso es más bien la forma que adoptó: formados como profesores de enseñanza media, educados como investigadores por el más elevado exponente de la historiografía tradicional en el espacio académico del Museo Histórico, alejados de la escuela teórica más influyente en los años sesentas (el

marxismo), Barrán y Nahum casi no emplearon los métodos de las ciencias sociales ni tampoco su jerga, en ninguno de sus idiomas teóricos. Celosos de la especificidad de un oficio de historiador que entendían debía cumplirse al margen de modelos teóricos, no fueron marxistas pero tampoco fueron neoclásicos. Desarrollaron quizás sin proponérselo, una historiografía que servía a las ciencias sociales pero que no se servía de ellas.

Esta no es la única de las especificidades de Barrán y Nahum como representantes de la historiografía predominante entre 1965-1985. Cuando Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal escribieron sobre lo que el último llamaba *la generación del 45* y el primero *la generación crítica*, ambos incluyeron a la historiografía del período como parte del fenómeno (Rodríguez Monegal 1965)(Rama 1971). Rama incluyó a los hombres y mujeres de la *nueva historia* dentro de la segunda camada de intelectuales de la generación crítica: la que surgió a partir de 1955. Según él, esta camada heredó de la que había surgido en 1945 la misma actitud cuestionadora que los había convertido en “*los sepultureros ideológicos del régimen liberal uruguayo*”, pero tuvo como marca propia un “*renacimiento del nacionalismo que se presenta como un reencuentro con el país dentro de condiciones progresivamente dramáticas*” (Rama 1971, 337).

En efecto, el nacionalismo es posiblemente la contribución más importante de Barrán y Nahum a la cultura uruguaya de la segunda mitad del siglo XX. No se trata del nacionalismo fácil de los intelectuales del Centenario, sino del que surge al tratar de entender el destino nacional desde la constatación de una crisis generalizada. La preocupación de Barrán y Nahum no es la revolución continental, el socialismo internacional o el progreso de la humanidad en cualquiera de sus versiones posibles: su preocupación es el Uruguay, la patria. Así, la vocación autonómica de la Banda Oriental, el carácter nacional atribuido al artiguismo, la modernización autoritaria del militarismo, la modernización progresista del batllismo, la crisis del 90, son todos hitos de un único proceso de construcción de un país, el Uruguay, que es el centro indiscutido de sus desvelos y el gran protagonista de su narrativa histórica. En la misma línea, el centralismo porteño anti-nacional, la codicia luso-brasileña por el Plata, el imperialismo inglés, los mercados mundiales de materias primas y alimentos surgidos a fines del siglo XIX, los mercados mundiales de capital, son los antagonistas que intentan bloquear o inhibir la pujanza de un “país - personaje” cuya épica de debilidades y fortalezas es rescatada con amoroso gesto por los autores. Impedidos de creer que “como el Uruguay no hay”, Barrán y Nahum encontraron la forma de seguir amando al Uruguay a través de un pasado que cierto lenguaje político no hubiera dudado en codificar como un pasado de luchas nacionales,

populares y democráticas⁵. Posiblemente pocas veces quedó tan clara la visión de Barrán sobre el Uruguay histórico como cuando lo definió con una imagen, en una de sus piezas oratorias más emotivas:

“Pivel decía, usando una metáfora, que la vida de Oribe era la de un junco pintado de hierro, queriendo decir que era un hombre débil que se aferraba a la ley, porque era lo que le daba a él fortaleza, que en sí mismo no la tenía. Y el Uruguay es igual, pero no está pintado de hierro, *es un junco con hierro y es muy difícil doblegarnos* entonces (Barrán : 2009, 187, [subrayado de la autora]).

Con un tono confesional similar, Barrán declaró en uno de sus últimos reportajes:

[...] me preocupa el país, siempre he sentido mucho al Uruguay, soy un nacionalista convencido...Me da muchísima rabia que la ensayística de los cincuenta y sesenta haya insistido en la no viabilidad del país porque si insistís mucho, y a los intelectuales eso les encanta, el país termina siendo inviable (Markarian y Yaffé 2010, 187).

La segunda contribución proviene de la mirada de los autores sobre la interioridad del Uruguay. Si Pivel Devoto había formalizado una narrativa que superaba el conflicto partidista histórico al colocar a los dos grandes partidos como forjadores de la nación, Barrán y Nahum dieron forma a una narrativa que recupera el conflicto interno, ahora no entre partidos sino entre intereses contrapuestos. La narrativa de Barrán y Nahum pone la mira en la contradicción de intereses (económicos, sociales, políticos) que caracterizaron cada coyuntura histórica estudiada. Aunque quizás pueda considerarse una influencia del marxismo, la perspectiva del conflicto en verdad no era privativa de esa corriente en el campo de las ciencias sociales ni en la historiografía. La contribución específica de Barrán y Nahum a la perspectiva del conflicto es una gruesa -y esencialmente estable en tiempo- línea demarcatoria que ellos dejaron trazada entre dos bloques irreconciliables. De un lado, el bloque formado por unos terratenientes retardatarios (que primero fueron traidores de Artigas, luego “abrasilerados” con miedo a la revolución social, por

5. Barrán ha sido muy claro con relación a los historiadores y el interés nacional: “La historia como ciencia no debe estar al servicio de las pasiones, pero estudiar el fenómeno de la construcción de la nación está bien y *tampoco se debe estar al servicio de los que no creen en la nación*”, en: Markarian y Yaffé (2010), pp.188 (subrayado de la autora). Y también: “[...] la sociedad uruguaya es de las que más necesita y utiliza su pasado para la conformación de sí misma como nación.... A mí me parece muy bien no hacer más historia provinciana, haber entendido que estamos vinculados al mundo regional. Pero si te abriste al contexto latinoamericano, como debés hacerlo, *corrés un riesgo, no como historiador, como uruguayo: debilitar las bases de la nacionalidad*”. Neves (2010 [2009]), pp.170 (ídem anterior).

último caudillos blancos o colorados), los grandes comerciantes portuarios y el alto clero católico. Por otro lado, el bloque formado por los trabajadores y la clase media urbana, los inmigrantes europeos de la segunda mitad del siglo XIX y cierta élite política ilustrada del 900. Mientras que este bloque alambraba los campos, mestizaba el rodeo, propagaba la agricultura, terminaba con el gauchaje, votaba leyes de avanzada, iniciaba la transición demográfica y conquistaba derechos sociales y de género, el primero prolongaba la vida del vacuno criollo, daba pasto a las guerras civiles y la inestabilidad política, “ataba la producción nacional” a los mercados internacionales y sembraba el terror ideológico al cambio social. Así, su obra rastrea en una línea divisoria que queda trazada en el período tardo-colonial y se extiende hasta la Primera Guerra Mundial.

Por último, la narrativa de Barrán y Nahum dio un paso adelante en una tradición intelectual uruguaya que tiene raíces muy antiguas -si bien insuficientemente estudiadas- donde campo y ciudad son contrapuestos de manera frontal. La dicotomía que los revisionistas y Pivel Devoto habían leído de una forma, Barrán y Nahum la codificaron de manera contraria en términos de “atraso” versus “modernidad”. En efecto, para los revisionistas uruguayos así como para Pivel Devoto el campo había sido la cuna de la patria: Herrera lo planteó en términos de la estancia como célula de la tradición nacional (Herrera 1990); Reyes Abadie, Bruschera y Melogno vieron en la pradera y en la ancha tierra abierta de “la frontera” el germen de un artiguismo contrapuesto a una ciudad portuaria que miraba al Atlántico (Reyes Abadie, Bruschera et al. 1966); Pivel Devoto vio en los hacendados pobres y en los peones rurales de la Banda Oriental el sedimento del artiguismo y por lo tanto, de la nación (Pivel Devoto 1952).

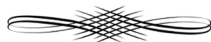
Barrán y Nahum, en cambio, vieron en el estanciero latifundista el principal escollo a la productividad y al crecimiento de la población rural durante la modernización; vieron en la pradera la “bendición diabólica” que bloqueó el desarrollo capitalista y en la producción exportable de origen agrario el lazo que “ató el país” a los dictámenes de los centros capitalistas mundiales. Por si faltaran pruebas, del sector agrario provenía el sector social más reaccionario al reformismo batllista y mejor pertrechado para enfrentarlo: la clase alta rural que se congregó en la Federación Rural de 1915.

En otro lugar se ha discutido el punto de vista de los autores sobre estos asuntos y se han propuesto visiones alternativas (Morales 2003) (Morales 2008). En este texto importa señalar que este sesgo anti-agrario coincide con una sensibilidad teórica y política dominada por el industrialismo desarrollista de los años de 1950 y 1960, y dominada también por lo que el historiador económico Víctor Bulmer-Thomas llamó el “pesimismo exportador” que recorría América Latina en aquellos años. Importa también anotar que recoge y reformula la sensibilidad de las élites

políticas montevidéanas agrupadas en el reformismo batllista del 900, cuya confrontación con el *cluster* conceptual *blancos/latifundistas/ricos/católicos* posiblemente dejó una impronta ideológica muy potente en la inteligencia uruguaya del resto del siglo XX. Así, en la reformulación de Barrán y Nahum no es tan original el sesgo anti-ganadero como el tono amargo e implacable del análisis. Tras leer la *Historia Rural* es difícil que algún intelectual uruguayo haya podido conservar siquiera un destello del antiguo y romántico orgullo por un mundo rural de gauchos y toros Hereford, íconos de lo que alguna vez había querido ser el mejor Uruguay. Una vez más, puede decirse que en la narrativa de Barrán y Nahum se dan la mano el radicalismo batllista del 900 y el tono acusatorio de la generación del 45.

En síntesis, la historiografía económica de Barrán y Nahum dejó como legado ideológico tres elementos que de alguna manera son el esqueleto de su narrativa histórica. En primer lugar cierto nacionalismo que podría llamarse *historicista* (si el historicismo no tuviera tanta injusta mala fama) por oposición al esencialismo romántico de Pablo Blanco Acevedo o de Juan Zorrilla de San Martín. Un nacionalismo que tiene como protagonista aquel “junco de hierro” del que hablara Barrán: una frágil entidad política que resiste al viento de la historia y en esa resistencia construye su fortaleza.

En segundo lugar, una cierta dialéctica del enfrentamiento de intereses, donde los bloques antagónicos no son tales clases sociales o tales partidos políticos, sino quienes están en contra y quienes están a favor de los intereses que, en cada etapa histórica, podían genuinamente considerarse nacionales. Por último, un sesgo anti-ganadero de múltiples raíces y también de múltiples proyecciones, que encontró en su obra una reafirmación historiográfica como hasta entonces nunca había alcanzado.



ÁLVAREZ, J., *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, Buenos Aires: Juan Roldán, 1914.

ÁLVAREZ, J. *Las guerras civiles argentinas, El problema de Buenos Aires en la República*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1936.

ÁLVAREZ, J., Aspectos económicos de la lucha entre Buenos Aires y la Confederación, *Historia de la Nación argentina*, R. LEVENE, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, vol. VIII, capítulo IV, 1936-1942.

ANKERSMIT, F. R., “Historiography and postmodernism.” *History and Theory* 28 (2): 137-153, 1989.

BARRÁN, J. y B. NAHUM, *Bases económicas de la revolución artiguista*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1997 [1964].

- BARRÁN, J. P., Discurso al recibir el Gran Premio a la Labor Intelectual, *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*, G. Caetano, D. Gil y M. Viñar, Montevideo: Banda Oriental, 187-189, 2009.
- BARRÁN, J. P., Problemas de la historiografía uruguaya. *Epílogos y legados. Escritos inéditos / Testimonios*, G. Caetano, D. Gil y M. Viñar, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 15-30, 2010.
- BARRÁN, J. P. y B. NAHUM. *Historia rural del Uruguay moderno, Tomos I-VII*, Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1967-1978.
- BARRÁN, J. P. y B. NAHUM. *Historia Rural del Uruguay Moderno, Tomo II, 1886-1884*, Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1971.
- BARRÁN, J. P. y B. NAHUM, "El batllismo uruguayo y su reforma moral" *Desarrollo Económico* 23 (89): 121-135, 1983.
- BARRÁN, J. P. y B. NAHUM. "Dos siglos de relación entre Uruguay y el mercado mundial (1700-1900)." *Cultura y sociedad* (1): 5-12, 1984a.
- BARRÁN, J. P. y B. NAHUM, "Uruguayan Rural History." *The Hispanic American Historical Review* 64 (4): 655-673, 1984b.
- BARRÁN, J. P. y B. NAHUM, El problema nacional y el Estado: un marco histórico. *La crisis uruguaya y el problema nacional*. C. d. I. Económicas, Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1984c.
- BARRÁN, J. P. y B. NAHUM, *Historia rural del Uruguay moderno (compendio del Tomo 1)*, Montevideo: Editorial Banda Oriental, s/f.
- CAETANO, G. y J. RILLA, "La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos." *Cuadernos del Claeh* 44: 36-61, 1988.
- COATSWORTH, J. H., "From Marx to metrics in Latin America's economic history." Consultado el 15/02/13, en <http://historyspot.org.uk/podcasts/latin-american-history/marx-metrics-latin-americas-economic-history>, 2012.
- DE LA TORRE, N., J. C. RODRÍGUEZ, et al., *Artigas, tierra y revolución*, Montevideo: Arca, 1967.
- DE LA TORRE, N., J. C. RODRÍGUEZ, et al., *La revolución agraria artiguista, 1815-1816*, Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1969.
- DEVÉS VALDÉS, E., *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, Tomo II: desde la CEPAL al neoliberalismo*, Buenos Aires: Biblos, 2003.
- EDITORIAL, «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique ?» *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*. 43 (2): 291-293, 1988.
- GEYMONAT, R., Con José Pedro Barrán. La historia y el otro, *Brecha*, Montevideo: Noviembre 22, 1996.
- HERRERA, L. A., *Selección de escritos sociales*, Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, 1990.
- IGGERS, G. G., *Historiography in the Twentieth Century: From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*. Middletown, Connecticut, Wesleyan University Press, 2005.
- JACOB, R., "Historias de la Historia: recordando a Juan Oddone." *Revista Uruguaya de Historia Económica* 2 (2): 95-96, 2012.

- MARKARIAN, V. y J. YAFFÉ, “José Pedro Barrán: ¿Cómo pude haber escrito esto?” *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XXI* (1): 179-194, 2010.
- MORAES, M. I., “Dos versiones sobre las transformaciones sociales y económicas del medio rural uruguayo entre 1860 y 1914.” *Cuadernos del CLAEH Segunda Serie Año 24* (83-84), 1999.
- MORAES, M. I., “El capitalismo pastor. Dinámica tecnológica e institucional de la ganadería uruguaya entre 1870-1930.” *Historia agraria* (29): 13-44, 2003.
- MORAES, M. I., *La Pradera Perdida*, Montevideo: Linardi y Risso, 2008.
- NEVES, S., José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009, “Qué me venís con el Virreinato!”, *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*, G. Caetano, D. Gil y M. Viñar, Montevideo: Banda Oriental, 163-171, (2010 [2009]).
- NOIRIEL, G., *Sobre la Crisis de la Historia*, Cátedra, 1997.
- ODDONE, J., *Situación de la historia económica en el Uruguay*, Congreso Internacional de Americanistas, México: Sepsentas, 1972.
- PIVEL DEVOTO, J., *Raíces coloniales de la revolución oriental de 1811*, Montevideo: Editorial Medina, 1952.
- RAMA, A., La generación crítica, *Uruguay hoy*, L. Benvenuto, L. Macadar, N. Reigt al. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 325-404, 1971.
- REAL DE AZÚA, C., Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy, *Uruguay hoy*. L. Benvenuto, L. Macadar, N. Reig y C. Real de Azúa, Buenos Aires: Siglo XXI Argentina editores, 145-324, 1971.
- REAL DE AZÚA, C., Los males latinoamericanos y su clave: etapas de una reflexión, *Historia visible e historia esotérica*, C. Real de Azúa, Montevideo: Calicanto, 17-50, 1975.
- REYES ABADIE, W., O. BRUSCHERA, et al., *La Banda Oriental, pradera, frontera, puerto*, Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1966.
- RIBEIRO, A., *Historia e historiadores nacionales (1940-1990)*, Montevideo: Ediciones de la Plaza, 1991.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, E., “Prólogo e introducción de Literatura uruguaya de medio siglo.”, Consultado el 14/02/13, de http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/emir_rodriguez_monegal/bibliografia/prologos/prol_08a.htm., 1965.
- RUFFINELLI, J., Historia y presente, *Marcha*, Montevideo: 13-03-1970, 1970.
- SANSÓN, T., *La construcción de la nacionalidad oriental. Estudios de historiografía colonial*, Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006.
- SOLER, L., *La historiografía uruguaya contemporánea. Aproximación a su estudio*, Montevideo: Editorial Banda Oriental, 1993.
- ZUBILLAGA, C., Del autoanálisis a la confesión: la historia como militancia contestataria. *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. F. Devoto y N. Pagano, Buenos Aires: Biblos, 191-210, 2004.



"Vivere non necesse,
Morzari necesse"

A los lectores, con
muerta fervorosa praxitud, este
número que recuerda los 25
Años de Marcha -

~~Fernando~~ Montendes, Setiembre 1964

~~J. Centurión~~ ~~B. Nahum~~
~~Jorge~~ ~~Murcia~~ ~~Alfonso~~
~~Isabel~~ ~~José~~ ~~Isabel~~

Hector Rojas ~~J. P. P.~~ ~~Pablo~~
~~W. Workhart~~ ~~Isabel Gilbert~~ ~~Mecede Rein~~
~~Mau~~ ~~Antoni~~ ~~Isabel~~

~~Isabel~~ ~~Manina~~ ~~Valencia~~
~~Samuel~~ ~~Federico~~ ~~Orca~~
~~J. Varinas~~ ~~Pamela~~ ~~Guillermo~~
~~Pamela~~ ~~Guillermo~~ ~~Lucas~~

Barrán en *Marcha*

Carlos Demasi¹

(CEIU – Facultad de Humanidades)



65

Tiempos de cambio

El 6 de octubre de 1961 apareció la primera de las reseñas bibliográficas firmada con las iniciales J.P.B.; para no dejar dudas, en un recuadro en el título de la página listaba los nombres completos de los colaboradores, y allí se incluía expresamente el nombre de Barrán. Sugestivamente en la misma página se anunciaba el comienzo de las actividades de Ediciones de la Banda Oriental. En ese número también se presentaba un nuevo jefe de la página política: Eduardo Payssé González, que publicaba un reportaje a Eduardo V. Haedo que incomodó a la Dirección. Esta acumulación de novedades nos dice algo sobre la evolución del semanario, sobre el Uruguay de 1961 y también sobre el contexto cultural en el que se inscribe la incorporación de Barrán al equipo de redactores.

Los cambios que se perciben en el semanario *Marcha* a fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, acompañan las profundas transformaciones del país que llevaron al semanario a un "giro político", parte de un período paradigmático de la evolución del semanario *Marcha*, en el que no solamente fue formador de opinión económica y cultural, sino también lo fue en la política. En ese giro, la dimensión estrictamente cultural no fue abandonada por el semanario: a mediados de 1961 se reunieron en una misma sección los comentarios bibliográficos –hasta



En los 25 años de *Marcha*, sus hacedores firman bajo el principio elegido por Carlos Quijano: "Navegar es necesario, vivir no es necesario". Entre otras se distinguen las firmas de: Julio Castro, Julio C. Puppo, el Hachero, Real de Azúa, Mercedes Rein, Héctor Rodríguez, Luis Pedro Bonativa, Isabel Gibert, Washington Lockhart, Benjamín Nahum y, abajo, al centro: Barrán.

1. Carlos Demasi, Profesor de Historia (IPA), Licenciado en Historia (FHC), Mag. en Ciencias Humanas. Encargado de Dirección del CEIU (FHCE). Investiga la historia reciente del Uruguay y la región. Autor de *La lucha por el pasado* y co autor de *La Dictadura Cívico-Militar en Uruguay. 1973-1985*.

Libros y Autores

ESCRIBEN: José Pedro Barrán, Diego Pérez Pintos, Germán V. Rama,
Lucien Mercier, Mario Trajtenberg.

RELIGION

ARNOLD J. TOYNBEE: *EL CRISTIANISMO ENTRE LAS RELIGIONES DEL MUNDO*. Buenos Aires, Emece, 1961. 141 pp.

Toynbee nos brinda un nuevo ensayo y a esta altura de su producción, parecería abordable que la facilidad con que publica sea la mejor escuela para un tratamiento serio del tema. Se trata de cuatro breves conferencias, sencillas cuando no llanas, con algún chispazo de comprensión verdadera, dadas en New York en 1955. El tema, está esperando otro enfoque, y

palabra divina a la cultura particular y no prueba de la falsedad de la revelación. El criterio no deja de ser curioso en boca de un occidental y revela en su tendencia, el afán un tanto tardío de Occidente, por comprender aquello que no es él. J. P. B.

• ENSAYO

★ ERNST SCHNABEL: *ANA FRANK, LA PREDESTINADA*. Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1961, 206 pp.

El breve prólogo, lleno por momentos de un entusiasmo por Ana Frank que va más



entonces ocasionales y dispersos en la página literaria— y los encargó a un grupo particularmente destacado (por ejemplo, estaba otro futuro ganador del Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual, el poeta Washington Benavides). La sección (con nombres diversos) tuvo una permanencia que es reflejo de una intensa actividad editorial; aunque al comienzo predominaban las publicaciones argentinas, con el correr de los años se fue abriendo paso la producción del boom editorial nacional de los sesenta. El repaso de las obras reseñadas proporciona un buen resumen de los temas y los enfoques que interesaban a los intelectuales de la década.

La actividad de Barrán como colaborador fue intensa: hasta 1968 reseñó alrededor de un centenar de libros, a los que se agregaron artículos ensayísticos, crónicas de época (algunas firmadas como “Montaldo”) y colaboraciones en números especiales. En este corpus pueden señalarse las características de un estilo de lectura, así como pistas muy firmes sobre las inquietudes metodológicas y los temas que lo obsesionaban por entonces. Vamos a tratar de repasar algunos de ellos.

Elogiar y criticar

Con una pauta más orientada por la personalidad que por la temática, Barrán encaraba la crítica como una tarea docente. En estos comentarios redactados en estilo muy llano, el comentarista es poco visible: nunca compete con el autor, no alardea de sapiencia desplegando bibliografía sobre el tema que comenta salvo que la contraposición de otra opinión enriquezca el comentario. Nunca un libro es tan malo que no tenga algún

aspecto elogiable; nunca es tan bueno que no merezca alguna observación (incluso estos dos aspectos aparecen vinculados: muchas veces los mayores elogios conviven en el mismo comentario con las críticas más fuertes). Y por último, siempre la reseña incluye (generalmente como cierre) algún comentario que vinculaba la obra con los problemas contemporáneos, un lazo que a veces estaba en la lectura del crítico más que en la intención del autor. De las reseñas surge con nitidez un conjunto de pautas metodológicas, algunas de las cuales lo acompañarán permanentemente en su tarea de historiador.

Hijo de su tiempo, sus crónicas revelan un marcado interés por la historia social y económica que aparecía como la novedad al impulso de la historiografía francesa. Parece claro que el ejemplo de *Annales* lo interpelaba directamente como historiador y desde ese lugar constituía su mirada, sin embargo es raro que los invoque alguna vez². Pero en una época tan fuertemente marcada por el estructuralismo, su atención no se limitaba a la descripción de las estructuras sociales y económicas como totalidades globales; con frecuencia se dejaba llevar por aquella “voluptuosidad de estudiar cosas singulares” que evocaba Marc Bloch de las que solía extraer conclusiones de valor general.

La mirada sobre lo social y lo económico estaba orientada por una demanda: la multicausalidad. Que los fenómenos históricos son el resultado de causalidades complejas es una idea que orienta permanentemente su lectura; y no se priva de señalarlo, particularmente cuando los autores se afilian con demasiada fuerza a la explicación económica. Es de señalar que la demanda de explicaciones complejas no se limita a aumentar el catálogo de factores económicos o sociales, sino que aboga por la inclusión de otras dimensiones. Sorprende que en una reseña, señale que la obra “olvida rubros políticos fundamentales” (Nº 1297, 28) en una época que no valorizaba demasiado la política; pero más sorprende que a R. Puiggrós le recuerde una frase de Lucien Febvre: “la auténtica causa de los hechos religiosos es generalmente otro hecho religioso” (Nº 1327, 29).

Esta cita introduce otra dimensión de los comentarios de Barrán, que resultaba trasgresora: la referencia al hecho religioso no solamente como rasgo cultural, sino como elemento específico del acontecer histórico. Su primera reseña apareció bajo la rúbrica “Religión”, y con frecuencia reclamaba una incursión por la religiosidad para comprender fenómenos del pasado y del presente; así se instala en los límites de la modernidad reseñando un libro (“fascinante”) sobre la religión en Haití. Su interés por lo religioso no es solo un abordaje pintoresquista, sino que

2. Los dos casos que pueden señalarse se vinculan a la misma nota, publicada en octubre de 1966, sobre el libro de Roberto Puiggrós: *Juan XXIII y la tradición de la Iglesia*. Como veremos, en el texto cita a Lucien Febvre, y en la respuesta a una airada carta de Puiggrós agrega una referencia a Marc Bloch (Nº 1330, 5). En cambio, en ningún artículo hay menciones a Fernand Braudel ni a la “larga duración”.

asume la religiosidad como un agente histórico dotado de autonomía y no un mero reflejo de fenómenos económicos o sociales. Comentando la obra de Arturo Ardao *Racionalismo y espiritualismo en el Uruguay*, cuestiona que el racionalismo uruguayo derive directamente de la influencia europea y sugiere que "... el racionalismo también puede ser fruto de una evolución *dentro* [sic] de la esfera de la religiosidad tradicional" (Nº 1149, 23). Más llamativa aún es una reflexión sobre un libro publicado por una institución católica:

...la crítica más importante que nos merece este estudio [es que], si no hubiéramos recibido la información de fuera, nada indicaría que este fuese un libro editado por católicos o al menos dirigido por ellos. El asunto es extremadamente curioso y desconcertante. [...] El crítico añora la trascendencia, se dirá. Bueno, efectivamente algo de ello sucede. No nos conformamos con la idea de ver a la Iglesia a la zaga de los tecnócratas. (Nº 1260, 2ª Sección, 14)

Sin embargo, aunque considera a la religiosidad un objeto de estudio relevante, no la utiliza como herramienta de análisis. Por el contrario, buscaba la racionalidad dentro de lo irracional como si un análisis que se apartara del marco racional fuera una anomalía que reclamaba explicación.

A todos los historiadores uruguayos modernos (y también a algunos intelectuales y políticos que se ocupan de la reubicación de nuestro pasado en la realidad actual) se les puede formular un reproche: el tono admirativo con que analizan las manifestaciones «irracionales» de nuestra evolución histórica, en especial el caudillismo. [...] El origen de esta posición puede encontrarse en la identificación, inconsciente a menudo, entre mundo urbano y clases superiores, y mundo rural y clases inferiores, cuando de lo que se trata no es de la lucha entre explotados y explotadores, sino de lucha de dos sistemas culturales, cada uno con su correspondiente estratificación social (Nº 1135, 30).

En algún caso comentará con dureza que esa actitud "sólo se justifica por ese típico afán de ser populares que tienen las minorías de intelectuales". (Nº 1149, 21).

En estas notas críticas aparece un diálogo permanente con el marxismo, marcado por aproximaciones y distanciamientos. Si bien algunas categorías marxistas como la lucha de clases aparecen en sus análisis, en cambio desconfiaba de sus esquemas explicativos. "Las categorías [de Marx], ¿pueden ceñir siempre con vigor a una realidad tan ajena a aquella para la que fueron pensadas?" (Nº 1369, 31). Por esa línea, a veces su crítica se internaba en problemas más profundos:



Los historiadores marxistas realizan, en general, un culto muy poco sutil, muy poco razonado, a las fuerzas históricas que, en el presente, señalan el porvenir. [...] No todo lo que fracasa –como parece pensar Pintos– es porque tiene *necesidad* [sic] de fracasar. A veces sucede que el peso de los factores externos inclina la balanza de manera decisiva, impidiendo los procesos lógicos internos. [...] En eso discrepamos. En la necesidad absoluta de lo que acaece.³ (Nº 1266, 2ª Sección, 15)

Pero, así como tomaba distancia del marxismo sin poder alejarse demasiado, también aparece seducido por la capacidad explicativa del psicoanálisis. La primera de las “Crónicas de otro tiempo” publicadas con la firma de “Montaldo” se titula “Un «caso Edipo» en nuestras guerras civiles” y presenta la extraña relación de Venancio Flores, su esposa y su hijo mayor, en la compleja coyuntura de febrero de 1868. Describe el alzamiento del Cnel. Fortunato Flores contra su padre Venancio, motivado “si Freud no nos contradice” por el deseo de que este continúe al mando. Como remate, comenta “Montaldo”: “El episodio demuestra que no sólo la sabia luz de Marx debe reinterpretar nuestra historia, también debemos dejar un pequeño sitio a la de Freud”. (Nº 1234, 12)

Este interés en el potencial analítico del psicoanálisis lo lleva a frecuentes apelaciones a las categorías freudianas: la descripción de las actitudes de un personaje son presentadas como “la enajenación más absoluta a un super yo familiar” (Nº 1325, 14); sobre el comportamiento de Juan Manuel de Rosas “No cabe duda, Rosas era un ser complicado y posiblemente más de un psiquiatra [¿psicólogo?] hubiera hecho una bella historia clínica con su comportamiento (Nº 1253, 11), o la caracterización del universo femenino de principios del siglo pasado como un mundo donde “las neurastenias y jaquecas –enfermedades de las mujeres «nerviosas» en una época que ignoraba el psicoanálisis– eran la respuesta inconsciente de una vida dedicada al cuidado del objeto” (Nº 1350, 29), una frase que tiene aroma a *El Uruguay del novecientos*.

Si el paso del tiempo reforzó esa mirada freudiana, en cambio hizo desaparecer una de las ideas más firmes de Barrán en los años sesenta: la manifestación de su compromiso con el presente, concebido como la continuidad del pasado. En sus notas existe una tensión subyacente entre el reclamo de fidelidad a la historia y el compromiso con su circunstancia, expresado en la búsqueda de una “reubicación de nuestro pasado en la realidad actual”. Esa lectura generalmente se resumía en una frase que vinculaba (a veces un tanto sorpresivamente) el tema del libro reseñado con la realidad presente. Así por ejemplo, dos trabajos sobre el pasado uruguayo le hacen pensar “que muchos buscan en la historia las causas profundas de la actual frustración” (Nº 1195, 28); o frente a la

3. Esto se mantuvo como una constante en su reflexión; “¿Por qué no puede ser lo que nunca fue?” (Barrán 2010, 189)

flexibilidad de la Iglesia medieval para adaptarse a los cambios sociales, concluye “No se podría decir lo mismo de ella en nuestro siglo”. (Nº 1117, 31).

Este interés no se limita a la lectura presentista de los estudios históricos también se refleja en los frecuentes comentarios de obras sobre episodios muy recientes, ejemplos de una mirada que historizaba “en tiempo real” los acontecimientos de su propia época. Así aparecen reseñas de publicaciones sobre la invasión a Playa Girón (ocurrida en abril de 1961) o de la política económica de Frondizi (derrocado en 1962). De la incidencia del empleo público en la clase media uruguaya extraía una conclusión que el tiempo revelaría certera: “como la mayoría depende del Estado, [...] una crisis financiera se revela como el factor más grave de conmoción social”. (Nº 1187, 31). A la inversa, a propósito del derrumbe del Banco Trasatlántico en 1965, “Montaldo” publicó una crónica sobre la crisis bancaria de 1868 repleta de alusiones al presente (Nº 1255, 11). Un Barrán más maduro calificaría esta actitud como “osadía” (Porley, 25), pero la revisión hace lamentar que no continuara esa línea.

Junto a estas constantes puede señalarse la ausencia (o casi) de aspectos que hoy sabemos ocupaban también su interés. La música o a la cultura musical deberán esperar hasta 1972 cuando, ya con Benjamín Nahum, aparezcan las referencias musicales vinculadas al contexto histórico (Barrán-Nahum, 14). Más llamativa aún es la escasez de reflexiones sobre la Historia enseñada, actividad que era su principal medio de vida por entonces. Solo en una oportunidad se detiene a reflexionar sobre la tarea educativa; allí identifica dos problemas en la enseñanza de la Historia: la trasmisión del sentido del tiempo y la formación de la conciencia crítica en los alumnos. La reseña termina con una reflexión que hace lamentar la brevedad de su extensión: “Mucho más importante que hipotéticos planes de reforma, en donde se pretende incluso modificar el contenido filosófico de la enseñanza media, parece ser el orientar al actual profesor en la manera de conducir su clase”. (Nº 1186, 28)



Temas

La enorme dispersión temática –determinada por las obras comentadas– no impide percibir algunos intereses persistentes en Barrán, que se hicieron más evidentes cuando tuvo la posibilidad de elegir el tema de sus colaboraciones. El repertorio temático que asoma en este repaso muestra una orientación ya definida hacia la historia del país desde la colonia, abordada desde las dimensiones económico-sociales aunque, como ya dijimos, sin dejar de tomar en cuenta la autonomía de los aspectos políticos y culturales.

El tema que atraviesa todo el repertorio es el de la nación, que no solamente es motivo de reflexión, sino que, más aún, aparece como

configurador de la mirada. Barrán se vive como uruguayo y desde ese lugar observa, analiza y juzga; es imposible separar de sus comentarios un componente identitario que va mucho más allá de lo temático y da forma al comentario mismo. Pero su nacionalismo es profundamente crítico: la evidencia de la crisis y la dificultad para entrever una salida que no afectara la peculiaridad y la herencia del país, le da a sus comentarios cierto aire desencantado. Pero es ese compromiso el que lo empuja a estudiar el pasado (en otra publicación afirmaba: “El estudio del pasado es la forma más natural de arraigo”⁴); tenía la convicción (compartida por algunos de los historiadores más destacados de su generación) de que en la historia se encuentran encerradas las claves del presente.⁵

La fidelidad a ese capital intangible transmitido por el pasado que Barrán suele denominar “orientalidad”, motiva verdaderos ensayos con valor autónomo. De allí pueden extraerse fragmentos de una narrativa de la nación donde se distinguen épocas turbulentas (hasta el final de la Guerra Grande), etapas de crecimiento económico y de instauración del control político hasta comienzos del siglo XX, y aquel período que persistentemente identifica como la etapa más próspera del Uruguay: el período 1900-1930; el golpe de Estado de Terra parece inaugurar el presente histórico y ya no puede identificar períodos. En todas las etapas aparecen responsables y víctimas, y la actuación de los protagonistas le merece fuertes críticas. La única excepción es Artigas que se transformó en el parámetro de referencia: la actuación de un protagonista se juzga según su adhesión a los principios artiguistas. Pero eso le provocaba cierto desencanto:

...nunca las masas campesinas han contado en nuestro país con una élite dirigente que estuviera a la altura de su modelo reivindicativo. La propia naturaleza del fenómeno caudillista las condenaba a «Jacqueries» sin valor doctrinario (una sola excepción: Artigas y su *Reglamento Provisorio* [sic] de 1815). (Nº 1187, 31)

Unos años más tarde le confesaba su frustración a Real de Azúa, ya que no había logrado encuadrar los hechos históricos del siglo XIX en un esquema social ya que todos los protagonistas forman parte de la misma clase (Klaczko, 198). Ante esa situación la referencia a la nación, dirá Barrán en 1974 con algo de picardía, proporcionaba una alternativa para la construcción de una historia “posible” cuando la lucha de clases todavía no se manifestaba en la sociedad:

4. Prólogo a *Las Instrucciones del año XIII* de Héctor Miranda, Ministerio de Instrucción Pública, “Biblioteca Artigas”. (*Marcha* Nº 1221, 31).

5. A comienzos de los 70 integraba el grupo “Historia y presente” junto a Benjamín Nahum, Juan A. Oddone y Blanca Paris, Roque Faraone, Carlos Benvenuto, Julio Millot, Lucía Sala, Nelson de la Torre y Julio C. Rodríguez (Barrán-Nahum, 7).

... no porque la nación me interese en sí (aunque tal vez algo de ello ocurra), sino porque creo que su defensa, en última instancia, iba a permitir a las clases populares alcanzar el papel que sistemáticamente se les había negado. Defender la «orientalidad» era defender uno de los postulados básicos del artiguismo, aunque fuera en otro contexto temporal. (Klaczko, 198)

En las reseñas bibliográficas de *Marcha* son frecuentes las referencias identitarias, formuladas a veces en tono discretamente polémico con los seguidores de la novedad revisionista de los sesenta: el centralismo montevidiano "...mal que nos pese era también la definición de la individualidad rioplatense, si no se desea decir uruguayo (como sospecho, los autores no desean decir)" (Nº 1297, 28). En la misma línea reivindicaba permanentemente la "orientalidad" de Artigas cuando comenta "Los caudillos" de Félix Luna:

...no es un líder argentino y calificarlo de tal forma –aunque reconociendo cierta impropiedad en el término, como reconoce Luna– es una «apropiación» histórica indebida. La Argentina –la idea nacional que este concepto implica– no existía en el momento de la actuación artiguista. La patria común –que había que formar– era el gran Virreinato del Río de la Plata, el cual incluía a bolivianos, paraguayos, orientales, porteños, etc. No tiene sentido que el más rioplatense de nuestros caudillos sea precisamente presentado como el integrante de una galería argentina de personajes, como tampoco tiene –es necesario ser justos– la «orientalización» absoluta que los uruguayos hemos realizado de él. (Nº 1328, 30)

La irritación que muestra la cita refleja con bastante precisión el lugar de Artigas en el universo de Barrán: como caudillo anterior a la formación de las naciones rioplatenses no admite la denominación de "argentino" que le aplica Luna, pero tampoco es un caudillo uruguayo como lo pretende la construcción tradicional uruguaya. Por eso cree ver en Luna un intento de "apropiación" que "no tiene sentido" histórico.

La frustración del proyecto artiguista reclamaba un responsable: en sus reseñas adjudica ese lugar a las clases altas, no solamente por su ocasional alianza contra el artiguismo, sino por la actitud permanente que ve reaparecer en la fusión y en el discurso principista. Barrán ve en las clases altas la evidencia de un egoísmo de clase que los lleva a jugar a la autonomía o a la anexión según conviniera a sus intereses. La aspiración al "orden" era un simple recurso para someter a las clases populares: "El temor al desorden (que siempre significa temor a las clases inferiores), [fue un] rasgo típico de las oligarquías provinciales y de Buenos Aires" (Nº 1176, 29).

Algo similar ocurre con el principismo, aunque allí la mirada se enriquece con otros aspectos. La publicación de la polémica entre José Pedro Varela y Carlos María Ramírez (que se encargó de transcribir junto con Nahum desde los diarios amarillentos) le da oportunidad de publicar una reseña (casi un ensayo), “El desarraigo de los intelectuales montevideanos”. En dos densas páginas adelanta una hipótesis sobre el principismo –discutible, pero muy persuasiva– basada en la ruptura de la relación entre la actividad económica y política de las clases dirigentes.

El patriciado que se había arruinado paulatinamente no representaba ya –el ejemplo de Herrera y Obes es típico– a las fuerzas vivas de la producción del país. [...] Sin ataduras activas con los dueños de la tierra o el gran comercio importador, se sintieron políticos y nada más que ello. Por eso también cayeron. No representaban a nadie fuera de sí mismos. (Nº 1267, 30)

El juicio que le merecen sigue de cerca al Pivel anterior a “La amnistía en la tradición nacional”. Sin embargo el comentario permite vislumbrar la complejidad del sentimiento que los años sesenta con respecto a los temas del principismo: la democracia política y las libertades públicas. Por un lado el discurso garantista parece fastidiarlo “El palabrerío en torno a la democracia y los derechos individuales comenzó aquí” (Nº 1267, 31) mientras que por otro denuncia la falta de espíritu democrático que cree descubrir en ellos: el liberalismo principista, según Barrán, era esencialmente elitista y antidemocrático. Como apoyo cita un fragmento de Fortunato Flores invitando a votar en las elecciones de Alcalde ordinario de 1875:

La lucha es social, eminentemente social, como claramente se desprende de la espléndida reunión del 6. La gente honrada alrededor de la lista popular; la canalla insolente en torno de la lista que encabeza Francisco de Tezanos. *De un lado está lo más escogido de nuestra sociedad, la valiente juventud* [sic] de Montevideo, serena y tranquila; del otro lado los calumniadores de oficio, los traficantes políticos, los concusionarios y ladrones acompañados de asesinos alquilones que se han de resbalar en los adoquines y se han de balear solos en las urnas... Mal que les pese a los netos, *la gente decente, los cajetillas de Montevideo* [sic], hemos de poner a raya a los bandidos que los auxilian. (Nº 1267, 31)

No deja de ser curioso que sea Barrán quien asume que las clases bajas son “ladrones” y “asesinos” y que la referencia a la “gente decente” describe solamente a la clase alta; el texto de Flores es más confuso y no permite esa fácil asimilación. El original puede leerse también como una argumentación retórica de que la mayoría del pueblo (compuesta por la gente honesta de todas las clases sociales) apoya la “lista popular” mientras que solo lo peor de la sociedad acompaña a la lista adversaria.

LA NACIONALIDAD (II)

Y Bernardo P. Berro, recordando tal vez los argumentos de Florencio Varela sobre la utilidad de las nacionalidades, escribía en el mismo año:

"La independencia y el gobierno interno de una asociación política se consideran medios necesarios de alcanzar un fin social. Nuestra independencia y el gobierno que hemos adoptado, producen a ese fin... Esta sería la primera cuestión que habría que examinar, pero la considero ociosa. Parto del supuesto que efectivamente, como todos reconocemos, son ambas cosas indispensables para el fin indicado..."

Hay un cambio de frente en la clase alta. Cuando Florencio Varela el unitario argentino razonaba desde "El Comercio del Plata" diciendo que la felicidad privada de los ciudadanos era el fin de la nacionalidad y que si ellos no la obtenían por ese medio debían buscar otro (justificando así la separación de Entre Ríos y Corrientes de la Confederación Argentina), utilizaba el mismo criterio para juzgar de la viabilidad de las nacionalidades que Bernardo P. Berro diez años después. Se trataba, en último análisis, de que la nacionalidad protejera a los ciudadanos, les permitiera la felicidad en medio de la abundancia económica, mediante el orden, la libertad y la paz. De otra forma era inútil y opresora. Como ahora el Estado Oriental estaba tal vez en condiciones de lograrlo visto que la clase superior urbana lo gobernaba y la anarquía se enseñoreaba de nuestros vecinos sobre esa nación de la nacionalidad debía afirmarse. Pero la soberanía tenía que restringirse. El país todavía no estaba en condiciones de garantizarse él mismo. Añadía Berro:

"Toda independencia se apoya en una nacionalidad. ¿Cuál es, pues, nuestra nacionalidad? Nuestra nacionalidad fue una hábita, no nació por sí misma, por obra nuestra. Fue una declaración, no un hecho, y, así puede ser una nacionalidad? ... Nuestro modo de ser político es una nacionalidad declarada y reconocida, pero que aún se está formando. Por el valor de esa declaración tenemos el derecho antes del hecho... Somos independientes en nombre ante la ley de las naciones. ¿Tales como o tenemos las condiciones que constituyen el ser independientes? No. ¿Tenemos o tenemos un gobierno con los atributos necesarios a un gobierno de comunidad política? Tampoco. Este es aún nuestro estado fundamental: una independencia declarada, no consolidada..."

¿Cuál era, entonces, la solución? "Una nación en este estado no puede valerse por sí misma para mantener su independencia, no nació por ella el fruto que corresponde. En su importancia, tiene que buscar afuera lo que no halla adentro; y entonces o tiene que a toda costa de la independencia poderosa o se acoge al amparo de una combinación de otras naciones..."

No hay acaso un parentesco fuerte entre estos argumentos y los del Congreso Cisplatino, aunque la conclusión sea diferente? Ante la debilidad de la nacionalidad de la República, la solución se hallaba en solicitar de una parte de la soberanía, buscando la tutela colectiva "tanto más segura cuanto más voluntarios abraza la combinación" al decir de Berro (7).

No todos pensaban así. Algunos sentían, como Ambrosio Velazco, que la soberanía no debía sufrir ningún menoscabo y que la nacionalidad podía afirmarse sin la tutela colectiva. La política que estaba en torno a los proyectos de neutralización demuestra esos cambios que lentamente se operaban en la clase alta a la luz de las transformaciones sociales y económicas que el país comenzaba a vivir.

LOS ÚLTIMOS MIEDOS

Estos cambios, empero, no produjeron sus frutos inmediatos en la década que se inicia en 1860. Cuando la clase alta se enfrenta al gran renacimiento de la "anarquía caudillesca" (1863-1872) retornan los viejos temas de la inviolabilidad del país, que ocultaban siempre el temor a perder el control de la vida pública.

Ya en 1857 Juan Carlos Gómez había brindado por la reconstrucción del virreinato. Nuestra unión con la rica y culta Buenos Aires constituirá el único antecedente que las dos metrópolis urbanas del Plata podrán oponer a la prepotencia de Uruguay y sus secuestrados diez años después, cuando Venancio Flores gobierna el Uruguay y la resistencia argentina en la Guerra de la Triple Alianza amenaza con desmembrar al país vecino, Juan Carlos Gómez volverá a resucitar—cada vez más minoritaria es cierto—la imagen clásica de la clase alta: la imposibilidad de ser independientes.

La angustia por la pérdida de la Patria Grande del Virreinato del Río de la Plata que en Juan Carlos Gómez es sincera, no debe ocultarnos la fuente objetiva de su poderoso sentimiento unitario: que sus enemigos calificaron de anexionistas. Gómez teme el triunfo de sus enemigos de clase y encuentra en nuestra incorporación al antiguo territorio virreinal la única garantía para su grupo social.

Exponiendo la raíz sociológica de su opinión afirmó:

"No hay más capitales posibles (para los futuros Estados Unidos del Sur) que Buenos Aires o Montevideo, porque un gobierno representativo y constitucional ha menester de una atmósfera de opinión pública, y de una base de poder moral, que sólo existen en sociedades que son grandes aglomeraciones de intereses y de inteligencias, que no puedan ser movidos ni atraídos a cada paso por un malón de diez o cuatro gauchos o de media docena de presidiarios." (8)

Todo antes que el triunfo de los caudillos y la anarquía, "... cuando la disolución no haya dejado en la república a la civilización más que las murallas de Buenos Aires y Montevideo, todo, inclusive la reconstrucción virreinal. Existe un hilo conductor entre 1821 y 1867, hecho que ciertamente habría disgustado a Juan Carlos Gómez: el hecho de que parece que la tendencia indiscutible. Los hombres del Congreso Cisplatino no pensaron de otra manera y si en vez de ser argentinos fueron cisplatinos y aporriados la explotación de la diferencia no es otra que la bismeda del que ofreciese mayor seguridad y orden. Por lo menos, en Juan Carlos Gómez existe un sentimiento rioplatense que se nutria en el pasado histórico del país.

Exponiendo la raíz sociológica de su opinión afirmó:

LA CLASE ALTA Y LA IDEA DE LA NACIONALIDAD

Y sellaba su pensamiento con la frase más tremenda que estampara alguna vez un integrante del selecto núcleo patriótico:

"O platinos o brasileños, mucho todo, señores, que en estos precisos términos se plantea el problema que habrán de resolver nuestros nietos... si no los padres de nuestros nietos" (10)

Caido ya Latorre, la burguesía de comerciantes y banqueros, casi toda de extracción extranjera, temerosa de un recrudescimiento de las guerras civiles ante el fin de la dictadura militar, era de su misma opinión: "la opinión pública, en especial la clase de los comerciantes extranjeros en Montevideo... piensa si no sería posible poner fin para siempre a estas constantes revoluciones. Se vuelve a hablar nuevamente de la incorporación del Uruguay al Brasil; pero también la Argentina mira su mirada codiciosa en la linda ciudad puerto..." (11).

El ministro del imperio alemán que esto escribía en mayo de 1881, confirma la coherencia de la clase alta oriental. Desde que Nicolás Herrera se transformó en 1816 en secretario del general invasor Carlos Federico Lecor, hasta la intranquilidad del alto comercio montevideano en 1867 frente a los posibles desórdenes internos, la solución jamás varió en sus aspectos fundamentales: el orden, el respeto a los derechos individuales y sobre todo al más importante de todos, el de propiedad privada, debían ser el fin supremo de una sociedad organizada en estado soberano. Una nación que no los garantizara no merecía existir.

De todo lo que cabe deducir: si el mantenimiento del país como estado independiente resistió dificultades objetivas y acciones hostiles de su clase alta, las raíces de la orientalidad sólo se nutrieron por lo tanto, de los que al fin y al cabo ya habían dado su aporte por ella, desde Rincón al sitio de Paysondó: las clases populares.



Y Pedro Bustamante, correligionario político de Juan Carlos Gómez, en quien los integrantes del alto comercio vieron un personaje distinguido desde los días de la crisis bancaria de 1868, decía en 1879, sobre el proyecto de Gómez:

"... No es tan utópico ni tan impopular... aun para muchos de aquellos que de tal lo califican, salvo que a concepto de estos mismos, la utopía consistía en optar por la anexión al imperio del Brasil."

Y sellaba su pensamiento con la frase más tremenda que estampara alguna vez un integrante del selecto núcleo patriótico:

"O platinos o brasileños, mucho todo, señores, que en estos precisos términos se plantea el problema que habrán de resolver nuestros nietos... si no los padres de nuestros nietos" (10)

Caido ya Latorre, la burguesía de comerciantes y banqueros, casi toda de extracción extranjera, temerosa de un recrudescimiento de las guerras civiles ante el fin de la dictadura militar, era de su misma opinión: "la opinión pública, en especial la clase de los comerciantes extranjeros en Montevideo... piensa si no sería posible poner fin para siempre a estas constantes revoluciones. Se vuelve a hablar nuevamente de la incorporación del Uruguay al Brasil; pero también la Argentina mira su mirada codiciosa en la linda ciudad puerto..." (11).

El ministro del imperio alemán que esto escribía en mayo de 1881, confirma la coherencia de la clase alta oriental. Desde que Nicolás Herrera se transformó en 1816 en secretario del general invasor Carlos Federico Lecor, hasta la intranquilidad del alto comercio montevideano en 1867 frente a los posibles desórdenes internos, la solución jamás varió en sus aspectos fundamentales: el orden, el respeto a los derechos individuales y sobre todo al más importante de todos, el de propiedad privada, debían ser el fin supremo de una sociedad organizada en estado soberano. Una nación que no los garantizara no merecía existir.

más valdeira desde el punto de vista histórico, sobre la actitud de la clase alta en relación al principio de la nacionalidad. Un análisis científico riguroso escapa en estos momentos al tiempo de que disponemos. Creemos, sin embargo, que la sustancial del enfoque es azaroso y objetivo.

- 1) Thomas R. Davis, Carlos de Alvear, pág. 13.
- 2) Isidoro de María, Anales de la Defensa de Montevideo, Tomo I, pág. 363. Lista de casas consignatarias, intenciones y mayorías existentes en Montevideo, 1843.
- 3) Ingless: Anderson Macfarlane y Gus Drabbe Brothers; Nicholson Green y Cia Smith Brothers; Henry Sparrish; Hayes Stohes; Dealise Brothers; Thomas Dugging John Gowland; John Porter; Stanley Black; Samuel Latson; Leclán y Wilkin; Erico Stuard Bradshaw Wankly; Carlisle Smith; Mackinnon Eworal; Seisms Macfarlane y Cia; Shaws Brothers; Daybe Brothers; John Nutall; Brounell Stegmann John Le Bas; James Nutall; Eduardo Gowland; John Grenville; John Jackson y Cia; John Kematey; Parry y Cia; Henry Dooce; Dickson y Cia.
- 4) Franceses: Pablo Duplont; E. Larroche Lucas; Marius La Place y Cia; Adonés Audifred Michaud J. Basin; E. Raymond y Theil; Sarrañ y Bernabodig; Birabab; Tampied; A. Valliant; Pablo Lavayssé Arias y Charry; Goumoullay Hia; Peris Frere; Chapparonne; Isabelle e hijos Freyer Hermanos.
- 5) Españoles: Felix Bujareo; Jaime Castells Euzarín y Traversa; Waghon y Cia; Juan Ochoa y Cia; Jaime Llavall y hijos Teodoro Retajig; José Urrosel; Leonards Rodríguez; Manuel Gratin; Santa Rosa Llanab y Cambasier; Manuel Montejara Italianas; Vicente Ghanello y Cia; Pedro Bassor; José Avagno; Esteban Riso; G. Gurpurro y Cia; Esteban Antonal.
- 6) Brasileños: Manuel J. Ensar; Manuel Goudard de Costa; Germano de Costa; Antonio J. de Souza Viana; Nícoló de Souza Guimarães; Joaquín Martins de Silva; Manuel Comares y Cia; Domingo J. de Campos Porto.
- 7) Nacionales: Don José María Montebelo; Miguel Antonio Flacabán; Riso; G. Gurpurro y Cia; Esteban Antonal.
- 8) Pível Rosca: Historia de la República G. del Uruguay, pág. 316.
- 9) Arturo G. Berro: Bernardo P. Berro. Vida pública y privada. pág. 397.
- 10) Idem, pág. 391-392.
- 11) Luis Melita Larroze: Semblanzas de Basco, pág. 388.
- 12) Idem, pág. 388.
- 13) Alicia Vicensura de Thariz: Juan Carlos Gómez, periodista y polemista. Revista Histórica nº 84, pág. 312.
- 14) L. Gótz de Vau Perzina: Defensa diplomática de los representantes del imperio alemán en el Uruguay. Revista Histórica nº 37, pág. 224.

NOTAS

1) Esta artículo sólo cubre una hipótesis de trabajo, la que nos ha parecido

La polémica entre José Pedro Varela y Carlos María Ramírez

El desarraigo de

La importancia de la polémica Varela - C. M. Ramírez, que por primera vez aparece ahora en libro (1), no se agota en su significado histórico concreto: un análisis tenso y magistral del país hacia 1876. El duelo verbal entre Carlos María Ramírez y José Pedro Varela publicado hoy, en 1965, cuando el país atraviesa otra crisis similar a la de 1875, alcanza contemporaneidad. Se advierte, a través de todos los hechos reales y particulares del período histórico del que se trata, una secreta e íntima ligazón con nuestro presente. También estos hombres trataron de repensar el país y en una desgarradora crisis personal — que era la de toda su generación — hicieron la autocrítica más sagaz de su pasado político, de sus ideas filosóficas, económicas y sociales. La polémica demostraba con total claridad la capacidad de reacción del país para salir del marasmo político, el desastre económico y el desarraigo cultural a que lo habían condenado tanto los hechos muy escondidos de las estructuras, como la dirección que pretendieron brindarle al Uruguay los intelectuales de la generación principista.

Son muchos los temas tratados y discutidos por los polemistas. Hay incluso un enfrentamiento filosófico muy rico entre el prologuista, doctor Ardao, cuando la médula del problema. José Pedro Varela representa la introducción frontal y por ello mismo chocante y algo extrema, de las ideas positivistas, en lógica oposición a las dominantes hasta ese preciso momento en la "intelectualidad" nacional: las espiritualistas de cuño francés. Pensamos, sin embargo, que la propia especialización del Dr. Ardao — la historia de las ideas filosóficas — le ha llevado en el prólogo a unilateralizar un tanto el problema. Más importante, a nuestro parecer, y lo enjuiciado por los dos contendientes, es el desarraigo de los jóvenes universitarios, su inadecuación a la realidad del país.

Claro que ese desarraigo era motivado, en parte, por una postura filosófica de origen europeo. Pero sólo en parte. En la generación principista del '73 fue algo más que el espiritualismo eclectico de V. Cousin.

★ A la búsqueda del intelectual puro

Luego de la Paz de Abril de 1872, el Uruguay vivió un momento de euforia. Fuerzas retenidas por el combate de los partidos tradicionales, se manifestaron bruscamente. La Juventud universitaria montevideana entró de lleno a la liza política. Se fundó un partido — el Radical —, diarios, clubes, todo ello como manifestación palpable de la vitalidad de un movimiento que iba a dominar al país hasta 1875: el principismo.

Sus ideas por cierto que no eran nuevas, aunque tal vez el tono fanático con que las expusieron o la violencia de ciertos entusiastas hicieran creer a los que no tenían buena memoria que se trataba de una postura inédita. Muy lejos estábamos de ese carácter. El liberalismo de que hacían gala tenía sus antecedentes más inmediatos en el Partido Conservador de 1853 (José M^o Muñoz, Juan C. Gómez, César Díaz, Lorenzo Batlle) y en particular en la actitud del elenco gobernante de la vieja Defensa de Montevideo (1843-1851). Existió toda una trayectoria liberal ininterrumpida en la que se movió el patriado montevideano y la juventud universitaria desde que el país nació a la vida independiente.

Habla, sin embargo, una diferencia sustancial, no del orden ideológico sino sociológico, entre el grupo liberal que emergió en 1872 y el anterior. Cuyo que — y éste es el nudo del problema — los jóvenes de 1872 habían perdido todo contacto con las realidades últimas del país, cosa que no había sucedido con los conservadores de 1853.

Un factor que debió haber contribuido a ello es su carácter de egresados firmantes — cuando no todavía estudiantes — de nuestra Universidad. Es sabida la condición particular de los estudiantes en la sociedad. Su status todavía no se encuentra definido por lo que a menudo obran como grupo no comprometido con las fuerzas en pugna, lo que puede conducirlos a pensar y actuar en función de un país ideal, no concreto, porque no viven una situación social y económica real.

Precisamente algo que impresiona al estudioso es la juventud extremada de la generación principista. Elhijamos a 9 representantes conspicuos.



RAMÍREZ, PATOLÓGICO DESDEN POR LA PRÁCTICA

Ubiquémoslos de acuerdo a sus edades en el año 1873, aquí en que la eclosión del grupo se produce y casi todos llegan a la Cámara de Diputados.

José Pedro Ramírez es el mayor: 27 años, le sigue Julio Herrera y Obes con 32; Agustín de Vedia, 30; José Pedro Varela, 28; Gonzalo Ramírez, 27; Carlos María Ramírez y Juan Carlos Blanco, 26; Francisco Lavandeira, 25; y Pablo de María con sólo 23 años.

Pero además de lo anterior, existe otra nota que los tornaba aun más vulnerables, que los volvió más inermes frente al engegucimiento que siempre provocan los principios abstractos, nota que los ubicaba casi en las nubes, navegando muy por encima de los problemas prácticos del país.

Los principistas del '73 — y lo digo como hipótesis que creo fundada y que ayuda a comprender la inadecuación de su ideología — carecían del fundamento económico tradicional en la clase alta. Eran en ese sentido, los primeros superiores uruguayos. No estaban ligados ni al comercio ni a la estancia, las dos actividades fundamentales del país, aquéllas de las cuales emergieron los grandes hacendados, y el espíritu universalista de la clase alta. Eran en ese sentido, los primeros superiores uruguayos. No estaban ligados ni al comercio ni a la estancia, las dos actividades fundamentales del país, aquéllas de las cuales emergieron los grandes hacendados, y el espíritu universalista de la clase alta.

Su origen social, si analizamos la actividad económica de sus padres, prueba lo antedicho. En primer lugar, la aparente excepción: cuatro de los nueve analizados (los tres Ramírez y Francisco Lavandeira) eran hijos de estancieros, pero ello no impedirá que en el caso de los Ramírez al menos, la fuente segura de recursos sea la propia profesión de abogado y los cargos públicos que, con generosidad, el gobierno les brindaba. Carlos María Ramírez confesará a lo largo de la polémica, sus dificultades económicas, coincidiendo en ello con el propio José Pedro Varela (hijo de barranquero) (2). De Juan Carlos Blanco sabemos que sus comienzos son precisamente difíciles: su padre fue un comerciante español fundido. Agustín de Vedia no está ligado ni al campo ni a la esclavitud mercantil. Es hijo de un militar argentino, emigrado unitario en el Montevideo de la Defensa.

Pablo de María, hijo de Isidoro De María, no tiene una posición económica destacada. Su padre, culto y humilde vicecónsul del Uruguay en Gualeguaychú, no pudo brindársela. Julio Herrera y Obes, de estrípe realmente patricia (hijo del canciller montevideano de 1847, nieto del diputado de la Cisplana, Nicolás Herrera), último eslabón de una cadena familiar que gozó del esplendor, morirá en la miseria.

El patriado que se había arruinado paulatinamente no representaba ya — el ejemplo de la producción del país, vinculados al medio profesional — los principistas eran intelectuales casi puros no contaminados. Sin estructuras activas, con los defios de la tierra o el gran comercio inmersos, se sintieron políticos y nada más que ello. Por eso también cayeron. No representaban a nadie fuera de sí mismos (3).

★ Imposible vivir fuera de la política

¿Cómo llegaron estos jóvenes a la vida pública? Los caminos eran muy sencillos. El país, era más simple en un país que todavía no se había modernizado. Fundar diarios, crear clubes, no era una empresa económica que estuviera fuera de las posibilidades de simples profesionales. El país, además — y cualquier gobierno, fuera de la patria, no podía prescindir de la clase de las élites, no sólo para vestir con las formas civilizadas los actos del poder, como decía J. P. Varela, sino también por la necesidad, importantísima en la administración, de un equipo dirigente preparado. El poder judicial, por ejemplo, les estaba ne-

cesariamente reservado. La escasez de profesionales en un país sin tradición universitaria — la institución que los formaba no contaba más de 20 años —; la exiguidad del equipo dirigente con que el país podía contar, todo ello limitaba las posibilidades de elección de los gobernantes. Bastaba un universitario para que de inmediato la perspectiva de una carrera política se le impusiera.

Abogado, intelectual y político era una triada de conceptos inseparables. El Uruguay todavía no conocía el lujo de no saber qué hacer con sus intelectuales y sus técnicos y el intelectual a su vez sabía que su destino irremediablemente era el de la acción política (y que a muchos no los agradaba, es manifiesto; el ejemplo más claro es el propio José Pedro Varela).

★ La ideología del desarraigo

Imponiéndoles el país la actividad política a estos jóvenes universitarios, se produjo un desacuerdo que con el tiempo se convertiría en abismo entre los principios y las ideas de estos jóvenes y las necesidades concretas del país.

Imbuidos por la vocación europea del hombre culto montevideano, cegados por la galanura, bebiendo su inspiración filosófica en la escuela que menos se adaptaba a las condiciones de la nación, sin status social definido, orgullosos, propensos al fanatismo de los principios por su extremada juventud, todo los conducía a la inoperancia, al fracaso político.

Llegaron a influir en el gobierno de Ellauri (1873-1875). Formaron un equipo brillante en esas Cámaras que luego serían calificadas de bizantinas. Lucharon por el triunfo de las ideas liberales proponiéndose como lemas: "la libertad en todas las esferas, la libertad para todos, la libertad como punto de partida, la libertad como toda la libertad como fin" (4).

Y qué desconfianza hacía el estado y sus intervenciones! Uno se cree colocado en la Inglaterra victoriana al oír los panegíricos al individualismo más extremo, al leer esas frases concluyentes y tajantes de los discursos parlamentarios de José Pedro Ramírez o Julio Herrera y Obes. Dirá el primero: " ... hay dos escuelas respecto al Estado. Una... la escuela que quiere ver al Estado interviniendo en todos los ramos de la actividad... Otra la que no quiere ver al Estado interviniendo sino con la intervención indirecta, dremos así, concurriendo a garantizar la seguridad exterior y el reinado de la paz, la justicia y del orden en el interior... Dirá el segundo: "Quilimite el Estado su misión a proteger la libertad individual, el verdadero, el supremo, el solo interés público..." (5).

Y en la polémica que comentamos escribía Carlos María Ramírez sobre la actitud de los graduados universitarios, haciendo, sin quererlo, su enjuiciamiento más violento:

"Se trata por ejemplo de la inmigración: declaman unos contra las deficiencias y los vicios de la inmigración espontánea; piden que la acción oficial intervenga para apresurar el movimiento de inmigrantes; otros, y el espíritu universalista responde: ¡No! Las corrientes de inmigración... se determinan por leyes naturales que la acción oficial no puede suplir ni reemplazar..."

"Se trata de la industria y el espíritu universalista responde: ¡No! Las transformaciones del mundo obrero en el movimiento social no son la obra arbitraria de esta o aquella combinación legislativa... Se trata de la labranza; el pastoreo, dicen algunos, no satisface ya las exigencias de nuestro progreso económico... podemos ser el principal granero de América... falta solamente que los gobiernos se preocupen... y el espíritu universalista responde: ¡No! la labranza no se decreta, esta transición no se impone tampoco por la ley, ella vendrá naturalmente... Se trata en fin de una crisis... es necesario hacer algo, exclaman de todas partes... pero el espíritu universalista responde: ¡No! reflexionan que es así; fíais en las más peligrosas ilusiones... las crisis son fenómenos naturales..." (6).

En una palabra, todo lo que el país necesitaba — acción estatal en relación a la crisis, a la inmigración, a la legislación aduanera, a la ganadería y agricultura — se rechazaba en nombre de supuestos del más crudo liberalismo económico y político. Por imitar a Europa no comprendieron que en estos países el Estado debía llenar el hueco de una burguesía inexistente. El desarrollo se haría bajo su amparo o no se haría. Uruguay y Francia eran dos mundos.

Pivel Devoto ha escrito que los principistas se caracterizaron por "... dos errores fundamentales: el de sistemática desconfianza frente al Estado y el de desdén consistente de un liberalismo material. Impregnados de un liberalismo absoluto, del individualismo antitético que fue uno de los rasgos político-sociales del siglo XIX, los principistas aplicaron en el Uruguay una desconfianza inexplicable. Ella en efecto podía comprenderse en un medio como el europeo, donde la libertad sólo podía triunfar viniendo a la tradición de estados fortalecidos por el autoritarismo de derecho divino o por el despotismo limitado. Pero no tenía razón de ser en un medio como el nuestro, donde ni siquiera estaba formado aún el concepto de poder político. Luchaban contra el fantasma de un estado absorbente. Los principistas luchaban contra los clásicos mo-

ACTO

"POR LA PAZ Y EL VIETNAM"

Paralelo de la Universidad
MERCULES 18 DE AGOSTO
HORA 19

Organiza:
MOVIMIENTO URUGUAYO
POR LA PAZ
Instituciones invitadas:
CENTRAL DE TRABAJADORES
F. E. U. U.
MOVIMIENTO COORDINADOR

Intelectuales montevideanos

...fios de viento. No aceptaban ni ejército de línea, ni bancos nacionales, ni garantías de ferrocarriles, ni el crédito del estado." (7)

El desagrado de que hacían gala demostraba la existencia de un imperialismo cultural. Aquí había que crear el principio de autoridad y fortalecer la acción del Estado. Lo hará un dictador ante la ineficacia de los universitarios. No fue acaso el desprecio que esta imitación de la ideología europea fuese criticada por los mismos europeos que comprendieron a lo que ella conducía: la anarquía, el desorden, la inseguridad para sus emigrantes y para sus capitales? ¿Acaso el Gobierno británico no mantuvo relaciones precisamente con el dictador Latorre? ¿Qué enajenación singular, en verdad, de los egresados universitarios.

Su desprecio por los problemas de índole práctica adquiría a veces tonalidades patológicas. Decía José Pedro Ramírez en la sesión de la Cámara de Representantes del 9 de mayo de 1873: "Los que se jactan, en el año, Presidente, de ser positivistas, los hombres prácticos, han de escandalizarse de que la Cámara a que pertenecemos pierda un tiempo precioso en dictar leyes sobre la responsabilidad civil de los funcionarios públicos, sobre las garantías individuales... en vez de auxiliar la creación de nuevas vías férreas, de decretar puentes, improvisar colonias... Pero los que pertenecemos a otra escuela política (y creo que la Cámara, en su gran mayoría, pertenece a esa escuela) nos damos a las manos, como si pagamos tributo a esas seductoras ideas que se llaman derecho y libertad, los que no creemos ni esperamos nada de las conquistas materiales y vemos sólo en ellas un injerto de civilización bastarda, cuando no un acompañamiento de las conquistas morales... los que vemos hasta con tristeza la locomotora del ferrocarril, tal como en el Paraguay, bajo López, sólo acusa la existencia de una tiranía brutal... creemos por el contrario que ninguna Asamblea hasta ahora ha ocupado mejor su tiempo..." (8)

Este predominio de las realizaciones "morales" sobre las de índole económica, esta acusación de materialismo a los adversarios, es muy importante para caracterizar a los egresados universitarios. Por ello es que Varela repetirá en la polémica: "se sabe que es la falta de sentido práctico lo que caracteriza a los graduados universitarios" (9). No era sólo la filosofía espiritualista, tomada tal vez en un sentido muy lato, lo que engendraba el desprecio hacia los aspectos materiales. Era también el ingrediente que todo intelectual puro posee en mayor o menor grado, de desapego por las zonas de la vida económica.

Hay aquí tanto una reacción filosófica como ideológica. Es también una constante en la historiografía XIX, ese amor a la idea contraponiéndola a aspectos materiales que se desdibujan por eso sólo milaneses. (Los aspectos que Rodó llamará después mal, ya que los más lo han considerado un adorno para evitar la realidad. Las virtudes ideológicas que el país rechazaba. Las virtudes de Uruguay —pensaban— no iban a residir en las conquistas materiales sino en sus conquistas morales. El palabrerío en torno a la democracia y los derechos individuales comenzó aquí. El preboscado político olvidando la infraestructura económica actual, tan contemporáneo— tiene sus lejanías originadas en el liberalismo principista.

★ Liberales, sí, demócratas, no

"Pero no creemos nosotros también en el error en que según Ardoiz, cae José Pedro Varela, al liberalismo filosófico... hasta donde la Universidad, en lo que tenía de democrático y de "progresista" (10).

Porque si bien puede sostenerse que los graduados universitarios legislaban para otro, no era una tradición en otra realidad, nos legaron, en sí, una tradición de respeto a los derechos individuales, de tolerancia política, de llamado a todo el pueblo a participar en el manejo de la cosa pública, en una palabra, un concepto moderno de la democracia, que no es desdén por el voto.

Sin dejar de reconocer lo que pueda haber de defecto en la afirmación anterior, me suena afirmativa a lo que la herencia liberal significó en el plano político, y sólo en éste. Pero no se refiere al otro concepto: la democracia.

Los principistas no eran populistas ni demócratas. Su desprecio por la línea popular —neta y sendos tradicionales, resaca fanatismo de "élite" aristocrático de clase.

Como lo escribirá uno de ellos, Eduardo Flores, en el periódico "La Idea" al referirse al choque con los partidos tradicionales: "Miente 'El Lucha'... dice que la lucha es una cuestión social, como claramente se desprende de la espléndida reunión del 6. La gente honrada y noble de la lista que creaba, con el Sr. Francisco de Tezanos. De un lado lo más escogido de nuestra sociedad, la valiente juventud de Montevideo, serena y tranquila; del otro lado los calculadores de oficio, los traficantes políticos, los concusionarios y ladrones acom-

pañados de asesinos alquilonos que se han de resbalar en los adoquines y se han de balear solos en las urnas... Mal que pesa a los netos, la gente decente, los cajetillas de Montevideo, hemos de poner a raya a los bandidos que los auxilian" (11).

El desprecio que se exterioriza en este comentario hacia el pueblo, "la canalla", da la pauta del rígido aristocratismo de los graduados universitarios, de su empaque y su "soberbia" para que, como decía de José Pedro Varela. Es que a la "...tendencia oligárquica de una clase que se cree superior" (12).

★ El desgarramiento interior de José Pedro

Varela y Carlos María Ramírez

Ambos polemistas han actuado y sido cabezas muy visibles en el movimiento principista. Producida la crisis de 1873, volvió a pensar al país y a su función dentro del país, acuciada por los trastornos políticos y económicos y el rebeldío. La polémica es, en realidad, el verdadero meca culpa de la generación de 1873.

El ataque de Varela, el más violento, el que más hiere —el más injusto a menudo— no era el de un graduado universitario, pero como había participado del movimiento, de sus ideas y de sus prejuicios, adquiría una resonancia muy particular.

Nada escapa a la mirada de Varela, ni el absurdo de los principios absolutos, ni el desplante de casta que caracteriza la futilidad de los intelectuales tan seguros de sí mismos, tan soberbios en su desprecio para lo que no fueran sus opiniones.

El juicio que merece a Varela, desde el observatorio en que se encuentra en el año 1875, la actuación de sus colegas de generación, se puede sintetizar en breve frase. La obra del principismo es comparable a la de... si en un rapio de locura, le ocurriera un día al emperador de la China proclamar la Constitución de Estados Unidos para su país, ésta no causaría mayor asombro entre los hijos del Celeste Imperio, ni sería más ineficaz en sus resultados, que el que causaría entre nosotros la promulgación, actualmente, del Código Penal proyectado por la Comisión de que nos ocupamos" (13). El ejemplo que Varela toma es sólo eso, un ejemplo. Su andanada tiene más largo alcance. Estaba demoliendo toda la actitud y la labor de su propia generación, de sus compañeros de lucha.

Carlos María Ramírez, en apariencia, defiende a la Universidad, a su filosofía, a sus colegas de generación. Todavía no se había producido en él la evolución que concluirá liquidando muchas de sus convicciones juveniles. Defiende de un ataque que considera injusto un capítulo fundamental de su vida, y de ahí la pasión que asumen sus palabras. Pero yo creo que defiende lo que sabía una causa perdida.

No era sólo el espiritualismo ecléctico, base filosófica del grupo del '83, lo que conmovió a preguntar Ramírez si debe cuestionar o no; es eso y mucho más; es la actitud del intelectual frente a la realidad uruguaya la que está en juego. Es, como adelantamos, el problema de la imitación cultural el que lo obsesiona, el que compele que se halla en el centro de todo.

Las dudas de C. M. Ramírez tienen un aspecto en constante y que muestra la lucha interna de ideas y actitudes opuestas dentro de una misma personalidad, factor que el Dr. Ardoiz ha advertido con claridad.

El menos convencido de la justicia de la causa es el que sale en su defensa. Y no sólo la evolución posterior de Ramírez lo que prueba que en su interior se debatía ya lo que externamente discutía con Varela. Sabido es que se convirtió al positivismo y que adoptó, cuando Ministro de Hacienda de Julio Herrera y Obes, muchos de los postulados que el liberalismo principista desechaba, como la protección aduanera a nuestras industrias.

En realidad, desde por lo menos 1872, C. M. Ramírez estaba cada día menos convencido de la bondad de los principios de su generación. Desde su cargo de Fiscal de Hacienda, realiza en 1872 un informe a pedido de varios particulares que deseaban organizar un Banco Rural con privilegios y monopolios especiales. Y escribe en el último párrafo: "No se ocultan al Fiscal las graves objeciones que pueden dirigirse a la concepción de la garantía expresada. Esa concepción requiere sanción legislativa y el Fiscal presente que ha de encontrar muy poderosas resistencias en el espíritu de los señores...".

Los años más tarde, en carta dirigida a Angel Floro Costa, datada el 9 de julio de 1874, expresará conceptos muy similares aunque más claros todavía. "Nosotros, efectivamente, somos abrumados con fe, con entusiasmo, con encamizamiento, una docena y media de principios absolutos, verdades generosas que seducen nuestra inteligencia y a cuyo servicio ponemos ufánamente todas las fuerzas vivas de nuestra voluntad. Pero está muy lejos de ser un mal en sí. Toda generación digna de dejar una huella de su vida en la historia de la sociedad política necesita



VARELA: POR EL PAIS REAL C. LOS UNIVERSITARIOS

"una creencia, un dogma, una determinada calidad de espíritu... Afirmo preventivamente esa declaración... pero digo también que hemos exagerado y estrechado a la vez la fuerza de nuestro dogmatismo, convirtiéndolo en piedra fundamental de una iglesia inmutable e intolerante por la propia naturaleza de sus dogmas y no por el carácter individual de sus adeptos" (15).

Es de suponer, y el lector lo advertirá en este libro, que José Pedro Varela faltó ya de los argumentos con que rebatir la habilidad dialéctica superior de su adversario, se lanzó sobre esta carta que Ramírez —por una de estas trampas que el inconsciente tiende— recordó y transcribió en la polémica. La carta a Angel Floro Costa no expresaba en términos muy distintos a lo que lo había hecho José Pedro Varela en "La Legislación Escolar" el fondo de lo discutido.

La actitud de ciego orgullo, de casta —como decía C. M. Ramírez— era la de los egresados universitarios. La defensa del espíritu generacional de 1873 se podía dar por concluida. El meca culpa era fundamental para emprender la labor de reconstrucción del país. Podría decirse que en uno de sus planos —el de las ideas y su adecuación a la realidad— la crisis ya estaba conjurada. La nación iba a entrar resuelta (1876-1890) buscando evitar los desarragos europeos, pensando al país real y no al que Europa nos ofrecía como caricatura. La polémica fue así un hito fundamental en la búsqueda de la conciencia de la orientalidad.

- (1) JOSE PEDRO VARELA-CARLOS MARIA RAMIREZ: EL DESTINO NACIONAL Y LA UNIVERSIDAD POLEMICA. Biblioteca Artigas, N° 67 y 68. Ediciones del Ministerio de Instrucción Pública, Barreiro y Ramos S. A. Montevideo, Prólogo de Arturo Ardoiz, 2 tomos.
- (2) J. P. Varela es, junto a J. Herrera y Obes, otro conjunto destacado del patriado rioplatense en este y poeta argentino Florencio Varela. Su ascendencia materna lo vincula a los Berro y a los Larrazaga. Compañero de la barraca paterna no se caracterizó, principalmente, por la habilidad en los negocios.
- (3) El estudio de abogado puede haber conducido a muchos a un contacto cada vez más comprometedor con la clase alta del país (comerciantes, hacendados) para ello debió atender sólo a partir de 1875 cuando se volvió ineludible el ejercicio de la profesión para su existencia. En el exterior, los cargos públicos y la política bastaban.
- (4) J. A. Odone. "El Principismo del Setenta", p. 66.
- (5) J. A. Odone, Lib. cit. p. 115-116.
- (6) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. pág. 93 a 108. Tomo II.
- (7) J. E. Pivel Devoto. "Historia de la R. Oriental del Uruguay", pág. 334.
- (8) J. E. Pivel Devoto. Lib. y pág. citadas.
- (9) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. pág. 121.
- (10) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. Prólogo A. Ardoiz, pág. XXXIV. Tomo I.
- (11) Edo. Acevedo. Anales Históricos del Uruguay. Tomo III, pág. 700.
- (12) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. Tomo II, pág. 265.
- (13) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. Tomo II, pág. 263.
- (14) Revista de la Asociación Rural. Número 5. 15 de julio de 1872. pág. 25.
- (15) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. Tomo II, pág. 256.

El rechazo de Barrán por el principismo lo lleva a este sobregiro en la interpretación; pero es llamativa su reivindicación de las prácticas democráticas frente a los discursos. En ese sentido también refleja con bastante precisión el juicio sobre una democracia que ya mostraba los síntomas de la crisis.

En cambio, con respecto a los caudillos, los matices de su interpretación lo dejan a distancia de las opiniones predominantes: simplemente los ve como integrantes de las clases dirigentes a los que critica su “incapacidad de larga visión política [que] es probable que fuera congénita a su manera de hacer política y de entenderla...”; por eso Venancio Flores y Máximo Pérez se aliaron con Mitre, enemigo de los gauchos, mientras que “el país teórico aprendía a modificar su actitud” con Latorre (Nº 1135, 30). En su reseña de “Con divisa blanca” de Javier de Viana (Nº 1346, 29) no asoma todavía la clave clasista que presentarán en el Tomo IV de la *Historia rural...*, pero a veces destila ironía contra algunas interpretaciones “revisionistas”; a propósito de una interpretación socioeconómica de las revoluciones saravistas, comenta “Si esto es así [...] Saravia surge como el más «divinamente inconsciente» de todos nuestros caudillos” (Nº 1179, 31).

Las críticas a la clase alta montevideana parecen aumentar cuando la visión es más cercana, como ocurre con el caso de la “Memoria autobiográfica” de Alfredo Vásquez Acevedo. El documento pone en evidencia la “estolidez” de Vásquez Acevedo para percibir su decadencia, que es “el mejor símbolo de su clase ya moribunda.” (Nº 1325, 15) aunque rescata la sensibilidad de algunos fragmentos más íntimos: “El pudor con que relata su noviazgo con Juana Varela Berro, y las noticias que proporciona inconscientemente sobre las costumbres de la década de 1860, constituyen una de las páginas más sabrosas de todo el relato”. (Nº 1325, 14)

Buena parte de estos argumentos se reúnen en la penúltima colaboración aparecida con su firma, “La clase alta y los riesgos de la nacionalidad (I)” el 8 de agosto de 1969.⁶ En un artículo denso y apasionado, plagado de citas, expone la tesis nacionalista ya clásica de Pivel Devoto (la independencia se logró por la voluntad de los orientales y se mantuvo a pesar de las claudicaciones de la clase dirigente montevideana) con una inflexión menos rural y más “populista”. El nacionalismo con perspectiva socialista es una de las novedades de la mirada histórica de la época, que buscaba la manera de reconstruir los relatos “nacionales” en el marco de la lucha de clases. A Barrán ya le había llamado la atención este enfoque derivado del revisionismo histórico argentino, que “para curiosidad futura une a una alta dosis de nacionalismo irracional una postura mental lúcida y de izquierda” (Nº 1149, 21). Con el paso del

6. A pesar de lo que parece sugerir el título, este artículo no tuvo continuación.

tiempo terminó adoptando esa perspectiva y todo el artículo de 1969 es un ejemplo, como puede verse en su párrafo de conclusión:

De todo lo que cabe deducir: si el mantenimiento del país como estado independiente resistió dificultades objetivas y acciones hostiles de su clase alta, las raíces de la orientalidad solo se nutrieron, por lo tanto, de los que al fin y al cabo ya habían dado su sangre por ella, desde Rincón al sitio de Paysandú: las clases populares (N° 1457, 27).

Sin embargo, muchas de sus ideas sobre las clases altas parecen haberse conmovido con la lectura de *Novecientos* de Josefina Lerena de Blixen, un libro que le da oportunidad de poner en orden algunas ideas dispersas a lo largo de sus notas críticas. No hay aquí críticas a la “vida a espaldas del país real” de la burguesía montevideana; por el contrario prevalece la fascinación de “aquellos datos nimios, por ello mismo los más olvidados y los que en verdad constituyen la esencia de la vida histórica” (N° 1350, 29) en los que asoman aspectos invisibles del pasado, como la percepción del tiempo, la función social del luto, o la configuración de la vida doméstica. Y si bien formula algunas observaciones sobre el sesgo de clase del testimonio, termina reclamando “más, mucho más material de este tipo”.

Es cierto que la época en la que Josefina Lerena sitúa su relato es particularmente interesante para Barrán: era esa “época de oro” que también estaba marcada por el batllismo; aunque su mirada es ambigua y oscila permanentemente entre el comentario crítico y la admiración. La reseña de la primera edición en español del *Batlle* de Milton Vanger le permitió compilar sus complejas impresiones sobre la personalidad y la acción de Batlle:

Tímido y audaz, irrespetuoso de los convencionalismos sociales, buen razonador, jugador sabio en la maraña de la política nacional, intolerante y rencoroso, capaz de recordar a sus enemigos aun después de muertos y negarles homenaje (caso de Julio Herrera y Obes) o pedirles cuenta por tristes errores del pasado (caso de José Pedro Ramírez); también horrorizado ante el derramamiento de la sangre de los hombres y la crueldad para con los animales. Luchando por abolir la pena de muerte y co-protagonista de la batalla más sangrienta en la historia de nuestras guerras civiles, que al decir del Partido Nacional, nadie más que él había provocado (Tupambaé en 1904). [...] Hay suficientes motivos como para que todavía nos deslumbré y nos proponga desciframientos difíciles (N° 1402, 29).

Esta incertidumbre se incrementa cuando el paso del tiempo le permitió historizar la mirada, como señala en una curiosa observación a un trabajo de Julio de Santa Ana:

La valoración negativa que del batllismo hace de Santa Ana, siguiendo en parte a Martínez Ces, es un poco el fruto de aquel hastío del año 1958 que invadió a la intelectualidad nacional. Vista ahora, más fríamente, la figura de Batlle, con todas sus carencias, surge como una de las pocas que pretendió insertar al país en un proceso creativo. (Nº 1230, 28.).

En una época que tendía a culpabilizarlo, Batlle y Ordóñez aparecía como el promotor de cambios profundos en la sociedad y la economía uruguayas, que no pudo culminar su destino transformador; la distancia entre el proyecto y sus resultados, mostraba las dimensiones de esa frustración. El “error” que por entonces encontraba en Batlle (otra vez a contrapelo de la opinión mayoritaria) no era su timidez frente al problema de la tenencia de la tierra, sino la falta de impulso a la tecnificación rural. La contraposición de esa actitud pasiva en el medio rural con la acción vigorosa en el ámbito urbano es lo que habría dado por resultado el desarrollo desmesurado de las clases medias, donde Barrán veía una de las rémoras de su presente.



En el origen del triunfo nacional de la ideología de las clases medias en el Uruguay, cabe responsabilidad importante al tono que predomina desde 1900 en el país, tono dado por [...] el batllismo. Este partido del humanismo optimista, ideológicamente tan blando como su mensaje que implicaba el fin de la lucha de clases bajo la tutela paternal del Estado, acostumbró al uruguayo a la visión rosada del porvenir. (Nº 1231, 2ª Sección, 15).

El mismo lugar culpable de las clases altas en el siglo XIX parece ocuparlo las clases medias del siglo XX. El optimismo sin base y la búsqueda de beneficios con el mínimo esfuerzo les impidieron concretar una revolución que en su época parecía posible. “Las clases medias se manifestaron incapaces de transformar de raíz la estructura económica injusta del país. Estamos viviendo las consecuencias de esta revolución frustrada”. (Nº 1195, 28)

La reseña del *Batlle* de Vanger fue una de las últimas que publicó. Allí lo define como “un gran libro”, pero ya desde el título cuestiona la hipótesis principal: “Batlle: ¿Creador de su tiempo?”. Para Barrán la obra “satisface pero no colma”: Vanger se centra en la política, y esta “no explica *el poder* [sic] del batllismo”; sus explicaciones son insuficientes si no se toman en cuenta “ciertos límites marcados por la estructura económica o social”. Además, una mirada tan política resalta la excepcionalidad del batllismo, aunque eso es más un efecto del marco de análisis que una virtud de Batlle. Más aún, invierte el sentido del título y muestra a Batlle como enemigo de los trabajadores: si creó su tiempo, entonces sería el responsable de “la escasa combatividad revolucionaria del proletariado uruguayo posterior a él, pues éste había obtenido con poca sangre y

sudor lo que en otros países costó tanto. Porque si el proletariado logró sin auténtica lucha lo que necesitaba, es evidente que se anestesió”⁷ (Nº 1402, 29).

“Me gusta mi país...”

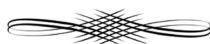
La reseña del libro de Vanger fue seguida por una más, y así termina su tarea. Solo dos artículos más aparecerán con su firma: el ya mencionado de 1969 y una nota sobre el centenario de la ARU, en agosto de 1971. Más que una ruptura, esta interrupción parece una revisión de prioridades; para entonces Barrán se había transformado en uno de los historiadores más importantes de su generación: en 1964 había aparecido *Bases económicas de la revolución artiguista*, su primera colaboración con Benjamín Nahum, y en 1967 comenzó la publicación de la *Historia rural del Uruguay moderno*; la etapa de construcción y maduración del historiador había alcanzado un punto en el que las reseñas bibliográficas pasaban a ser una carga.

La diversidad de libros, la amplitud temática, la variedad de enfoques, la ecuación de cada momento particular, confieren al repertorio una gran diversidad en la que no faltan oscilaciones. El panorama que muestran estas reseñas también permite apreciar una evolución; puede verse el desarrollo de un estilo de exposición discreta y generalmente benévola, aunque no falten las observaciones irónicas o los comentarios severos cuando creía descubrir intereses ajenos a su tema. Si algunas preocupaciones ya aparecen en sus artículos (el interés por incluir las explicaciones en un flexible marco socioeconómico, la exploración de las posibilidades analíticas del psicoanálisis, la apertura a otros enfoques como la sociología religiosa o la antropología), también puede verse cómo fue descubriendo los períodos en los que luego instalaría su análisis, más específicamente el que va desde la fusión hasta la presidencia de Feliciano Viera. El camino que lo aproximó al batllismo y a la “historia de la sensibilidad” también lo alejó de la historia reciente.

Para una época donde se imponía una mirada “latinoamericanista” del pasado, Barrán no abdicó de su nacionalismo. En eso se mantuvo fiel a su maestro Pivel, si bien profundizó el sesgo social que este introdujo en *Raíces coloniales de la revolución oriental de 1811*. En esa

7. Aparentemente la crítica generó secuelas. En 1978 Vanger publicó una reseña de la serie “Historia Uruguaya” donde destaca el tomo de Barrán como el más relevante de la colección pero afirma: “el esfuerzo de Barrán [...] es uno de los logros principales, aunque no del todo exitoso” (Vanger, 1978), una frase que recuerda a “satisface pero no colma”. Sus cuestionamientos metodológicos a *El Uruguay del novecientos* son similares (aunque de signo contrario) a los usados por Barrán en 1968 (Vanger, 1984). En *El país modelo* rebate con cierta ferocidad las hipótesis de Barrán y Nahum en las tres secciones tituladas “Estimaciones”, y además les dedica una larga nota al pie de página. (Vanger, 1991).

perspectiva, todo el proyecto de la *Historia rural...* puede verse como la búsqueda de una respuesta a la interrogante sobre la resolución del “problema del arreglo de los campos” que Pivel definió y describió en aquella obra. En ese sentido no puede señalarse cambio en su opinión; como le confesó a Salvador Neves en la que sería su última entrevista para *Brecha*: “Me gusta mi país, qué voy a hacer”.



BARRÁN, José Pedro - Benjamín Nahum, *Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904, Historia rural del Uruguay moderno* T. IV, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1972.

BARRÁN, José Pedro, “Discurso al recibir el Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual”, en *Epílogos y legados. Escritos inéditos / Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp. 187-189.

KLACZKO, Jaime, “Real de Azúa - Barrán. Una polémica rescatada del olvido”, en Pita, Fernando (Compilador), *Las brechas de la historia. Tomo 1. Los períodos*. Montevideo: Ediciones de Brecha, 1996, pp.189-203.

NEVES, Salvador, “José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009: « ¡Qué me venís con el virreinato! », en *Epílogos y legados. Escritos inéditos / Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp 163-171.

PORLEY, Carolina, “Un historiador íntimo. Entrevista a José Pedro Barrán”, *La Gaceta de la APHU*, N° 46, Montevideo, Junio 2007, pp. 23-28

S/d. “Ediciones nacionales”, *Marcha*, N° 1221, 1964-09-04, pág. 31.

VANGER, Milton, “Historia uruguaya. Review by: Milton I. Vanger.” *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 58, No. 1 (Feb, 1978), North Carolina: Duke University Press. pp. 95-98.

_____ “Batlle, los estancieros y el imperio británico. Review by: Milton I. Vanger.” *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 64, No. 2 (May, 1984), North Carolina: Duke University Press. pp. 399-401.

_____ *El país modelo. José Batlle y Ordóñez 1907 - 1915*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1991.

Reseñas y crónicas de José P. Barrán, citadas:

“Alberdi y su tiempo en el Río de la Plata” *Marcha* N° 1176, 1963-10-04, pág. 29.

“Artigas y los comunistas” *Marcha* N° 1266, 1965-08-06, 2ª Sección, pág. 15.

“Batlle. ¿Creador de su tiempo?” *Marcha* N° 1402, 1968-05-17, pág. 29.

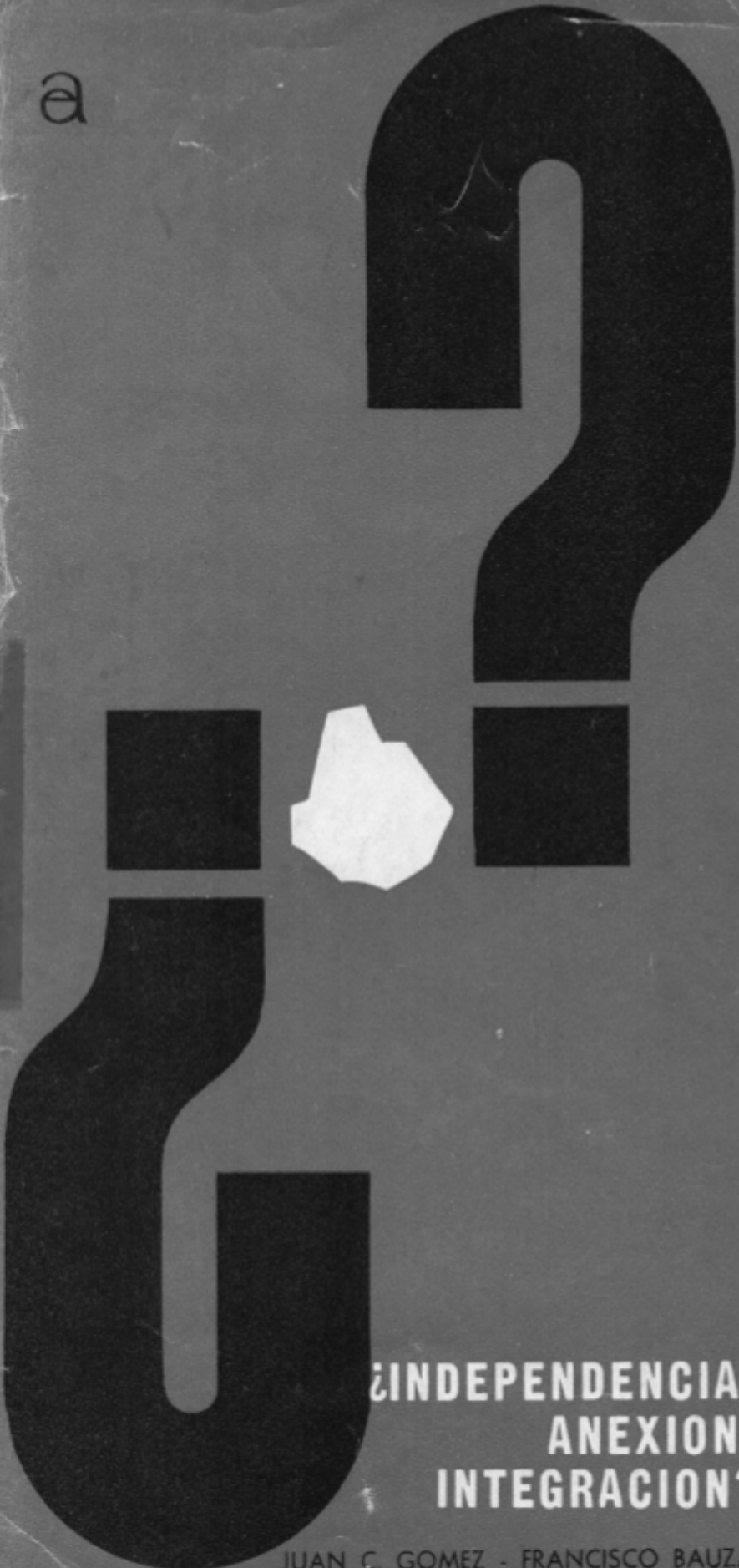
“Cómo debe enseñarse la historia.” *Marcha* N° 1186, 1963-12-13, pág. 28.

- “Crítica a un crítico” Sec. “Cartas de lectores,” *Marcha* N° 1330, 1966-11-18, pp. 4-5.
- “Crónicas de otro tiempo por Montaldo. La gran crisis bancaria de 1865” *Marcha* N° 1255, 1965-05-21, pág. 11.
- “Crónicas de otro tiempo por Montaldo. Retrato yanqui de Oribe y Rosas” *Marcha* N° 1253, 1965-05-07, pág. 11.
- “Crónicas de otro tiempo por Montaldo. Un «caso Edipo» en nuestras guerras civiles.” *Marcha* N° 1234, 1964-12-04, pp. 11-12.
- “Diego Luis Molinari: Prolegómenos de Caseros. Editorial Devenir, Buenos Aires 1962.” *Marcha* N° 1149, 1963-02-01, pág. 21.
- “El caudillismo como democracia” *Marcha* N° 1328, 1966-11-04, pág. 30.
- “El más divinamente inconsciente de los caudillos uruguayos” *Marcha* N° 1179, 1963-10-25 Pág. 31.
- “El Montevideo del novecientos” *Marcha* N° 1350, 1967-04-28, pp. 29 y 30.
- “El patriciado y Batlle, enjuiciados.” *Marcha* N° 1195, 1964-02-28, pág. 28.
- “Esfuerzo frustrado.” *Marcha* N° 1327, 1966-10-28, pág. 29.
- “Fernand Niel: Albigenses y cátaros. Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora, 1962.” *Marcha* N° 1117, 1962-07-27, pág. 31.
- “Ideal uruguayo 1964: Doctor o empleado bancario” *Marcha* N° 1231, 1964-11-13. 2ª Sección, pág. 15.
- “La auténtica historia comprometida” *Marcha* N° 1369, 1967-09-08, pp. 30-31.
- “La clase alta y los riesgos de la nacionalidad (I)” *Marcha* N° 1457, 1969-08-08, pp. 27-28.
- “La crisis económica en la clase media acarrea la conmoción social.” *Marcha* N° 1187, 1963-10-18, pág. 31.
- “La polémica entre José Pedro Varela y Carlos María Ramírez. El desarraigo de los intelectuales montevidianos.” *Marcha* N° 1267, 1965-08-13, pp. 30-31.
- “La revolución de 1904 a través de uno de sus actores” *Marcha* N° 1346, 1967-03-31, pág. 29.
- “Los uruguayos y la religión.” *Marcha* N° 1230, 1966-04-22, pág. 28.
- “Máximo Pérez: La vida de un caudillo.” *Marcha* N° 1135, 1962-11-30, pág. 30.
- “Pradera, frontera, puerto” *Marcha* N° 1297, 1966-03-25, pág. 28.
- “Un libro de Ardao. La crisis de la fe en Uruguay.” *Marcha* N° 1149. 1963-03-22, pp. 22 - 23.
- “Vásquez Acevedo: la intimidad de un patricio.” *Marcha* N° 1325, 1966-10-14, pp. 14-15 y 18.
- Uruguay, ¿País sin problemas?” *Marcha* N° 1260, 1965-06-25, 2ª Sección, pág. 14.

a



84



**¿INDEPENDENCIA,
ANEXION,
INTEGRACION?**

JUAN C. GOMEZ - FRANCISCO BAUZA

“Los terceros en discordia” José Pedro Barrán y la independencia del Uruguay

Ana Frega¹

Facultad de Humanidades y Ciencias de la
Educación. Udelar

En 1975, en un claro intento de uso (y abuso) de la historia para legitimar el régimen político se conmemoró el sesquicentenario de los hechos históricos de 1825 como “Año de la Orientalidad”. Una década después, en tiempos de apertura democrática tras doce años de dictadura civil militar, José Pedro Barrán replanteó la reflexión sobre la independencia del Uruguay con un enfoque sugerente y renovador. En el primer número del semanario *Brecha* publicó un artículo titulado “La independencia y el miedo a la revolución social en 1825”, cuya versión completa apareció al año siguiente en la *Revista de la Biblioteca Nacional*.² Si bien reconocía que el debate sobre la fecha de la independencia nacional había interesado poco a su generación o a los investigadores más jóvenes, consideraba que era necesario superar las interpretaciones maniqueas y la unilateralidad de un enfoque centrado en lo político. En contraposición a los planteos que tanto los “nacionalistas” como los “unionistas” hacían de las leyes fundamentales del 25 de agosto de 1825, Barrán propuso recuperar el “contexto social de lo político”, abordar el tema del sentimiento nacional con las herramientas de la *Nueva Historia* y examinar



1. Ana Frega Novales, Doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires, es profesora titular en el Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Udelar) y dicta “Historia Regional Platense hasta 1830” en el Instituto de Profesores “Artigas”. Entre sus libros se cuentan *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista* y la obra colectiva *Historia Regional e independencia del Uruguay*, ambos reeditados en 2011.

2. J. P. Barrán: 1986, 65-77. La versión parcial había sido publicada en el semanario *Brecha* el 11/10/1985.

“la posible incidencia de las tensiones sociales de los años 1820 sobre el proyecto independentista”. (J. P. Barrán: 1986, 69).

No era la primera vez que Barrán se refería al tema, ni tampoco fue la última. En estas páginas procuraremos mostrar el recorrido de su posición a través del análisis de tres textos: a) la introducción al cuaderno que acompañaba el fascículo N° 16 de *Enciclopedia Uruguaya*, “La independencia y el Estado Oriental” de Alfredo Traversoni, publicado en octubre de 1968;³ b) el artículo “La independencia y el miedo...” ya citado; y c) las respuestas al planteo que en 2005 realizó el entonces senador y ex Presidente de la República por dos periodos, Julio María Sanguinetti, sobre la revisión del 25 de agosto como Día de la Independencia.⁴

Problema político y problema historiográfico —tal como indicaba Arturo Ardao⁵— o tema sobre el cual “es muy difícil prescindir de la ira” —como advertía Barrán—, el periodo en que los orientales “se constituyeron como estado” es uno de los problemas que ha sido más recurrente en el análisis historiográfico y político del Uruguay y que también ha figurado en la agenda de los estados vecinos, desde posiciones a menudo más acordes con los intereses de esas naciones que con la siempre compleja y esquiva verdad histórica.⁶



La formulación inicial

A lo largo de su labor historiográfica José Pedro Barrán reconoció dos fuertes influencias: el magisterio de Juan E. Pivel Devoto y la renovación

3. La colección *Enciclopedia Uruguaya* o *Historia ilustrada de la civilización uruguaya* se publicó semanalmente entre mayo de 1968 y diciembre de 1969 por Editores Reunidos y Editorial Arca, totalizando 60 números. El plan y la dirección general correspondió a Ángel Rama, el director ejecutivo fue Luis C. Benvenuto y el asesor historiográfico, Julio C. Rodríguez. Cada fascículo era acompañado por un cuaderno con documentos o textos literarios relacionados con la temática abordada.

4. Se trata de la misiva personal al Dr. Sanguinetti fechada el 18 de setiembre de 2005 y la respuesta a la Comisión de Educación y Cultura de la Cámara de Senadores, fechada el 20 de mayo de 2006. Estos textos fueron publicados en J. P. Barrán: 2010, 115-119 y 121-138.

5. Según Ardao, la independencia era un problema histórico, “en cuanto interpretación del pasado: del proceso que condujo a ella, de sus figuras y episodios esenciales, especialmente —aunque no únicamente— de la personalidad de Artigas y el significado del 25 de agosto” y un problema político, “en cuanto diagnosis del presente y previsión del futuro: posibilidad o capacidad del país para mantener su lograda condición de independiente”. (A. Ardao: 1967, 83).

6. En la “Advertencia” a la publicación de una selección de informes consulares de Thomas S. Hood, Barrán indicaba: “*Sin ira y con estudio*, lema que garantizaría la objetividad, es inaplicable en todos sus términos al análisis de los orígenes pues es muy difícil prescindir de la ira. Pero nuestro deber es, por lo menos, acentuar el estudio”. (J. P. Barrán, A. Frega, M. Nicolliello: 1999, 5-6).

teórico-metodológica desarrollada por la escuela francesa de los *Annales*. La primera se ejerció desde su formación en el Instituto de Profesores “Artigas” y en el Museo Histórico Nacional, donde colaboró, entre otras actividades, en el relevamiento de fuentes documentales para la historia económica y social del territorio del actual Uruguay. Como Barrán solía comentar, Pivel lo introdujo en el análisis documental riguroso, el interés por los temas de Historia Nacional y, tal vez, en una cierta resistencia a la formulación de categorizaciones. En lo que refiere a la Historia propuesta desde *Annales*, como ha sintetizado Peter Burke, planteaba una sustitución de la narración de acontecimientos por el planteamiento de problemas, una diversificación de temas (abierto a toda la gama de actividades humanas), una apertura mayor a la colaboración con otras disciplinas y una renovación metodológica. (Burke: 1993, 11-12). Ambas influencias dejaron su impronta en su abordaje de la independencia y el sentimiento nacional.

En octubre de 1968, en un contexto de crisis estructural del país y movilización social, José Pedro Barrán publicó instancias de una polémica entre Juan Carlos Gómez y Francisco Bauzá con motivo de la inauguración en mayo de 1879 en Florida del monumento a la Independencia Nacional. Le puso por título “¿Independencia, anexión, integración?”⁷ La selección documental incluyó dos cartas de Juan Carlos Gómez aparecidas en Buenos Aires y que fueron recogidas por la prensa montevideana.⁸ Tituladas “La independencia oriental” y “Los Plebiscitos Orientales”, contenían los fundamentos de la negativa de Gómez a aceptar la invitación formulada por Alejandro Magariños Cervantes para participar en dicha inauguración. A continuación, la selección recogió los cuestionamientos de Francisco Bauzá a tal postura, publicados entre el 30 de setiembre y el 4 de octubre de 1879 en *La Nación*.

Al comentar la posición de Gómez, Barrán arremetió contra el mito de la “patria grande” que, en su opinión, compartían “el mitrismo porteño” y Juan Manuel de Rosas. Por ese “mito” se procuraba “la reconstrucción de un virreinato que apenas había existido cuarenta años, en medio de resquebrajamiento siempre profundos y de autonomías concedidas con largueza por la potencia colonial”. Si bien Gómez no postulaba la “simple anexión”, sino la eliminación “de las dos nacionalidades y luego fusionarlas”, el planteo “resultaba completamente anacrónico en 1879”. (Barrán: 1968, 134).

7. J. P. Barrán: 1968, 133-135, “Introducción”.

8. En Montevideo fueron publicadas en *El Siglo* y también en *La Reforma*. En este caso, seguidas de las “Refutaciones” escritas por “Un Oriental” y luego incluidas en la compilación titulada *Inauguración del monumento a la independencia. 18 de mayo de 1879*, Montevideo, Imprenta de La Reforma, 1879.

Aunque consideraba que los argumentos históricos expuestos por ambos “fueron utilizados sin mayor rigor científico”, entendía que “la voluntad de ser una nación” fue “intuida con más profundidad por Bauzá”. En la línea del nacionalismo de cuño piveliano, Barrán afirmaba que las manifestaciones de “resistencia a los invasores” constituyeron señales “prístinas de un provincialismo que de tan acendrado y amado se estaba convirtiendo, insensiblemente para los dirigentes, con mucha más claridad para las masas desangradas del gauchaje, en la convicción de que la salida sólo radicaba en la independencia total y absoluta”. (*Ibid.*)

El enfoque de Barrán mostraba matices con la postura de Pivel al indicar que solo cuando “las clases mercantiles de nuestras ciudades-puertos” consolidaron su triunfo, “recordaron la idea de nación, forjada por otros y que ahora, sabiamente usada, podía, tal vez, afirmar sus intereses”. Por otro lado, marcaba también su rechazo a la simplificación de “cierto revisionismo histórico argentino” respecto a que los orientales habrían basado su nacionalidad en la protección imperial británica, recordando que la “actitud del imperialismo” era mucho “más dúctil y variada de lo que algunos pensamientos seducidos por el mecanicismo suponen.” (*Ibid.*)

La reflexión sobre la independencia nacional se daba en un momento de crisis del Uruguay y la región ante el cual los historiadores no se mostraron indiferentes. El compromiso con el presente reforzaba la necesidad de profundizar el conocimiento histórico. En la parte final de la breve introducción a los textos escogidos, Barrán marcó su posición sobre los desafíos de la hora:

si alguna vez América Latina decidiera unirse para promover su independencia económica efectiva y la sociedad más justa a que todos aspiramos, sólo naciones por completo soberanas y conscientes del principio de la autodeterminación de los pueblos, serían capaces de dar ese paso. Es volver, entonces sí, a un auténtico artiguismo. La soberanía particular de los pueblos, como objeto único de la Revolución para proceder luego a su integración.

En pocas palabras, la construcción de los lazos de unión latinoamericanos debía fundarse en la fortaleza de naciones soberanas.

Las diferencias con Carlos Real de Azúa

En 1964 Carlos Real de Azúa escribió una reseña a la obra de José Pedro Barrán y Benjamín Nahum titulada *Bases económicas de la revolución artiguista*. Si bien en términos generales era muy elogiosa, cuestionaba el “reiterado uso del calificativo ‘no nacional’, o ‘de espaldas a la nación’ a planes y actitudes de la clase dirigente de Buenos Aires”, por entender

que una vez rota la unidad del Virreinato del Río de la Plata correspondía referir a lo local y/o lo americano. (C. Real de Azúa: 1987, 232).

Años más tarde, a propósito de la aparición en 1975 de la obra de Barrán titulada *Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco*, Real de Azúa entregó en el local de Ediciones de la Banda Oriental un comentario donde, entre otros aspectos, se refería a la visión sobre la independencia del Uruguay:

la poderosa influencia de Pivel sobre ustedes [se refiere también a Benjamín Nahum] los ha llevado a aceptar sin suficiente crítica algunos dogmas del neotradicionalismo historiográfico [...] que ya están constituyendo una rémora en la labor de las generaciones que le siguen. Uno es la adhesión demasiado incondicional a la tesis de la antigüedad del independentismo uruguayo.⁹

Al responder, Barrán se hizo cargo de la fuerte influencia que Juan E. Pivel Devoto había ejercido en su formación y recordó que la “vieja tesis piveliana” admitía que el sentimiento nacional se había ido construyendo a lo largo del siglo XIX. Para Pivel, “la muerte del federalismo oriental representaba para el Estado la posibilidad plena de ser nación”. En lo que refería a su propia postura concluía: “a mi entender, la nacionalidad es un proceso y no nació armada como Atenea de la cabeza de Zeus, de la noche a la mañana. [...] En realidad, sospecho que en esto soy muy poco oriental”.

Por esos años, Real de Azúa terminó un manuscrito de casi 400 páginas mecanografiadas, sin título, sobre “la existencia o no de la conciencia nacional en el período clave de nuestra independencia —1825-1828— y su reflejo en las corrientes de pensamiento histórico”. Con esas palabras presentaba Barrán un fragmento de ese texto que en 1981 le había entregado en París Gustavo Beyhaut, a los efectos de que procurara publicarlo en Montevideo.¹⁰ En 2006, en la respuesta enviada a la Comisión de Educación y Cultura del Senado motivada por la propuesta de Julio María Sanguinetti de revisar el significado del feriado del 25 de agosto, Barrán abundó sus comentarios sobre la obra de este intelectual polifacético:

9. La carta fechada en febrero de 1975 estuvo exhibida en la cartelera de la editorial. El intercambio epistolar fue publicado años más tarde en el semanario *Brecha* con una presentación a cargo de Jaime Klaczko. (Klaczko: 1996, 189-203).

10. La publicación parcial del trabajo de Carlos Real de Azúa se realizó en *Cuadernos del Claeh*, 1987/2, pp. 13-45 con el título “El problema del origen de la conciencia nacional en el Uruguay”. La obra completa se editó en 1990 bajo el título *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, con prólogo de Gerardo Caetano y José Pedro Rilla.

Carlos Real de Azúa cuestionó con dureza, erudición y admirable espíritu crítico la visión independentista de Pablo Blanco Acevedo y Juan E. Pivel Devoto sobre los sucesos de 1825 a 1828 y abogó por una interpretación que tuviese en cuenta la diversidad de caminos que pudo y seguramente quiso seguir la sociedad oriental en esos años, uno de los cuales pudo haber sido el de la independencia, aunque, a su entender, este no había sido el elegido en Agosto de 1825. (J. P. Barrán: 2010, 133).

Ahora bien, para Barrán ello no suponía —como sí aspiraba Real de Azúa— “señalar la muerte a manos de la ciencia objetiva de las interpretaciones fieramente nacionalistas de Juan E. Pivel Devoto y su entronizamiento del 25 de Agosto.” Desde su perspectiva, también era “compatible con la docencia y la academia” el “significado independentista literal de esas leyes”, o la “voluntad independentista, probablemente mayoritaria, de los orientales ese año”. (*Ibid.*).

En la respuesta personal a Julio María Sanguinetti ya citada, Barrán lo expresó con mayor claridad. En su opinión, lo mejor del planteo de Real de Azúa era “su afirmación de que aquel presente de 1825 contenía todas las virtualidades posibles, entre ellas, una sobre la que él —antipiveliano visceral en más de un sentido y por más de una razón— insiste poco: la de la existencia de un ‘partido’ que ya bregaba por la independencia absoluta”. Barrán retomaba sus planteos de 1985, y particularmente la referencia al informe del cónsul británico en Montevideo en lo relativo a los “partidos” existentes a comienzos de 1825, antes del inicio de la Cruzada Libertadora.

“La independencia y el miedo a la revolución social en 1825”

El artículo parte, como indicamos más arriba, de un análisis crítico de las principales corrientes interpretativas de la independencia del Uruguay, y procura avanzar sobre un camino que permita “superar” ese prolongado debate. Más que un manejo de nuevos cuerpos documentales, el trabajo acentúa los aspectos teórico-metodológicos, formulando nuevas preguntas y considerando otros problemas. Entre las explicaciones por el aparente desinterés para abordar la temática en los últimos años, incluye el hecho de que “el sentimiento nacional está conformado y ha madurado”, que el contexto político partidario era muy diferente al de las primeras décadas del siglo XX, y que las nuevas generaciones de historiadores habían acentuado su preocupación por lo social, económico y cultural como reacción a un desarrollo “desmedido” del campo político. (Barrán: 1986, 68). Justamente esa “preocupación por lo social” llevó a Barrán a incorporar en el análisis el “problema del mantenimiento del *orden* interno, auténtica obsesión paranoica —tal su recurrencia y vigor— en las clases altas de la época”. En la misma dirección se preguntaba “¿por qué

los hombres de 1825 se negaron a utilizar el capital que hubiera significado la mención de Artigas?” La respuesta se deriva de la consideración del artiguismo como un hecho revolucionario a examinar no solo desde lo político, sino también desde lo social. En ese campo, el autor reconoce el camino abierto por Lucía Sala de Tourón, Julio C. Rodríguez y Nelson de la Torre. “La violación del derecho de propiedad de la tierra y la guerra continua que el artiguismo protagonizó —señala Barrán—, desilusionaron primero y tornaron enemigas de la Revolución después, a las clases altas y aun a ciertos sectores de las medias.” (*Ibid.*, 72). Al comentar fragmentos de correspondencia, actas y proclamas no solamente de quienes apoyaron abiertamente la incorporación a Portugal y Brasil por entender que el gobierno artiguista había sido el “teatro de la anarquía”, como por parte de aquellos jefes militares y dirigentes civiles que acompañaron la lucha contra los brasileños, Barrán concluyó que para las élites el mantenimiento del orden —o su “miedo a la revolución social”— había condicionado la búsqueda de alternativas para la organización política del espacio rioplatense tras la ruptura del régimen colonial.¹¹ En ese sentido, subrayó:

para capas importantes de la sociedad oriental, lideradas por los *capitalistas* —expresión de la década de 1820 que aludía a las clases propietarias de tierras, esclavos y dinero metálico—, la independencia absoluta era sinónimo de reparto de tierras, desorden en la producción, mano de obra ocupada en los ejércitos, y lucha entre facciones rivales. (*Ibid.*)

Entre las fuentes utilizadas para aproximarse a las tensiones sociales de la coyuntura, Barrán recurrió a la caracterización de posiciones o “partidos” realizada por el Cónsul británico en Montevideo a comienzos de 1825. En su informe, Thomas S. Hood identificaba cuatro grupos: los “negativos”, entre los que había españoles y criollos, “indiferentes respecto a quién gobierna, siempre que el gobierno sea bueno y ellos posean seguridad para sus personas y sus propiedades”; los “realistas”, compuesto de “viejos españoles” que si bien tenían “prejuicios nacionales contra los brasileños”, reconocían la “tranquilidad, moderación y seguridad” de que disfrutaban con ellos; los “imperialistas”, integrado no solamente por luso-brasileños, sino por propietarios de tierras y ganado entre los que se contaban “criollos y viejos españoles con las mayores propiedades y riquezas del país”; y los “patriotas”, “unidos en su oposición al Brasil”,

11. La expresión “teatro de la anarquía” perteneció a Jerónimo Pío Bianqui, pronunciada en el Congreso extraordinario que en julio de 1821 votó la incorporación de la Provincia Cisplatina al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarves. Entre los antiguos jefes artiguistas, Barrán menciona a Manuel Oribe, Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera, y entre los dirigentes civiles, a Joaquín Suárez, Juan Francisco Giró y Gabriel Antonio Pereira, entre otros. (J. P. Barrán: 1986, 71-73).

pero con discrepancias “en todos los otros puntos”. En este “partido” el Cónsul estableció una clara distinción entre “la mayoría”, “partidarios de Artigas y sus oficiales, cuyo sistema [era] la total independencia de todos los otros países, la destrucción o división de rango y propiedad, y la igualdad basada en hacer a todos igualmente pobres”, y lo que consideraba “la mejor clase de patriotas”, “habitantes de las ciudades”, “quienes se inclinan a unirse a la federación de Buenos Ayres”. (*Ibid.*, 74-75).

Uno de los aportes más significativos de este artículo consiste en haber puesto de manifiesto la disparidad de intereses aún entre los potenciales aliados contra el dominio brasileño. Para los “patriotas” el pasado inmediato —léase la revolución radical artiguista— condicionaba los caminos a seguir. “Argentinitas”, “abrasilerados” o “independentistas” cobraban desde este enfoque una dimensión que trascendía la anacrónica consideración de “traidores” o “defensores” del interés nacional. Barrán identificaba en 1825 la existencia de un partido “independentista” de base popular, y en ese sentido presumiblemente mayoritario, así como otro que postulaba la unión a las Provincias —y el “sistema de unidad”— como garantías del orden y la estabilidad. Ahora bien, el desarrollo de la guerra, los cambios en la correlación de fuerzas de las Provincias Unidas, “las ambiciones de los estancieros porteños por las tierras orientales” y la mediación británica condujeron a “otro realineamiento de fuerzas sociales y políticas” en 1828 y “todos terminaron apoyando la independencia absoluta, transformada por esas nuevas circunstancias, en garantía de estabilidad y control por los orientales de su propia riqueza.” (*Ibid.*, 76).

Quedaba un campo abierto para seguir investigando. Una invitación a las nuevas generaciones en tanto, como él nos recordaba, en Historia no hay “cosa juzgada”, sino conocimiento provisional que debe ser sometido a examen y crítica con las herramientas y preguntas de cada presente.

El aporte documental: los informes de Thomas S. Hood

A sugerencia de Pivel, Barrán investigó en los archivos de Londres la papelería del cónsul británico Thomas Samuel Hood. El trabajo se realizó en dos etapas —1990 y 1997—, y abarcó la correspondencia consular desde 1824, año en que Hood llegó a Montevideo, hasta octubre de 1829, producido el retiro de los brasileños e iniciadas las gestiones para la ratificación del texto constitucional por parte de las Provincias Unidas y el Imperio de Brasil, tal como había establecido la Convención Preliminar de Paz en 1828. A los informes ya conocidos y manejados por la historiografía¹² se incorporaron nuevos documentos, complementando y

12. Extractos de los informes de 22/4/1824 y 31/1/1825 fueron publicados por Arnold Wright en el capítulo dedicado a “Historia” de la obra dirigida por Reginald Lloyd,

enriqueciendo la mirada que el cónsul británico transmitía a sus autoridades sobre la situación general del Río de la Plata, el estado de la opinión, la estabilidad del gobierno y las relaciones con los países vecinos.

Según Barrán, reafirmando lo que ya había señalado en su artículo de 1985, esa “documentación permite comprobar la existencia de una fuerte corriente independentista entre los orientales desde enero de 1825”, es decir, antes de la Cruzada Libertadora y la mediación británica. Además, la incorporación de los nuevos informes es “fundamental a los efectos de percibir las tendencias dominantes entre los orientales en los años en que precisamente se constituyeron como estado”. (J. P. Barrán, A. Frega, M. Nicoliello: 1999, 6).

La selección incluye 44 documentos que enriquecen el conocimiento de las alianzas y los enfrentamientos entre los distintos grupos sociales y políticos, los gobiernos de las Provincias Unidas y el Imperio de Brasil, dando cuenta de un derrotero muy alejado de la “predestinación” y “linealidad” propuestas por las lecturas “nacionalistas”. Las posiciones descritas en el conocido informe de enero de 1825 variaron en el transcurso del conflicto bélico que finalizó con la independencia de la “Provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina”.¹³ De los informes se desprende que la opción por la independencia fue reuniendo voluntades al ritmo de la guerra y las redefiniciones de alianzas en la región. Contaba con el apoyo inicial de “todas las clases bajas de criollos” al que se fueron sumando las elites urbanas. La postura inicial de los “patriotas de las ciudades” en favor de la alianza con Buenos Aires, o incluso con el Imperio de Brasil si éste realizaba algunos cambios en su política, se modificó hacia 1826 como reacción a la “infinidad” de partidos en que se había dividido la población. Según Hood, los hombres “más respetables e importantes” se inclinaron por la constitución de una república inde-



Impresiones de la República del Uruguay en el siglo XX. Historia, gente, comercio, industria y riqueza, publicada en Londres en 1912. El informe del 22/4/1824 también fue publicado en inglés y en español por C. K. Webster en *Britain and the independence of Latin America, 1812-1830* (Londres, 1938, Buenos Aires, 1944). Los del 15/8/1824 y 31/1/1825 fueron publicados en inglés por R. H. Humphreys, *British consular reports on the trade and politics of Latin America, 1824-1826* (Londres, 1940) y en español, en *Revista Nacional*, año IV, N° 43 (Montevideo, julio 1941, pp. 131-155) y en Aníbal Barrios Pintos, *Cronistas de la tierra purpúrea* (Montevideo, 1968, pp. 48-74). Debe mencionarse también la publicación por el Archivo General de la Nación titulada *La Provincia Oriental a principios de 1825 vista por John Hall* (Montevideo, Monteverde, 1995), con el informe que este comerciante británico proporcionó al cónsul. En otro trabajo hemos comentado cómo Pablo Blanco Acevedo ubicó en 1823 el informe del 22/4/1824, modificando su sentido. (A. Frega: 2009, 103 y 108).

13. Esa es la denominación empleada en los artículos 1° y 2° de la Convención Preliminar de Paz, firmada por el Emperador de Brasil y el gobierno de la República de las Provincias Unidas con la mediación de Gran Bretaña en Río de Janeiro el 27 de agosto de 1828. (E. Armand Ugon *et al.*: 1930, 84-89).

pendiente bajo los principios hanseáticos.¹⁴ Al año siguiente, y aún por motivaciones diferentes y contradictorias, la formación de un “estado libre, independiente de todos los partidos”, parecía cobrar más adhesiones como la “única base inmediata y cierta sobre la cual se puede lograr la paz.”¹⁵ El temor al desorden social o a ser “sacrificados” por el gobierno de las Provincias Unidas en aras “del engrandecimiento de su capital” [Buenos Aires] aparecían entre las razones que, según Hood, explicaban esos cambios. En cuanto a los jefes militares, los informes indican que su propósito era alcanzar o conservar su poder personal, consignando en 1828 que Juan Antonio Lavalleja se había vuelto “casi independiente de Buenos Aires” y que Fructuoso Rivera se presentaba “como sucesor de Artigas”, para “defender la independencia de su Provincia natal”.¹⁶ La noticia del cese de la guerra, sin embargo, fue recibida en Montevideo sin “ningún festejo público” por la “desconfianza” acerca de cómo se iba a organizar el nuevo gobierno.¹⁷

Desde nuestra perspectiva, el apoyo local con que contaba la opción por la independencia descalifica las interpretaciones que otorgan a Gran Bretaña el peso decisivo en la salida independentista. Ahora bien, ese cuestionamiento a las visiones sobre la “invención” británica del Uruguay no significa negar los beneficios que ella representaba para sus intereses políticos y económicos en la región. En 1819, por ejemplo, el Jefe de la Estación Naval en el Río de la Plata, Comodoro William Bowles, había escrito al Almirantazgo que resultaría una “gran ventaja” lograr un “arreglo final” mediante el cual Montevideo “quedara enteramente independiente de Buenos Ayres y en la posición de poder adoptar un sistema comercial tan estable y liberal como para animar a los extranjeros a constituir en la ribera izquierda del Plata su principal establecimiento.” (*Cit. en A. Frega: 2009, 110*).

En lo que refiere a la existencia de un “sentimiento nacional” la fuente no es contundente. Las divisiones entre los diferentes bandos no concluyeron tras la firma de la Convención, sino que, por el contrario, se incrementaron. Los informes de 1828 y 1829 dan cuenta de las realineaciones de antiguos “abrasilerados” y “unitarios” frente a la salida independentista, las luchas por el poder en el nuevo Estado y en la región, así como los temores frente a la posible acción de “las clases bajas del interior” y de los soldados.¹⁸ Como ha destacado el historiador argenti-

14. Informe del 2/10/1826, en J. P. Barrán, A. Frega, M. Nicolliello: 1999, 99-100.

15. Informe del 26/7/1827, en *ibid.*, 121-122.

16. Informes del 24/3/1828 y del 5/3/1828 respectivamente, en *ibid.*, 139-142.

17. Informe del 4/10/1828, fecha del canje de las ratificaciones de la Convención Preliminar de Paz en Montevideo, en *ibid.*, 143.

18. Informes del 19/12/1828, 26/2/1829 y 3/3/1829, en *ibid.*, 151-155.

no José Carlos Chiaramonte, tras la ruptura con la metrópoli española coexistían distintas formas de identidad política -“americana”, “provincial” y una más débil, “rioplatense” o “argentina” - que daban cuenta de las indefiniciones territoriales y abrían diversas posibilidades de “unión” o “asociación”. El concepto “nación” refería a sujetos soberanos, pero no denotaba “la existencia previa de una nacionalidad, de una Nación como entidad histórico cultural”. (Chiaramonte: 1989, 83 y 88-92).

En suma, este aporte documental contribuye a reforzar la línea interpretativa que sostiene que en 1828 no se produjo la concreción de un objetivo proclamado en forma unánime en el levantamiento de 1825, sino una realineación de fuerzas sociales y políticas en favor de la independencia plena, entendida ella misma de modo diferente por quienes concurrieron a declararla o aceptarla.

Los mitos y el sentimiento nacional

En 2005, el entonces senador Julio María Sanguinetti propuso “declarar el 5 de abril —o el 13 si se prefiere— Día de la Nacionalidad y celebrarlo como la fecha mayor de nuestro proceso histórico, en homenaje a Artigas y reconocimiento al valor ya configurado de una *nacionalidad* oriental”.¹⁹ El ex presidente retomaba el debate sobre la “fragilidad” del 25 de agosto como fecha de la independencia. Sugería que ese feriado pasara a llamarse “Día de la Declaratoria de la Florida” y planteaba retrotraerse a “la idea de ‘nación’ o de ‘nacionalidad oriental’, que preexistieron al Estado”. En sus palabras, era “el período artiguista el único en que todos coincidimos, en que poseemos un héroe común que nos convoca por igual a los uruguayos, sin distinción de partidos políticos o credos religiosos”. La propuesta operó como un disparador de la polémica a nivel político y académico. Su autor había enviado una copia a José Pedro Barrán, quien también recibió de la Comisión de Educación y Cultura de la Cámara de Senadores un pedido de asesoramiento sobre dicho planteo.

En línea con su postura largamente elaborada, Barrán resaltó la complejidad del proceso de independencia —había “muchos futuros posibles”— y la existencia de distintas corrientes de opinión en la Provincia Oriental en 1825. Respecto al cambio de fecha, no solamente lo consideró



19. Julio Ma. Sanguinetti. “Un necesario debate”. Consideraciones presentadas a la Comisión de Educación y Cultura del Senado, octubre 2005. Versión electrónica en: <http://www.artigas.org.uy/archivos/pdf/colaboraciones/un%20necesario%20debate.pdf>. Ambas fechas referían al Congreso de representantes de los pueblos orientales celebrado en 1813 en Tres Cruces: el día 5 fue la apertura de sesiones y aprobación de las condiciones para el reconocimiento de la Asamblea Constituyente reunida en Buenos Aires, y el día 13 corresponde a la fecha de la copia autenticada por José Artigas de las “Instrucciones que dieron a los Representantes del Pueblo Oriental para el desempeño de su encargo” en la referida asamblea.

inconveniente, sino que advirtió que “modificar una tradición, y de las que refieren al nacimiento del país como nación y Estado [...] es peligroso para la nacionalidad o, por lo menos, la cuestionaría en sus fundamentos míticos, los que forman parte de las esencias de cualquier sentimiento patriótico”. (Barrán: 2010, 121).

Es interesante observar que en 1968 el profesor Alfredo Traversoni había arribado a una conclusión similar a la de Barrán en lo referente a la conveniencia de mantener las celebraciones del 25 de agosto. Más allá de las “inexactitudes” o de las “disputas partidistas”, en su opinión, la efeméride había ido “reflejando a través del tiempo un sentimiento en progresivo desarrollo”. La fecha significaba la “afirmación y compromiso de lucha contra toda dominación extranjera”, por lo que no le parecía “legítimo, en aras de una afirmación de conceptos que tiene otras vías para expresarse, quitarle el carácter simbólico recordatorio de la Independencia Nacional.”²⁰

En el Apéndice a su respuesta a la Comisión del Senado, Barrán desarrolló sus argumentos: el 25 de agosto se festejaba como día de la “independencia uruguaya” desde hacía por lo menos 146 años y esa tradición estaba “incorporada al sentimiento nacional y a la propia independencia”. Observaba que si bien la distancia temporal con la ley que en 1860 designó ese día como “gran fiesta de la República” favorecía un “enfoque racional” del tema, esa separación nos privaba de las “vivencias” del “pasado reciente” que tenían aquellos legisladores del siglo XIX. Fundamentalmente, la percepción de “la ambición de los Estados, ciudades o regiones vecinas que todavía cuestionaban con fuerza la independencia absoluta del Uruguay”. Asimismo, señalaba que las “motivaciones partidarias” de la propuesta afirmaban el contexto “orientalista” de aquel momento. La disputa por las “efemérides patrias” podía considerarse también como un indicador de la “fuerza del sentimiento nacional del que las dos formaciones partidarias querían poder nutrirse monopólicamente para, así, fortalecerse”. Por esta razón, la adhesión al 25 de agosto de 1825 en ese contexto “era un acto de militancia nacionalista.” (J. P. Barrán: 2010, 128-129).

Militancia y responsabilidad que reclamaba en la actualidad a quienes dirigen un Estado, para que respeten y asuman “sus tradiciones y mitos cuando estos han encarnado el sentimiento nacional”. En ese sentido, Barrán afirmaba que enfrentarse a “la tesis de los intelectuales y políticos ‘orientalistas’ que construyeron la nación como concepto y sentimiento”, para “aceptar la tesis ‘anexionista’ que la negó, sería, por lo menos, discutible desde el punto de vista historiográfico, y probablemente

20. A. Traversoni: nov. 1968, 96. Sostenía que las “nacionalidades”, aún consideradas en su historicidad, constituían “categorías muy estables en la vida de los pueblos y no pueden ser descuidadas en la angustiosa búsqueda de soluciones a la crisis”.

peligroso desde el interés nacional”. (*Ibid.*, 124). Reforzaba esa idea con el rechazo a la “patria grande” entendida como reconstrucción del Virreinato del Río de la Plata y referida por él como “anexión” y no como “unión”. Al repasar el recorrido de la idea en la historiografía argentina desde los enfoques nacionalistas y revisionistas hasta los trabajos más contemporáneos, concluía que compartían la “interpretación ‘anexionista’ [...], probando, una vez más, que la Historia a menudo se escribe desde el interés nacional antes que desde la muy pocas veces impoluta búsqueda de la verdad científica”. (J. P. Barrán: 2010, 122-123). Sin embargo, en otros pasajes de la respuesta aludía a los planteos de Chiaramonte, para quien las provincias actuaban como “soberanías independientes”, afirmando que con los significados actuales de *nación* y *estado*, la Argentina no existía como tal en 1825.²¹

Al responder sobre la pertinencia de incluir el Congreso de Abril como “fecha patria mayor” Barrán introdujo la consideración de los elementos que componen el sentimiento nacional de los uruguayos. Se mostraba partidario de la “concepción de la nacionalidad típicamente batllista”, “de que el Uruguay es su democracia más que su ‘sangre.’” (J. P. Barrán: 2010, 118). Años atrás, junto a Benjamín Nahum había escrito que para el reformismo batllista la nacionalidad “no consistía en el mecánico apego ‘al lugar en que nacimos’ sino en la identificación del país con ideales que lo trascendían: la democracia política, la justicia para con los ‘oprimidos del taller o del hogar’, y la soberanía de la comunidad en el terreno económico”. (J. P. Barrán, B. Nahum: 1983, 152). La fecha propuesta por Sanguinetti podría justificarse porque “los ideales con los que se confundió el Estado (democracia, República, libertades) aparecen claramente en 1813”. Pero no podría ser de ninguna manera el Día de la Nacionalidad, pues como Barrán le recordaba al expresidente, Artigas “sí que quería la unión, claro que condicionada”. Además, “el sentimiento nacional se fue construyendo paulatinamente a lo largo del siglo XIX -insistía Barrán- pues en nuestro caso el Estado precedió a la Nación y tal vez la fue forjando”.

Si los historiadores, como advertía Hobsbawm, “contribuyen, conscientemente o no, a la creación, desmantelamiento y reestructuración de las imágenes del pasado que no solo pertenecen al mundo de la investigación especializada, sino a la esfera pública del hombre como ser político” (E. Hobsbawm: 2002, 20), ¿qué actitud deben asumir ante las conmemoraciones? En distintos contextos históricos, fuerzas políticas de muy diversa orientación han encarado las conmemoraciones como vías para el fortalecimiento de los lazos de unidad nacional. El 19 de junio de 2009, el entonces Presidente de la República Tabaré Vázquez

21. Barrán: 2010, 117. Se refiere a la obra de José Carlos Chiaramonte titulada *Ciudades, provincias, estados...* cuyos datos completos se incluyen en la bibliografía.

anunció la presentación de un proyecto de ley declarando el 2011 como “Año del Bicentenario del Proceso de Emancipación y Autodeterminación”. La fundamentación de motivos señaló que se procuraba “la conciliación entre las que pueden llamarse fechas *míticas* y las que resultarían de un análisis histórico fundado en bases que no pagasen tributo a la tradición o a los sentimientos sacralizados.”²² Al ser consultado al respecto, Barrán coincidió con el año escogido por entender que

el sentimiento de orientalidad se va fortaleciendo desde entonces frente al sentimiento de pertenencia a las provincias y, sobre todo, respecto de Buenos Aires. No sé si es un sentimiento nacional, pero sí de un autonomismo tan fuerte que a la larga es origen de un sentimiento nacional.²³

Retomaba elementos incluidos en su respuesta de 2005. En aquella oportunidad había señalado: “los orientales comenzaron a sentirse unos y distintos desde el Éxodo de 1811”. (Barrán: 2010, 125). Aunque Barrán distingue conceptualmente el proceso de independencia de aquel de la formación de la nacionalidad, y considera que “los procesos históricos [...] presentan virtualidades y ofrecen posibilidades variadas de transformación”, en la afirmación anterior se nota la influencia del nacionalismo de cuño piveliano.²⁴ Desde nuestra perspectiva, el término “oriental” expresaba contenidos diversos según quien lo exponía, y daba cuenta de las contradicciones del propio proceso. En los planteos artiguistas, aludía en parte a una ubicación geográfica que tenía puntos de referencia en los ríos Uruguay y Paraná, pero fundamentalmente a una interpretación particular de los alcances de la reasunción de la soberanía y la defensa de un cierto igualitarismo social. Es decir, se identificaban de esa manera los seguidores de un proyecto más que como habitantes de un lugar determinado. (A. Frega: 2007, 319-320).

Conmemorar, según el historiador francés Michel Bertrand, instaura una forma de “encadenamiento entre el pasado que se quiere celebrar, el presente que se vive y el futuro al que se pretende” llegar. Supone, por tanto, una cierta “instrumentalización del pasado mediante los planteamientos del presente”. (Bertrand: 2011, 30-33). Puede implicar, también, “interpretar mal la propia historia”, expresión de Ernest Renan re-

22. Mensaje del Presidente de la República, Tabaré Vázquez, con motivo de la celebración del 245° aniversario del natalicio del Gral. José Gervasio Artigas. Versión electrónica en: http://archivo.presidencia.gub.uy/_Web/noticias/2009/06/2009061903.htm.

23. *La Diaria*, 22/6/2009, p. 6. (“Bicentenario y búnker”, por J[osé] G[abriel] L[agos]).

24. En el sesquicentenario de ese episodio Pivel publicó un artículo titulado “El Éxodo de 1811 y la Tradición Nacional” donde refería a la voluntad de emigrar como una “eclosión apasionada y rústica del sentimiento nacional”. (*Marcha*, 20/10/1961, pp. 16-22).

tomada por el historiador británico Eric Hobsbawm en su estudio sobre las naciones y el nacionalismo. (E. Hobsbawm: 1998, 20-21).

* * * * *

Barrán adoptó un camino singular que recogía influencias historiográficas y experiencias de orígenes diversos y construyó desde su posición de “tercero en discordia” una interpretación que ha enriquecido sustantivamente la comprensión del proceso de independencia del Uruguay. Al rigor de la investigación, el aporte de nueva documentación y el análisis no solamente del proceso histórico sino de sus conmemoraciones, Barrán le sumó la pasión y, con ella, el amor a su país. Un “uruguayismo” militante que atribuía al magisterio de Pivel. (G. Caetano: 2010, 214-215). “Me gusta mi país, qué voy a hacer”, comentó en agosto de 2009 a un entrevistador asombrado por la “embestida nacionalista” de sus respuestas.²⁵ Un “nacionalismo, tan flaco como tozudo”, según su propia definición, pero no excluyente ni *chauvinista*, sino comprometido con la construcción de una sociedad más justa.



25. Entrevista realizada por Salvador Neves y publicada en *Brecha* el 7 de agosto de 2009, incluida en J. P. Barrán: 2010, 163-171.

231
themselves can only lead to endless anarchy
and confusion, and to the ruin and destruction
of by far the finest part of South America.

The transfer of the Banda Oriental from
the domination of Brazil to the Republic of
Buenos Ayres which was effected by the party
in arms, was well known to have been a
measure of expedience which their weakness made
necessary in order to involve Buenos Ayres in a
war with Brazil, with a view at the bottom of
separating themselves from Buenos Ayres when once
the Brazilians had been expelled. But matters
have turned out very different to what had
been expected. The Buenos Ayres Government
aware of the feelings which annexed this province
to their Republic, saw that it was held but
by a weak tenure whilst the native chiefs
held high commands in the army; to weaken
this power the native troops were incorporated
with the Republican troops and by degrees
and insidious most^{ly} the Chiefs were under various
pretences removed from their command and
replaced by Buenos Ayreson Officers; amongst
these

these were Fructuoso Ribera and Don Juan Lavalleja, the first was sent to Buenos Ayres, a kind of state prisoner, but called the Commander in Chief of the troops south of the La Plata, while the other was attached as a Brigadier under the orders of General Martin Rodriguez, who by these and other changes aimed at getting all power into his own hands; from the moment of these intrigues having been discovered I imagine that a feeling took root prejudicial to Buenos Ayres interest, for shortly after the removal of Fructuoso Ribera, his brother with 500 men drew off from the Republicans and established a party of his own north of the Rio Negro, thus commencing a point to which he directed could fly, and to which it is believed General Fructuoso Ribera, who has absconded himself from Buenos Ayres, has fled. If this be true, there may be a probability that there exist some understanding between the party on the Rio Negro, and others not in arms, which may have given some occasion to the changes in opinions which I have mentioned.

Anexo

Doc. N° 13. [Despacho de T. S. Hood a John Bidwell, donde se informa que entre los hombres “*más respetables e importantes*” del bando patriota ha surgido la idea de organizar un partido independentista, a fin de liberarse de brasileños y bonaerenses y establecer una República bajo los principios hanseáticos. Hace referencia, además, a las remociones de Rivera y Lavalleja por parte del gobierno bonaerense. Ref. F.O. 51/2.]

[Montevideo, 2 de octubre de 1826]

N° 20

Monte Video, Octubre 2, 1826

Señor

Desde hace algunas semanas se observa que se ha producido un cambio en las opiniones políticas de los más respetables e importantes hombres del partido patriota en esta ciudad y la provincia. Se dice que ellos han estado considerando una idea de organizar un partido independentista con la esperanza, en el actual estado de cosas, de librarse de los bonaerenses y los brasileños, y establecer una República de ellos, bajo el principio de los Estados Hanseáticos.

Es muy dudoso cuán practicable es esta medida en la actualidad; efectivamente sin ser propuesta, y por un tiempo mantenida por algunas naciones desinteresadas, la cosa sería imposible, e intentada / por ellos mismos, sólo puede llevar a una interminable anarquía y confusión y a la ruina y destrucción de la mejor parte, por lejos, de Sud América.

La transferencia de la Banda Oriental del dominio de Brazil a la República de Buenos Ayres que fue efectuada por el partido de las armas, es bien conocido que ha sido una medida de conveniencia que su debilidad hacía necesaria para enrolar a Buenos Ayres en una guerra con Brazil, con miras, en el fondo de separarse ellos mismos de Buenos Ayres una vez que los brasileños hubieran sido expulsados. Pero las cosas han resultado muy diferentes a aquello que se había esperado. El Gobierno de Buenos Ayres, conociendo los sentimientos que anexaron esta provincia a su República, vio que [sería] sostenido sólo por una débil fracción mientras los jefes nativos fueran mantenidos con altos cargos en el ejército; para debilitar este poder, las tropas nativas fueron incorporadas a las tropas Republicanas y por grados e intrigas la mayoría de los Jefes fueron, bajo varios pretextos, removidos de sus comandancias y reemplazados por Oficiales bonaerenses; entre / ellos estaban Fructuoso Ribiero [sic] y Don Juan Lavalleja; el primero fue enviado a Buenos Ayres, a modo de prisionero de estado, pero llamado Comandante en Jefe de las tropas del sur de La Plata, mientras el otro era asignado como Brigadier bajo las órdenes del General Martín Rodríguez, quien por este y otros cambios, pretendía concentrar todo el poder en sus propias manos. Desde el momento en que estas intrigas fueron descubiertas, imagino que arraigó un sentimiento hostil a los intereses de Buenos Ayres. Poco después de la remoción de Fructuoso Ribiera, su hermano con 600 hombres se retiró de



los Republicanos y estableció un partido propio al norte del Río Negro, de este modo comenzó un punto al cual el desafecto podría volar, y al cual se cree que el General Fructuoso Ribiera, quien se había ausentado de Buenos Ayres, ha fugado.

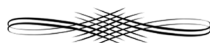
Si esto es verdad, puede haber una probabilidad de que exista cierto entendimiento entre el partido sobre el Río Negro, y otros, no en armas, que pueda haber estimulado los cambios de opiniones que he mencionado. /

/ Pero es imposible ofrecer una opinión segura en este momento acerca de cómo aquellos hechos puedan haber afectado el estado general de cosas.

Tengo el honor de ser
Señor,
Su más obediente
humilde servidor

Thomas Samuel Hood

Traducción del inglés: Soledad Caño Güiral y Ana Frega.



ARDAO, Arturo, “La independencia uruguaya como problema”, *Cuadernos de Marcha*, No. 4, Montevideo: agosto 1967, pp. 82-96.

ARMAND UGON, E. *et al*, *República Oriental del Uruguay. Compilación de leyes y decretos, 1825-1930, Tomo I, 1825-1834*, Montevideo: 1930.

BARRÁN, José Pedro, “¿Independencia, anexión, integración?”, *Enciclopedia Uruguaya*, cuaderno N° 16, Montevideo: Arca, octubre 1968 (Introducción y selección de textos de Juan C. Gómez y Francisco Bauzá).

_____ “La independencia y el miedo a la revolución social en 1825”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, N° 24, Montevideo: diciembre de 1986, pp. 65-77. Una versión parcial había sido publicada en el semanario *Brecha* el 11 de octubre de 1985.

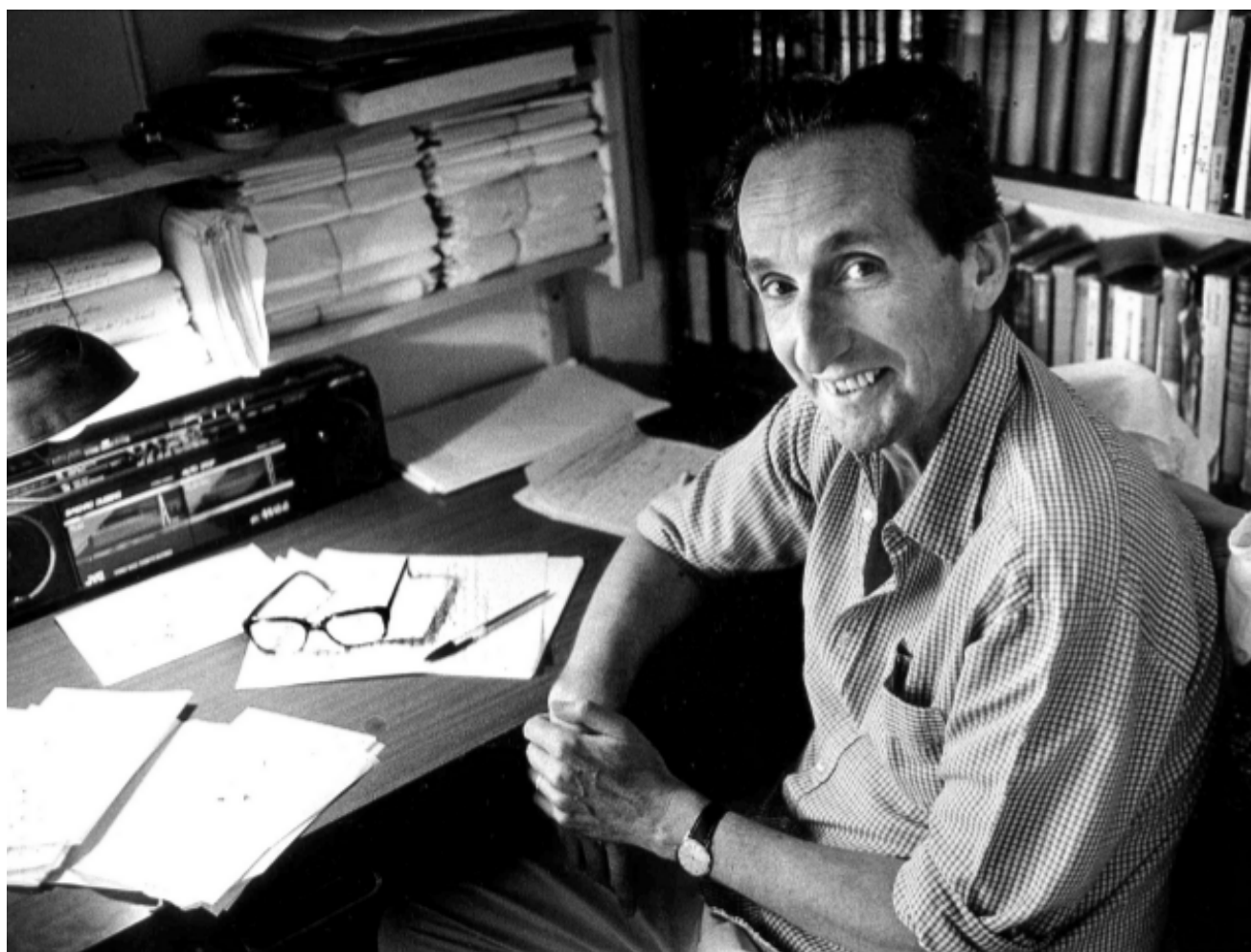
_____ *Epílogos y legados. Escritos inéditos. Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010.

BARRÁN, José Pedro; NAHUM, Benjamín, *Batlle, los estancieros y el imperio británico, Tomo 4, Las primeras reformas, 1911-1913*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1983.

BARRÁN, José Pedro; FREGA, Ana; NICOLIELLO, Mónica, *El cónsul británico en Montevideo y la independencia del Uruguay. Selección de los informes de Thomas Samuel Hood (1824-1829)*, Montevideo, Dpto. de Publicaciones de la UdelaR, 1999.

- BERTRAND, Michel, “En torno a los usos de la Historia: conmemorar, celebrar, instrumentalizar las independencias latinoamericanas”, *Revista Estudios del ISHIR*, N° 1, Rosario: tercer cuatrimestre de 2011, pp. 24-39.
- BURKE, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales. 1929-1989*, Barcelona: Gedisa, 1993.
- CAETANO, Gerardo, “Barrán o ‘la Historia como hazaña de la libertad’”, en *Epílogos y legados. Escritos inéditos. Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp. 193-220.
- CHIARAMONTE, José Carlos, “Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana ‘Doctor Emilio Ravignani’*, 3ª serie, N° 1, primer semestre 1989, pp. 71-92.
- _____, *Ciudades, provincias, estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires: Editorial Ariel, 1997.
- FREGA, Ana, *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2007.
- _____, “La mediación británica en la guerra entre las Provincias Unidas y el Imperio de Brasil (1826-1828). Una mirada desde Montevideo”, en *Historia regional e independencia del Uruguay. Proceso histórico y análisis crítico de sus relatos* (coordinado por A. Frega), Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2009, pp. 101-130.
- _____, “El Bicentenario en Uruguay: apuntes para un nuevo debate”, *Revista Estudios del ISHIR*, N° 1, Rosario: tercer cuatrimestre de 2011.
- HOBSBAWM, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona: Crítica, 1998 [1ª ed. en español, 1991].
- _____, “Introducción”, en *La invención de la tradición* (editado por E. Hobsbawm y Terence Ranger), Barcelona: Crítica, 2002, pp. 7-21.
- KLACZKO, Jaime, “Real de Azúa – Barrán. Una polémica rescatada del olvido”, en *Las brechas de la Historia. Tomo 1. Los periodos* (artículos publicados en *Brecha* compilados por Fernando Pita), Montevideo: Ediciones de Brecha, 1996, pp. 189-203.
- REAL DE AZÚA, Carlos, *Escritos*, Montevideo: Arca, 1987.
- _____, “El problema del origen de la conciencia nacional en el Uruguay”, *Cuadernos del Claeh*, 1987/2, Montevideo: pp. 13-45.
- _____, *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo: Arca / Ediciones del Nuevo Mundo, 1990.
- TRAVERSONI, Alfredo, “El 25 de Agosto: realidad y símbolo”, *Cuadernos de Marcha*, N° 19, Montevideo: noviembre 1968, pp. 89-96.
- _____, “La independencia y el Estado Oriental”, *Enciclopedia Uruguaya*, fascículo N° 16, Montevideo: Editores Reunidos / Arca, octubre 1968.
- ZUBILLAGA, Carlos, *Historia e historiadores en el siglo XX. Entre la profesión y la militancia*, Montevideo: Librería FHCE, 2002.





Barrán profesor

Alicia Fernández Labeque¹

Departamento de Investigaciones.

Biblioteca Nacional



Mucho se ha escrito de José Pedro Barrán, como historiador, como intelectual, como escritor. Pero muy poco se conoce de su faceta docente, profesión vocacional e identitaria que ejerció dentro y fuera del país hasta sus últimos momentos, cuando avanzada su enfermedad acepta ser vicepresidente del Codicen para fortalecer una institución conductora del proyecto educativo del país.

Profesor de Historia en Enseñanza Secundaria, suma luego, a esa actividad, el "oficio" de investigador y ambas tareas se nutren y complementan. Al ser destituido en el año 1978, se dedica más a la investigación que a la docencia, que no abandona, y la ejerce desde un ámbito privado, dando clases en su propia casa. Así lo testimonia la profesora Lucila Artagaveytia, una de sus alumnas infaltables.

No es posible completar una semblanza de José Pedro Barrán como docente sin tomar en cuenta los cursos que impartió en circunstancias que pueden ser consideradas por lo menos "atípicas" o "especiales" en varios sentidos: el tiempo –seis años de plena dictadura: 1979 a 1984–, un día a la semana; el espacio –el living de su propia casa–; y el alumnado: profesores ya recibidos deseosos de aprovechar a un investigador y docente de su calidad con "tiempo y ganas" de enseñar y sin poder hacerlo en instituciones públicas por encontrarse sumariado.

1. Alicia Fernández Labeque, es Magister en Educación, Profesora Titular de Didáctica de la Historia en el Instituto de Profesores Artigas y Coordinadora del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Entre sus publicaciones más recientes está *Bibliotecas Coloniales. Libros, lecturas y bibliotecas en la América Española y la Banda Oriental durante el período colonial (en coautoría con Jorge Villa)*.

No fue fácil convencerlo. La Señora de Artucio –quien finalmente lo logró– nos contaba tiempo después que rendido, Barrán le había dicho: “Bueno, que vengan, pero yo no les voy a cobrar”. Y ella le había contestado más o menos así: “Pero Barrán, ¡hasta una limpiadora cobra por la hora que trabaja!”

Voy a tratar de rescatar aquellos aspectos de su “modo de ser docente” que más me llamaron la atención en ese entonces. Hoy los he resignificado desde mi fuerte interés personal en las temáticas vinculadas a la enseñanza de la historia.

Barrán solo quería enseñar acerca de lo que estaba investigando. Luego de un primer curso dedicado a la historia demográfica del Uruguay, logramos –con esfuerzo–, convencerlo para que dedicara el año siguiente a darnos un panorama general sobre el Uruguay del siglo XIX. Pero a partir de allí el trabajo profundo fue sobre su tema de investigación: el primer batllismo. En el año 83, se “rindió” y –a nuestro pedido–, dedicó parte del curso a plantear “Nuevas visiones sobre el artiguismo”. En 1984 retomó el carril de sus investigaciones y el tema fue la “Historia de la sensibilidad”. Detrás de ese “tire y afloje”, estaba su rigor académico que lo llevaba a plantearnos explícitamente que él solo se sentía “seguro” cuando enseñaba aquellos temas que estaba investigando o que había investigado.

La vinculación entre “situación existencial –investigación– temas del curso” se hace patente cuando uno recuerda que en el mismo año que lo operaron del riñón, trabajamos con temas como “formas del luto en la segunda mitad del siglo XIX”.

Ni qué decir que su personalidad tenía el modo en que abordaba todos los temas. Su pudor y delicadeza lo llevaban a dar vueltas y vueltas para encontrar el modo de tratar las formas de control de la natalidad en el novecientos sin caer en ninguna grosería. A modo de ejemplo, la carta de Job Reyes a Delmira Agustini en que le decía algo así como: “Tu madre me explicó los secretos culpables para que no te hiciera madre” fue el punto de partida para trabajar los métodos anticonceptivos de la época. Esa misma delicadeza, afabilidad y hospitalidad se respiraban en el ambiente distendido en que transcurrían las clases, donde Alicia, su mujer, se hacía presente sin estarlo, en la vajilla pronta para tomar el té a la hora del corte.

El humor inteligente y sutil era una de sus características más destacadas e impregnaba sus comentarios y reflexiones. Un ejemplo que me involucra directamente: Yo fui la “principal promotora”, la que “tuvo la idea” de estos cursos y entonces llamé a Barrán –sin conocerlo personalmente–, para proponérselos. Parece que Barrán llamó a la señora de Artucio y le dijo “me acaba de llamar por teléfono una profesora con apellido de Asociación Rural”.

Llamaba la atención y nos admiraba que no manejara ninguna anotación o papel cuando trabajaba con datos numéricos: fechas, cifras o porcentajes. Un día le pregunté cómo hacía para acordarse y me contestó con la picardía que lo caracterizaba: “los repaso un rato antes de que us-

tedes vengan”. Parece un detalle menor, pero todavía hoy veo el respeto que causa en los adolescentes, algún practicante que se toma el trabajo de repasar antes y manejar datos sin mirar papeles, y me acuerdo del “profe”.

Barrán daba la clase como si su discurso fuese “en dos colores” perfectamente ensamblados. Por un lado iba desarrollando los contenidos del tema, por otro –simultáneamente–, iba abriendo paréntesis en que transparentaba sus idas y venidas, sus dudas y problematizaciones como investigador. “Esto que les estoy diciendo no me termina de convencer porque...” “Sobre esta temática escribí hace unos años algo que hoy considero un disparate...” “Mientras mi interés era la historia económica, pasé por encima de este documento infinidad de veces y nunca me dijo nada. Hoy, en cambio, haciendo historia de las mentalidades lo considero un tesoro porque...” De esta manera sus clases eran el perfecto ejemplo de lo que significa enseñar un campo de conocimiento como una construcción en perpetua revisión. Y lo hacía con una maestría absoluta.

Si la docencia no puede separarse del deseo y la pasión por el conocimiento, el modo de enseñar de Barrán fue un ejemplo de que la pasión y el deseo tienen muchas formas de manifestarse. Su estilo de transmitir era profundamente intenso, pero ni movía demasiado las manos, ni usaba tonos de voz altisonantes ni recurría a efectos dramáticos estridentes. Esa forma pausada, contenida, sutil, inteligente e irónica (en el sentido griego que alude a la complejidad) de comunicar lo que valía la pena de ser escuchado, escondía una profunda pasión por el conocimiento y resultaba una poderosa herramienta de seducción.

Quizás por su extrema calidad y calidez humana –y también porque estaba un poco por encima del bien y del mal–, su capacidad para exponerse como sujeto y dejar al descubierto en forma contenida sus emociones era una de sus características. Recuerdo la presentación de uno de sus libros en que alguien le preguntó por qué siempre investigaba sobre el novecientos. Frente a una sala repleta con más de doscientas personas se tomó un momento para pensar y contestó “Pienso que es la forma que encontré de acariciar a mis padres muertos”. El silencio emocionado que recorrió la sala fue inolvidable. Barrán no temía exponerse, es decir, salir de su posición y mostrarse como sujeto. Lo hacía en sus cursos en la proporción justa. E invitaba de ese modo a que quienes éramos sus alumnos también nos expusiéramos. Por otro lado, su exponerse tenía que ver con el oficio del historiador y sus complejidades. “Comencé a interesarme por la sensibilidad y las mentalidades cuando me enfermé de cáncer”. “Ningún médico va a querer atenderme cuando lea lo que digo sobre ellos en mis libros”, acotaba tiempo después con humor.

Si la historia es historiografía y el estudio del pasado tiene sentido desde y para el presente, el modo en que se repartían las aproximadamente cuatro horas que duraban estas clases semanales lo contemplaba todo:



un rato al empezar hablando sobre historiografía europea y nacional, comentando obras, autores y corrientes con una generosidad absoluta. Seguía el trabajo en profundidad sobre el tema del curso en cuestión. Y al final, los inolvidables análisis de los hechos históricos que estábamos viviendo en esos momentos: el triunfo del “no”; la manifestación frente al obelisco, los posibles caminos alternativos de salida a la situación que el país vivía...

Cursos inolvidables, clases inolvidables, compañeros inolvidables y un docente, “el profe” que, sin pretenderlo, dejó su huella indeleble a nivel profesional y humano en todos nosotros. No en vano, en medio de la oscuridad del contexto en que vivíamos, las clases “en lo de Barrán” eran esperadas durante toda la semana como un espacio de absoluto privilegio.

Con el retorno de la democracia, en 1985, continúa con su actividad como historiador y refuerza su trabajo de docente, esta vez en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, primero como docente de grado y luego como director del Departamento de Historia Nacional, realizando una fecunda labor tanto en la formación de los futuros investigadores como en una producción intelectual que marcó una nueva línea de investigación en historia. El largo itinerario de Barrán como profesor fue fecundo, enriquecido por su dedicación al estudio permanente de la historia, que lo llevó a la tarea de la investigación. La docencia y la investigación, como caminos, se retroalimentaron.



Los inicios

José Pedro Barrán Montaldo ingresó el 12 de marzo de 1953 al Instituto de Profesores Artigas, en la Sección Historia, y egresó el 3 de Abril de 1959 según consta en el título anotado en el folio N° 350. Comenta Gerardo Caetano:

Nacido en la ciudad de Fray Bentos el 26 de febrero de 1934, José Pedro Barrán ingresó en 1953 en el entonces muy joven Instituto de Profesores Artigas (IPA). Allí pudo confirmar definitivamente su vocación por la Historia desde el encuentro con profesores de la talla de Rogelio Brito, Guido Brunetto, Perla y Leopoldo Artucio y, de un modo especial, desde su relación con Juan E. Pivel Devoto, a quien siempre reconoció y valoró como su maestro. Con este último precisamente empezó sus primeras experiencias de investigación, participando en la preparación de varios tomos pertenecientes a la Colección de “Clásicos Uruguayos” a partir de 1962 o como integrante de una misión de investigación realizada en el Archivo General de Argentina (Buenos Aires), con el objetivo de seleccionar, copiar y registrar documentos del período colonial para la

historia económica y social del territorio de la Banda Oriental, misión emprendida por encargo oficial durante el año 1963.²

Barrán manifestaba su admiración por profesores del IPA a los que reconocía como referentes:

Gustavo Beyhaut, profesor en el IPA, era el gran renovador junto con Rogelio Brito Stéfano, un hombre de una cultura vastísima, el primero al que oí vincular antropología con historia y lo hacía muy bien, al punto que no era fácil determinar qué sabía más, si antropología o historia. Y ese enfoque se transformó en otro de mis nutrientes, de los más ricos y sugestivos. Brito, sin saberlo ni él ni yo, tocó una de mis fibras íntimas, aquella que me alimentó siempre, el saber histórico enriquecido por las otras disciplinas humanas, particularmente la antropología y la psicología; también el partir del concepto de que si todo se puede decir con sencillez, nada, y menos lo humano, es simple. (...) Pivel nos dio sobre todo la idea de que para hacer historia hay que primero (y segundo y tercero) investigar las fuentes primarias. Era muy exigente y minucioso: hay que tener primero los ladrillos para después atreverse a edificar la casa. (...) Nos inspirábamos en la historiografía europea de la época, dominada por los franceses. En ese plano, fue decisiva, aunque no única, la influencia de Guido Brunetto, que no había escrito nada pero era un hombre de unas lecturas muy amplias. Hablarte de Marc Bloch en aquella época era raro y que alguien te señalara como libros de cabecera *La sociedad feudal* o *Los reyes taumaturgos*... Pierre Chaunu me apasionó desde el comienzo y fue otra gran influencia... Al final de mi formación intelectual, por supuesto Foucault.³

En una entrevista con Gustavo Escanlar, en 2009, Barrán declara que hizo el IPA para ganarse la vida, que venía de una familia con dificultades económicas y ser docente era la manera de asegurar un trabajo.⁴ Durante su formación como docente tuvo una actuación destacada como lo expresa su foja de escolaridad.⁵ Como la mayoría de los profesores que han transitado por el IPA, le dedicó todo su esfuerzo a las



2. Caetano, Gerardo, "Barrán o 'La historia como hazaña de la libertad'", en *José Pedro Barrán. Epílogos y Legados. Escritos inéditos/Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp. 194-95.

3. Entrevista de Vania Markarian y Jaime Yaffé en *Revista Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, Volumen 1, Año 1, 2010, pp. 180-81.

4. "José Pedro Barrán, historiador de la mentalidad uruguaya", entrevista de Gustavo Escanlar en *Revista Galería*, 2 de abril de 2009.

5. Foja de Escolaridad con fecha 22 de julio de 1959, firmada por Francisco Anglés y Bevet, encargado de la Dirección y Efraín Rebollo, secretario. También fue un estudiante destacado en primaria y secundaria. Dicha afirmación se atestigua con sus carnets de calificaciones de ambos niveles de educación.

llamadas Asignaturas Especiales (Historia Universal, Americana y Nacional, en este caso) logrando notas de excelencia, sin descuidar las llamadas Asignaturas Generales (Sociología, Teoría de la Educación, etc.) en las que en su mayoría alcanza niveles de muy bueno. Como estudiante llevaba sus cursos al día: durante los meses de noviembre y diciembre de 1953 aprueba cinco asignaturas de seis, correspondientes a su primer año, dedicándole una mayor preparación a Historia Americana y Nacional que rinde el 17 de febrero del año siguiente. Aprueba segundo año en el transcurso de 1954 y tercero durante 1955. En 1956 cursa cuarto año, con Metodología y Didáctica de Historia Universal, que es lo que hoy se denomina Didáctica I. Dicha asignatura exige la asistencia durante todo el año a un curso de práctica en un liceo público junto a un docente con experiencia que guía al futuro colega en las instancias de preparar, luego dar y finalmente evaluar sus clases. En 1958 realiza su segunda práctica, denominada entonces Metodología y Didáctica de Historia Americana y Nacional. La doble jornada que implica asistir a los cursos del IPA y a los de práctica, sin duda motivó el enlentecimiento de su carrera ya que, junto a sus estudios de profesorado, Barrán trabajaba como administrativo en una casa de importación.

Entre los documentos que se encuentran en su archivo personal, y que sin duda debieron ser testimonios muy queridos por Barrán para guardarlos con tanto esmero durante más de cincuenta años, en un escritorio repleto de papeles y libros depurados y trasladados en mudanzas a lo largo de su vida, destaca el informe final de su profesora de Metodología y Didáctica, señora Elia Rodríguez de Artucio, en el año 1956. Allí se acredita su condición de “Aspirante a Profesor” en el liceo nocturno en el aula del Profesor Guido Brunetto. Los juicios emitidos en dicha visita nos hablan de un Barrán que cumple con su plan “utilizando esquemas claros e integrando bien la clase con el conjunto del curso”, que se expresa con gran corrección y una actitud cordial y muy ajustada frente a la clase. En dicha oportunidad se aclara que no utilizó lecturas pero logró comunicarse con sus estudiantes en forma amena y agradable, con “dignidad y autoridad de profesor”.

Sobre su capacidad de interrogar, expresa el informe que “con habilidad, demostró capacidad para hacer frente a preguntas inesperadas”. “Lenguaje claro, variado y adecuado al nivel de la clase, pero siempre digno”, sigue el texto. Finalmente en un juicio general, la profesora reconoce “una gran capacidad y rapidez de trabajo; conceptos claros, serios y a menudo profundos sobre algunos temas. Espíritu abierto a todas las inquietudes. Con gran espíritu de equipo, creo que será un gran profesor, especialmente en cursos superiores”.

En 1961 José Pedro Barrán obtiene una beca para participar en el seminario para profesores de historia que se desarrolló en la Universidad de Miami durante los meses de enero, febrero y marzo. Como lo



atestigua la foto hallada en su archivo, viajó junto a colegas que usufructuaron dicha beca.

La formación permanente del docente fue una preocupación personal durante la carrera, incluso en el cargo de vicepresidente del Codi-cen:

Cualquier alumno lo sabe: la base de la buena enseñanza, del aprendizaje que ha dejado huellas en el recuerdo de la mujer y el hombre maduros, de esa educación que ha servido a la construcción de ciudadanos críticos, es el docente concreto, de carne y hueso, que nos tocó en suerte. Apostar al docente, más allá de programas y planes de estudio, es la clave, es volver a la realidad última de toda enseñanza. Por eso, formar a los docentes es la actividad pedagógica más importante y cargada en consecuencias. Formarlos en el conocimiento, en la capacidad de transmitirlo y recrearlo, en la comprensión de que a menudo, no siempre, importa más incorporar prácticas que información, en el respeto por la libertad intelectual del alumno y la comprensión de que este es una persona y no un mero receptáculo, todo ello implica esfuerzo, dedicación, años de estudio y entender, desde el vamos, que la educación del docente será permanente o fracasará. [...] Únicamente el docente intelectualmente insatisfecho es capaz de enfrentar los desafíos del mundo actual: un conocimiento en continua expansión, una tecnología tan desbordante de información como avara en valores, una sociedad tan fragmentada que ya no se enfrentan solo las clases sociales sino también diversas subculturas.⁶



Becado. Partida de profesores con destino a la Universidad de Miami (1961)

6. Textos sobre educación. *Formación docente*. Escrito en el año 2005. en José Pedro Barrán. *Epílogos y Legados. Escritos inéditos/Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda

Transcurridos algunos años en su actividad de profesor en ejercicio, lo visitó el Inspector Alfredo Traversoni. Específicamente según un Informe de Inspección, el inspector lo visitó el 24 de mayo de 1969 en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo, en un grupo de sexto de economía, con 56 alumnos inscriptos y 48 en clase. En dicho informe se expresa que no hay calificaciones orales en la libreta del Profesor, así como tampoco consta que haya realizado escritos. Aprueba el plan del curso manifestando que es “ajustado a las necesidades de estos Preparatorios”. Referente al tema del día, indica: “La revolución oriental de 1811. Diferencias con el movimiento bonaerense. Contenido social. La actitud de Montevideo; razones de su oposición a Buenos Aires. La actitud de la campaña; factores que contribuyen a determinarla (circunstanciales y de fondo). Los hacendados. Los gauchos. La clase se desarrolla en forma dialogada. El profesor procede al análisis del tema propuesto y combina su exposición con interrogaciones que dan lugar a la reflexión. El clima de la clase es provechoso ya que se manejan conceptos fundamentales en forma clara y accesible y se hace evidente su fijación en los alumnos”. En su opinión general, el inspector expresa: “En oportunidad de una visita inspectiva anterior (año 1967) el suscrito se expresó en forma elogiosa acerca de la labor docente del profesor. La visita de hoy no hizo sino confirmar y ampliar este juicio, por cuanto puso en evidencia no sólo sus amplios conocimientos de la asignatura, que lo hacen una de las más destacadas figuras de nuestra actual historiografía, sino también sus muy positivas aptitudes para la docencia”.

Interrogado por Salvador Neves sobre su elección por la Historia, Barrán responde:

Probablemente en el momento en que la elegí como vocación no lo supiese. Era la vocación de uno, lo que uno llama eso, donde te había ido bien en el liceo, donde habías tenido buenos docentes. Pero uno no sabe bien por qué es eso. Ahora creo que vislumbro un poco más. Lo he pensado más y sé algo más de mí mismo y de ciertas cosas. Supongo que, en el fondo, cuando a uno le gusta el pasado es también porque quiere explicarse a sí mismo, explicarse su propio pasado, entenderse mejor. Todos hacemos al cabo un relato, una novela de nosotros mismos, y las claves no siempre son precisas ni diáfanas, entonces el estudio del pasado de la sociedad a veces aparece como sustituto o como algo que alude a uno, por el costado pero que lo alude siempre.⁷

Era mi intención poder reconstruir el legajo de actuación docente en Enseñanza Secundaria. Señalar su pasaje por diferentes liceos de

Oriental, 2010, *Pág.* 99.

7. Neves, Salvador, “José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009”, en *Brecha*, 7 de agosto de 2009.

Montevideo. Ese peregrinar que tiene como constante la labor docente. Lamentablemente el legajo de Barrán fue destruido como muchos otros pertenecientes a profesores destituidos, que hoy no se encuentran en el archivo de pasivos del Consejo de Enseñanza Secundaria.⁸ Solo queda como testimonio el recuerdo de su hermana que reconoce el pasaje de Barrán por el liceo Joaquín Suarez, el liceo Juan Zorrilla de San Martín, Dámaso Antonio Larrañaga y finalmente el liceo José Enrique Rodó. Muchos de sus alumnos podrán colaborar en la reconstrucción de esta parte de su vida.

1978 fue para Barrán un año difícil por la inminente destitución, es el último año de ejercicio en Enseñanza Secundaria y el principio declarado de su enfermedad. Para mí fue un encuentro que me marcó para toda la vida. Compartir todo un año de curso con un profesor adscriptor de la talla de Barrán fue lo mejor que me pasó en el IPA. Era un privilegio escuchar sus clases, escuchar sus sugerencias, las lecturas para guiar la preparación de clases, y lo más preocupante para luego asumirlo como un reto, sus críticas sobre el análisis de la clase dada. Barrán tenía una hoja pequeña donde escribía de un lado, todo lo positivo que tenía para resaltar y del otro, las observaciones de todo lo que se debía mejorar. Recuerdo con cariño, como comenzaba señalando tres o cuatro elementos positivos, y cómo no le alcanzaba el papel a pesar de su letra muy pequeña para registrar las críticas que debía tener en cuenta para las próximas clases. Lo más rico de esta experiencia fue, sin duda, los encuentros con sus sugerencias siempre cargadas de humor, de cariño, de vivencias. ¿Quién puede olvidar sus clases, donde compartía sus últimas lecturas, sus películas, el amor a la música, especialmente por la ópera? Como muy bien lo señala la investigadora argentina Elizabeth Jelin,⁹ ni la historia se diluye en la memoria, ni la memoria debe ser descartada como dato por su volatilidad o falta de objetividad. En la tensión entre una y otra es donde se plantean las preguntas más sugerentes, creativas y productivas para la indagación y la reflexión. Por ello, me atrevo a recurrir a mi memoria, como testimonio del accionar en el aula de un docente extraordinario.

Barrán siempre promovía la autonomía de su futuro colega. Dialogaba sobre los abordajes posibles, dejaba abierto el camino, pero nunca se nos dijo qué debíamos hacer, cómo encarar la clase, qué recursos utilizar. Todos podrán imaginarse lo difícil que era dar una clase en un curso de Barrán, cómo enfrentar ese desafío, pero la edad y la propia ignorancia nos protegía de lo que hoy nos hubiese paralizado. Si bien los temas se nos daban con más de 15 días de antelación, poder leer, analizar y seleccionar significaba dar un examen en cada clase.

8. Debo agradecer la gestión realizada por la Inspectora Profesora Rosario Caticha.

9. Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI, España, pág. 216

I) ANTECEDENTES IDEOLOGICOS Y FUNCIONALES DE:
JOSE P. BARRAN

II) CARGO QUE OCUPA ACTUALMENTE:

III) EVALUACION: Se determina en cada caso

IV) ORIGEN DE LA INFORMACION: Se determina en cada caso

V) TEXTO:

Transcripción del P.E.I. N° 39/D-2/977 de D.E.I., el cual transcribe información propia y de otras Agencias

Evaluación A-1

1) S.I.D.

- 23/11/962: Firmante de un manifiesto de la "Unión Popular" (Semanao "Marcha").
- 22/9/965: El Diario "Epoca" del día de la fecha, publica el "Reglamento Artiguista de Tierras", en el Sesquicentenario de su aprobación, organizado por el "Centro de Estudios Políticos y Sociales" (CEPS). Esta persona intervendrá en una Mesa Redonda que se realizará en 18 de Julio N° 1443, con relación a este tema.
- 12/7/967: Participa en una Mesa Redonda propiciada por la FEJU (Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay) realizada en el Paraninfo de la Universidad (Prensa).
- 29/12/967: Firmante de una declaración contraria a la resolución del Poder Ejecutivo del 12/12/967, que motivara el encarcelamiento de los integrantes del Consejo de Dirección Política del Diario "Epoca" (Julio Arizaga, Armando Cuervo, Pedro Aurrecochea, Gerardo Gatti, Carlos Machado y Pedro Sere).
- 1969: Figura en una nómina de principales colaboradores del Semanario "Marcha" (Libro "El Comunismo en el Uruguay").
- 26/2/971: Figura en una nómina de Profesores de Enseñanza Secundaria (Afiliados a la Gremial de Profesores de Montevideo y a la Federación Nacional de Profesores), vinculados a actividades de proselitismo y agitación subversiva o simpatizantes de las mismas, en los años 1965/66/67 y 68.
- Docente de comprobada acción subversiva dentro de la Enseñanza (Evaluación: F-3)

2) D.N.I.I.

- II/964: Se establece que es destinatario de material literario de tendencia izquierdista el cual recibe en forma personal directamente desde la Ciudad de Pekín (China) (Revista "Pekín Informa").- 28/III/963: Figura en una libreta de anotaciones ocupada en un allanamiento practicado en la finca del anarquista David Rosengurtt. "Marcha", del 12/II/965: Conjuntamente con Jorge Gonzalez y Alberto Paganini, tienen a su cargo el comentario de libros sobre literatura y filosofía. Diario "El Popular" del 22/IX/965: Intervendrá en la Mesa Redonda que organiza el sector de Intelectuales del FIDEL el día 24/IX/965, con motivo del 150° Aniversario del Reglamento Artiguista de Tierras.--

SECRETARIO DE LA PRESIDENCIA
SECRETARIA

SECRET

Mi realidad no escapaba a su propia historia de vida, como lo atestigua: “Yo tuve que empezar a trabajar a los 15 años.”¹⁰ Yo también, desde el inicio de mi carrera en el IPA debí trabajar muchas horas para llevar adelante a mi familia y a mi primer hijo. Frente a esta situación personal, Barrán no escatimó esfuerzos para que pudiese dedicarme a lo que realmente era mi vocación. Por ello, ante un llamado de la Biblioteca Nacional para trabajar con el archivo iconográfico de Fernández Saldaña, me alentó a presentarme. Desde entonces integro el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, y esto también se lo debo a Barrán.

Retornemos a ese año 78, su último año en Enseñanza Secundaria. Con fecha 18 de octubre, el Estado Mayor Conjunto envía una nota (n°4284/CSE/78) al Director General de Secretaría del Ministerio de Educación y Cultura, que adjunta un remito con un Parte Especial con Información de la DEI (División de Ejército 1, Montevideo) con los antecedentes ideológicos, descalificantes, de los profesores Benjamín Nahum y José Pedro Barrán. Se ordenó al CONAE (Consejo Nacional de Educación) la instrucción de sumarios acorde a lo establecido por la Ordenanza N° 17. Se agrega que “Por disposición del Señor General Don Julio C. Rapela se remiten estos antecedentes a efectos de que se adopten las medidas que corresponden”. Saluda y firma como secretario de la Comisión Supervisora de la Enseñanza el Coronel Otto Gossweiler.

En los informes adjuntos del DIS-CONAE (División Sumarios del CONAE) y del ESMACO (Estado Mayor Conjunto), el primero dice de Barrán:

Profesor en ejercicio de Enseñanza Secundaria, habilitado para dictar clases en 2do. y 3er. Año de Bachillerato diversificado en orden prioritario-53 de la lista respectiva. Que figura en una nómina de un Manifiesto y Convocatoria por la Gremial de Profesores de Montevideo (disuelta por ilícita y vinculada a la sedición por resolución N°590/975 del Poder Ejecutivo) para luchar contra el CONAE y enfrentar la situación en la Enseñanza. El contenido del referido manifiesto es de tenor marxista revolucionario (Nota 2651/CSE/ESMACO con redacción de DIS-CONAE). Continúa el documento: integra el Grupo de colaboradores de *Marcha* y es firmante de una carta de exhortación de Apoyar al Frente Amplio, de Profesores y Administrativos de Enseñanza Secundaria. Que con fecha 07/08/1973, firma una nota de protesta en el diario *El Popular* por la “injusta” detención de la marxista Lucía Sala de Tourón.¹¹

10. Neves, Salvador, “José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009”, en *Brecha*, 7 de agosto de 2009. Recogido en *José Pedro Barrán. Epílogos y Legados*, ob. cit. p 169.

11. ESMACO. Dpto. VI. CSE. Antecedentes ideológicos y funcionales de José Pedro Barrán. 19 de setiembre de 1978.

El informe del ESMACO se dedica particularmente a rastrear las publicaciones donde Barrán escribía (*Marcha*, también en *Época*). Asimismo se hace mención a la participación en mesas redondas, por ejemplo la que se llevó a cabo en la calle 18 de julio 1443, en el “Centro de Estudios Políticos y Sociales” (CEPS) con motivo del Sesquicentenario de la aprobación del “Reglamento Artiguista de Tierras”, su participación en una mesa redonda propiciada por la FEUU (Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay) en el Paraninfo de la Universidad con fecha 12 de julio de 1967, etc.

Acerca de su actividad docente, señala:

Figura en una nómina de Profesores de Enseñanza Secundaria (Afiliados a la Gremial de Profesores de Montevideo y a la Federación Nacional de Profesores), vinculados a actividades de proselitismo y agitación subversiva o simpatizantes de las mismas, en los años 1965/66/67 y 68. Docente de comprobada acción subversiva dentro de la Enseñanza (Evaluación: F-3).



Finalmente establece como otros delitos ser destinatario “de material literario de tendencia izquierdista el cual recibe en forma personal directamente desde la Ciudad de Pekín (China) (Revista *Pekín Informa*). “Figura en una libreta de anotaciones ocupada en un allanamiento practicado en la finca del anarquista David Rosengurt”. Y continúa:

Conjuntamente con Jorge González y Alberto Paganini, tienen a su cargo el comentario de libros sobre literatura y filosofía en *Marcha*. Intervendrá en la Mesa Redonda que organiza el sector de Intelectuales del FIDEL el día 24 de setiembre de 1965, con motivo del 150º Aniversario del Reglamento Artiguista de Tierras.¹²

Junto a estos documentos “secretos” figura un parte especial de información dirigido a las autoridades interventoras de la Biblioteca Nacional. En el referido informe señalan:

Información existente en este Comando sobre presuntas irregularidades en la Biblioteca Nacional.

Texto: Acorde a lo informado por este Comando en el Parte Especial de Información N° 90/0/978 referente a los antecedentes de los profesores Benjamín Nahum y José Pedro Barrán se ha tomado conocimiento que los citados profesores forman parte activa en la redacción y publicación de las revistas editadas por la Biblioteca Nacional. A tales efectos cuentan con un despacho en privado destinado a los trabajos de investigación histórica.

12. Ídem.

La información tenía como fin ser elevada a los órganos competentes en la materia, para que la autoridad tomara las medidas que por entonces eran pertinentes, las copias fueron enviadas a la Comisión Supervisora de la Enseñanza, a E-2 CGE (Comando General del Ejército), SID (Servicio de Información de Defensa), D-2/E.M/D.E.I (Departamento 2, Policía; Estado Mayor; División de Ejército con sede en Montevideo) y al CONAE, con firma del Comandante de la División de Ejército I, General Rodolfo H. Zubía.

Este fue el proceso vivido por José Pedro Barrán, similar al que padecieron centenares de docentes destituidos por el aparato de represión instalado en el país.

El 17 de julio de 1986, en el Acta 53, resolución 157/4383/86,¹³ Juan E. Pivel Devoto como presidente y Juan A. Gabito Zóboli como secretario general del Consejo Directivo Central de la Administración de Educación Pública, resuelven reconocer el carácter de destituido del profesor Barrán comprendido en la situación del art. 1º de la ley 15.783. A partir de ese momento Barrán se jubila de su actividad en Enseñanza Secundaria.



Enseñar e investigar

Para quien enseña, investigar es muy importante, porque ahí entendés lo frágil que es tu conocimiento, lo vulnerable, lo difícil que es lograrlo, y el contacto con los alumnos se dulcifica. Vos no das un conjunto de dogmas, de saberes inalterables. Entonces no sólo sos más humilde sino que le das a entender al otro que el conocimiento que le estás transmitiendo se reestructura permanentemente. Transmitir eso a veces es más importante que transmitir verdades.¹⁴

En la entrevista ya citada, Barrán opinaba también sobre la enseñanza de la historia y los cambios de enfoque en las temáticas abordadas:

Antes el énfasis estaba puesto en las grandes batallas, en las fechas. Ahora no es tan así... Desde ese ángulo, en mi opinión ha cambiado no sé si la enseñanza, creo que sí, pero sí ha cambiado la Historia radicalmente. La historia militar, la historia política de los grandes hombres y los grandes acontecimientos, eso es lo que se enseña en la escuela para formación de la nacionalidad. Está bien, tiene un sentido...

13. Documento del archivo personal de José Pedro Barrán.

14. José Pedro Barrán. *Epílogos y Legados. Escritos inéditos/Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010, Pág. 167.

Hoy en día, la posibilidad de hacer Historia desde diferentes campos metodológicos es infinita. Hay esferas novedosas que se han incorporado que para mí son más interesantes. En ese sentido, los profesores que tuve a veces me daban cosas nuevas, sobre todo Pittaluga Vidal, que era excelente. Los otros, más o menos. Y Brunetto, en el liceo nocturno, en preparatorios. Y en el IPA eran deslumbrantes...

Referente al estudio de la historia de la cotidianeidad, de la vida privada, no era común. Se hacía macrohistoria de lo social, de lo económico, como yo hice al principio. La historia de las mentalidades, de lo privado, de lo íntimo, es posterior, de los años '70, '80, en Francia... A partir de los libros de Ariès y Duby...¹⁵

En el VII Congreso de la APHU (Asociación de Profesores de Historia del Uruguay), denominado “¿Historia o Ciencias Sociales?”, realizado entre el 9 y 10 de noviembre de 1996 en los salones del Club Uruguay, se desarrollaron espacios donde los docentes pudieran intercambiar puntos de vista sobre la reforma implementada durante ese período, los que llevaron a duros debates. La transformación de la asignatura Historia en Ciencias Sociales, así como los problemas inherentes a la metodología de la enseñanza serán los temas centrales del encuentro. Con la presencia de destacados profesionales como el Dr. Mario Carretero, que expuso sobre las tendencias de la didáctica, y la del profesor José Pedro Barrán, abordando “La Nueva Historia”. En dicha conferencia Barrán señalaba:

hablar sobre el oficio no es sencillo para mí... cuando me he referido últimamente a él no me ha ido muy bien, por consiguiente me atrevo a hablar solo ante ustedes, a quienes considero por sobre todo mis colegas, lo que no me sucede en otros espacios.¹⁶

Si bien la APHU siempre distinguió a Barrán como uno de sus socios más queridos, estas palabras pronunciadas en la citada conferencia muestran que él se siente ante todo profesor y dicha situación identitaria le permite un espacio familiar, de confianza:

Creo que hay una nueva Historia; sin duda, hace años, unos veinte o treinta años, caracterizada por algunas notas que intentaré señalar. La primera es que se trata de una Historia que devora, que historiza todo lo existente, que no deja nada fuera del tiempo, del cambio, de la evolución. La segunda nota es relativa a la creciente profesionalización del

15. Entrevista de Gustavo Escanlar en *Revista Galería*, 2 de abril de 2009.

16. Revista de la Asociación de Profesores de Historia del Uruguay. *¿Historia o Ciencias Sociales? Historia y Docencia*. Año 2, N°2, Mayo, 1997. Pág. 92. Ver también “Con José Pedro Barrán. La Historia y el otro”, por Roger Geymonat. Montevideo, *Brecha*, 22 de noviembre de 1996.

oficio: es una historia que se pretende muy profesional [...] Y la otra característica que está ahí, en el ambiente, es que se trata de una Historia muy vinculada a la antropología, al estudio del otro, afirmándose que los hombres del pasado no son versiones un poco diferentes de uno mismo, sino verdaderamente “otros” radicalmente diferentes a nosotros.

Para más tarde agregar:

Creo sin embargo, que esta nueva Historia aparentemente tan “virginal” de ideologías, tan “científica”, tan maravillosamente escrita con esa metodología perfecta y específica, de una clase, y de un género. Esta limitación de la objetividad la conoce bien el profesor porque si el historiador es muy a menudo un hombre que construye y fabrica con los elementos de su cultura una versión del pasado, el profesor de Historia construye y fabrica versiones de ese pasado para que el alumno la entienda, aunque en su caso sabe que a menudo sus versiones tienen una relación muy remota con lo que sucedió. Todos sabemos que en una clase simplificamos en aras de la comprensión, pero los historiadores a veces olvidan que su versión del pasado es sólo eso, una versión acunada, ambientada por su lugar en su mundo, el que le dicta a veces, le sugiere otras, las preguntas, cuando no hasta las respuestas.

El problema reside en que, cuando interpretamos todo lo que sucedió en los mismos términos que utilizamos para entender lo que actualmente sucede, comentemos un anacronismo, el mayor pecado del historiador (y también del docente): no ver al “otro”, o lo que es lo mismo, negar la diferencia y negar así, al diferente.... Si la Historia es un diálogo con el pasado, con los muertos, entonces por definición es un diálogo con “otros”, no con formas diferentes del “nosotros”. Hay que partir de la radical alteridad del otro.

En este texto Barrán expone sus elementos de comprensión de la Historia. La construcción de un pasado desde un presente que interroga. También hace mención a la importancia de reconocer diversidad de opiniones frente a un mismo acontecimiento.

No hay hecho más hermoso que legitimar al distinto. Es comprender que en la diversidad está la riqueza, comprender... cabalmente su actuación. Ello no significa, que yo comparta ese punto de vista ni siquiera que lo tolere; quiere decir, simplemente que lo entiendo y que si no lo entiendo, tampoco me entiendo. Es entendiéndolo que me descubro.

Esa historia es la historia que quiere enseñar, la única que permite la convivencia democrática. Nadie podrá comprender en forma acabada la vida y la obra de José Pedro Barrán sin reconocer que todo su esfuerzo intelectual y su visión humanista se centraba en la permanente exaltación de las libertades del ser humano. En sus palabras:



Nada debe impedir la realización plena del individuo. Cuidado con las militancias, sean de izquierda o de derecha, políticas o religiosas, cuando pretenden regir al mundo de lo privado. [...] Las liberaciones del individuo... Estas liberaciones, que no son inocentes, también pueden fomentar el cuestionamiento del sistema. Las libertades suelen convertirse en las pesadillas del poder, y estas equivalen siempre a los sueños del hombre común. Dejo a la inteligencia del lector imaginar cómo de los placeres podría nacer un mundo nuevo.¹⁷

Su permanente relación con el mundo de la investigación lo llevó a presentarse al llamado de la Facultad de Humanidades luego del retorno de la democracia en el año 1985. Situación difícil pues el cargo a concurso lo desempeñaba el capitán Corrales en primer lugar y el profesor Barrán no pertenecía a los egresados de dicho centro de estudios, en segundo lugar. No le resultará fácil su inserción. Tema sensible, que hasta el día de hoy no se ha podido superar totalmente, las diferencias existentes en la formación de la licenciatura y el profesorado y que nos han hecho perder la incorporación en ambos espacios de miradas y enfoques diferentes pero enriquecedores. Barrán entendía con claridad esa tensión.



Hay una diferencia entre los que nos formamos en el IPA y los que lo hicieron en la Facultad de Humanidades, un medio académico más tradicional, menos “contaminado” con la necesidad de la enseñanza, el público común y la divulgación como virtud. Aún hoy no creo en la música hecha para los músicos: me atrae más Richard Strauss que Max Reger. En la Facultad se enseña a mostrar el “aparato erudito” que a veces ocupa más de la mitad de un libro de historia de los egresados de la Facultad de Humanidades. Pero yo no salí de la Facultad, salí del IPA donde obtuve otra formación. [...] Yo rechazo el protagonismo del aparato erudito pues el historiador debe ser una persona que cuenta, un narrador antes de todo. Ir de lleno al asunto tiene la virtud de ir sobre la vida de ese pasado, la existencia real del hombre concreto y atraer al lector.¹⁸

José Pedro Barrán comenzó entonces su labor como docente de la facultad en el año 1986. Entre sus documentos personales existen varias carpetas que dan testimonio de la preparación de sus clases y principalmente la dedicación en la elaboración de un plan de curso.

Presentaba de la misma forma, cuidada y detallada, el informe de actividades desarrolladas bajo el régimen de dedicación total en cada trienio. Hemos seleccionado el correspondiente al inicio de sus funciones entre setiembre de 1986 y 1989 donde se puede resumir toda su actividad.

17. Barrán, José Pedro, “Reflexiones sobre lo contemporáneo, desde la Historia”, en *Brecha*, Montevideo, 23 de febrero de 1997, separata “La Lupa”, “Sin Bronce. Barrán”, p. 22.

18. Entrevista en *Revista Contemporánea*, ob. cit, p. 181.



En cuanto a su producción original y labor de investigación señala:

La actividad del que suscribe ha abarcado dos tipos de tareas: 1) en cuanto encargado de dirección del Departamento de Historia del Uruguay y del Centro de Estudios Uruguayos, coordinando la labor de investigación que cumplen los integrantes de estos servicios; 2) su contribución personal a los proyectos de investigación en marcha.

Continúa desarrollando las investigaciones tanto del Departamento de Historia del Uruguay como en el Centro de Estudios Uruguayos, integrados en ese momento por los profesores Raúl Jacob y Gerardo Caetano el primero, y por Jorge Landinelli y Carlos Demasi el segundo.

Posteriormente desarrolla su producción intelectual durante esos años. Cita en el informe el libro *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*, Tomo 7. Montevideo, Banda Oriental, 1986. 271 pp, que corrigió “en los primeros meses de dedicación total” y continúa:

Luego me aboqué a la elaboración de un nuevo proyecto de investigación que adjunto. Dentro de él, y como avance, la Facultad por intermedio de su Departamento de Publicaciones editó el siguiente folleto: –José Pedro Barrán: *Iglesia y Burguesía en el Uruguay de la modernización 1860–1900*. Univ. De la República, FHyc. Mdeo, 1988.¹⁹



En su casa, compartiendo el escritorio con su hijo Pedro.

19. Informe de Barrán, perteneciente a su archivo personal.

Elaboró entonces una larga lista de publicaciones en diferentes revistas académicas e hizo una selección de textos auxiliares para la formación de investigadores en Historia junto a las Licenciadas Esther Ruíz y Ana María Rodríguez.

Referente a su actividad de docencia especializada informa:

El asesoramiento regular a los estudiantes para la preparación de sus disertaciones en seminario y sus monografías que siempre hemos intentado vincular con el trabajo en equipo, ha sido el principal objetivo que hemos tenido en los cursos de Historia del Uruguay desarrollados durante estos años y que fueron:

–Curso curricular de Historia del Uruguay II: El nacimiento del Uruguay Moderno. 1860–1890, con un estudio de seminario sobre el período 1870–1886. (1986)

–El Uruguay contemporáneo 1900–1930. Seminario sobre la segunda presidencia de Batlle y Ordoñez. (1987)

Durante el año 1988 con un nuevo plan, el curso del Uruguay contemporáneo se desarrolló en tercer año, es decir en Historia del Uruguay III, siendo el seminario sobre el año 1916 y la derrota del primer batllismo.

Finaliza el informe con una enorme cantidad de actividades cumplidas: jurado en una diversidad de concursos, asesor, integrante de comisiones académicas, etc.

Barrán no era amigo de aceptar elogios o reconocimientos por lo que nos sorprendió encontrar muy bien guardada entre sus papeles personales, una carta de la profesora María Julia Burgueño donde expresa el sentir general de todos aquellos que han sido sus alumnos y por ello amerita su transcripción.

Paysandú. 16 de febrero de 1997²⁰

Estimado Prof. J.P. BARRÁN:

Le extrañará sobremanera estas líneas, pero le estoy escribiendo porque necesitaba hacerlo. La muerte del Prof. Pivel Devoto me ha llevado a varias reflexiones sobre mi trabajo en la Historia, en la docencia y por qué no, en la investigación.

No quiero que el tiempo y la distancia me impidan luego expresar alguna de ellas.

Hoy leyendo el Diario “El País”, en la sección “Veredas” el homenaje a Pivel Devoto me sentí identificada con sus palabras cuando dice Ud. “Personalmente, si algo soy, yo se lo debo todo a Pivel...”

En la humildad de mis clases de Historia en Secundaria, en mis intentos de investigación histórica y en mis reflexiones como persona, se repiten esas palabras tuyas, pues él ha sido mi Profesor en momentos difíciles, en los cuales estudiar en el I.P.A no era fácil y su dignidad y su compro-

20. Carta de María Julia Burgueño. Su publicación cuenta con el beneplácito de la autora.

miso con la democracia nunca decayó, al revés se acrecentaba luego de las clases en el aula, en la cantina o en un bar cerca del instituto.

Fue “mi Profesor” ese que nos sirve de ejemplo, que nos marca.

Lástima que nunca se lo pude decir personalmente, quizás por temor o eso de tener miedo a expresar lo que uno siente.

Por eso estas líneas.

No quiero dejar pasar el tiempo sin agradecerle a Ud. todo lo que ha hecho por mí.

Sin duda los Profesores Pivel Devoto y Barrán han marcado mi vida profesional.

Me han hecho gustar y sentir la Historia, me han comprometido en la Historia nacional y americana, con sus modalidades propias, con sus formaciones personales, pero con una característica común, dar lo que saben sin escatimar nada.

Son mis Maestros.

Hoy quiero hacerle llegar a mi apreciado PROFESOR JOSÉ PEDRO BARRÁN mi agradecimiento por sus clases en Facultad allá por 1985–, por su tiempo, sus generosos conocimientos, su ejemplo en la docencia. Hoy quiero decirle GRACIAS PROFESOR.

María Julia Burgueño
Paysandú



Al ocurrir su deceso, Jaime Yaffé también expresó su sentir:

Barrán combinó una larga trayectoria docente en la enseñanza pública (sólo interrumpida entre 1978 y 1985 por imposición arbitraria e ilegítima de los colaboradores civiles, tan bien dispuestos como impunes, que el régimen dictatorial tuvo en el sistema educativo) con una profusa labor de investigación histórica y publicación de sus resultados.[...] En ese período también ocupó la dirección del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades, tras ingresar a la vida universitaria como Profesor Titular en Régimen de dedicación total en la Universidad de la República.

Para ese entonces ya era reconocido como uno de los grandes impulsores y renovadores de la historiografía uruguaya.

[...] renovaron la forma de hacer y concebir la historia en el país. Inspirados en la escuela de los Annales y, en menor medida en el marxismo, colocaron a las estructuras económico–sociales y demográficas en el primer plano de la atención y reconocieron autonomía a la esfera de la política al estudiar sus nexos y contradicciones con el contexto económico–social.²¹

21. Yaffé, J. *In Memoriam* José Pedro Barrán (1934 – 2009) *Revista Uruguaya de Ciencia Política* – Vol. 18 N°1 – ICP – Montevideo www.fcs.edu.uy/.../Memorias José Pedro Barrán.pdf

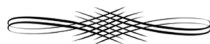
En su última etapa, como Vicepresidente del Codicen, nos dice Caetano:

[...] como prueba de su idea del compromiso cívico y republicano, resulta emblemática su aceptación a participar en la dirección del sistema educativo a partir del año 2005, como Vicepresidente del CODICEN. Quienes fuimos sus amigos sabemos bien del gran sacrificio personal, físico, que implicó su decisión, la que tomó como una obligación cívica que le debía a la enseñanza pública y frente a la que, más allá de sus preferencias y circunstancias personales, no podía sino comprometerse a pleno.

[...] En el desempeño de esta función siguió siendo el mismo de siempre, aportando, pensando y opinando con total libertad, inspirado en el objetivo de forjar una educación más libre y de mayor calidad. En este marco, debe destacarse su esfuerzo por defender la laicidad y, al mismo tiempo, de forma por demás coherente, reivindicar la necesidad de la enseñanza de la historia reciente con el mayor de los pluralismos, en correspondencia plena con los valores republicanos y democráticos. Esos principios formaron parte de sus convicciones más profundas e irrenunciables en su actuación en el Codicen.²²



He preparado este artículo sin duda con el uso de la memoria que dicha experiencia nos ha dejado a todos aquellos que lo hemos conocido en su rol docente. Quise transmitir lo que sus libros no pueden dejar a las generaciones más jóvenes. Pero como todo trabajo de abordaje académico he recogido la documentación sobre su vida como docente, que ha ido tejiendo el relato. Debo agradecer principalmente la generosidad de su esposa Alicia Casas, que me abrió su casa para bucear entre los miles de papeles pertenecientes a Barrán, y compartir ese recuerdo con mucho dolor ante su ausencia.



22. Ob. Cit. pág. 208.

No. 5494



Apellidos BARRAN MONTALDO

Nombres JOSE PEDRO

Identidad A. V. A. 9212

Barran
FIRMA



R. O. J.

CONSEJO NACIONAL DE
ENSEÑANTA SECUNDARIA

Es imprescindible la presentación de este carnet para el cobro de sus haberes.
En caso de extravío comuníquese por escrito de inmediato a Contaduría.

Montevideo, 5 DE JULIO de 19 65

[Signature]
CONSEJO



Dos maestros

Rodrigo Arocena¹

Universidad de la República



129

Es un honor para la Universidad de la República y para mí, adherir, con unas líneas breves y modestas, a este homenaje al maestro Barrán. El volumen reúne contribuciones debidas a especialistas en temáticas variadas, todas ligadas a su multifacética obra. Dado que yo no lo soy, cabe escribir en función de la causa de tal honor.

Me han contado que, entre 1985 y 2005, José Pedro Barrán vivió veinte años felices en la Universidad de la República. Ése es pues el punto de partida de lo que sigue, la justificación y la orientación de lo que quiero expresar. No tuve el privilegio de trabajar con Barrán, lo conocía, pero casi solo "de lecturas", desde los tiempos casi dorados de la militancia estudiantil de los años '60, antes de que el país fuera arrastrado a una espiral de violencia y dolor. A partir de 2006, José Pedro y Alicia Casas, su esposa, se convirtieron en amigos tan apreciados como queridos. Y en el curso de esa relación volví a preguntarme por qué grandes maestros que se incorporan en su madurez a la Universidad Latinoamericana, institución cuya vida suele ser tan agitada y problemática, se sienten felices en ella.

La interrogante es relevante para nuestra Universidad, tanto por las limitaciones que ha de afrontar como por lo que debe ser su vocación fundamental. Ésta la impulsa a abrir al máximo sus puertas, a trabajar con viento a favor o en contra por la democratización efectiva del acceso

1. Rodrigo Arocena es Licenciado y Doctor en Matemática y Doctor en Estudios del Desarrollo, los tres títulos otorgados por la Universidad Central de Venezuela. Fue profesor de Matemática y es profesor de Ciencia y Desarrollo en la Facultad de Ciencias de la UDELAR. Actualmente se desempeña como Rector de la UDELAR.

a la Educación Superior. Ello plantea en principio una contradicción y, al menos, una tensión permanente: no optar entre amplitud y calidad sino impulsar ambas. Se trata, por un lado, de multiplicar los esfuerzos y las modalidades educativas para que más personas accedan a la Universidad y avancen efectivamente en sus estudios; por otro lado, se trata de ofrecer oportunidades de aprender al más alto nivel, como lo merece la cultura nacional y lo requiere el desarrollo integral del Uruguay. Esa tensión lleva a otra: hay que esforzarse sin tregua por mejorar las condiciones materiales pero sabiendo que en el mejor de los casos ellas no serán comparables a las que docentes y estudiantes de grandes condiciones pueden encontrar en otras partes; una Universidad de un país periférico que defiende un modelo de acceso abierto solo puede aspirar a combinarlo con alta calidad académica si es capaz de construir y mantener espacios de trabajo cuyo clima espiritual sea atrayente y gratificante, al punto de paliar las limitaciones materiales.

Por lo antedicho tiene importancia interrogarse acerca de las causas por las cuales un académico ya tan reconocido como Barrán, por ejemplo, elige trabajar en una Universidad como la nuestra y llega a sentirse feliz en ella. Para proponer una respuesta, empiezo por esbozar una conjetura: ciertos maestros, que tienen mucho para enseñar, quieren ante todo trabajar en ambientes de rica diversidad donde se sienten útiles porque su presencia hace una diferencia al ayudar a jóvenes de espíritu que, en condiciones difíciles, aspiran a combinar compromiso ético con excelencia académica. No pretendo demostrar tal conjetura. Quienes tuvieron el privilegio de trabajar con Barrán, y de conocerlo mucho más de cerca que yo, podrían evaluar si la conjetura tiene validez en su caso. Mi impresión, claro está, es que vale una respuesta afirmativa. Tal impresión se ve acentuada por la trayectoria vital de otro gran maestro que también llegó tarde a la Universidad Latinoamericana y también dejó en ella huella imborrable.

Mischa Cotlar arribó a los quince años junto con su familia judía procedente de Ucrania al Uruguay de fines de los veinte. Su padre mantenía a los suyos atendiendo un kiosco y enviaba a la prensa soluciones a problemas de ajedrez que impresionaron a Rafael Laguardia, el fundador de la escuela matemática uruguaya. Curioso y solidario, como lo fue siempre, Laguardia quiso conocer a Cotlar padre y le preguntó qué podía hacer por él. En nuestro Instituto de Matemática y Estadística, que hoy lleva el nombre de Laguardia, se contaba que la respuesta fue: “yo no necesito nada, pero a mi hijo le gusta la matemática”. Cotlar hijo fue incorporado por ese pescador de talentos jóvenes que era Laguardia al grupo de estudios matemáticos que había organizado con José Luis Massera. Así, con un solo año de educación formal –algo así como sexto de escuela en Ucrania– Mischa Cotlar empezó a publicar artículos con resultados originales. Tocando el piano y dando clases particulares de matemática

se ganaba la vida en Montevideo y después en Buenos Aires, pues su falta de certificados educativos no le permitieron acceder a los estudios terciarios ni mucho menos al ejercicio de la docencia, hasta después que un matemático estadounidense de visita al Río de la Plata comprobó que le sobraba formación sustantiva y lo hizo ingresar directamente al Doctorado de la Universidad de Chicago, que Mischa culminó con una tesis que hizo época en el Análisis Armónico. Esta disciplina proviene de un encuentro entre la matemática y la música, que se remonta a Pitágoras, de cuya filosofía Mischa se consideraba discípulo, a la vez que en su vida encarnaba aquel encuentro: casi podría decirse que lo primero que hacía al bajarse del avión, en cada uno de los muchos cambios de país de residencia que le tocaron, era organizar un seminario de matemática y un grupo de música. Esa vida andariega incluyó varias partidas, a menudo causadas por los golpes que en las décadas de 1960 y 1970 sufrieron varias universidades de la región. Incluyó varias estancias en centros de primer nivel de Europa y Estados Unidos. Incluyó vez tras vez la vuelta a América del Sur, donde enseñó en varias universidades argentinas, en la Universidad de la República y en la Universidad Central de Venezuela; su última vuelta supuso dejar una posición estable en una prestigiosa universidad norteamericana para volver a servir a la Universidad Latinoamericana de los convulsos años '70. En ella completó una obra de excepción, investigando y enseñando hasta los primeros años de este siglo. Lo conocí bien: tuve el privilegio de ser su discípulo, su coautor y su amigo; fue el abuelo adoptivo de nuestros hijos en el exilio. Me consta que en esa Universidad agitada y problemática se sentía feliz.

Las trayectorias vitales de Barrán y Cotlar, en tantos sentidos muy diferentes, sugieren ciertas razones interconectadas para ese apego paralelo. El aporte de ambos sería motivo suficiente para cultivar tales razones, si tuvieron en ellos la incidencia que creo. Ello solo pueden confirmarlo, respecto a Barrán, quienes de una u otra manera trabajaron estrechamente ligados a él. Respecto a Cotlar, al explicitar esquemáticamente cada una de las razones en cuestión, esbozaré porqué creo que la misma tenía en él significativa incidencia.

Corresponde seguramente anotar en primer lugar la vocación por enseñar a mucha gente, no solo hablándoles a personas muy variadas sino teniendo oportunidad de dialogar con ellas. No todos los grandes eruditos tienen vocación semejante. Cotlar se preocupaba por enseñar y ayudar a todos y a cada uno de los que se acercaban a él con vocación de aprender; diría que disfrutaba de hacerlo.

En segundo lugar anotaría la vocación por trabajar con alumnos, vale decir, con estudiantes que se convierten en colaboradores y colegas. Esta oportunidad que ofrece la universidad, en la medida en que cultiva el “proyecto humboldtiano” de conectar enseñanza e investigación, es lo que la ha constituido en la principal fuente de la generación

de conocimientos al combinar los aportes de veteranos experimentados, los maestros, con los de jóvenes audaces, los alumnos. Cotlar apreciaba inmensamente la colaboración con sus alumnos, anticipando a menudo con demasiado optimismo lo que podría llegar a aprender de ellos.

En tercer lugar la universidad, en la medida en que permanece fiel a su vocación de conocer en profundidad como algo diferente de acumular información sobre cuestiones restringidas, ofrece espacio para esa “investigación de riesgo” que lleva a traspasar las fronteras entre especialidades, buscando conexiones frecuentemente escondidas y de gran valor explicativo. La capacidad de Cotlar para vincular problemas aparentemente inconexos, poniendo con rigor al servicio de la solución de algunos de ellos ideas inspiradas por el estudio de otros, era proverbial entre sus colegas más eminentes.

En cuarto lugar, y de manera estrechamente vinculada a lo que antecede, la universidad es algo más que una yuxtaposición de escuelas profesionales diferentes cuando ofrece ámbitos fecundos para la colaboración entre disciplinas y el diálogo entre saberes. En la tradición fundacional de la academia, Cotlar hacía matemática como una manera de entender el mundo, estudiando a la vez la ciencia y la filosofía.

En quinto lugar, ciertas universidades son ámbitos abiertos a las inquietudes, los dolores y las esperanzas que constituyen los signos de los tiempos; son espacios donde antiguas tradiciones y nuevas inspiraciones entran en conflictos potencialmente fecundos para que la información y el conocimiento renueven el saber. Por mi parte, cada vez que se alude a esa doble y angustiante interrogante –¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en la información? ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en el conocimiento?– pienso en Mischa.

En fin, las universidades sirven a la sociedad cuando conjugan la preparación especializada y la cultura general con la formación ética, vale decir, cuando los fines que realmente persiguen no se reducen a sus funciones y conveniencias específicas. Para Cotlar, discípulo a la distancia de Sócrates, la búsqueda de la verdad era inseparable de la búsqueda del bien.

¿Cómo recapitular las seis razones invocadas de forma tal que pueda dar cuenta de la felicidad que la universidad ofreció a los dos maestros que, procurando controlar mi emoción, evoco en estas líneas? Quizás apelando a uno de los grandes temas de Barrán, la vinculación entre lo privado y lo público.

Uno de sus escritos recogidos en el volumen de “epílogos y legados” se titula “Uruguay, una sociedad hedonista”, a la que se caracteriza como una sociedad “que valora los bienes materiales y la libertad individual como sus aspiraciones supremas” (Barrán: 2010, 67). En su último libro nos dice: “Creo poder afirmar que a fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI el Uruguay era de las sociedades más laicas, liberales en

materia de conductas sexuales, y materialistas en cuanto a consumo, de América Latina. Sentía el hedonismo visceralmente, como una causa”. (Barrán: 2008, 299)

Hacia el final de la misma obra escribe que la creencia en “el ocaso de lo público, la afirmación de lo privado, es demasiado terrible para suscribirla sin más pero, no me caben dudas, nos informa acerca de lo que vivimos” (Barrán: 2008, 323). Casi en seguida sostiene:

Pensar en la liberación y la satisfacción de los deseos hubiera sido irreal en la sociedad agraria medieval, en medio de sus pestes y hambrunas, del control político, social y cultural ejercido por la Iglesia, de la arbitrariedad del Poder político, de una tecnología de sembradíos que dejaba la mitad de los campos en barbecho, de una mentalidad donde el miedo era un alimento central de la sensibilidad. Pero pensar en la liberación hoy es posible dado el soporte material que ha desarrollado nuestra cultura.

Con su afirmación de un individualismo extremo el hombre contemporáneo puede olvidar lo que le permitió recorrer ese camino, los presupuestos sociales, económicos, culturales y políticos que permiten su ‘egoísmo’, y confundirlos con la conquista de la libertad absoluta, la que, a veces, parece contener una alta cuota de ilusión. (324)

En una nota previa a las dos afirmaciones transcritas Barrán escribe: “Algunas ideas me fueron sugeridas por el grupo de trabajo que integré en 2003, formado por Hugo Achugar, Rodrigo Arocena, Gerardo Caetano, Daniel Gil, Marcelo Viñar y Maren Ulriksen.” (Ídem: 323) Al releer esto, recordé cuánto nos dolía por entonces el país de la crisis, dolor que nos movió a reunirnos sistemáticamente para pensar en conjunto perspectivas y alternativas. Recordé también las discusiones a veces encendidas que en ese grupo tuvimos sobre la libertad individual y los involucramientos colectivos. Hoy como entonces no encuentro mejor manera de encarar el tema que el enfoque propuesto por Albert Hirschman –otro grande que se hace muy poco– sobre los “compromisos cambiantes” entre lo público y lo privado.

En una de sus obras más inspiradoras (Hirschman, 1982), sostiene que existe una suerte de movimiento pendular que va del predominio de uno al otro tipo de compromisos, según las épocas y, en buena medida, por la frustración de las expectativas que, de maneras diferentes, generan tanto el involucramiento en el accionar público como la dedicación a lo privado, particularmente al hedonismo que Barrán analiza. Actuar junto a muchos otros –algo también llamado militar– entusiasmo y se legitima porque apunta a la felicidad colectiva. Frecuentemente decepciona porque los logros quedan lejos de las metas propuestas, y también porque las maneras de trabajar en conjunto suelen parecerse poco al estilo de vida que se reivindica.



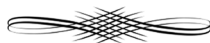


En otro texto menos conocido Hirschman (1999) vuelve al tema a partir de la frase fundamental de la declaración de Independencia de Estados Unidos de 1776, según la cual son verdades evidentes por sí mismas que todas las personas son creadas iguales y con ciertos derechos inalienables que incluyen el derecho a la vida, el derecho a la libertad y el derecho a la búsqueda de la felicidad. Afirmar este último, como derecho a reivindicar en este mundo y no sólo en un hipotético más allá, tuvo contenido tan revolucionario como la afirmación de los otros derechos consignados: la felicidad es una idea nueva en Europa, proclamaba Saint-Just durante la Revolución Francesa. Hirschman dice que, junto a la búsqueda de la felicidad, que suele tener que ver más bien con lo privado, pueden existir formas colectivas de la “felicidad de la búsqueda”. Estas formas pueden desplegarse en actividades compartidas donde exista compatibilidad racional y ética entre fines y medios, y que en sí mismas spongian una calidad de vida espiritual de la que se pueda disfrutar.

América Latina gestó un ideal de universidad socialmente comprometida, que debiera ofrecer espacios para la búsqueda de la felicidad del individuo a la vez que colabora con otros, para aprender, crear y poner el conocimiento avanzado al servicio de todos. Ese ideal tiene directa relación con las seis razones por las cuales, según me he atrevido a conjeturar, Barrán y Cotlar encontraron felicidad en algunas de nuestras universidades. Quizás sintieron que, en cierta medida, de formas variadas y hasta contrapuestas, junto a conflictos y disgustos a granel, hay en ellas posibilidades de conocer la felicidad de la búsqueda.

Si buena parte de las afirmaciones precedentes tienen índole conjetural, las que concluyen estas líneas constituyen una certeza.

José Pedro Barrán llegó en su madurez a nuestra casa, la Universidad de la República; en ella hizo escuela e historia. Nos dejó un legado movilizador: el deber de estar siempre a la altura del honor de ser la Universidad de José Pedro Barrán.



BARRÁN, José Pedro, *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*, Montevideo: Banda Oriental, 2008.

_____, *Epílogos y Legados. Escritos inéditos / Testimonios*, Montevideo: Banda Oriental, 2010.

HIRSCHMAN, Albert, *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, Princeton: Princeton Univ. Press, 1982.

_____, *A través de las fronteras. Los lugares y las ideas en el transcurso de una vida*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999.



Jubilación ESCOLAR DESDE 30/04/79.

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA. DOCENTE GRADO 5. O.T. DESDE

ABRIL 1985

Título de grado

CURRICULUM

PROFESOR DE HIST. EBRECHINO IBA ABRIL 1959

Nombre: José Pedro BARRAN MONTALDO.

~~Reservado a la Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.~~

Fecha y lugar de nacimiento: 26 de febrero de 1934, Fray Bentos, Depto. de Río Negro,

R.O. del Uruguay. *Docencia: E. Lec. de Hist. desde 1959 a 1979*

Domicilio: Canelones 1922 ap. 201

Teléfono: 41.35.71

Cédula de Identidad: 647.314-8

Credencial Cívica: AVA 9211

Rep. Uruguay. P. de la U. del U. Grado 5. desde 1975 H. del U. F. de la U. de la República. Publicaciones

1. LABOR DE INVESTIGACION.

Premios

Reconocimiento a la actividad (ver adjuntos)

1.1. Labor de investigación en el país y en el extranjero: becas, misiones de estudio y proyectos de investigación.

1.1.1. Misión de investigación en el Archivo General de la Nación Argentina (Buenos Aires), año 1963, por encargo del Ministerio de Hacienda y el Museo Histórico Nacional del Uruguay. Objetivo: seleccionar, copiar y microfilmear las fuentes coloniales para la historia económica y social del territorio uruguayo.

1.1.2. Beca del Departamento de Estado de los Estados Unidos de Norteamérica en 1960. Objetivo: la enseñanza de la historia y la Historia de los Estados Unidos.

1.1.3. Becario del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) en 1975-76.

1.1.4. Becario del Social Science Research Council en 1976-77.

1.1.5. Becario de la Fundación Ford, de abril a noviembre de 1977.

1.1.6. Becario del Social Science Research Council en 1978-79.

1.1.7. Becario de la Fundación Guggenheim en 1979-80.

1.1.8. Becario de Clacso-Sarec, programa P.A.G.A., en 1980.

1.1.9. Becario de la Fundación Ford y Sarec, en 1981.

1.1.10. Becario del Social Science Research Council en 1982-83.

1.1.11. Apoyo financiero del British Council para realizar una investigación en el Public Record Office de Londres en 1993 sobre los informes consulares ingleses en el

“El Jefe”

Ana M. Rodríguez Ayçaguer¹

Facultad de Humanidades
Universidad de la República



137

En estas pocas páginas el lector encontrará un relato concebido en “tono menor”; pleno de subjetividad, tejido con recuerdos y anécdotas sobre cómo fue la labor de José Pedro Barrán al frente del Departamento de Historia del Uruguay. Para que este testimonio no sea el reflejo de una única mirada, he agregado al final la rememoración hecha con frescura y emoción, de dos jóvenes compañeras de Departamento, Magdalena Broquetas e Inés Cuadro.

Mi vínculo con Barrán, que se prolongó durante más de dos décadas, se remonta a fines de 1985, cuando comencé a tener un trato casi diario con él. Barrán había ingresado a la Facultad de Humanidades y Ciencias el 15 de abril de 1985 como Profesor Titular (Grado 5) de Historia del Uruguay y por solicitud del Consejo había asumido la Dirección del Departamento de Historia del Uruguay. En octubre de ese mismo año, la Universidad de la República me restituyó en el cargo administrativo del que había sido destituida durante la Intervención. En respuesta a un pedido formulado por la Profesora Blanca Paris, en su calidad de

1. Ana María Rodríguez Ayçaguer es Licenciada en Ciencias Históricas por la Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República. Trabaja como Profesora Agregada en el Departamento de Historia del Uruguay, teniendo a su cargo el Curso de Historia del Uruguay II. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores (ANII), centrándose su línea de trabajo en la historia de la política exterior de Uruguay en el siglo XX. Es coautora de la obra *Historia del Uruguay en el Siglo XX. 1890-2005* (2007). Su último libro, *Un pequeño lugar bajo el sol: Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguayaya 1935-1938* (2009), recibió el Premio Nacional del Ministerio de Educación y Cultura.

Coordinadora del Instituto de Ciencias Históricas de nuestra Facultad, pasé a desempeñar funciones en aquel Instituto. Como no existía lugar para una oficina, Blanca ubicó mi escritorio en el Departamento de Historia del Uruguay, por lo que pasé a compartir el espacio con Barrán. No sé si fue ya entonces que empecé a llamarlo “Jefe” o si ello se dio a partir de mi ingreso como docente al Departamento de Historia del Uruguay, un año más tarde, pero el apelativo perduró y, lo que al principio fue una forma de bromear con él –a Barrán no le gustaba que lo llamara así– luego adquirió una categoría diferente. Porque Barrán fue “el Jefe” para quienes trabajamos bajo su dirección, pero no solo por el ejercicio legítimo de una autoridad jerárquica, sino porque supo construir una forma de conducción cimentada en el respeto que nos inspiraban su talento, su laboriosidad y su calidez humana.

En agosto de 2009 cuando Barrán ya estaba muy enfermo, y con motivo de habersele otorgado el Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual, Salvador Neves le hizo una entrevista, que sería la última. En esa oportunidad, el entrevistador –un estimado ex alumno– me preguntó si podía compartir con los lectores algunas anécdotas de Barrán, a lo que accedí, aclarándole que quizás las más sabrosas, que reflejaban mejor su sentido del humor, no podía contárselas ya que involucraban a terceros. Transcribo aquí las líneas que le envié entonces con la informalidad y la premura con que fueron concebidas en el deseo que expresar, antes de que fuera demasiado tarde, la gran deuda que teníamos con Barrán.

Su actitud inalterable con los estudiantes fue de respeto y estímulo. También de interés humano. En los tribunales de pasaje de curso, por ejemplo, cuando tenía que comentarle un borrador de un trabajo a un alumno empezaba por todo lo que estaba bien. Luego venían las críticas y correcciones. Alguna vez incluso hizo pesar otras cosas. Recuerdo cuando tuvimos que juzgar un trabajo de una alumna muy mayor (ahora fallecida), caso bastante frecuente en nuestra Facultad. Yo había leído varios borradores, haciéndole múltiples y reiteradas correcciones, pero sin lograr lo esencial: que pasara de la transcripción al comentario de las fuentes. Cuando leí el informe final, me pareció inaceptable y por lo tanto fui a la reunión decidida a proponer un ‘aplazado’. Para mi sorpresa, Barrán argumentó a favor de aprobarlo con ‘bueno’. Recordó el esfuerzo que había hecho y que se trataba de una persona que no iba a dedicarse a la docencia ni a la investigación, que no iba a ‘hacer carrera’ y que, por lo tanto, lo que teníamos que considerar era el aspecto humano. ¡Nos convenció!

También como jefe (todavía hoy en el Departamento, el que fue su escritorio sigue siendo ‘el escritorio del Jefe’) ponía en evidencia su respeto por el otro, a extremos casi ilógicos. Aunque podía pedirme que dictara parte de las clases muy rara vez lo hizo; definitivamente no era de los profesores que descarga el curso en sus ayudantes. Antes, en mi labor

de Ayudante (preparación de materiales de apoyo a la tarea docente) me costaba lograr que me diera tareas para hacer. A veces prácticamente le tenía que ‘arrancar’ un texto muy mal tipeado para pasarlo en limpio y entregarlo más presentable a los alumnos. No quería que nadie fuera a pensar que él ‘abusaba’ del trabajo de los demás.

Por otra parte, dio cátedra de respeto por la independencia de los docentes del Departamento en cuanto a qué temas trabajar. Mantenía, por supuesto, la supervisión: su recordado ‘¿en qué andás?’, amistosa forma de interrogarnos sobre la marcha de nuestras respectivas investigaciones. Y luego corrigiendo desde lo más sustancial hasta las comas de los borradores que le entregábamos y que nos devolvía con muchas anotaciones, a veces señalamientos fuertemente críticos (una vez me anotó al margen, a propósito de un comentario sobre un conocido personaje histórico; “¡Lo acusás prácticamente de corrupción y sin ningún fundamento!”), y otras con algunos apreciados elogios (un “¡MB!” anotado al margen era recibido con alegría por todos nosotros que luego comentábamos divertidos: “¡Me saqué un muy bueno!”).

Su laboriosidad y responsabilidad eran extremas. Yo solía decirle en confianza que él, que nos había pintado una idílico panorama de la ‘edad bárbara’ era en realidad la persona más disciplinada que había conocido. Y eso es real. Venía a trabajar enfermo. Y siempre en horarios ‘de pescadería’: 8 de la mañana ya estaba en el Departamento. Y escribía un libro entero en un mes de vacaciones (!!!) No podía concebir que alguien dijera que no iba a continuar trabajando si no le pagaban, por ejemplo. Recuerdo una discusión en una reunión del Departamento, cuando nuestro compañero Rodolfo Porrini dijo que sobre equis tema no seguiría trabajando (lo estaba haciendo en el marco de un proyecto financiado) hasta que no le empezaran a pagar. Todo en un tono muy reivindicativo (como corresponde a su especialidad, historia de los movimientos sociales...) y entonces Barrán le espetó ‘Pero m’hijo, vos tenés que tener tu proyecto personal, más allá de que te lo paguen o no’. Lo del ‘proyecto personal’ quedó incorporado a las bromas que habitualmente nos gastamos entre los integrantes del Departamento.²

Hoy, en diferentes circunstancias, me vienen a la mente otros recuerdos que muestran algunos aspectos de su forma de ser quizás menos conocidos para quienes se relacionaron con él solo a través de su obra.

Es sabido que la publicación de los dos volúmenes de la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* marcó un hito fundamental en la historiografía uruguaya y en la trayectoria académica y vital de Barrán. El rotundo éxito de público fue para él una gran satisfacción y un merecido premio a su ya extensa carrera como investigador. No asumió de

2. En: “¡Qué me venís con el Virreinato! José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009”, entrevista realizada por Salvador Neves, La lupa de *Brecha*, Montevideo, 7 de agosto de 2009.

inmediato, sin embargo, los alcances de su nueva condición de best-seller. Recuerdo una oportunidad en la que, luego de que me contara la cantidad de ejemplares que se habían vendido de dicha obra, logré sorprenderlo con un cálculo del impacto de la misma, comparándolo con lo que había sucedido con “Montaillou”, el famoso trabajo del historiador francés Le Roy Ladurie, que era por entonces el libro de historia más vendido de toda la historiografía francesa. La proporción de lectores en relación con la población era mayor para el caso de la obra de Barrán. La fama que esa obra le reportó, tuvo varias consecuencias, una de las que pude apreciar directamente fue el aumento del número de deslumbrados lectores (y lectoras...) que concurrían como oyentes a su curso. Otra, quizás no tan grata para él, fue el aumento de los requerimientos para que realizara comparecencias públicas (charlas, conferencias, mesas redondas, etc.). Es bien sabido que Barrán era muy tímido, aunque con el tiempo logró superar aquel obstáculo. Si pensamos en la amplitud y solidez de sus conocimientos así como en la capacidad de desarrollar un relato cautivante, resulta difícil creer que Barrán se ponía muy nervioso cuando comenzaba a dictar el curso en Facultad, tanto que en las primeras clases tomaba algo para calmar sus nervios. Cuando la audiencia era mucho más amplia, el temor se acentuaba. Me acuerdo de una oportunidad en la que el entonces Rector de la Universidad, Ing. Jorge Brovetto, le había pedido que diera una conferencia sobre Artigas en el Paraninfo. Supongo que era un 19 de junio, aunque no lo recuerdo bien. Lo que sí tengo muy presente es la angustia que sintió Barrán por tener que hablar allí. ¡Cómo sufrió! No quería hacerlo, pero no puedo decirle que no al Rector!”, me dijo quejumbroso. Y todo ese mal rato para nada, ya que finalmente la conferencia se suspendió por un paro!

Barrán tenía un carácter impulsivo pero cuando veía que había cometido un error, no vacilaba en reconocerlo y disculparse si lo consideraba necesario. Recuerdo dos anécdotas, separadas en el tiempo pero vinculadas entre sí, que ilustran ese aspecto de su personalidad. En cierta oportunidad, me comentó lo que pensaba hacer en relación con alguna solicitud o trámite cuyos detalles se me escapan; sí recuerdo haberle dicho que creía que la forma de proceder debía ser otra. Él no estuvo de acuerdo. Poco después tuvo una reunión con Blanca Paris y con Carlos Zubillaga, ambos docentes del Instituto y por ese entonces consejeros de la Facultad, a los que consultó el tema; ellos opinaron lo mismo que yo. Al otro día Barrán vino especialmente a pedirme disculpas por no haberme escuchado. Me habló de su gran desconocimiento de la vida universitaria y agregó: “en el futuro si ves que voy a meter la pata, por favor, avisame”. Yo me tomé en serio el pedido y esto se relaciona con la segunda anécdota. Una mañana llego al Departamento y Barrán ya estaba allí (siempre era el primero en llegar), escribiendo frenéticamente

en la sufrida Remington (los que lo vimos escribir a máquina sabemos hasta qué punto descargaba su ansiedad en el teclado). Me alcanzó luego el borrador de una nota dirigida al Decano, para que la pasara en limpio y también le diera mi opinión sobre el contenido. En ella se aludía a una resolución tomada en la última sesión del Consejo de la Facultad –sobre el escritorio de Barrán estaba el repartido con las resoluciones, que semana a semana él leía disciplinadamente– por la que se establecían determinados controles en relación con la presentación de informes por parte de los docentes en régimen de dedicación total, cuando viajaban al exterior. Al leerla, Barrán había sentido que era una crítica encubierta a su persona –acababa de regresar de Inglaterra– y si algo podía irritarlo era que se dudara de su palabra en relación con el trabajo. Indignado, escribió la nota en términos muy duros. Al leerla traté de disuadirlo diciéndole que si había algo que nadie ponía en cuestión en la Facultad era su contracción al trabajo. Le sugerí que no la presentara ese día, que lo consultara con la almohada. A la mañana siguiente encontré la nota en la papelería, reducida a pequeños trozos de papel. Barrán me contó luego, riéndose, que se la había mostrado a Alicia, su esposa, y ella le había dicho: “¡estás paranoico!”

Cabe aclarar que, más allá de su carácter impulsivo, en ese momento en la Facultad se respiraba un clima muy enrarecido, propicio a alimentar esa y otras paranoias. Los enfrentamientos de diverso orden en la interna universitaria pueden generar un entorno bastante tóxico en el que solo sobreviven los más fuertes. Barrán no se encontraba entre estos últimos, y era bien conocida su voluntad de permanecer al margen de los órganos de gobierno universitario. Lo que para algunos era un demérito, para nosotros equivalía a la tranquilidad de saber que Barrán podía mantener su cabeza a salvo de aquellos “contaminantes” y seguir produciendo al máximo de su capacidad. No obstante, esa prescindencia no impidió que en momentos decisivos para la marcha de la Facultad, autorizara la inclusión de su nombre en el “honorífico” último puesto de una de las listas docente a la Asamblea del Claustro, para que no quedaran dudas de donde estaban sus simpatías.

Hay otro aspecto que creo importante señalar: su apertura para recibir las críticas. Recuerdo que en una oportunidad le transmití un comentario que me había hecho Oscar Mourat, en relación con la utilización que él hacía del estudio de algunos casos clínicos, en los que los pacientes eran identificados con nombre y apellido. ¿Era legítimo el proceder del historiador que sacaba de su anonimato a hombres y mujeres –en casi todos los casos, pertenecientes a “sectores subalternos”– que no habían elegido tener una vida pública y además, hacerlo para exponer aspectos de su más profunda intimidad? Barrán me escuchó con atención y no formuló ningún comentario. En sus próximas obras, sin embargo, al analizar este tipo de documentación los protagonistas solo aparecían

identificados con una inicial (en *Amor y transgresión*, aparecen con nombres supuestos, pero en este caso dicha circunstancia fue condición para el acceso a la documentación analizada).

Su actitud ética en relación con el trabajo del historiador –el suyo y el de sus colegas– dejó huellas. Es fácil comprobar –basta recorrer las notas de sus libros– hasta qué punto hacía cuestión de reconocer los aportes, a veces insignificantes, de colegas y amigos que le acercaban un dato, un libro o le hacían un simple comentario. Esa conducta pasaba también por compartir la información de interés para el otro, no ocultarla, como a veces sucede en el mezquino mundo de la competencia académica. Esa postura contribuyó a consolidar un clima de trabajo muy especial en nuestro Departamento, que era claramente percibido desde fuera. Recuerdo que una vez, conversando con un amigo de Facultad, critiqué a un historiador argentino porque no había compartido con sus compañeros de trabajo una invitación que, por su intermedio, habíamos hecho a todo el colectivo que el referido colega integraba. Mi amigo me dijo con sorna: “así es de amargo el mundo exterior, pero claro, ustedes son los buenos muchachos de Barrán...”. Su comentario burlón, reflejaba esa percepción de un microclima que “el Jefe”, con su ejemplo y su calidez humana, había logrado crear en nuestro Departamento.

Creo que todos los compañeros que trabajaron bajo su dirección recordarán con nostalgia aquellas charlas en las que disfrutábamos de su calidez, su humor ácido y, naturalmente, de su cultura. Al regreso de sus viajes no solo nos enterábamos de algunos de los resultados de su labor de investigación o de los libros que había traído, sino que nos trasmitía sus impresiones sobre las sociedades que visitaba, en particular sobre aspectos de su cultura, incluyendo, por supuesto, las funciones de ópera a las que había asistido. Es bien conocido su amor por la música –en su casa trabajaba escuchando música clásica en la radio del SODRE– y su gran pasión por la ópera. En los últimos años viajaba anualmente a Estados Unidos con el gran objetivo de disfrutar las representaciones del género en el Metropolitan de Nueva York. De uno de esos primeros viajes –además de sus vanos intentos por contagiarme su entusiasmo por la ópera– tengo un vívido recuerdo del gran impacto que había experimentado al contemplar los resultados de las luchas de homosexuales y lesbianas contra la discriminación. En esa oportunidad había viajado no solo con Alicia sino también con su hijo Pedro y habían estado en San Francisco, donde le impresionó la libertad con que homosexuales y lesbianas se mostraban con sus parejas. “Es increíble” decía, entre asombrado y divertido, midiendo la abismal distancia que existía con la represiva realidad de nuestro país. Me atrevería a afirmar que aquella experiencia fue fundamental para que Barrán abordara el tema de la homosexualidad en *Amor y transgresión*.

Aquellas conversaciones regadas con los cortados de “El Polvorín” –el bar de la esquina de la Facultad– acompañados con los infaltables “ojitos” elaborados por Jorge que tanto le gustaban a Barrán o, más tarde, en la cantina de la Facultad, se volvieron un entrañable ritual. Por todo esto y mucho más, Barrán fue –y seguirá siendo– para nosotros, “el Jefe”.





Barrán: un testimonio del nuevo milenio¹

Magdalena Broquetas²

Inés Cuadro³

Universidad de la República



Conocimos personalmente a Barrán en el año 2000 como docente del curso de Historia del Uruguay II. Desde hacía ya algún tiempo que al comenzar el segundo semestre entre los estudiantes de Historia se rumoreaba que “ese” sería el último año que Barrán dictaría clase. Sin dudarlo, y a pesar de que en un principio no figuraba entre las materias que habíamos planificado para ese semestre, temiendo efectivamente estar ante la última posibilidad de tener a uno de los pocos historiadores cuya obra conocíamos y admirábamos desde antes siquiera de manejar la posibilidad de estudiar Historia, nos inscribimos ya pasado el período regular en el curso que en esa oportunidad Barrán dictara por completo, puesto

1. Este texto fue escrito para ser leído en el homenaje a José Pedro Barrán que tuvo lugar en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación el 10 de noviembre de 2009.

2. Magdalena Broquetas, es Doctora en Historia, se desempeña actualmente como Asistente en el Departamento de Historia del Uruguay y es coordinadora del Área Investigación del Centro de Fotografía de Montevideo. Ha publicado artículos y capítulos de libros sobre historia reciente del Uruguay y acerca del uso de las fotografías como fuente de investigación histórica. En 2011 coordinó el libro *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales 1840-1930*.

3. Inés Cuadro Cawen es Profesora de Historia (IPA) y Licenciada en Historia por la UdelaR. En 2011 obtuvo la Maestría en “Europa, el Mundo Mediterráneo y su difusión Atlántica” de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla (España) donde hace su Doctorado. Es profesora Asistente en el Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades e integra el Sistema Nacional de Investigadores (SNI-ANII). Ha investigado sobre los procesos de independencia en la región platense y sobre culturas políticas e identidades de género en el Uruguay del novecientos.



Integrantes del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades junto a su “Jefe”. De izquierda a derecha: Inés Cuadro, Ana Frega, Magdalena Broquetas, Ariadna Islas, Daniele Bonfanti, Esther Ruiz, Rodolfo Porrini y Ana María Rodríguez Ayçaguer. Diciembre 2004.

que Ana María Rodríguez, Mafalda, su compañera en esta tarea, estaba de año sabático.

Sin exagerar podemos decir que, superando las expectativas iniciales, nos encontramos con un docente cálido, erudito, respetuoso de las opiniones de los estudiantes (incluso de las más disparatadas) y con un sentido del humor fuera de lo común. Las tres horas de clase transcurrían con una velocidad desconocida hasta ese entonces e incluso resultaban insuficientes, al punto que por unanimidad el grupo no esperaba ansioso la pausa, ni se aprontaba impaciente a salir disparado quince minutos antes de que se cumplieran las diez.⁴ Situación más llamativa todavía si se tiene en cuenta que, a raíz de la huelga universitaria de ese año, el último mes de clase transcurrió íntegro en el caluroso febrero de 2001. Y es que escuchar a Barrán en el aula era un privilegio, un placer y una lección acerca de cómo complejizar el conocimiento “histórico” y transmitirlo de manera tal que el pasado no fuese un país “tan extraño”. Aspectos tales como su conocimiento profundo del período (segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX), su rigurosísimo y variado manejo documental (era increíble escucharlo citar *in extenso* de memoria), su discurso atractivo, cautivador y sencillo se reforzaban con lo que sin duda era una de las cualidades sobresalientes del Barrán docente: la capacidad de recrear el acontecer histórico, la dimensión vivencial del pasado humano (desde luego sin que esto supusiera el culto a una Historia anecdótica) y de generar empatía con acontecimientos y sujetos de un tiempo bastante lejano. Barrán nos hablaba del siglo XIX y del Novecientos cubriendo aspectos políticos, económicos y sociales, aunque era evidente su predilección por los aspectos subjetivos, culturales y de las mentalidades de los hombres y mujeres de ese tiempo. Con clara vocación docente y sin conformarse con explicaciones cerradas o redondas solía apelar a las similitudes y comparaciones con nuestro presente para dejar en evidencia la complejidad y la ambigüedad de las acciones, opciones y expectativas de los individuos y los colectivos en el pasado. Así, por ejemplo, al tratar un tema clave del período como las leyes de divorcio, Barrán era capaz de establecer una comparación entre los valores dominantes en aquella y en nuestra época, propiciando de repente interesantes debates en los que de todos modos alertaba acerca del peligro de incurrir en anacronismos (¿acaso la noción de “fidelidad” del Novecientos había sido sustituida por la de “sinceridad” posmoderna?, nos desafiaba Barrán, ¿cuáles eran en aquella sociedad estructurada sobre una “doble moral” los móviles que conducían a la unión matrimonial y a su disolución? En definitiva ¿qué ha cambiado y qué permanece de la sensibilidad de los uruguayos en el marco de los grandes cambios de la cultura occidental?). Y es que Barrán descartaba la linealidad en la

4. Se refieren a la hora del “corte” o recreo, en una clase de tres horas de duración.

explicación histórica y desconfiaba casi obsesivamente de las generalizaciones (quizás por ello, incluso tras las mejores clases o explicaciones, siempre tenía alguna carta bajo la manga con la que, muy autocríticamente, sembraba la duda hasta de sus propias afirmaciones).

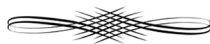
Barrán también fue nuestro guía en la monografía final y nuestro tutor en el primer proyecto de investigación financiado por CSIC. Esto nos permitió establecer un contacto más personal y acercarnos fundamentalmente a su faceta de investigador que en Barrán era indisociable de su costado docente. En cuanto al trabajo final, a la distancia tenemos la convicción de que su poder de seducción y el entusiasmo que transmitía en relación a sus temas predilectos (en este caso la moral católica y sus puntos de encuentro y de divergencia con la moral laica del batllismo), hizo que termináramos investigando con gran entusiasmo un tema que en principio no nos convocaba: el trabajo de una comisión de censura teatral conformada por la Liga de Damas Católicas en el marco del proceso de secularización de comienzos del siglo XX y luego la censura cinematográfica católica entre 1940 y 1960.

Del Barrán-tutor (un aspecto en el que afloraba su estilo, sus consejos y sus recaudos como investigador), no podemos sino destacar la rapidez de su lectura (que de todos modos era extremadamente detallista y contemplaba tanto correcciones de estilo como sugerencias teórico-metodológicas) y su capacidad de interpelación de buena parte de nuestras afirmaciones cuando eran muy categóricas o demasiado adjetivadas. Debe decirse que esto último le preocupaba sobre manera en relación a la producción historiográfica en general. Al sentarnos a repasar recuerdos e imágenes de Barrán en aquella época, vino casi en simultáneo a la memoria de las dos una escena que describe esta forma de leer, juzgar y enseñar de la que hablábamos más arriba. Dos días después de haberle entregado un voluminoso borrador final de nuestra monografía de pasaje de curso nos recibió en su casa, donde con gran calidez y mucha paciencia nos dedicó más de dos horas. Sentado entre ambas en el sillón de su living fue explicando hoja por hoja (!) cada una de sus correcciones entre las que abundaban las críticas constructivas, las sugerencias y algunas discrepancias. También figuraban al margen algunos “muy bien”, que quienes tuvieron la suerte de ser leídos y corregidos por Barrán saben cuán halagadores y estimulantes resultaban. Este intercambio que se extendió a lo largo de varios meses puesto que nuestras investigaciones sobre la censura católica se mantuvieron en su área de interés (y esto se hace extensivo a otra de sus pasiones como lo era la ópera, puesto que nuestras damas católicas también se habían ensañado con este género. A propósito nos sorprendió que Barrán llegara a afirmar que creía “saber un poco más de Música que de Historia”). Sin embargo, las palabras que Barrán escribió en la carátula de aquel primer borrador buscando aplacar nuestra ansiedad por avanzar en la carrera, sintetizan su carisma de

maestro y el tipo de vínculo que era capaz de establecer con sus discípulos. Compartimos textual aquel mensaje: “La entrega apresurada empaña el análisis documental que debió ser mucho más rico . No existe investigación sin: [dos puntos y subrayado para lo siguiente] paciencia para buscar, paciencia para interpretar y preguntarle al documento [] e inteligencia (ésta, por suerte, la tienen)”. Sin duda, una lección personal pero también la evidencia, expresada con sencillez, del modo en que Barrán entendía el quehacer historiográfico.

Nuestro recuerdo del Barrán Director de Departamento de Historia del Uruguay, ámbito que compartimos en calidad de investigadoras y docentes, la imagen que inexorablemente emerge es la de un Barrán madrugador, muy presente, que investigaba solo (o por lo menos sin equipo en el Departamento), pero solía estar bien dispuesto a escuchar y a ser consultado. Un Barrán que aprovechaba el reducido espacio compartido para el trabajo, pero con gusto también se hacía tiempo para compartir un cortado y conversar de los asuntos más diversos. Como Director de Departamento Barrán no creía en los temas de investigación impuestos, incluso en relación a los grados de formación. Quizás por ello optó por trabajar solo y permitió que la mayoría de nosotros desarrolláramos líneas de investigación individuales. Sólo nos exigía entrega, perseverancia y pasión, aunque ésta debía matizarse con una buena dosis de escepticismo, actitud que a su juicio garantizaba una mirada crítica y desprejuiciada. En este sentido y en especial en relación a los temas de la historia reciente, eran recurrentes sus advertencias ante lo que entendía como un exceso de subjetividad.

Queda en nuestro recuerdo su cuidado, podría decirse “militante”, por el rigor en la profesión, su gusto por el diálogo (a nivel personal y en relación a otras disciplinas), su verdadera humildad intelectual, su generosidad y su capacidad para transmitir a varias generaciones el amor por la Historia. Probablemente por todo esto es que el recuerdo de Barrán logra reunir en un mismo homenaje a varias generaciones.



Itinerarios Barrán según Susan Sontag

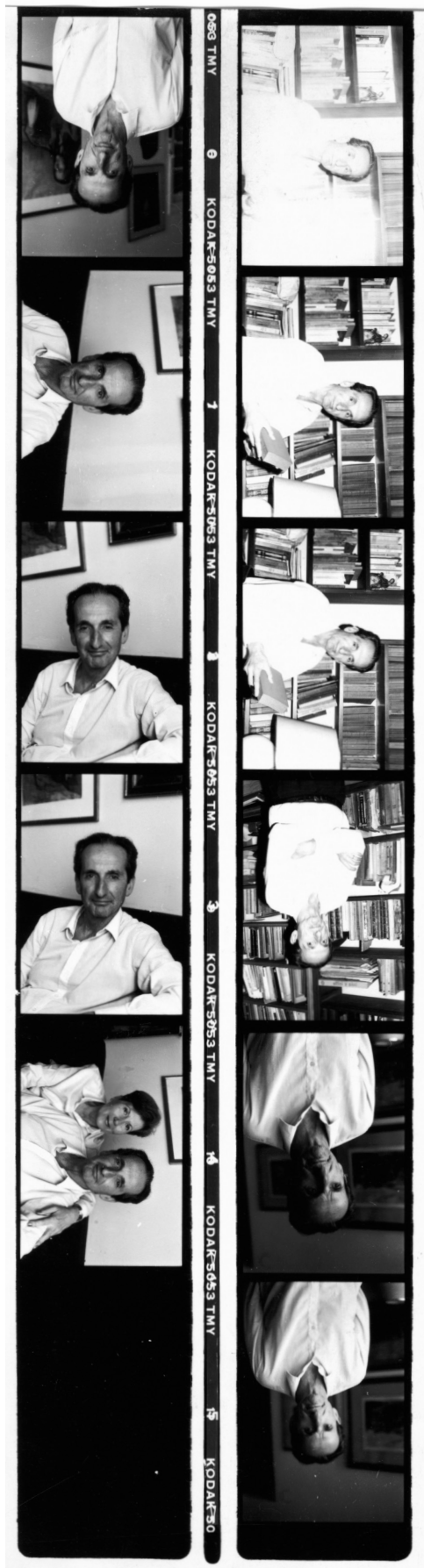
Julio Osaba¹

*Departamento de Investigaciones
Biblioteca Nacional*



149

1. Julio Osaba es Profesor de Historia (IPA), Docente de la Licenciatura de Comunicación Social de la UCU e Investigador del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional donde coordinó los Cuadernos de Historia 8 y 10. En los que escribió, respectivamente, *“Risa, comicidad e imagen a través de los periódicos de caricaturas”* (2013) y *“Más allá de la garra: el estilo del fútbol uruguayo a través de El Gráfico y Nilo J. Suburú”* (2012).



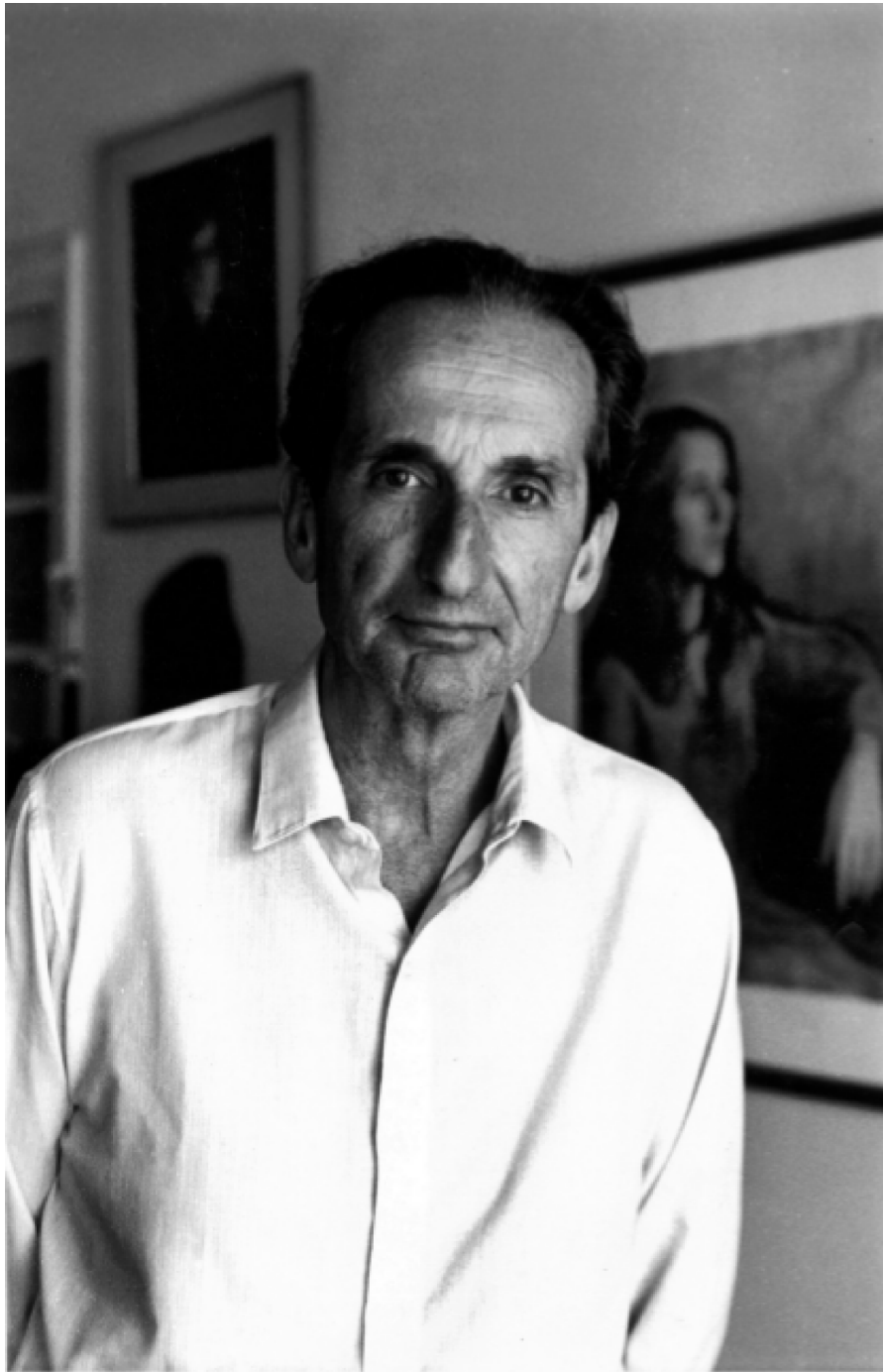
Todas las fotografías son *memento morí*. Hacer una fotografía es participar de la mortalidad, vulnerabilidad, mutabilidad de otra persona o cosa. Precisamente porque seccionan un momento y lo congelan, todas las fotografías atestiguan la despiadada disolución del tiempo


Una fotografía es a la vez una pseudo presencia y un signo de ausencia. Como el fuego del hogar, las fotografías -sobre todo las de personas, de paisajes distantes y ciudades remotas, de un pasado desaparecido- incitan a la ensoñación

Las peculiares cualidades e intenciones de las fotografías tienden a ser engullidas en el *pathos* generalizado de la añoranza. La distancia estética parece incorporada a la experiencia misma de mirar fotografías, si no de inmediato, sin duda con el paso del tiempo. El tiempo termina por elevar casi todas las fotografías, aun las más inexpertas, a la altura de arte



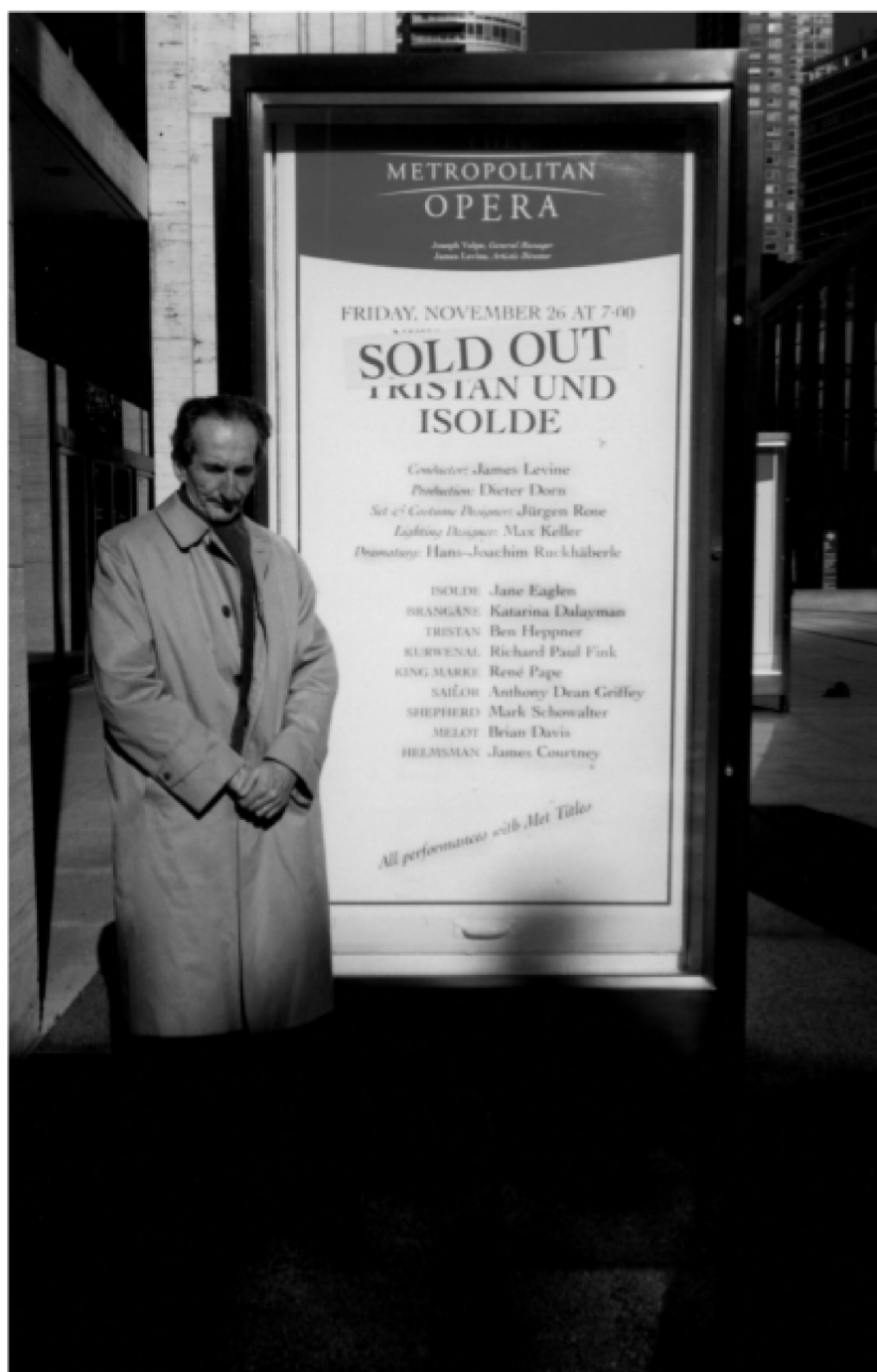
Susan Sontag
en *Sobre la fotografía*



 En su casa. Detrás retrato de Alicia Casas por el artista Guillermo Fernández.

ACTO I

“He ahí sin dudas, el itinerario visible de una obsesión...”



152


Nueva York,
noviembre
de 1999

San Francisco Opera - Los Angeles
13 Teatro e Dómine
29/10/98



“El descubrimiento de la música de Wagner en los comienzos de mi adolescencia fue a través de la radio oficial, CX 6. La primera versión en disco la adquirí a mis 20 años, cantada por Kirsten Flagstad. Tuve un fallido intento por ver su representación en el Teatro Colón de Buenos Aires en 1966 a mis 32 años, y el triunfante de 1998 en San Francisco (Estados Unidos) a los 64”.

ACTO II

“Solo después de esta confesión debe sobrevenir el plano académico”



154

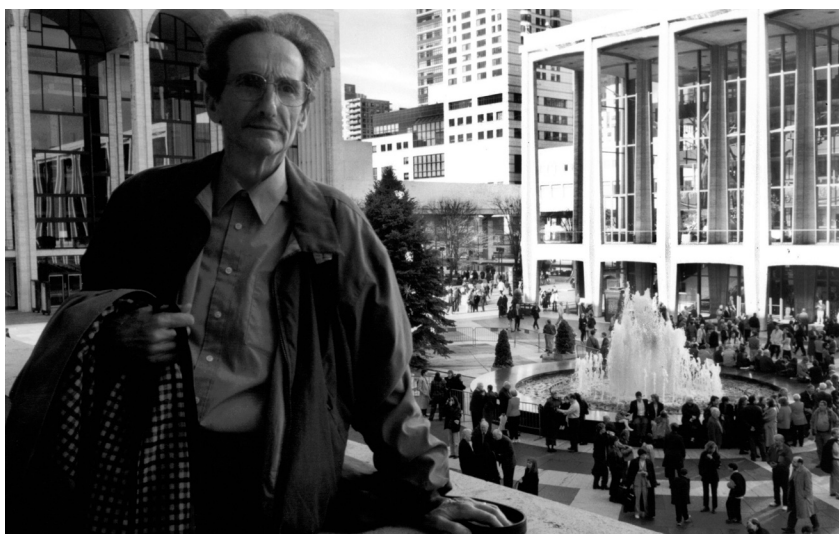


Escribiendo
en su casa,
1993-94.



Intervención
en congreso de
profesores de
Historia, Club
Uruguay, 10 de
noviembre de
1996.

“Por otro lado, desearía señalar otra fuente de mis temas y mi formación, y del tipo de preguntas que se me ocurren: la música. He escrito sobre los fines del siglo XIX y el Novecientos, especialmente y, en consonancia que me sorprende y me explica, a la vez oigo de preferencia a los compositores de ese mismo período, sobre todo a los posrománticos y la escuela de Viena en parte: Bruckner, Mahler, Berg. Esa coincidencia no es casual, también aprendo a “leer” el pasado, oyéndolo. Creo haber aprendido tanto de la segunda mitad del siglo XIX oyendo a Wagner y a Verdi como leyendo documentos de época pues ellos también lo son. Pero esta “originalidad” es realmente personal y no sé si aconsejable”.



Esperando para ver el ballet Cascanueces, Nueva York, 27 de noviembre de 1999.



Escuchando músicos callejeros, Covent Garden, Londres, abril de 1997.

ACTO III

“Recuerdo personal y representación de lo colectivo”



156

“Entonces surge un espacio para lo imprevisible, para la libertad de los sujetos históricos reales, un espacio para el poder y otro para las resistencias y aún la creatividad de los de abajo”.



Transbordador
a Ellis Island,
Nueva York,
noviembre de
1999. Detrás, las
Torres Gemelas.

EPÍLOGO

“He ahí sin dudas, el itinerario visible de una obsesión. Escapará al lector el itinerario invisible, aquello que podría, tal vez explicarla. Tampoco es un misterio absoluto. Wagner ya lo sostenía: quién hubiera amado la entendería”.

SEPTIEMBRE / OCT. 2009

2009

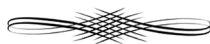
DOCE NOCTES

VENTOS		MET. OP.	N.Y. PLU.	CONCIERTOS
4/5	627	-	-	-
20/7	872 3500 1500	-	Mahler 3a	-
15/9	1095 2854	-	Mahler 2a	-
23/9	975 7654	-	-	-
12/9	Jueves	-	-	-
18/9	Viernes	-	-	-
19/9	Sábado	-	-	-
21/9	domingo 6:30	Tosca	-	-
22/9	martes	Bodas Fig.	Mahler 3a + 2 ^{da}	-
23/9	miércoles	F. Mágica *	Brahms - Debussy	-
24/9	jueves	Tosca *	-	-
25/9	viernes	-	Brahms - Schubert + 11 am	-
26/9	Sábado	F. Mágica - Brahms - Chopin *	Brahms - Schubert 8 pm	-
28/9	Lunes	Tosca	-	-
30/9	miércoles	F. Mágica ** +	Debussy - Beethoven 4to ** + 2 ^{da}	-
1/10	jueves	Brahms Fig. *	Debussy - Beethoven 4to	Debussy - Brahms - Chopin - Debussy + 11 am Debussy - Brahms - Chopin - Debussy + 8 pm
2/10	viernes	Aída *	-	-
3/10	Sábado	Tosca - Brahms	-	-
5/10	domingo	Brahms Fig.	-	-
6/10	martes	Tosca	-	-
7/10	miércoles	Aída	-	-
8/10	jueves	Brahms	-	-
9/10	viernes	Brahms Fig.	-	-
10/10	Sábado	Tosca - Brahms	-	-

Planificación de un viaje proyectado para asistir a conciertos y a la ópera en Nueva York en setiembre de 2009, para presenciar en días consecutivos: Mahler, La Flauta Mágica, Tosca, Brahms, Bodas de Fíguro, Chopin, Debussy, Aída entre otros. El viaje no pudo cumplirse, Barrán falleció el 11 de setiembre de 2009.

*Oh, desciende aquí,
noche del amor,
dame el olvido,
para que yo viva;
acógeme en tu seno,
¡libérame del mundo!*
(Tristán e Isolda, Acto II)

*¿Cómo? ¿Es que oigo la luz?
¡La antorcha, ay!
¡La antorcha se apaga!
¡A ella! ¡A ella!*
(Tristán e Isolda, Acto III)



Las fotografías y documentos pertenecen al archivo de la familia Barrán-Casas. Fueron digitalizadas por Nancy Urrutia. Agradecemos a Alicia Casas el acceso a los mismos.

Las citas fueron tomadas de:

BARRÁN, José Pedro, *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del novecientos*, Montevideo: EBO, 2008, pp. 7 y 10.

BARRÁN, José Pedro, "Problemas de la historiografía uruguaya", *Epílogos y legados, Escritos inéditos / Testimonios*, Montevideo: EBO, 2010. p. 29.

MARKARIÁN, Vania y YAFFÉ, Jaime: "¿Cómo pude haber escrito esto?", en: *Contemporánea, Historia y problemas del siglo XX*, Volumen 1, Año 1, 2010, ISSN: 1688-7638, pp. 184, 187.

SONTAG, Susan *Sobre la fotografía*, México: Alfaguara, 2006, pp. 32, 33 y 39.





Barrán: lo de menos, es lo de más

Teresa Porzecanski¹

Universidad de la República

Escritora



161

Ya en las primeras obras de Barrán, escritas en colaboración con Benjamín Nahum, se advierten influencias de Marc Bloch (por ejemplo, en su "Caracteres originales de la historia rural francesa"). En la obra *La civilización ganadera bajo Batlle*, puede encontrarse la impronta braudeliiana de dar cuenta de los procesos de larga duración por encima de la "espuma" de lo coyuntural. Después vendrían influencias más vinculadas a la indagación de las "mentalidades" (Lucien Febvre, Philippe Ariès) y a los sistemas de coacción social (Michel Foucault), aunque las que sobrevuelan por encima toda la obra de Barrán son esencialmente dos: el Freud de *El malestar en la cultura* y Norbert Elias con su *El proceso de civilización*.

Lo que podría interpretarse como una diversidad de enfoques, converge, sin embargo, en una mirada unitaria, comprensiva y globalizadora "de" la que el propio Barrán era altamente consciente:

"Uno casi siempre escribe, como se sabe, y otros lo han dicho mejor, el mismo libro así que los 'giros', la evolución del escritor, aunque real en muchos planos [...] es casi una ilusión", respondió el historiador en una

1. Teresa Porzecanski es antropóloga, doctora en Trabajo Social, posgrado de Hermenéutica, y docente universitaria, además de escritora. Entre sus ensayos, *Curanderos y caníbales* (1989) y *Rituales, ensayos antropológicos sobre Umbanda, mitologías y Ciencias Sociales*. (1991). Publicó más de veinte títulos de ficción y está traducida a varios idiomas. Entre otros: *Perfumes de Cartago* (1994) y *Una novela erótica* (2000). Coordinó junto a J.P. Barrán y G. Caetano, los tres tomos de *Historias de la vida privada en el Uruguay* (1998).

entrevista. Y toda su obra está implicada y sintetizada en dicha aseveración: desde la *Historia rural* escrita junto a Nahum, hasta la *Historia de la sensibilidad*, la perspectiva mayor que subyace a sus escritos sugiere que los factores culturales pesan tanto en los acontecimientos sucedidos como los factores económicos y materiales, y que ni unos ni otros debieran priorizarse, y menos aún tomarse como determinantes.

Una mirada abarcadora y compleja, pertinente a las complejidades y dobleces de lo real, es la propuesta, desde sus diversos temas y estudios: esencialmente la no simplificación de las interpretaciones históricas. Eso, por un lado. Por otro, abandonar la pretensión de cobertura de grandes universos (la llamada Historia con mayúscula, o la historia “general” o la búsqueda de “leyes históricas” generales en dicha Historia con mayúscula) e involucrarse mucho más en lo acotado, tanto en el tiempo como en el espacio. Se trata, entonces, de preferir “las historias” locales, situadas, circunscriptas, las que son más plausibles para habilitar el entendimiento de las cosas, dejando de lado la pretensión totalizadora de la mirada omnicompreensiva, la que por otra parte, desde la reflexión epistémica, deviene de todos modos inabarcable.

En *La espiritualización de la riqueza*, Barrán continúa con las hipótesis adelantadas en *La civilización ganadera bajo Batlle*, mostrando de qué manera los criterios culturales modelan el uso de los capitales mucho más que las “premisas” del sistema capitalista en el que están insertos. Así, los caprichos, las “modas”, las maneras de pensar el mundo, conducirían las conductas de los protagonistas, más que otras variables: no habría una única causa para los complejos procesos por los que el mundo y las sociedades humanas atraviesan sus cambios sustantivos.

Despegarse

Lograr despegarse de las tradicionales variables económicas, y socio-políticas, poder relativizarlas, y superarlas de cara a la consideración de los sistemas culturales en sentido antropológico, poder cruzar de los ámbitos individuales a aquellos otros colectivos, indagar en sus confrontaciones y convergencias, practicar el ejercicio alternativo de la mirada micro y la perspectiva macro, y preocuparse por la vida privada, y aun íntima, del ciudadano “común”, han sido las consignas rastreables de un investigador que, con más de veinte obras en su haber, fue sin duda formador de nuevas tendencias dentro del ejercicio del historiador.

“[...] A los historiadores no les cabe juzgar, sino que deben tratar de comprender. Si juzgas, toda posibilidad de comprender desaparece de entrada; casi decretas que no puedes comprender al otro”, declara Barrán

respecto de su enfoque de la historia². La idea de que las ciencias sociales deben “comprender” la vida, tiene una tradición de larga data, que se remonta a Max Weber, e inclusive a Dilthey, e intenta, desde fines del siglo XIX, oponerse al crudo empirismo que dominaba las ciencias naturales. Describir para comprender, juntar los datos para habilitar la comprensión, y así poder iluminar el entendimiento de las situaciones, las acciones, las personas, ese es el objetivo de las disciplinas sociales. Sumado a ello, es la reflexividad de la modernidad la que somete los resultados de toda investigación “a revisión continua a la luz de nuevas informaciones o conocimientos” como sostiene A. Giddens, lo que deviene constitutivo de la constante transformación de las instituciones sociales.³

Concepto clave

Si existe un concepto clave en los escritos de Barrán, es el de “disciplinamiento” que no es, desde luego de su invención, pero que, tomado de Foucault e interpretado a través del Freud de *El malestar de la cultura*, permite a Barrán explicar “el pasaje de un mundo de pulsiones casi en estado de pureza, ‘bárbaro’, a otro mundo de pulsiones controladas, disciplinadas por las necesidades que impone la ‘civilización’, lo que traslada el esquema freudiano a la manera de Norbert Elias...” a incorporarse a la interpretación histórica.

De manera que así apoyado por el pensamiento de Elias, el de Freud y el de Foucault, el “disciplinamiento” deja de ser considerado un castigo societario planeado por líderes malévolos y aparatos institucionales perversos, para constituirse en el mecanismo esencial de la construcción de la socialización en las sociedades humanas: el dispositivo prototípico por el cual los grupos, todos ellos, se organizan para controlarse a sí mismos y evitar la emergencia de su propia violencia “intestinal” (y aquí uso el adjetivo de René Girard) y ser capaces de regularla a través del sistema de leyes, así como por los procesos de enculturación y educación por los cuales el individuo introyecta regulaciones y las hace parte de su “naturaleza” social a través del autocontrol, siendo esta la mirada más legítima de los complejos procesos por los cuales los individuos se vuelven societarios e idóneos para desempeñarse y sobrevivir en sus contextos de interrelación.

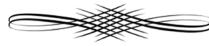
En esta, su trayectoria de escritura, se advierten entonces varios procesos paralelos: de los grandes lapsos de tiempo y las dimensiones generales a los pequeños tiempos y las dimensiones circunscriptas; de las teorías interpretativas unicasales, a las interpretaciones acotadas y

2. Entrevista de Carlos Reyes, *Semanario Búsqueda*, Montevideo, 20 de septiembre de 2001.

3. Giddens, Anthony. 1997. *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona, Península, p.33.

pluricausales, de la descripción “exteriorista” y despegada de las interioridades, a la preocupación por las psicologías colectivas y los mundos interiores, de una historia “sociologizada” a una historia de las subjetividades, donde los aportes del psicoanálisis y la etnología adquieren mayor importancia.

Que Barrán lo haya hecho notar en sus estudios (y así difundido a cada vez más amplios sectores de nuestro pensamiento académico) es el mayor mérito de un estudioso que aceptó el desafío de enfrentarse a las interpretaciones manidas, simplistas y estandarizadas, para transformar los modos de comprender la realidad, que estas son las revoluciones más duraderas.



A la búsqueda del sujeto del siglo XXI Barrán leído por un psicoanalista uruguayo

Marcelo Viñar¹

Psicoanalista (APU)

Ensayista

Como tantos uruguayos, inicié la lectura de la "Historia de la Sensibilidad" y la trilogía que llegó a continuación (*El Poder de Curar, La Invención del Cuerpo y la Ortopedia de los Pobres*), como lectura amena o barniz de cultura general. Constaté enseguida –como tantos uruguayos– que Barrán fue, además de investigador tenaz e incisivo, un estilista del lenguaje. Pero lo que constituyó una sorpresa –un asombro inesperado– fue descubrir cómo esa lectura iba impregnando y dejando surcos en mi práctica y reflexión de psicoanalista, oficio que transitaba desde hacía varias décadas.

En lo que sigue, este texto intentará pautar y argumentar estos surcos, que en definitiva hacen a la interrogación de las aristas o perfiles que definen al sujeto humano del siglo XXI. Definición siempre incierta e inconclusa pero necesaria. Desde tiempos inmemoriales los caminos del pensamiento llevan a la especie humana a la infinita interrogación del quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Capacidad interrogativa y autoteorizante, dice Laplanche, que empuja a la creación de cosmogonías, mitos y religiones.



1. Marcelo Viñar es Médico Psicoanalista, Ex Profesor Agregado del Departamento de Educación Médica de la Facultad de Medicina. Ha investigado el tema de la minoridad marginada e infractora en un convenio marco entre la Facultad de Medicina y el INAU. Durante una década fue asesor de la Comisión de Prevención de la Violencia Liceal creada por el CODICEN. Publicó en colaboración con Maren Ulriksen de Viñar *Exilio y tortura*, luego ampliado y reeditado como *Fracturas de Memoria* (1993). Entre otros, es autor de *Psicoanalizar hoy* (2002) y *Mundos Adolescentes y Vértigo Civilizatorio* (2009). Es coautor en *Crímenes Antiguos (Edipo, Narciso y Caín), Niños fuera de la ley y ¿Semejante o enemigo?*

HISTORIA Y PSICOANALISIS

ZONAS DE CONFLUENCIA

LA INTERPRETACION DEL RELATO

El hecho en psicoanalisis es el relato, el cuento del paciente....

El hecho en historia es ~~inmanejable~~ el documento, el relato real

LA INTERPRETACION DEL RELATO, TESTIMONIO, CUENTO, DOCUMENTO

- a) Informan: ① sobre lo que dicen informar (impotencia masculina en literatura médica del XIX y Novecientos)
(de ahí viene y relato (antes de lo hecho))
- ② sobre lo que no quieren informar, leer silencios, pero (frigidéz femenina no observada, razones)
- ~~para~~ ocultar lo real ~~por un instinto~~ (belleza barroca pompa fúnebre italiana 1890 y enmascaramiento podredumbre muerte por horror)
- ③ sobre el informante ("Las torpezas y groserías de la vida", alusión puritana de P. Luisi en 1921 a promiscuidad pieza conventillo)
- ④ sobre el lector del documento, sobre el oyente del relato, sobre el historiador, sobre el psicoanalista, ~~se~~ revelar sus lecturas, sus interpretaciones, sus visiones
- a) sobre su universo cultural
 - b) sobre su universo teórico interpretativo

Vesalio y su descripción de la vagina como un pene invertido: la mujer es un hombre del revés, no un ser en sí.

b) Distinción (en un momento) entre ~~la observación~~ la interpretación y el relato *(de esos hechos) (parafraseo sentido; ahí (hechos) y toda información y relato por implicar) (rol de Suslov - cultura que a veces revela información)*

El peso de la interpretación en la observación del hecho, en las ciencias humanas es enorme, lo que dice Marcelo, toda percepción de un hecho ya es una interpretación pues se le acota, deslinda, califica, nombra, se le elige, se le aparta, y eso, ya es interpretación.....

Desde Kant: el mundo de la experiencia es co-constituido por la intencionalidad del sujeto, sin la forma a priori de la sensibilidad, el entendimiento, la razón y la reflexión del, no hay mundo. Sus form

F. Boas: se ve siempre con los ojos de la tradición ~~de la que se ha sacado que cambia... nada más.~~

C. Marx: la tradición de todas las generaciones muertas ~~opprime~~ opprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.

Se ve lo que se puede, lo que se desea ver, lo que nuestra cultura, lo que nuestra teoría permiten avizorar, ver....

Peter Gay y el complejo de Edipo (1984), sostiene que Freud reconoce el carácter histórico del complejo de Edipo al comparar las distintas interpretaciones que sobre un mismo material han realizado Sófocles y Shakespeare (Hamlet), diferencia que se debería a las diferentes culturas que los produjeron a ambos y que se podría interpretar (a lo N. Elias) como fruto del avance secular, histórico, en el tiempo, de la represión, del proceso de legitimación cada día mayor del autocontrol de las pulsiones.

Siempre se tiende a integrar lo desconocido a lo conocido, a reconocer lo ~~xxxxxxx~~ viejo en lo nuevo, a ver lo nuevo como viejo:
a diseñar los primeros vagones de ferrocarril como diligencias
a ver en la Revolución Francesa, el cambio y no las permanencias
a ver en Artigas a Fidel Castro, a su reg. prov. de 1815 como una reforma agraria
a ver en todo homosexual el fruto de una madre dominante? a confirmar la teoría?

c) En ciencia, o simplemente, para obtener un mejor conocimiento, convendría partir de la radical alteridad, de la radical diferencia, radical originalidad de todo relato, de todo sujeto, de su inaprensibilidad esencial, por nosotros, por nuestra época del pasado, por el analista del otro, del paciente....

La selección del hecho a observar se espi a selección... 12. a 3. día x momento

El otro debería desacomodarnos....no servir para la confirmación de nuestras hipótesis, de nuestras teorías, sino para recrearlas, renovarlas, tal vez, a veces, confirmarlas, pero siempre enriqueciéndolas.... El otro debería servir para vernos como extraños también, para desmontarnos, para entendernos, así el estudio del pasado sirve para ver, desmontar los mecanismos de funcionamiento del presente, y el estudio del paciente, para observar los mecanismos del medico? NO DEBEMOS IDENTIFICARNOS, ni el presente con el pasado, ni el psicoanalista con su paciente, debemos partir de la base de la radical diferencia entre nuestros valores, nuestros sistemas de aprehensión de la realidad en el presente con los del pasado.....

Explicar la ps en forma de un cuento con el presente.

- 1) El pasado no es necesariamente explicable solo por las teorías que rigen, ~~que~~ ~~significan~~ ~~explicación~~, ^{que} se usan para entender el presente y ~~tal vez~~ ~~como~~ ~~se~~ ~~refiere~~ ~~con~~ ~~mi~~
- 2) El paciente no es necesariamente explicable solo y totalmente por mi teoría, DEBERIA GENERAR UNA PROPIA QUE LO EXPLIQUE a el.....

B) muerte = única manera de entender el fin de lo real, punto de ruptura con: todo, aprehensión del espacio del sujeto ante el sujeto y, tal vez, en sea la única forma de la propia - de cosas -
HAY que
limitar aprehensión de un fin, hacia, hacia, etc fin: ACOMAR, NEGARSE A TO DO NADA
PREVENIR, A TO DO BUENA, y practicar la violencia (LA RECEPTA), Hecho por
preferencia este en donde el de las víctimas fueran y ^{todo} ~~se~~ ~~autentico~~ ~~ment~~.

① RELATO - HISTORIA - DOCUMENTO:

INFORMAR: Saber la ps del
Saber la ps del
Saber el momento
Saber el lugar y objeto del documento o relato

② TOA OBSERVACIÓN ES, TA, OBSERVACION = YA INTERPRETACION, RELATO, INTERPRETACION, RESUMEN DE SENTIDOS

Por mi, Por mi misma,
SIEMPRE SE TIENE A AZ CONOCER...

③ SALVAR LOS DIAS PARA VERAR DE CONOC. DE LO REAL:

Además, justo, lo reflexión en la observación misma
informa,
verja

Por tanto, realizar atención del sujeto, del otro
Limitar - Desenfocar de n hacia el presente para explicar el pasado
del presente a " el presente
Negar a toda nueva presencia, a la duda, es víctimas in videncia

La función recursiva del pensamiento o capacidad de pensar objetos en ausencia de su percepción, donde Noam Chomsky sitúa una frontera diferencial entre inteligencia humana y animal, siendo esta solo capaz de resolver problemas adaptativos y situacionales presentes, pero no de pensar su finitud desde la experiencia de una temporalidad vivencial interior, que incluye el pasado y el futuro.

Desde los comienzos (o las fundaciones), los freudianos nos ocupamos de transitar los meandros de la intimidad –allí donde mora el cuco del pansexualismo (freudiano)– para aliviar las almas en desgracia, en zozobra o en *impasse*. El dispositivo se ha mostrado fecundo y ha marcado la cultura occidental del siglo XX, a pesar de los libros negros y reiterados obituarios que celebran su muerte, como quehacer perimido y superado.

A pesar de ello el psicoanálisis sigue vivo y coleando, en medio de las hondas mutaciones culturales en las que navegamos y mostrando cierta creatividad y capacidad exploratoria de diversas opacidades y enigmas de la condición humana. Por ello como campo de investigación y fundamento teórico no es una psicoterapia más entre otras, sino primera entre pares.



Algunos de los contrastes entre los tiempos de nuestra juventud (segunda mitad del siglo XX) y la actualidad, se esquematizarán (o resumirán) a continuación:

a) Antaño estuvimos atrapados o capturados en el dogma que la cientificidad de una disciplina se ponía en evidencia por su aptitud para definir el territorio –de preferencia incontaminado– de su método y objeto. Cientificidad tanto más excelsa cuanto más nítido fuera el perímetro de su área de competencia. Desde esa perspectiva –que algunos llamarían exigencia epistemológica– mi apertura a la obra de Barrán no sería otra cosa que una ofensa a la pureza de nuestra ciencia, a la especificidad de nuestro oficio. Me consta que buena parte de mis colegas así lo juzgarán.

Hoy día aquella exigencia ha cedido terreno y el planteo de los paradigmas complejos multicausales, (Morin) y pensamiento débil (autores) permiten otra libertad de movimiento, es decir, de mayor porosidad entre los “potreros” de las ciencias del sujeto. Puedo cobijarme en las opiniones de Prigogyne y Feyeraband sobre epistemologías regionales.²

2. “Parece estar más próximo a los hechos y a la naturaleza humana, un pluralismo antológico. La ciencia no es una unidad coherente sino un contingente de muchas opiniones, procedimientos, hechos y principios. Aquellos que aún creen en un mundo uniforme y no quieren perder o romper la conexión con su experiencia, verán en la diversidad apariencias confusas de una realidad que nunca podrá ser conocida. La pregunta sobre lo que es real y no lo es (falso y verdadero) carece de respuesta certera” (Feyeraband: 2001).

Aquel dogma exigía el hallazgo de una causa *princeps* y nos empujaba a los psicoanalistas a focalizar y buscar en la causalidad inconsciente, un determinismo único, quizás exclusivo, sin contaminaciones. Apuntábamos en la sesión a descubrir la verdad del sujeto y su disfunción. La universalidad de esa causalidad fantasmática nos eximía de prestar atención a la influencia de la diversidad cultural y epocal.

b) En ese tiempo, hace pocas décadas, pensábamos que los imaginarios colectivos permitirían discernir con cierta nitidez la frontera entre lo público y lo privado, entre la norma (legitimada) y la transgresión (condenable). Hoy, la aduana entre lo privado (a guardar como secreto) y lo público (que se muestra o se ostenta) ha tenido cambios sustanciales. Las fronteras que creíamos fijas se han derrumbado.

El nacimiento y la conquista de la intimidad, con que Barrán culmina su tomo sobre el Disciplinamiento, vuelve a estar en jaque, como acontecía (de otro modo) en la sensibilidad bárbara.

Basta mirar, en la televisión, los reality shows o navegar por las redes sociales para constatar cómo los límites entre fuero íntimo y exhibicionismo en el ciberespacio se vuelven borrosos o multívocos.

Las culpas por la sexualidad ocultada o reprimida, de la que nos hablan Freud y Barrán, han tenido durante el siglo XX una retracción análoga a la superficie del cuerpo que cubre el traje de baño para no mostrar su desnudez.

c) Sexualidad, culpa, violencia y muerte, temas predilectos de Freud y de Barrán, son hoy percibidos y tratados de manera diferente.

El imaginario sobre la diversidad sexual juzgada antaño como desviación a corregir, y en muchos casos como delito a condenar, a veces con severidad filotalibánica y vivido como vergüenza a ocultar, se ha trocado en la actualidad en la reivindicación de un derecho legítimo a la elección del partenaire. El límite está en el mutuo consentimiento y solo por eso podemos considerar a la pedofilia, la pornografía infantil y la trata de blancas como condenables.

Del bochorno al orgullo, la celebración de la diversidad parece tener máxima popularidad y asentimiento, por lo menos en su apariencia manifiesta.

Al decir de Barrán, el sujeto de hoy reivindica la autarquía de su derecho a ser lo que quiere ser, emancipándose del mandato de la religión y las instituciones laicas que recondujeron un análogo mandato de sujeción. Los rigores de control social –(el empaquetamiento, escribe Barrán)– retroceden timoratos ante el huracán de una moda de tolerancia ilimitada, que mal puede discernir entre las alteridades a legitimar y aquellas a combatir. El debate sobre el comienzo de la vida y la despenalización del aborto son paradigmáticos de certidumbres confrontadas.

La multireferencialidad y/o la ambigüedad de los ideales y valores, lleva al sinsentido de muchas disputas o a fundamentalismos e integristas confrontados. La diversidad de tribus urbanas de sensibilidad endogámica y la expansión de religiosidades de esta evolución, si la fragilidad o

precariedad de los fundamentos es una ventaja y un progreso indicador de cambios o un momento de derrumbe, es un litigio que no voy a terciar en los límites de este artículo. En todo caso, puedo acotar que el espacio democrático se nutre del debate de posiciones diversas y en tensión. Este pluralismo está silenciado por una sociedad cuyos fragmentos no dialogan entre sí.

Es distinto murmurar con sarcasmo la homofobia y la pedofilia clerical en el secreto de la intimidad, que volverlos escándalo público que fomente la fiesta mediática de los espectadores adictos del espectáculo de horror, aunque simultáneamente promueven un debate ciudadano y construyen parámetros para la producción de subjetividades.

d) Opina Bernard Stiegler que el crecimiento exponencial de la producción en su poder extractivo y destructor enlaza la economía material con la libidinal, el desafío libidinal y el mercantil se trenzan y conjugan...

El mundo de la técnica fue lentamente móvil hasta la revolución industrial. La electricidad, el motor a explosión y ahora la revolución digital, engarzan técnica y sociedad de un modo desconocido hasta el presente; los efectos de la técnica en las formas actuales de subjetivación. Del tiempo lento de asimilación de una experiencia se pasa al tiempo compulsivo de la saturación y de la saturación al hartazgo surgen nuevas formas de malestar. Del consumo a la intoxicación, la abundancia y la opulencia generan otra forma de miseria.

e) Y, “last but not least”, abrevábamos en la ilusión de un futuro de progreso, de un porvenir venturoso con mayor equidad de oportunidades y justicia distributiva, donde cada sujeto remando, conquistaría su lugar en el mundo. Ese milenarismo ha perimido y la expansión científico-tecnológica ha dado lugar a sociedades opulentas y consumistas que concentran la riqueza y diseminan la pobreza y la miseria. El ideal de expansión económica ininterrumpida ha trocado la utopía milenarista del desarrollo, en la amenaza de agotamiento de recursos naturales y del cambio climático y hace aparecer el fantasma de un futuro ominoso, donde desarrollo no significa solo progreso y bienestar, sino incertidumbre o amenaza.

Tal vez lo que precede nos oriente a interrogar más de cerca la intersección de los fenómenos macrosociales, con algunas decisiones drásticas en los destinos personales. Con los progresos en medicina, la muerte violenta (suicidios, accidentes, adicciones, conductas auto o hetero destructivas o de riesgo extremo) que son las primeras causas de mortalidad en la franja de 15 a 29 años. En los países del primer mundo las tasas de desempleo de los jóvenes duplican las de la población general.

Barrán decía que un imaginario (o mentalidad) colectivo es una evidencia que podemos palpar (que siempre nos habita y a veces hasta nos asedia), aunque su definición precisa sea siempre difícil y elusiva.

Con la invención de la radio y más tarde de la televisión, el *input* de información se multiplica exponencialmente. El exceso de desafíos produce en la mente un empantanamiento como el congestionamiento en la carretera, ironiza Stiegler.

El *flâneur* (paseante) que describe Walter Benjamin como prototipo del hombre moderno (y fue el personaje típico proclive a la experiencia psicoanalítica), se vuelve hoy un señor que corre desaforado. No sabe dónde va –dice St. Exupéry– pero quiere hacerlo ligero. El tiempo vivencial interiorizado que en la modernidad alternaba equilibradamente entre momentos transitivos y momentos reflexivos, tiende hoy a inclinar la balanza hacia un acontecer pletórico, sin pausas ni remansos para la reflexión.

Si las ciencias humanas están ahora lejos de pretender saberes eternos y universales, sino inconclusos, transitorios y en movimiento, yo pretendo usar la herencia de Freud y de Barrán para interrogar algunos perfiles o características del sujeto de hoy día.

Con Freud y sus continuadores aprendimos y asimilamos la importancia crucial de los primeros años de vida en la estructuración del psiquismo.³ Su énfasis en los efectos y consecuencia de la prematuridad al nacer ha tenido un valor decisivo en los desarrollos posteriores. Ya no hablamos solamente de naturaleza humana –fija y ahistórica– sino de una condición humana que va mutando con la historia. La dicotomía entre lo innato y constitucional versus lo adquirido es trocado hoy en la perspectiva más dialéctica de que el psiquismo es una construcción gradual y paulatina, de largo aliento. En esa construcción lo biológico ha cedido lugar a lo cultural. Estamos hechos de cuentos y leyendas tanto como de carne y ADN. Albert Jacquard, destacado genetista, marcó esta diferencia entre la especie humana y otras de la escala viviente, incluso con los primates. La motricidad y el lenguaje del ser humano se conquistan tardíamente, largos meses para lo primero, varios años para el habla.

La cuadriplejía y afasia del primer año de vida (que algunos nombran vida fetal extrauterina), no tiene parangón con otros mamíferos.

3. Un siglo antes Kant y Fichte habían anticipado intuiciones de vanguardia: “Los animales nacen acabados y perfectos (ya son lo que son). El hombre nace apenas esbozado” y Kant agrega: “Todo animal es lo que es, el hombre originariamente no es nada, debe volverse lo que debe ser”. Y Kant en “Reflexiones sobre la educación” (tomado de Dufour): “Un animal es por su instinto, todo lo que puede ser. [...] El hombre necesita su propia razón. No tiene instinto y necesita hacer su propia conducta. Pero no es inmediatamente capaz de hacerlo, necesita la asistencia de otros. La especie humana está obligada a hacer surgir de sí misma todas las cualidades naturales que corresponden a la humanidad”.

De esta prematuridad e indefensión inicial resulta una dependencia extrema de los otros, del entorno humano y así la minusvalía se troca en originalidad o virtud de la especie; importancia del prójimo, del semejante que no tiene equivalencia en la escala viviente. Amar y amamantar no es producto de un instinto maternal, sino la combinatoria de un hecho físico y otro cultural. Mientras el instinto define conductas fijas, inalterables o muy poco cambiantes en la sucesión de generaciones; en la especie humana, cada quehacer trae su novedad para reinventarse.

Hoy tratamos la dicotomía entre lo genético constitucional y lo adquirido en términos, más dialécticos. Biología y práctica discursiva se conjugan y son indisociables en la definición de la condición humana. La interrogación sobre lo endógeno y lo exógeno en la construcción del psiquismo ha sido un largo debate en nuestra (y otras) disciplina, pero cuerpo y grupo son ineludibles para definir lo humano.

Sería excesivo atribuir al Psicoanálisis la exclusividad de descubrir la importancia de la primera infancia en la arquitectura de la conducta, pero su contribución es decisiva. El angelito tonto y asexuado, en sometimiento o en bárbara rebeldía (con que Barrán describe el niño del 900) se derrumba y nace la percepción de un sujeto pleno de lucidez y de derechos.

Huelga decir que esta percepción incluye pero desborda el campo de la psicopatología y es un hallazgo crucial para la educación y para la totalidad del lazo social. Colapsa el universo ptolomeico del páter familias y surge la revolución copernicana con la emancipación de la mujer y del niño como sujetos plenos. Hablamos de mentalidad, no de realidades sociopolíticas.

Con el Barrán de la Sensibilidad, se subraya de manera insistente que todo “ahora” tiene un “antes” precursor que lo configura y formatea (en la continuidad o por contraste) y que los algoritmos de un cambio resultan siempre de la negociación entre los anhelos personales y la sensibilidad hegemónica de la época. Una confrontación entre lo pretérito y lo actual. Y esta mirada diacrónica que brinda el estudio minucioso de la Historia, es heterogénea a la búsqueda de esencias o invariantes, de una naturaleza humana fija y atemporal. Al crear el intervalo –tan fecundo y heurístico– de sensibilidad bárbara y disciplinamiento, Barrán propone un modelo en movimiento, bordando finalmente los contrastes e invitando a sus lectores a no detenerse en 1920 y proseguir la indagación. Stephen Gould postula que esta reversión de perspectiva (el cambio de la noción de esencia por el de variación) es el hecho más relevante y significativo en la operación de conocimiento desde los griegos a la actualidad.

Lo que en el universo platónico es un accidente, es en esta perspectiva el hecho central. Él la llama revolución darwiniana.

El Barrán de la Sensibilidad me parece emblemático de este posicionamiento distinto (u opuesto) a sistematizaciones teóricas perennes.

Como aprendí con Michel Demasure,⁴ más que verificar la certeza o falsedad de la hipótesis del Big Bang, lo que hoy importa es que esa conjetura de un origen permita estudiar el comienzo y la evolución del Universo astronómico mejor que cualquier otra hipótesis actual, su valor heurístico persistirá hasta su demostración o hasta que otra hipótesis la supere.

Como bien señala Barbara Freitag⁵, no se nace con un pensamiento lógico, éste se adquiere, se conquista o se construye gradualmente en el desarrollo. Y esto ocurre en una relación compleja entre lo que procede de la psicogénesis (lo singular que aporta el sujeto) y el contexto sociocultural donde se procesa la maduración.

Lo que llamamos racionalidad es una adquisición tardía, un largo camino desde el sincretismo inicial y su magia, hasta las cualidades de la razón. Junto a la maduración biológica, la historia del pichón humano comienza (como un cuento) en el encuentro entre un cuerpo vivo y otro sujeto hablante. Otro que es anterior (anterioridad lógica y jerárquica) al que será el sí-mismo. El pichón transita saberes, creencias, leyendas, terrores y esperanzas, aun antes de tener plena conciencia de sí mismo, de lo que los adultos llamamos capacidad de introspección. Es un tiempo de pasividad para el *infans*, atrapado por otro que le enseña pero que múltiples veces le resulta opaco o enigmático y al que está atado y sometido porque es el que provee sus necesidades, busca paliativos a sus dolores y malestares y colma (o no) sus deseos.

Una larga dependencia a la prioridad del otro, una tardía adquisición de la conciencia de sí mismo, caracteriza y es definitoria de la especie humana.

El psicoanálisis se ha ocupado (y se ocupa) de descubrir, describir y operar en ese período *infans* (antes del advenimiento de la palabra y el orden simbólico) y de las marcas patógenas y creativas – que este período de la ontogénesis deja inscriptas en la estructura de la personalidad.

Para estos procesos de transmisión entre generaciones usamos la distinción de transmisión consciente (para la pedagogía) e inconsciente (para el psicoanálisis). Yo creo que es más claro decir que la educación transmite un saber constituido, lúcido de sí mismo, la transmisión inconsciente se constituye en acto que engendra un sujeto que podemos llamar la originalidad del sí mismo. Ser uno



4. Director del Museo de Ciencias en París.

5. Barbara Freitag emigra en 1948 de Alemania a Brasil. Maestría y Doctorado en Sociología Universidad de Berlín 1961. Alumna de Adorno y Horkheimer entre 1967 y 1972. Doctorado sobre política educacional brasileña, Docente universitaria.

mismo y ser con otros. ¿Dónde y cómo se anudan estos dos términos? Es la pregunta que me desvela en este artículo, desde la lectura de los freudianos y de los historiadores de la sensibilidad. Habíamos leído a Duby –“Historia de las mentalidades” y a Jean P. Vernant en sus estudios de Psicología histórica (*Mito y pensamiento en la Grecia antigua*) y habíamos sentido la afinidad de los surcos explorados (orígenes, placer, normas, transgresión, sexualidad, violencia, muerte), pero Vernant y Duby nos traían historias de tiempos y espacios lejanos y Barrán nos habla de aquí y de ayer, la vecindad es otra.

Claro que un historiador de la Sensibilidad explora documentos de una época y cultura y un psicoanalista escucha a pacientes, sus anhelos y malestares. Las diferencias son obvias. El campo de visibilidad que despliegan uno y otro procedimiento son radicalmente diferentes pero en modo alguno extraños entre sí, los temas que abordan contienen innumerables zonas de cruce, de circulación entre procesos individuales y colectivos. La fuente que maneja el historiador dibuja un objeto de estudio que conduce a la primera persona del plural, el nosotros. El psicoanalista se empeña en desmontar la tautología del “yo soy yo” y va a la caza del sujeto descentrado, a hurgar esas zonas de uno mismo que percibimos como hondamente propias y profundamente extrañas al sujeto racional y razonable que pretendemos ser. El objeto de estudio que se dibuja es la primera persona del singular, aquella que nos distingue y especifica dentro del nosotros. Por eso allí mismo donde vemos la heterogeneidad de oficios, también podemos leer la complementariedad. La sexualidad y sus placeres y culpas, la violencia y sus castigos, la muerte y los desvelos por reconocerla, evitarla o negarla.

Se crea así una zona de frontera donde lo vincular se interioriza como mandato para someterse o rebelarse o donde lo personal puja por imponerse en esa equívoca o multívoca calesita que se genera en el ida y vuelta del yo y el nosotros.

Recapitulando cito a Le Breton: “A diferencia de otros mamíferos, que reciben en su herencia genética instintiva los insumos para su supervivencia y adaptación al medio, el ser humano es, durante los primeros años de su existencia, el menos dotado (o el más desasistido) para sobrevivir y adaptarse”. La llegada al mundo de un organismo prematuro, inacabado, pero –por eso mismo, abierto y disponible por su fragilidad a una dependencia de los otros, condición que en el Psicoanálisis conocemos como Prioridad del otro. Sin la mediación estructurada y estructurante de su entorno, la capacidad de apropiación significativa del mundo, fracasaría. El defecto o imperfección de la prematuridad se troca en disponibilidad y apertura al semejante que lo hace apto para ingresar al sistema de sentidos y valores del grupo que lo acoge. No decimos mimetización, sino sentido– porque la mediación del lenguaje lo organiza simbólicamente. Queda claro

entonces que la noción de semejante, no tiene el mismo estatuto en la manada que en la especie humana.

Fuero interior y vínculos sociales se conjugan en una dialéctica interminable. Cada individuación se hace desde un grupo de pertenencia y las aristas culturales que le son propias. La experiencia cosmopolita en el exilio nos reforzó en esta convicción. Es el eje que vertebra Freud en su segunda tópica, en la génesis del superyó y su perpetuo combate con los empujes pulsionales y las figuras parentales como mediadoras de la cultura, la tradición y los ideales. Barrán detalla minuciosamente y enriquece esta interfase que el freudismo no desconoce, pero le asigna un lugar menos central o crucial que el historiador, en el determinismo de nuestros síntomas, conductas y destinos.

Probablemente se me hizo más perentorio anudar las herencias de estos dos maestros –Freud y Barrán– porque en el mundo mediático que habitamos las fronteras entre el sujeto de la intimidad y el ciudadano del espacio social se trenzan de manera más estrecha y sus límites son crecientemente más confusos. Los procesos de circulación entre lo individual y lo colectivo, entre lo psíquico y lo social son, presumo, más estrechos que antes.

La transmisión de valores que antaño era competencia de la familia y la escuela, instituciones seculares y sagradas, están hoy impregnadas por las modas que transmiten los ideólogos de la televisión que asumen el lugar de predicadores o profetas del tercer milenio e inciden fuertemente en la producción de subjetividad. Lo que antaño llamábamos función materna y paterna, hoy se ha complejizado en una multiplicidad de discursos.

¿Qué rasgos o características novedosas o inéditas podemos atribuirle al sujeto de la actualidad? Sin duda estamos distantes del empaquetamiento burgués de un siglo atrás que describe Barrán, donde lo permitido y lo transgresor estaban claramente sancionados.

La respuesta, decía Blanchot, es la desgracia de la interrogación y en la materia que nos ocupa (las aristas del sujeto humano que propicia cada época), es más pertinente tener buenas preguntas, que indiquen senderos de indagación, que contar con respuestas certeras que sólo invitan a la pasión esencialista y promueven los fundamentalismos.

La expansión tecnológica y sobre todo la revolución digital, han generado nuevas condiciones para la producción de subjetividad. Algunas veinteañeras adoptan en las redes sociales diversos disfraces identitarios para sus pláticas eróticas, asumen ambos sexos y franjas etarias diferentes para explorar distintos juegos de excitación sexual. La pantalla, sin tacto ni olor, juega como puerta de acceso y de barrera a la búsqueda de un orgasmo que no arriesga el contacto corporal. Extremo caricatural y grotesco pero vigente, de lo que Barrán llamaba “el derecho del sujeto a

ser lo que quiere ser”, llevando el consumo hasta el hartazgo. En contraposición a este absurdo maníaco, la pérdida de límites y referentes, nos da a observar otra vertiente lúgubre, ominosa. Trastornos de la alimentación, con crisis anoréxicas y/o bulímicas, la incesante e interminable flagelación de la piel que reemplaza con la mostración en acto, el ocultamiento del padecimiento psíquico. El espacio mental se adelgaza como continente del conflicto psíquico y su escenario se desplaza al cuerpo o al acto.

Hasta el siglo XX, la mayoría de las vidas transcurrían en un área que no excedía la distancia que se recorre caminando o cabalgando. Lo local era pregnante para definir vidas y destinos. Hoy habitamos la aldea planetaria donde “sabemos” del tsunami en el Océano Índico y de la primavera árabe y sus avatares y mil noticias frecuentes de ese orden. Descubrimos que con la expansión económica del sudeste asiático llegamos a una cifra record de exportaciones y a cifras mínimas de desempleo, efectos saludables de la globalización.

¿Pero de qué orden es nuestro “saber” sobre esas cosas que nos impone la instantaneidad y la plétora informativa? Ya no existen sabios como Aristóteles o Leonardo; la fascinación por el saber especializado nos empuja a la búsqueda del experto en infinitas áreas del conocimiento. Gesto que empuja a la creencia que un saber instrumental supera al saber común de la conciencia crítica. Por ejemplo, no es fácil discernir, en el tema de la filiación, cuál es el dominio de una conciencia crítica o trascendente y distinguirlo de los progresos en fecundación asistida o las técnicas de interrupción del embarazo, que relevan de una eficiencia operativa. Entre lo que se puede, lo que se quiere y lo que se debe, el orden de las preguntas a resolver, no es de naturaleza homogénea.

En relación a la muerte, los límites del consentimiento informado y el encarnizamiento terapéutico tampoco son fáciles de discernir. Nos inunda un crescendo de racionalidad instrumental y operativa, que tiende a reemplazar el territorio anteriormente ocupado por el sentimiento trágico de la existencia.

El aumento de la velocidad, no solo de la información y del transporte, sino de los cambios sociales, crea nuevas y múltiples formas de vínculo social. El tiempo vivencial interiorizado tiende a acompasarse con un tiempo social acelerado y pletórico. La modernidad clásica habilitaba la alternancia entre momentos transitivos del acontecer y momentos contemplativos y reflexivos donde sedimentar la experiencia. Como decía Juceca: “Ud. va y hace las cosas. Después, de noche, se toma una con los amigos y les cuenta ... y recién allí se da cuenta de lo que pasó”. El presente era el instante que articulaba un pasado de recuerdos y experiencias con un futuro de anhelos y proyectos. Hoy vivimos un presente pletórico y un mañana incierto. En el cruce de caminos entre el psicoanálisis, la historia y las ciencias sociales hay nuevos senderos a explorar.



FEYERABEND, Paul: *La Conquista de la abundancia*, Barcelona, Paidós, 2001.

GOULD, Stephen: *El abanico de lo viviente*, París, Seuil, 1997.

VERNANT, Jean-Pierre: *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Ariel, 1993.





Lo privado, lo público y lo íntimo en la obra de José Pedro Barrán

Daniel Gil¹

Psicoanalista (APU)

Ensayista

En recuerdo de la triste historia de Rodolfo y Lucía.²



179

Propósito

Intentaré en esta comunicación establecer cuál fue el punto en que el psicoanálisis se articuló con la investigación de José Pedro, cómo el encuentro con esta ciencia se hizo inevitable y de qué manera José Pedro hizo uso de ella.

Etapas

Cualquier persona que se acerque al *curriculum vitae* de José Pedro Barrán no dejará de asombrarse de la fecundidad de su producción. Decenas de trabajos publicados en revistas, participación en congresos, simposios, jornadas, cursos en la enseñanza, conferencias, cientos de libros y trabajos leídos, miles de documentos buscados, analizados, comentados y, por si fuera poco, su enorme producción de libros, en coau-

1. Daniel Gil es Doctor en Medicina especializado en Psiquiatría y Psicoanálisis y ensayista. Es autor de varios libros entre los que se destacan *¿Por qué me has abandonado?* en colaboración con Sandino Núñez (2002), *Escritos sobre locura y cultura* (2011) y *Errancias. Freud y Lacan en los pagos de San José de Mayo* (2011).

2. Lucía y Rodolfo fueron los seudónimos que eligió José Pedro Barrán para nombrar a los protagonistas de las cartas de amor que analizó en su libro *Amor y transgresión*.



Diálogo intelectual y amistad. José Pedro junto a Daniel Gil, Marcelo Viñar y Gerardo Caetano.

toría, como compilador o solo. Y es sobre esto último que, en principio, me voy a detener.

En 44 años, en el período que va entre 1964 y 2008, José Pedro escribió nueve libros, cifra de por sí ya significativa, pero que no dice que unos cuantos de ellos constan de varios tomos. En este sentido, la suma alcanza los veinticinco volúmenes que se distribuyen de la siguiente manera:

Los tres primeros, escritos en coautoría con Benjamín Nahum, son:

Bases económicas de la Revolución artiguista. 1964.

Historia Rural del Uruguay. 1891- 1914. 8 tomos (1967-1971-1972-1973-1977-1977-1978-1978).

Batlle, los estancieros y el Imperio Británico. 7 tomos, (1979-1981-1982-1983-1984-1985-1897).

Los otros cinco libros son de su exclusiva autoría:

Historia de la sensibilidad. 2 tomos (1989-1990).

Medicina y sociedad. 3 tomos (1992-1993-1995).

Espiritualización de la riqueza. (1998).

Amor y transgresión. (2001).

Los conservadores uruguayos. 1870-1933. (2004)

Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del novecientos. (2008)



En esta visión panorámica se distinguen *aparentemente* dos etapas netamente diferentes en su cronología y en su temática: la primera, escrita junto con Nahum, que va desde 1964 a 1987, estuvo centrada en los estudios económicos; y la segunda, que cubre el período de 1989 al 2008, y que, *grosso modo*, formará parte del campo de la historia de las mentalidades donde, además de los libros citados no puedo dejar de mencionar a la obra colectiva en tres tomos, dirigida por José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski, *Historias de la vida privada en el Uruguay*.

Pero, en lo profundo, ¿estos dos enfoques son tan distintos?, ¿nada hay en ellos que los vincule? ¿No integrarán parte, acaso, del devenir del proceso de la investigación y de una necesidad propia del autor?

En primer lugar, ¿es que el estudio de la historia económica es un simple análisis economicista de la historia?

Creo no equivocarme si digo que, tal como Barrán y Nahum encararon su trabajo, no se trató de un mero enfoque económico, en tanto nivel horizontal de relaciones de intercambio, sino de un análisis de la economía política. Y allí se ve una clara impronta marxiana, y digo marxiana para distinguirla de la simplificación marxista que concibe a la economía como la infraestructura que determina mecánicamente a la superestructura, sin tener en cuenta que las relaciones entre infraestructura y la superestructura son mucho más complejas, dialécticas, y no mecánicas. Barrán adhería a la crítica que hicieran Althusser y Max Weber,

en el sentido de que de lo que se trata es “de concebir [también] cómo la supraestructura influyó en la base de la sociedad y su economía, y que los estudios de la intimidad de los hombres ayudan a comprender su historia total” (Barrán: 2008, 165). Esto, aunque dicho mucho más tarde que en el período que nos ocupa, ya estuvo presente o fue “descubierto” tempranamente por José Pedro en el curso de sus investigaciones. Para decirlo con las palabras de Sandino Núñez, “la decisión o la praxis supone un corte o una negación del *juego* horizontal pragmático de la economía para pasar al *lenguaje* de la política” (Núñez: 2012, 740). Es decir que es desde la política que se puede *pensar* la economía. Por ello esa primera etapa de la obra de José Pedro ya es una etapa de análisis político. Y es en la segunda parte de esta etapa, la de la cultura “civilizada”, que se gesta la distinción entre lo público y lo privado, sobre lo cual volveremos, y que, espero demostrar, es uno de los puntos en que se articula esta primera etapa con la siguiente.

En este sentido, nos podemos preguntar: ¿cuál era el objetivo de esta investigación? No era solo una curiosidad sobre la evolución de la economía, sino que el interés se centraba en investigar *un proyecto político*: cómo y de qué manera se había constituido el Uruguay moderno, cómo se pasó de la etapa colonial a la constitución del Estado uruguayo, cómo se construyó la modernidad entre 1860 hasta el Centenario en 1930; y dentro de él cuáles fueron las nuevas formas de subjetivación.

Era, en definitiva, preguntar al pasado –desde un Uruguay que comenzaba a perder los puntos de referencia de una identidad que nos distinguía y enorgullecía–, cómo éramos. No para volver a él, sino para saber cómo habíamos llegado a ser lo que éramos y más aún lo que llegamos a ser entre los años 1970 y 1985, porque en la historia de la cultura “todo presente se encuentra constituido por estratos más o menos densos de pasados residuales y otros de novedades también de diverso espesor” (Barrán: 2008, 74).

En la segunda etapa apareció, junto con la importancia de lo público, la reivindicación de lo privado y de la privacidad, el “descubrimiento” de lo íntimo y la emergencia de un nuevo sujeto, relacionado con los enormes cambios políticos, sociales y culturales, en donde el proceso de secularización y la consiguiente disminución del poder de la Iglesia tuvo una importancia relevante.

En realidad, como veremos más adelante, la idea de José Pedro es mucho más rica y dialéctica: no es que haya aparecido primero lo público y luego lo privado: lo público y lo privado, en cierto sentido, se co-pertenecen.

La segunda etapa de la producción de José Pedro, que se extendió entre 1989 y el 2008, marca, *aparentemente*, un cambio radical en la temática y la metodología de la investigación. Si antes estuvo centrado

en la economía política ahora su objetivo fue el del estudio de las mentalidades o de la sensibilidad, como prefería decir José Pedro.

Sin duda, en este cambio, además de los intereses y las necesidades del investigador, tuvo que ver la posibilidad de tener a su disposición una concepción de la historia, con la consiguiente metodología de trabajo, como es la historia de las mentalidades, disciplina inaugurada en la revista *Annales*, por Lucien Febvre y Marc Bloch, que fue desarrollada por Georges Duby, Philippe Ariès, Jacques Le Goff, Jean Delumeau, para nombrar solo algunos de los más relevantes pioneros.

¿Qué enfoque nuevo aportaba esta disciplina que atrajo la adhesión de José Pedro? La historia había sido siempre la historia de los poderosos y los historiadores se habían dedicado al relato de “los monumentos erigidos por el poder”: las conquistas, la construcción de los imperios, a las guerras, los pactos, a los “grandes” hombres (reyes, emperadores, generales, papas, cardenales, obispos), “escapándoseles todo lo espontáneo de la vida y lo popular” (Duby: 1980, 15). Nada se sabía de las gentes, sobre todo los trabajadores, los llamados en la Edad Media *laboratores*, cómo vivían, qué pensaban, qué sentían. Habían menospreciado cómo eran sus casas, sus vínculos, cómo amaban u odiaban, cómo comían o defecaban, qué era lo permitido y lo prohibido, qué lo aceptado y lo reprimido, qué lo mostrable y qué lo ocultable. El historiador de las mentalidades sostiene que la mentalidad de un individuo histórico, aun la de un gran hombre, es lo que tiene de común con otros hombres de su tiempo (Duby). No hay documento superfluo, lo que pueden haber son lectores inadvertidos, superficiales o prejuiciosos. Por ejemplo, es de una enorme riqueza, para ver las transformaciones de las relaciones sociales, el análisis que hace José Pedro del reglamento interno de las *Tiendas London-París* para uso de sus empleados (Barrán: 2008, 143). De ahí también que la literatura haya pasado a formar parte legítima como documento histórico invaluable porque para esta concepción de la historia la ficción también dice y oculta las verdades. “Emma Bovary haciendo rayas sobre el mantel con su tenedor mientras cena con su esposo Charles, revela su hastío y sus potenciales adulterios casi tanto como las entrevistas apasionadas con su primer amante” (Barrán: 2008, 25).

Para Duby, la historia es como un gran archipiélago y el historiador lanza puentes entre una y otra isla tratando de establecer, conjeturalmente, conexiones. Ariès, en una afirmación que suscribiría un psicoanalista, dice que “al historiador le interesa solamente lo que el hombre dice sin saberlo”. Y es por este surco que José Pedro comenzó una nueva etapa en la investigación histórica, de la cual fue un precursor en nuestro país.

Lo público, lo privado y lo íntimo

En la época de la colonia, en el Uruguay “bárbaro”, los espacios público y privado no existían diferenciados, y si no lo estaban era porque esas categorías simbólicas no formaban parte importante en el imaginario social. En la “cultura ‘bárbara’ el derecho a mostrarse sin máscaras residía en que los hombres del ochocientos aceptaban y aun demandaban el juicio de los otros sobre su honor, honra y decencia, creían en la ‘buena fama’, querían ser parte del todo al que se debían. En su caso la fuente legítima de la norma moral radicaba en la comunidad y la Iglesia de la que se sentían miembros” (Barrán: 2008, 74).

En la investigación de José Pedro, la atención a lo público y lo privado tiene una aparición temprana en *El Uruguay del Novecientos*, el primer tomo de la colección *Batlle, los estancieros y el Imperio británico* (1979), pero allí es apenas una referencia.³ En cambio, en el segundo tomo de la *Historia de la sensibilidad, El Disciplinamiento*, ya aparece con total énfasis, y luego proseguirá, con el estudio de las relaciones entre el poder y el saber, en los tres tomos de *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*, para ahondarse en el tema de lo íntimo en sus obras posteriores.⁴

Lo *público*, -a diferencia de lo privado, lo íntimo, y más aún, lo obsceno-, es lo que se muestra, lo que se encuentra regido y sometido a las leyes, las normas y las reglas en el espacio social. Forma parte de él lo *cotidiano*, es decir las series de hábitos y prácticas que se realizan sin esfuerzo y atención y ocurre tanto en el espacio privado como en el público, tanto en las personas próximas como en las alejadas.

Lo *privado* hace más referencia al espacio y al tiempo, donde ciertos aspectos de la Ley colectiva podían suspenderse (convenciones en el lenguaje, los modales, la vestimenta, etc.), cuyo ejemplo paradigmático lo podemos tener en la inviolabilidad del domicilio.

En cambio:

lo *íntimo* aludía, en el Novecientos, (y aun hoy día) a la interioridad psíquica de los sueños y proyectos; podía ser el lugar del refugio del yo ante las intemperancias del ‘afuera’, pero también era el lugar del conflicto consigo mismo, el otro, la familia o la sociedad. Era lo que no se atrevía

3. Debo esta información al Prof. Gerardo Caetano.

4. El término *disciplina* debemos entenderlo en sentido foucaultiano: por un lado, como una forma discursiva de control de los nuevos discursos (campo de los saberes); y por otro, como conjunto de las técnicas en virtud de las cuales los sistemas de poder tienen como objetivo y resultado la *singularización de los individuos*, es decir como una práctica de la anátomo-política. (Foucault: 1994, 516), Debo recordar que el disciplinamiento se articula con la norma de *control de las poblaciones*, la biopolítica (salud, higiene, nacimientos, muertes, enfermedades, etcétera). (Foucault: 1999, 818 y ss.).

a mostrar, decir, ni a confesar; lo que se quería ocultar a los otros, y muchas veces, a sí mismo” (Barrán: 2008, 25).

Lo íntimo, al decir de Duby: “es esa región que no cabe divulgar, ni mostrar, porque es algo demasiado diferente de las apariencias” (Barrán: 2001, 17). Lo íntimo, en su sentido más profundo y lato, hace referencia a las “partes íntimas”, (las zonas pudendas, “las vergüenzas”, aquellas partes que no se pueden mostrar), y a las prácticas y las fantasías sexuales.

Quiero introducir aquí, con alguna modificación, la distinción entre la ley simbólica, la norma jurídica y la regla social, que estableciera Ignacio Lewkowicz (Lewkowicz: 2003, 39-53) que me parecen de utilidad para lo que aquí expongo.

La *ley simbólica* es la que estructura al sujeto, es universal, *a priori* (nada empírico la fundamenta), y se enuncia como una prohibición. La prohibición del incesto es su ejemplo.

La *norma jurídica* estructura la relación del sujeto con el Estado y forma parte de ella desde la Constitución, los códigos y las distintas leyes, hasta los reglamentos que rigen el funcionamiento de las instituciones.

Por último, la *regla social* regula la relación de los sujetos en la sociedad y pueden ser escritas o no. Entre ellas se encuentran las reglas de convivencia, los hábitos y costumbres (maneras de establecer el trato con los otros, las formas de hablar, de caminar, de vestirse, de comer o defecar, etc.).

Mientras las normas jurídicas rigen en el espacio público, la regla social rige también, aunque con más laxitud, en el espacio privado, y hasta en lo íntimo ejerce su influencia. Quiero decir que el espacio público, el privado y el íntimo no son compartimentos estancos, sin conexión unos con otros, sino que entre ellos se producen interrelaciones muchas veces antagónicas. Dicho de otra manera: las normas jurídicas, si bien no podrán tener aplicación legal (dentro de ciertos límites) en el ámbito del hogar, no por ello dejan de tener injerencia en las subjetividades; lo mismo sucede con las reglas sociales. Ambas pasan, –a través de los padres, la educación, la propaganda, y todas las formas de transmisión de los ideales y las prohibiciones–, a formar parte de nuestro superyó. Y dialécticamente lo íntimo, a su vez, influye sobre la sensibilidad y las conductas: cuánto de los deseos conscientes e inconscientes determinan los conflictos en el seno del sujeto, de la familia y de la sociedad.

Y con el “descubrimiento” de lo íntimo, el sujeto moderno se abrió a una nueva subjetividad. Ya no se trataba solamente del “alma” y su salvación, sino que entró en juego, reclamando sus derechos, un nuevo personaje, la “carne”, es decir el cuerpo como cuerpo erógeno, con sus pulsiones, sus deseos, sus placeres y displaceres, sus exigencias perentorias que “nos obligan a hacer lo que no queremos”, como nos advertía San Pablo. Es

decir, se modificó la manera en que se hizo presente la dimensión del deseo y de la culpa. No es que esto no existiera desde la noche de los tiempos, pero ahora se empezó a sentir como un reclamo al que había que atender, ya fuera como un derecho, como una enfermedad o como un error, y no solo como pecado, como lo establecía la Iglesia. Para los médicos del Novecientos, esos “nuevos sacerdotes” que tomaron el relevo de la Iglesia en los mecanismos de control social, “el cuerpo era el nuevo Dios y a su salud debían subordinarse el deseo y el placer; estos, de no ser gobernados por la voluntad y el afán de preservar la salud, conducirían inevitablemente a la enfermedad” (Barrán: 1995, 33).

¿Qué fue lo que produjo este cambio tan sustantivo?

Desde el Concilio de Letrán (1215-1216) y luego en el Concilio de Trento (1545-1563), la Iglesia estableció la confesión como un procedimiento obligatorio para todos los cristianos. Sin duda fue un método de sujeción y de control, pero también un enorme procedimiento de subjetivación. Allí se estableció un requisito que tuvo una larga historia y que marcó un punto de inflexión en la propia Iglesia en el Novecientos: el secreto.

En la medida en que se constituyeron los estados-nación en la modernidad, y más aún en un país donde la secularización iba ganando la contienda, el poder que detentaba la Iglesia fue disminuyendo, siendo sustituido por el poder médico, pasando, como dijimos, desde la preocupación por el alma y el Más Allá al cuidado de la salud, centrado, en buena parte, en el cuidado (control) de la sexualidad. Supuestamente, porque su exceso, –y tratándose de la sexualidad casi todo era exceso–, afectaba la salud.⁵ El discurso que vehiculizó esta nueva sensibilidad fue un discurso infantil, al decir de Foucault, en la medida que estaba fundado en el miedo con el objetivo de provocar una moralización y una normativización. (Foucault: 1999, 34). Esto fue desarrollado exhaustivamente por José Pedro en los tres tomos de *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*.⁶

5. De ahí la preocupación tan burguesa (y protestante) de dilapidar el capital energético o económico. Ambos excesos provocaban la debilidad, pero el primero, relacionado con la sexualidad, se vinculaba directamente con la salud. Y la medicina agitó el temor a dos grandes flagelos de la época: la masturbación, el viejo pecado de Onan, ahora se utilizaba para el control de la salud, porque al debilitar al sujeto predisponía a la tuberculosis; y a su vez las relaciones sexuales amenazaban con el fantasma de la sífilis.

6. No quiero pasar por alto la aparente coincidencia de la investigación de José Pedro con los trabajos de Foucault. Si bien José Pedro estuvo atento a la microfísica del poder nunca dejó de enmarcarla, a diferencia de Foucault, con los fenómenos macrosociales de las clases. Así sostiene que “el poder médico del Novecientos fue también un poder de clase, de género y cultural por estar inmerso en una sociedad dividida ostensiblemente en clases, géneros y por la cultura” (Barrán: 1993, 11). O para decirlo desde otro ángulo, como lo hace Sandino Núñez, Foucault realiza “una paradójica generalización del poder

En este movimiento, el derecho al secreto se radicalizó y se escapó de las manos de la Iglesia. Los nuevos sujetos, consideraron una afrenta para su individualidad y su libertad tener que confesar a los sacerdotes aquello que se consideraba como lo más íntimo: su sexualidad y también sus bienes materiales. Y la vinculación entre ambos es la muestra de la erotización del dinero. Así como el dinero se puede espiritualizar,⁷ también se puede erotizar, como lo muestra elocuentemente el avaro.

No fue ajeno a esta evolución el hecho de que es en esa época que se conquista el voto secreto, hecho político de enorme importancia en la vida del país y que había sido motivo de acalorados debates y que incluso su reivindicación fue uno de los desencadenantes de la Revolución de 1904.

Las relaciones entre lo público, lo privado y lo íntimo

Las relaciones entre lo público y lo privado han sido siempre conflictivas, muchas veces antagónicas, otras dialécticas. Pero, ¿cómo operaron? ¿Fueron simplemente horizontales o la articulación entre ellas se dio en un marco a la vez jerárquico y horizontal?

La emergencia simultánea de lo público y lo privado se enmarca en el campo de los enormes cambios políticos (económicos, sociales, morales, de las costumbres, de la sensibilidad). O, dicho de otra manera: lo público y lo privado no son esencias, sino construcciones históricas cuyos límites varían de una a otra época.

Lo público y lo privado están relacionados por un tercer elemento que los mediatiza: lo político, que está incluido dialécticamente en lo público. “Lo público no es simplemente aquello de lo privado que puede mostrarse: lo público es la Ley en la que se organiza lo privado” (Núñez: 2012,149).

Y lo íntimo, ¿cómo se expresa en esta estructura?

La relación de lo público con lo privado y lo íntimo no es del mismo tipo que la relación entre lo privado y lo íntimo. Lo público establece una relación de exclusión con lo privado (y lo íntimo), en cambio, algo privado puede ser también íntimo, y todo lo íntimo, necesariamente, es privado.

Tomemos como ejemplo el magnífico análisis que hace José Pedro de la planta de una casa de la burguesía y de la “gente bien” del Novecientos. (Barrán: 2008, 126-133).

o de la disciplina (en micropoderes y microdisciplinas) como coartada de una lucha contra las grandes formas del poder disciplinante” (Núñez: 2012, 73, n. 54).

7. Para un análisis detallado de la modificación de la relación con el dinero entre la cultura “bárbara” y el Uruguay “civilizado” ver el libro de José Pedro Barrán *La espiritualización de la riqueza*.

La casa constituye un excelente analizador de la sociedad en lo referente a las relaciones entre lo público, lo privado y lo íntimo. Lo que quedaba por fuera de la puerta de calle correspondía a lo público. Luego se sucedían, en forma ordenada, las habitaciones, comunicadas internamente entre sí, pero ahora, y a diferencia de la casa colonial, relacionadas también a través de un corredor de distribución desde donde se podía acceder a ellas. Primero estaban aquellos espacios de lo privado donde podían entrar los conocidos (la sala y en menor nivel el comedor) y, con un grado creciente de privacidad, el escritorio; continuaban luego las zonas de lo íntimo: los dormitorios y el baño. Lo íntimo se encontraba en parte en contigüidad y en parte superpuesto a lo privado, formando un pliegue dentro de él y, al mismo tiempo, diferenciándose. Los dormitorios, (separado el de los padres del de los hijos), y el baño, eran los lugares por antonomasia propios de lo íntimo, en tanto tienen que ver con el cuerpo en su dimensión estética, higiénica y erótica (¿pero acaso lo estético y lo higiénico no es erótico?). En el baño se integró la bañera, el bidet y el inodoro que sustituyó la vieja letrina. Esto era expresión del aumento de los sentimientos de pudor, manifestación de los nuevos diques que se habían impuesto al deseo y a las pulsiones: el asco, la vergüenza y la moral. Antes, “bañarse, defecar y orinar eran acciones que podían ser, y lo fueron en buena parte del siglo XIX, espectáculos que el sujeto y su cuerpo ofrecían a los demás”⁸ (Barrán: 2008,123).

Por fuera quedaban la cocina y las piezas de servicio que, si bien formaban parte de la casa, eran ocupadas por personas extrañas a la misma, que, vaya paradoja, eran las que tenían acceso a todos los espacios del hogar.

La autorización al ingreso a cada una de estas regiones de la vivienda expresaba el grado de familiaridad que se tenía con sus habitantes.

La estructura de la casa muestra además el cambio en la subjetividad en lo concerniente a la relación con el otro. A diferencia de la cultura “bárbara”, en la modernidad, el otro empezó a ser sentido como extraño y peligroso, ante el cual había que protegerse retrayéndose, más aún cuando ese otro era de las “clases bajas”, la “chusma”: ordinarios, confanzudos, impertinentes. La casa pasó a ser el baluarte frente las intromisiones invasoras.



8. Como ejemplo elocuente del cambio de las mentalidades, de la sensibilidad, que marcan la presencia de un nuevo sujeto tan distinto del de la época “bárbara”, véase la descripción que hizo Rómulo F. Rossi de la práctica del baño en el siglo XIX: “el baño familiar era presenciado a menudo por los sirvientes y el resto de la familia, si es que no sucedía que los hermanos pequeños se bañasen juntos” (Barrán: 2008, 123).

La presencia del psicoanálisis en el pensamiento de José Pedro Barrán

Una vez que José Pedro abordó su investigación desde la perspectiva de las mentalidades su encuentro con el psicoanálisis y su interés por él, fue inevitable.

Pero, ¿qué tipo de relación estableció José Pedro con el psicoanálisis?

Sin duda, varios fueron los tópicos psicoanalíticos que José Pedro encontró coincidentes con sus intereses. Así, por ejemplo, el tema de la represión y de las variaciones históricas de lo reprimido; tema del deseo, la moral, los ideales y la constitución del superyó; el tema de las masas y su relación con el líder; el tema de los enunciados y del lugar de la enunciación, es decir quién, cómo y en qué contexto se produce un enunciado; y la lista no se agota aquí.

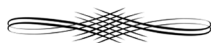
Todo esto está desplegado a lo largo de la obra de José Pedro en su segunda etapa, pero no en forma de una aplicación forzada del psicoanálisis, haciendo con él un *placage* sobre el material, sino aludido y como un trasfondo de su reflexión. Y sobre todo, José Pedro poseía el don de lo que llamo una *sensibilidad psicoanalítica*: la capacidad de atender los menores detalles de un discurso, de un documento “banal”, de un gesto, prestando atención a lo nimio, lo contradictorio, a la duda, a las oscilaciones del discurso, a los hábitos, a lo que a muchos les pasaría por alto o lo desdeñarían como carente de importancia. De allí también el lugar relevante que dio a la literatura, porque los escritores, –“esos adelantados”, como los llamaba Freud–, fueron los primeros en describir las tormentas del alma, los conflictos personales y sociales, de los cuales, muchas veces, la sociedad y los propios sujetos nada queremos saber. Y en esto el punto de contacto con el psicoanálisis es evidente.

No se espere encontrar en la obra de José Pedro ninguna práctica de psicoanálisis aplicado, ni se hallará ningún despliegue de “sabias” interpretaciones psicoanalíticas, esas que no hacen más que decir más de lo mismo, sino que nos encontraremos con una forma viva del psicoanálisis, una fina “escucha”, que aquí y allá acompaña su inmensa investigación.

Tengo la impresión, además que, en sus últimos libros, el interés de José Pedro por lo privado estaba sobre todo motivado porque en él encontraba los signos, los síntomas en que lo íntimo, aunque encubierto o recubierto, era posible descubrirlo a través de una profunda labor de interpretación.

En la actualidad, en este mundo posmoderno, en donde los límites entre lo público, lo privado y lo íntimo se desdibujan, los aportes de José Pedro para historizarlos nos asisten para pensar lo que está sucediendo. Pero esto no significa que no sintamos la falta de su compañía y

la ausencia de su pensamiento para ayudarnos a meditar sobre este hoy incierto y angustiante.



BARRÁN, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Montevideo: Banda Oriental, 2 tomos. 1989-1990.

_____, *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*, Montevideo: Banda Oriental, 3 tomos. 1992, 1993, 1995.

_____, *Amor y trasgresión*, Montevideo: Banda Oriental, 2001.

_____, *La espiritualización de la riqueza*, Montevideo: Banda Oriental, 1998.

_____, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*, Montevideo: Banda Oriental, 2008.

DUBY, Georges, *Los tres órdenes de lo imaginario del feudalismo*, Barcelona: Ed. Petrel, 1980.

FOUCAULT, Michel, *Les anormaux*, Paris: Seuil-Gallimard, 1999.

_____, *Dits et écrits, T. 3.*, Paris, Gallimard, 1994.

LEWKOWICZ, Ignacio, "Condiciones postjurídicas de la ley", En *Deseo de ley*, Buenos Aires: Biblos, 2003.

NÚÑEZ, Sandino, *La vieja hembra engañadora*, Montevideo: Hum, 2012.





PLANES: Retrato de Carlota Ferreira

De 1800 a 1920

EL MODO DE SENTIR DE LOS URUGUAYOS

José Pedro Barrán

La aparición del primer tomo constituyó un hecho cultural mayor: en *Historia de la sensibilidad en el Uruguay-La cultura "bárbara", 1800-1860*, publicado por Ediciones de la Banda Oriental, el prolífico José Pedro Barrán expuso, a través del análisis de la violencia, el juego, la sexualidad y la muerte, las maneras de sentir del Uruguay en los inicios del siglo pasado. Una sociedad que dio tanto espacio al juego como para que terminara invadiendo la vida política y la esfera religiosa, que exhibió impudicamente los sentimientos de sus integrantes, vivió "abusivamente" su sexualidad y mostró a la muerte con sus rasgos más macabros. BRECHA obtuvo del autor un anticipo exclusivo del segundo tomo, de próxima aparición, donde se analiza la época de la domesticación de las "pasiones", de la vigilancia de la mujer, el niño, el adolescente, las clases populares y aun las altas, todo como parte de un "plan" en parte patronal, en parte de las elites políticas y religiosas cuyo objetivo era "modernizar" al Uruguay y adaptarlo a las necesidades de una estructura económica burguesa. Ello trajo como resultado la estima social del pudor, la dignificación y el ocultamiento de la muerte, y la sacralización del trabajo en desmedro de lo lúdico. En el orden de los métodos de control social, la nueva sensibilidad se horrorizó ante el castigo físico del cuerpo y admitió, en su lugar, la más eficaz represión del alma, a cargo en lo fundamental de la escuela (tanto valeriana como católica).

De este tomo II que se titulará: *El disciplinamiento (1860-1920)*, BRECHA publica su inédito capítulo VI: "La gravedad en el porte".

I. Razones

Antiguo desenfado, a la vicia exuberancia y libertad de movimientos del cuerpo "bárbaro", sucedió la propaganda en pro de su disciplinamiento, de la gravedad en el porte y el empaque en las maneras; al grito popular en plazas, calles, ferias y teatros, el elogio del silencio y la contemplación adusta; a la admisión de la palabra procaz y de viva voz, la búsqueda del susurro austero; a la antigua degradación del miedo y la muerte por la risa, la lucha por

la contención de ésta y el triunfo de aquéllas, que traía de la seriedad de la vida (y de la muerte); al cuerpo apto para el juego-risa, el cuerpo apto para el trabajo, el ejercicio físico o la competencia deportiva; a los almuerzos bullangueros y vivaces de los domingos de todas las clases sociales, el banquete burgués ceremonioso y pleno de etiqueta que sugería la existencia de jerarquías. Así también se pasó de la "barbarie" a la "civilización".

La laxitud y la libertad del cuerpo, sus posiciones, sus sonidos y sus gestos, se habían vinculado al predominio de lo lúdico, a los "excesos de la Venus", al período en que las autoridades sociales y políticas eran débiles e

indefinidas, al tiempo en que los bienes tenían escaso valor venal y el alimento era casi gratuito. El empaque y el encorsetamiento del cuerpo, sus posiciones, sus sonidos y sus gestos, se vinculó a la necesidad y endiosamiento del trabajo, al reinado del "pudor" y la contención sexual, a la densificación del poder de todas las autoridades, las sociales y la estatal (pues no hay autoridad real donde haya risa profunda), a la cultura en que el dinero, el otro enemigo de la risa y el juego, exigió el esfuerzo disciplinado. La "modernidad", o sea el trabajo, el dinero y la sociedad autoritaria y de clases, fue contemporánea de la seriedad en la actitud del cuerpo y del alma, porque

La Historia de la sensibilidad: innovación historiográfica y provocación intelectual¹

Isabella Cosse²

Universidad de Buenos Aires CONICET



“Pensé que ibas a preguntarme por qué un historiador social se ocupa de estos temas”. La contestación de Barrán me desconcertó. ¿Por qué mi pregunta –sobre la indiferenciación entre los niños y los adultos en la cultura “bárbara”– había suscitado esa respuesta? Estábamos en el curso de historia medieval que, ese año de 1990, Rosa Alonso había dedicado a la historia de las mentalidades. *La Historia de la sensibilidad* –el primer tomo acababa de salir– nos había fascinado. Era posible hacer esa historia en Uruguay. No sólo eso. La escribía el autor de tantos libros que habíamos leído (o que debíamos leer), el profesor que llenaba el salón de actos con sus clases, el director del Departamento de Historia de la Facultad. Y, al tenerlo en clase, invitado especialmente por la aparición del libro, todos estábamos predispuestos a caer cautivados ante sus palabras.

1. Quiero agradecerles a Alicia Casas, que amablemente aceptó que hurgase en los archivos de Barrán, y a Alcides Abella y Dinorah Chales de Banda Oriental, que me facilitaron toda la información que tenían disponible.

2. Isabella Cosse es historiadora, investigadora adjunta del CONICET (Argentina) y profesora de posgrado en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Nacional General San Martín y de doctorado de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Argentina). Su campo de estudio es la historia de la familia y la infancia. Entre sus libros más recientes: *Pareja, sexualidad y Familia en los años sesenta* (2010) y *Estigmas de nacimiento: Peronismo y orden familiar, 1946-1955* (2006) y las compilaciones *Los sesenta de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina* (en coautoría con K. Felitti y V. Manzano, 2010) e *Infancias: políticas y saberes en Argentina y Brasil. Siglos XIX y XX* (en coautoría con V. Llobet, C. Villalta y C. Zapiola, 2011).

Recordé esta anécdota en el instante que decidí escribir estas páginas sobre la *Historia de la sensibilidad*. La contestación de Barrán –que sólo entendí después– ponía en juego lo que quisiera hacer aquí: recuperar las discusiones que despertó su obra. Fernando Devoto ha dicho, con razón, que el libro es un clásico y lo inscribió en una secuencia historiográfica que lo enlazaba con Francisco Bauzá, Pivel Devoto y Carlos Real de Azúa (Devoto: 2009). No podría emular su análisis –lúcido, elegante. Me propongo, entonces, recorrer el camino inverso. Trazar algunas ideas sobre cómo el libro fue leído y qué significó en el contexto de su publicación para luego esbozar algunas reflexiones sobre ciertos problemas en él planteados. Debo aclarar que no pretendo analizar con profundidad las muchas repercusiones que tuvo esa obra en la historiografía uruguaya. Me conformo si logro reponer algo del clima que instaló y del estímulo que hoy sigue concitando su lectura.

El primer tomo de la *Historia de la sensibilidad* se publicó en 1989. La investigación había insumido cuatro años. Fue realizada –como el propio Barrán recalcó en su prólogo– en el marco de sus actividades en la Universidad de la República. Para entonces, había quedado atrás la incertidumbre que había dominado su vida laboral durante la dictadura, cuando, al haber sido destituido en 1978, estuvo obligado a mantenerse con cursos dictados en su casa y la ayuda de fundaciones internacionales (al respecto, Markarian: 2010). Esos años convirtieron a su figura en el referente ineludible de la historia social y, así, lo expresó su nombramiento como director del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República. La importancia de su producción era indiscutible.

En 1986, se había publicado el último de los tomos de *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*. Escrita en coautoría con Benjamín Nahum, la saga había iniciado con *El Uruguay del novecientos* –sobre el que volveré más adelante– publicado en 1979 cuando arreciaba la persecución dictatorial. Si *La historia rural del Uruguay moderno* –publicada entre 1967 y 1978– fue una historia de las estructuras económicas y sociales en el momento de conformación del país, la investigación siguiente colocó el centro en lo político: ¿cuáles habían sido las matrices fundacionales políticas en el Uruguay moderno?, ¿cómo comprender el primer batllismo?, ¿cómo explicar los límites –los “frenos” diría Real de Azúa, interlocutor central– del reformismo? Las preguntas exigieron una incisiva reconstrucción que, centrada en lo político, hilvanaba lo social y lo cultural. De hecho, no es difícil concebir la *Historia de la sensibilidad* como una deriva de las preocupaciones abiertas en *El Uruguay del novecientos*. En ese tomo se despliegan interrogantes, intuiciones y cauces que asmirán toda su fuerza en el siguiente momento historiográfico de Barrán, definido por el problema de comprender nuestra cultura.

De modo que Barrán comenzó en 1986 su investigación sobre la “civilización” uruguaya –el control de las pasiones, el monopolio de la violencia, la represión interior–, cuando en el país se imponía la pregunta sobre cómo había sido posible el terrorismo de Estado, un fenómeno que, desde cierta perspectiva, puede considerarse máxima expresión del fracaso civilizatorio. Su respuesta parecería exigirle cuestionarse de raíz la formación cultural de la sociedad uruguaya. En especial, aquellos trazos que habían delineado una representación del país mesurado, apacible y feliz.

Los dilemas impuestos a la salida de la dictadura operaron no sólo sobre las condiciones de producción de la *Historia de la sensibilidad*, sino, también, sobre los desafíos intelectuales y las apuestas historiográficas. Quizás, ello colabore a entender cómo se combinaron en este libro Bajtin, Elias y Foucault con sus matrices, en cierto modo, contrapuestas. Su lectura de estos textos estuvo filtrada por una preocupación por el poder –la imposición de un modelo– que asumía, seguramente, sentidos precisos sobre el telón de fondo de los años de represión y de la restauración democrática.

En el escenario historiográfico, a fines de los ochenta aún no se habían clausurado las esperanzas de que el nuevo escenario democrático albergase un despegue inédito en la producción histórica uruguaya, impulsada por el Instituto de Historia de la Facultad de Humanidades. Barrán era una pieza clave de esas expectativas. Su incorporación como profesor de dedicación exclusiva y director de departamento de Historia del Uruguay parecían cerrar las disputas entre ese espacio y el Instituto de Profesores Artigas. Su figura se había convertido en un nexo entre historiadores de diferentes generaciones, enfoques teóricos y líneas políticas. En su escritorio podían encontrarse aquellos historiadores de la generación mítica de la Facultad, ese momento que Blanca Paris nos relataba en sus clases, y las nuevas generaciones formadas en dictadura. Notemos, no obstante, que a pesar de la renovación, las líneas de investigación predominantes tenían una impronta bastante clásica.

En este contexto, se actualizaron antiguos vínculos, pero, también se crearon nuevos. De hecho, por entonces, comenzó a forjarse una red de amistades en la que Barrán disfrutó del placer que le producía pensar intelectualmente. Fue un grupo ecléctico en sus formaciones, preocupaciones y pertenencias generacionales: Daniel Gil (con quien intimó en años de la dictadura), Marcelo Viñar (recién llegado de Europa), Fernando Devoto (a quien conoció a través de los Oddone), Hugo Achugar (que venía de Estados Unidos) y Gerardo Caetano, de la camada joven del Claeh, entre otros. La dedicatoria que Barrán realizó a estos amigos en su último libro (*Intimidación, divorcio y nueva moral*) hablan de la centralidad que ellos tuvieron en la etapa abierta con la investigación sobre las sensibilidades que era, recordémoslo, la primera empresa a la que se lanzaba solo, luego de casi dos décadas de trabajo en conjunto con Nahum. Pero,

también, ese agradecimiento retrata la personalidad de este historiador que practicó, como pocos, la gratitud intelectual.

Sin duda, existieron elementos más personales que marcaron el contexto de producción de la *Historia de la sensibilidad*. Según explicó el mismo Barrán: al empezar a trabajar sobre estas nuevas temáticas “hubo una especie de sintonía entre lo que íntimamente quise hacer siempre y la lectura de la historiografía francesa, que me reveló una serie de temas y de enfoques que coincidían estrictamente en una correspondencia casi absoluta con lo que me interesaba de manera personal”. (D. Mazzone: 1990, 50-51). En *Intimidad, divorcio y nueva moral*, se permitirá auscultar más abiertamente esas razones. En militante oposición al uruguayo ocultamiento de lo privado, Barrán se permitió compartir la paradoja de descubrir que se había ocupado de la historia de lo público (lo social, económico, político) cuando su “intimidad era más densa” y, viceversa, que había incursionado en lo privado y lo secreto cuando sentía que su mundo personal se estabilizó. (J. P. Barrán: 2008, 7).

Quisiera, ahora sí, retomar mi pregunta inicial sobre la recepción de la *Historia de la sensibilidad*. Mi hipótesis –movidada por el recuerdo propio– suponía una corriente de críticas que impugnaba el interés por las sensibilidades ya fuese porque supuestamente relegaba lo social, económico y político (consideradas las dimensiones centrales de cualquier indagación histórica) o porque trasladaba mecánicamente las líneas interpretativas de la historiografía francesa. Mis intuiciones fueron erradas. En mi rápida reconstrucción, no encontré esas líneas de críticas. Pero sí, hubo resonancias en la prensa, de aquellas opiniones que le endilgaron a Barrán reponer las claves simplificadas de la visión de barbarie y civilización de Juan Domingo Sarmiento. Washington Lockhart opinó que el autor adoptaba “una distinción polar”, “sarmientina” y criterios “parcializados” aunque esto no implicaba discrepar con la existencia de un proceso de “civilización”. Más bien, la crítica apuntaba a la valoración de la cultura “bárbara” que, en su opinión, no era concebida positivamente por Barrán (W. Lockhart: 1991, 14). Paradójicamente, como reconocía la introducción de *Brecha* al artículo y el propio Lockhart, muchos lectores de la *Historia de la sensibilidad* habían percibido la mirada complacida con la que su autor descubría un pasado de desbordes de las pasiones (carnales, lúdicas, políticas) en un país que se había identificado, luego, con el orden civilizado. Ciertamente, no es difícil leer en las páginas de Barrán un juego irónico en el uso de las categorías “barbarie” y “civilización” con el que las mismas terminan resignificándose.

Por supuesto, esta no fue la única lectura sobre la interpretación de Barrán. En forma inmediata, el libro habilitó una discusión sobre la relación entre lo cultural y lo económico-social, una preocupación de dos intelectuales marxistas más reconocidos. Guillermo Foladori celebró la perspectiva de Barrán, argumentando que, a diferencia de la historia

de las mentalidades francesa que supuestamente explicaba las ideas por sí mismas, el historiador uruguayo relacionaba lo cultural y lo material. (G. Foladori: 1990, 2). Ciertamente, en la *Historia de la sensibilidad*, desde las primeras páginas, su autor comparte con sus lectores –y se pregunta con genuina preocupación– ese problema historiográfico central. Su respuesta –que ofrece en reiteradas ocasiones– supone pensar la cuestión en términos de conexiones: “No se trata de causas y efectos, de que este entorno provocara aquella sensibilidad, pero sí de advertir nexos, relaciones, afinidades” (43).

Esto no le impedía mantener la cuestión entre signos de interrogación. Con ello, Barrán parecería señalarnos –a nosotros, sus lectores– que se trataba de una pregunta que merecía que nos hiciéramos y que, en cualquier caso, debía pensarse de nuevo. Él mismo la revisaba a cada paso. Por ejemplo, al reflexionar sobre el papel de la violencia física privada, constataba que en la sociedad “bárbara” predominaban los delitos “pasionales” más que los atentados a la propiedad, y se preguntaba: “¿Esto sería otro síntoma más de que las estructuras económicas y sociales que estaban ligadas –¿cómo?– a las dos sensibilidades eran diferentes, y que la “bárbara” se casaba muy bien con rasgos precapitalistas –ocio abundante, baratura del alimento– y la “civilizada” con rasgos capitalistas [...]?”. Adelantándose a las críticas, advertía que las “tesis simples no son forzosamente simplistas, aunque a veces al investigador lo asustan porque lo parecen” (47). Este modo de desplegar las ideas le era propio. Era un estilo de argumentación que cautivaba. Permitía descubrir el placer de la elaboración intelectual, compartir sus vicisitudes ante un problema, generaba la ilusión de acompañarlo en su propio diálogo.

Barrán se permitía discutir consigo mismo y revisar su interpretación. De hecho, ya en el segundo tomo sobre la “civilización” atenuó la matriz braudeliana –de una historia total– que domina el dedicado a la cultura bárbara. Se permitió abandonar el trazado original que preveía un primer capítulo dedicado a las fuerzas materiales y demográficas (al respecto, Devoto: 2009). En ese tomo, con una reflexión de Antonio Gramsci, insistía en la importancia de advertir la “correlación” entre cambio de la sensibilidad y cambio económico (21). Más adelante, insistirá en la importancia de pensar el problema, justamente, en esos términos: “correspondencias”, “afinidades”. El temor a las simplificaciones nunca lo abandonó. Era la preocupación de un historiador que reflexionaba –una y otra vez– sobre cada evidencia y que conocía las limitaciones de las grandes interpretaciones aunque, me atrevo a pensar, también conocía su atractivo. Volvió, de hecho, sobre el problema en *Intimidación, divorcio y nueva moral*. Allí al referirse a la importancia de la contextualización en la historia cultural explicaba que los contextos (sociales, económicos, políticos) “enmarcaban” a las mentalidades. Y aclaraba: “‘Enmarcan’ no significa ‘provocan’, es un término deliberadamente

confuso porque quiere ser abierto. Alude a las estructuras cuyas partes son interdependientes y existen desligadas solo porque el investigador lo postula” (Barrán: 2008, 297).

Estos problemas se expresaban con toda su fuerza en relación a otra cuestión central: el papel de las clases dominantes en esas transformaciones de las sensibilidades. El tema fue advertido ya en las primeras lecturas del tomo dedicado a la cultura “bárbara”. Con perspicacia Foladori –al igual que Julio Rodríguez– recalca que Barrán, también aquí, asumía una postura propia, que lo diferenciaba de la escuela de las mentalidades al enfatizar en la centralidad de la dimensión de clase de la sensibilidad (G. Foladori: 1990, 2; y J. Rodríguez: 1990, 19). Ciertamente, de la mano de Foucault, la interpretación de Barrán asumía la noción de disciplinamiento y, para comprenderlo, su énfasis quedaba colocado en las clases dominantes, sus instituciones y sus ideas. Sin embargo, en su formulación, a diferencia de muchos de los usos a los que dio lugar esa matriz teórica, el control social no será nunca concebido como una fuerza en sí misma, sino el resultado de un proceso histórico concreto surgido en un contexto específico en el que habían intervenido personas, grupos e instituciones a los que, además, no concebía homogéneamente. En sus términos, fueron las “clases dirigentes” en lo político y religioso, y las “privilegiadas” en lo económico y cultural, los agentes “más eficaces del cambio de sensibilidad” que utilizaron para legitimarlo e imponerlo (convicción y coacción) a la policía, la iglesia, la escuela y el hospital en un proceso que concebía con resistencias. Volverá a repensar esta interpretación dos décadas después, en su último libro, como plantearé más adelante. Por ahora, quisiera resaltar que, en 1990, su visión fue bien recibida por ciertos intelectuales marxistas interesados en lo cultural.

Los jóvenes investigadores hicieron otra lectura. Menos preocupados por la relación entre estructura y superestructura, concibieron la *Historia de la sensibilidad* como una invitación a la exploración de nuevos campos de trabajo. En su reseña, Emilio Irigoyen –entonces periodista y estudiante de Letras– destacaba la innovación de las apuestas de Barrán, los esfuerzos por comprender las diferencias del Uruguay con Europa y la posibilidad de internarse en el mundo de los sectores populares con la inspiración en Bajtin y Foucault. Pero, sobre todo, resaltaba el carácter revulsivo de la mirada de Barrán sobre los relatos instituidos que obligaba, por eso, “a replantear todas nuestras opiniones o, mejor dicho, la base sobre lo que se asientan todas ellas” (E. Irigoyen: 1990, 10-11). No hay duda del atractivo que provocaron las apuestas de Barrán entre los historiadores más noveles o en formación. Así daba cuenta, por ejemplo, la sólida investigación de Milita Alfaro sobre el carnaval en la que se retomaba –con la impronta de Bajtin– una mirada cómplice con la cultura popular. Seguramente, lo mismo mostraría un rápido repaso de los temas de las monografías de especialización de los estudiantes en la carrera de Historia.

José Pedro Barrán y un libro deslumbrante (II)

Julio Rodríguez

El hombre, ¿qué animal más juguetón!

José Pedro Barrán señala que en esta "edad bárbara", la actividad humana es importante.



poetas expulsados de sociedades tratadas en barcarota, desplazados por crisis agrícolas y urbanizaciones capitalistas impiadosas.

Por eso —recuerda con risibundia Barrán— todo el período histórico estudiado es el de la comaduría conductora del orden: fomentar, permitir y prohibir, admitir y rechazar, en un círculo histórico de rotación del juego hasta su domesticación mediante ideología.

José Pedro Barrán y un libro deslumbrante

La salvaje primavera de los uruguayos

Julio Rodríguez

Nada de lo natural me es ajeno

Ante el libro de José Pedro Barrán se confirma que el Uruguay vivió su salvaje primavera. Zumbido de San Martín, sólo que el polo salvaje cubría el zumbido de la actividad humana.

Uno de los resultados principales del esfuerzo de Barrán es poner al hombre en el centro del mundo. Barrán es un hombre que dialoga a pulmón con el mundo, ofreciéndole de paso a su vez un espacio a su propia actividad. Barrán es un hombre que se llama "un bárbaro", porque él mismo reconoce que lo que él tiene es el salvaje que se llama "un bárbaro". Barrán es un hombre que se llama "un bárbaro" porque él mismo reconoce que lo que él tiene es el salvaje que se llama "un bárbaro".



Barón con su libro porque advertimos su deslumbrante. Barrán con su libro porque advertimos su deslumbrante. Barrán con su libro porque advertimos su deslumbrante. Barrán con su libro porque advertimos su deslumbrante. Barrán con su libro porque advertimos su deslumbrante.

El historiador Julio Rodríguez analiza la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*: "Barrán es impiadoso, no deja espacio a las coartadas elitarias antropocéntricas. Ese es el secreto de que su lectura deslumbró y nos atrape. Creo además que el autor realizó el descubrimiento como su descubrimiento y que él mismo está deslumbrado por lo rotundo e inapelable de este zoo culturalizado, de ese hombre, que apenas lo sueltan de la mano cruza solo la calle del hombre al animal. En una palabra nos deslumbramos con su libro porque advertimos su deslumbramiento". El comentario salió en dos números consecutivos de *Brecha*, el 23 y el 30 de marzo de 1990.

El libro era una fiesta para cualquiera que estuviera aprendiendo el oficio. No solo porque invitaba a asumir riesgos y repensarlo todo, sino también porque estaba sembrado de sugerencias metodológicas y reflexiones sobre la práctica del historiador. No faltaba la ejemplificación de fuentes, siempre exquisitas, pero, también, se usaba la cuantificación, con el uso de estadísticas, por ejemplo, de la cantidad y el tipo de delitos como una herramienta para comprender el uso de la violencia. En su análisis, además, ponía al descubierto las dificultades para la elaboración de los datos, las dudas generadas por una fuente, el placer de los hallazgos, los recaudos que le imponían. Para Barrán, el pasado exigía concebir al “otro” en todo su espesor pero, al mismo tiempo, descentrarse de sus dilemas mediante una mirada distanciada, capaz de reponer la extrañeza de un mundo ajeno. El estudio de las sensibilidades potenciaba la siempre compleja relación entre el investigador y el fenómeno. Era consciente de ello. Se sabía él mismo producido por esa cultura civilizada y, por ello, estaba especialmente en guardia ante los filtros surgidos de sus propios valores y sentimientos. No había ingenuidad. Barrán descontaba que los hechos son una construcción del historiador, lo que exigía la honestidad de develarla a sus lectores.

La novedad del libro no pasó desapercibida fuera del Uruguay. Noemí Goldman –desde las páginas del *Boletín del Instituto Ravignani* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires– lo consideraba “un estudio excepcional” que le otorgaba un “sentido de conjunto, nuevo y esclarecedor, a los comportamientos y sentimientos de una época”. Incluso, se animaba a augurar: la obra “constituirá sin duda un modelo para investigaciones posteriores” (N. Goldman: 1991: 136). En Uruguay, no había dudas: el libro era un hito historiográfico. Así lo expresó el premio “Bartolomé Hidalgo” al ensayo histórico que recibió, en 1990, cuando acababa de salir el segundo tomo. Por entonces, resultaba claro que su importancia trascendía lo historiográfico. La *Historia de la sensibilidad* era un *best-seller* con honda significación social. Los dos mil ejemplares de la primera edición se habían agotado en un mes. Un año y medio después, se habían vendido casi diez mil. Su número ascendería a más de veinte mil en las décadas siguientes.

Según Barrán explicó, al formular el proyecto no había imaginado ese éxito pero sí lo intuyó al comenzar a desarrollarlo. ¿A qué lo atribuyó? Sabía que había tocado “algunas zonas de la personalidad colectiva de los uruguayos”. Creía que la “gente” se veía “reflejada” en su manera de explorar una fibra delicada del “nosotros” colectivo y la identidad nacional. Pero, también, una forma de recuperar las voces ausentes de otros relatos históricos, su capacidad para escuchar a los “silenciados” en palabras de Gerardo Caetano (2009:86). Según explicaba Barrán, los comentarios de los lectores le permitían intuir una posición contradictoria: estaban quienes encontraban las permanencias del Uruguay “bárbaro” y

quienes descubrían en su reconstrucción un mundo que nunca hubieran imaginado. No desconocía que el libro revelaba la “pacatería”, la “ñoñería” y el “conservadurismo visceral” de los uruguayos (D. Mazzone: 1990, 50-51). Ciertamente, el libro le ofreció a sus lectores una historia que no había sido escrita y que les permitía repensarse individual y colectivamente. No eran solo los temas, sino, también, la forma de abordarlos: la pluma limpia, la fuerza de las imágenes, el ritmo narrativo, la capacidad de transmitir el disfrute que le producía a él mismo la investigación. Ello contribuyó a hacer de Barrán “el” historiador de los uruguayos.

Dos décadas después, la *Historia de la sensibilidad* sigue siendo una cantera estimulante para comprender esa etapa comprendida entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX en las que se conforma un orden social, económico, cultural, moral. Barrán, en su último momento historiográfico puso el acento en ese plano de las sensibilidades (y lo hizo con la riqueza de quien se había ocupado durante largos años de las otras dimensiones) en el que se enlazaba la gravedad del porte, la ética del trabajo, la contención sexual. En la actualidad, existen innumerables artículos, libros y seminarios que exploran estas líneas de indagación para Latinoamérica. Sin embargo, aún tenemos respuestas precarias para muchos de los interrogantes propuestos por la tan pionera obra de Barrán. Me interesa volver sobre tres problemas planteados en ella.

En primer lugar, el libro insiste en la importancia de pensar lo singular del Uruguay y, diría, de América Latina. La elección del término “sensibilidades” simbolizaba –de modo algo intuitivo– la intención de marcar distancia de la historiografía francesa y explorar una vía propia. Si bien Barrán no profundizó la discusión teórica –como suele sucederles a los historiadores lo teórico parecía hacerlo sentir en territorio ajeno– tampoco la eludió. Por el contrario, se esforzó por incorporarla en estos libros y, sobre todo, la realizó a partir de su interpretación histórica. Me interesa reflexionar sobre la cuestión en relación a la conceptualización de esas clases dirigentes, el poder y el “disciplinamiento” frente a las cuales el problema asume especial densidad.

Como he planteado, distanciándose de ciertas corrientes de la historia de las mentalidades, Barrán insistía en el papel central de las diferencias sociales. En sus palabras, esperando encontrar la “indiferenciación” entre el Carlos V y el último de sus lansquenets, redescubrió el poder de las clases dirigentes (Barrán: 1989, 13). Pero su aporte trascendió la mera constatación de ese poder. Su análisis muestra la fuerza de la dominación pero, también, sus dificultades. Siempre le importó detectar las diferencias entre las clases dirigentes que, de ningún modo, concibió homogéneamente. Disfrutaba, por ejemplo, de lograr una reconstrucción incisiva de las feroces invectivas que se lanzaban los liberales anticlericales y los defensores del clero. Sin embargo, eso no le impidió

notar, con lucidez, que esas confrontaciones no impidieron las causas compartidas y que ello fue central para el triunfo civilizado.

¿Sectores dominantes? ¿Clases dirigentes? ¿Fuerzas conservadoras? Podría intuirse cierta incomodidad con cualquiera de estas denominaciones que utilizó. Era un problema emparentado con la preocupación de Real de Azúa por el patriciado uruguayo, pero que asumía carnadura propia para Barrán. Al comienzo de *El disciplinamiento* quedaba claro que la discusión era un desafío pendiente, explicitado en nota al pie tras la primera referencia a la “burguesía uruguaya”. Allí explicaba que usaría ese término, que tomaba de la historia social europea, pero que las fuerzas burguesas de cada lado del océano no eran iguales. Consideraba que las distinguían: el origen de la riqueza, la concepción de la vida y las fuentes de estatus, pero también su relación con el Estado y las características de las clases a las que debían dominar. Y, sin embargo, las diferencias no le impedían plantear que esas clases se parecían en algo central: ambas detentaban poder. (Barrán: 1990, 22).

Para comprender su visión del poder de las clases dominantes resultan centrales dos apreciaciones sobre el control civilizatorio. Por un lado, Barrán advirtió que el acuerdo en torno a la civilización trascendió las fronteras ideológicas. “La burguesía siguió viendo en la Iglesia la mejor guardiana de las pasiones”. Nota, además, que el consenso civilizado podía incluir, paradójicamente, con frecuencia, a quienes combatían al capital: anarquistas y sindicalistas. Por el otro, es interesante recuperar su distinción entre el modelo burgués y la burguesía en sí. Era necesario, desde su punto de vista, considerar que esa clase era capaz de construirse a sí misma y, que en esa construcción, los “modos de ser” fueron dimensiones decisivas. En ese sentido, explicaba que la represión civilizada había actuado primeramente sobre quiénes la habían ideado. Sin embargo, creía que su triunfo no hubiera sido posible si el control no hubiera operado “desde dentro de los sectores que podemos calificar más limpiamente de víctimas: los niños, los jóvenes, las mujeres, y, sobre todo, los sectores populares”. No menos importante resulta su llamado de atención sobre el papel jugado por sectores sociales ajenos a las clases dirigentes como los inmigrantes. Notó que su deseo de ascenso social había sido consustancial con la aceptación del control de las pasiones que dilapidaban “tiempo, dinero y semen” (Barrán: 1990, 28 y 32).

En segundo lugar, la *Historia de la sensibilidad* exige pensar la conceptualización del cambio cultural. Barrán daba por descontado que la temporalidad de las sensibilidades involucraba la larga duración y periodizaciones laxas. Pero su preocupación apuntaba a las singularidades de las mutaciones de las sensibilidades en los países “dependientes”. Creía que en ellos la larga duración se acertaba: “los lentos cambios del alma se apuran como en cámara rápida”, producto de la coexistencia de sistemas económicos y culturales de diferentes épocas y de la influencia de la

inmigración europea y los poderes imperiales, lo que ponía en evidencia la centralidad de las clases dominantes (Barrán: 1989, 14). Podríamos extremar, ciertamente aún más, el desafío. Preguntarnos si solo existió una diferencia de ritmo con el proceso europeo o si debemos encontrar una interrogación que asuma nuevas coordenadas. Aun así, me importa recalcar que, a contrapelo de las visiones celebratorias, la reconstrucción de Barrán, su manera de entender la modernización, ofrece una visión desencantada, irónica, lapidaria del “progreso civilizatorio”.

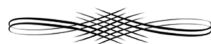
En ese sentido, la interpretación le abría el dilema de cómo pensar en el largo plazo ese cambio cultural. Barrán llamó la atención sobre la existencia de idas y contramarchas, densas coexistencias, permanencias y convivencias de diferentes momentos históricos. En sus palabras: “poco o nada desaparece por entero” (Barrán: 1990, 33). Se imponía, en sus términos, considerar las resistencias, una dirección que, todavía hoy, sería útil explorar aún de modo más radical. Por ejemplo, a partir de la reconstrucción de la moral de los sectores populares, internarse en las vicisitudes de aquellos que mantuvieron altas sus tasas de fecundidad y que permanecieron díscolos a las ritualidades burguesas, ya fuese porque se desentendiesen de ellas, ya porque suponían bienes que carecían. De todos modos, más allá del desafío, la *Historia de las sensibilidades* es la historia del triunfo de la civilización. Justamente, esta será una de las revisiones más sustantivas que el mismo Barrán planteará en su último libro en el que vuelve a compartir sus dilemas ante la interpretación: “difícilmente la evolución señalada [en la *Historia la sensibilidad*] en [la] que todo tiende inequívocamente a la individualización del sujeto haya sido rectilínea y en ese único sentido”. Y agrega de inmediato: “todo presente se encuentra constituido por estratos más o menos densos de pasados residuales y otros de novedades también de diverso espesor”. (Barrán: 2008, 74). He aquí otra singularidad de Barrán: ¿cuántos intelectuales son capaces de revisar sus respuestas y discutirlos públicamente?

El problema del control civilizatorio estaba ligado para Barrán a la cuestión de las causalidades del cambio cultural. “¿Qué factores debilitaron las resistencias de la cultura ‘bárbara’ y facilitaron, en consecuencia el triunfo de la ‘civilización’?”. Su respuesta no admite simplificaciones. Concibe un proceso multidimensional, en el que confluyen diferentes fenómenos, “agentes” e “instituciones”. Por un lado, está su modo complejo de pensar la relación entre lo económico y lo cultural. No desconoce las fuerzas materiales, pero advierte que el cambio económico fue causa y consecuencia de la transformación cultural. Por el otro, encontramos su preocupación por comprender la fuerza de quienes detentaban los instrumentos de coacción (el Estado, la escuela, el hospital, la Iglesia) y la forma en que se ejerce el poder, problemas a los que dedicó parte importante de sus siguientes investigaciones sobre la medicalización.

Barrán no tenía una visión ingenua del poder. “No hay construcción posible de ningún modelo cultural sin inhibir las pulsiones”, nos dice (Barrán: 1990: 28). De allí que el problema no fuese descubrir el disciplinamiento, sino comprender cuáles pulsiones habían sido aceptadas y cuáles reprimidas en cada momento histórico y qué explicaba cada configuración. Fue un historiador que se negó a dar respuestas unívocas. Prefería sugerir caminos y proponer rumbos que pudiera volver a explorar. No es casual que haya cerrado su historia de las sensibilidades con una paradoja: el novecientos había inventado el control de las pasiones pero, también, la soberanía popular, la democracia representativa y la libertad política.

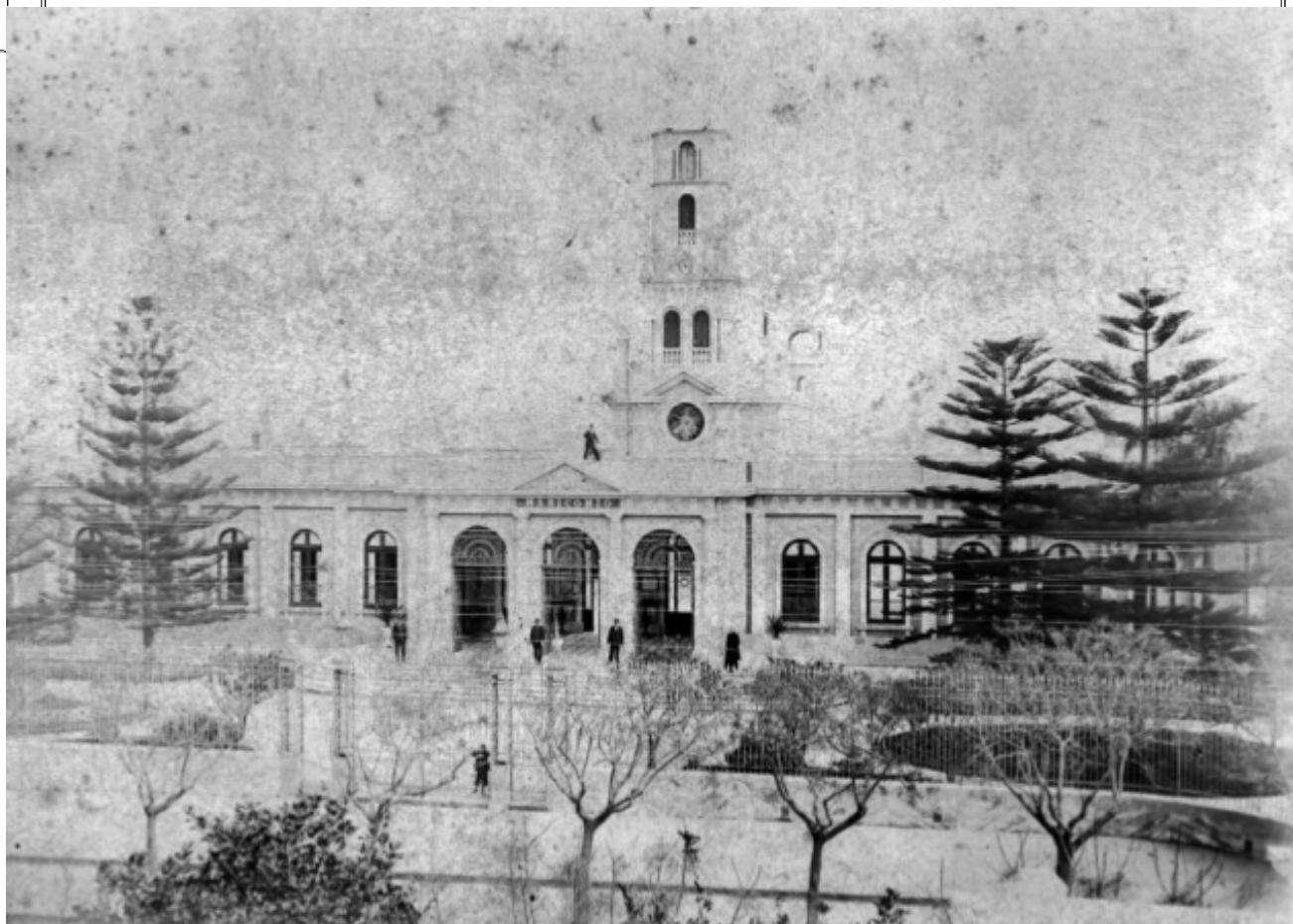
La *Historia de la sensibilidad* constituye una bisagra en la trayectoria de Barrán. Cerró la investigación en conjunto con Nahum y su historia social y política más clásica. Y abrió una etapa de exploraciones del mundo cultural con nuevos desafíos y problemas (Devoto: 2009). En los últimos libros volverá, una y otra vez, sobre esas obsesiones –diría él mismo– descubiertos en ese momento parte aguas. Ellas darán cuenta del atractivo que le producía trabajar en el límite: sentimientos, pasiones, secretos. Pondrá el foco sobre los sectores populares y los efectos del poder sobre sus vidas en la zaga sobre la medicalización. Profundizará su análisis sobre los temores patriarcales ante el placer femenino y sus intuiciones sobre el papel de la literatura en la imaginación femenina: “el bovarysismo de la mujer burguesa real”. Se internará en el sentido social de la pasión secreta y prohibida. E, incluso, auscultará su propia historia (sus valores, su intimidad) al considerar las dificultades enfrentadas al estudiar la vida privada.

La *Historia de la sensibilidad* abrió un campo de indagación original en la historiografía uruguaya y una etapa central en la producción de José Pedro Barrán. En plena madurez, ese gran historiador decidía internarse en nuevos y difíciles territorios. Con ello, amplió los límites de nuestro conocimiento y de nuestras formas de hacer historia. Reconocer su inmenso legado no facilita la aceptación de que nuestro mundo –intelectual y humano– se ha empequeñecido con su muerte. Pero recorrer su obra nos ofrece la ilusión de poder visitarlo, una y otra vez, y encontrarlo, como siempre, lúcido, desafiante, provocador.



- BARRÁN, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay, tomo 1, La cultura 'bárbara' (1800-1860)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias, 1989.
- BARRÁN, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay, tomo 2, El disciplinamiento (1860-1920)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias, 1990.
- BARRÁN, José Pedro, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias, 2009.
- BARRÁN, José Pedro – NAHUM, Benjamín, *Batlle, los estancieros y el imperio británico, El Uruguay del novecientos*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1990.
- CAETANO, Gerardo, “José Pedro Barrán, el historiador de las libertades”, *Revista Encuentros Latinoamericanos*, Montevideo: Año III, núm. 8, septiembre, 2009, pp. 83-108.
- DEVOTO, Fernando, Homenaje a José Pedro Barrán, Montevideo: 2009, <http://www.agn.gub.uy/pdf/barran.pdf>
- FOLADORI, Guillermo, “Sexualidad, violencia, el juego y la muerte”, Reseña, *Revista Trabajo y capital*, Montevideo abril de 1990, núm. 2, p. 2.
- GOLDMAN, Noemí, Reseña, “José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay, tomo 1, La cultura 'bárbara' (1800-1860)*”, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Tercera Serie, núm. 4, 2o semestre de 1991, pp. 133-137.
- IRIGOYEN, Emilio, “La historia no estaba escrita”, en “La semana”, El Día 26 de enero de 1990, 10-11.
- LOCKHART, Washington, “¿‘Civilización’ y ‘Barbarie’?”, *Brecha*, 5 de abril de 1991, pp. 14-15.
- MARKARIAN, Vania. José Pedro Barrán (1934-2009). *Prismas* [online]. 2010, vol. 14, n.2, pp. 285-288.
- MAZZONE, Daniel, “José Pedro Barrán: el Uruguay atraviesa hoy una brutal ruptura generacional”, *La República*, 29 de julio de 1990, 50-51.
- RODRÍGUEZ, Julio, “La salvaje primavera de los uruguayos”, *Brecha*, 23 de marzo de 1990, p. 19.





RECUERDO

DE UNA VISITA

al Manicomio Nacional

MONTEVIDEO



Estudio Fotográfico del Manicomio Nacional

La historia de la locura en Uruguay. Una reflexión historiográfica en torno a la obra de José Pedro Barrán¹

Nicolás Duffau²

Facultad de Humanidades y Ciencias de la
Educación. UDELAR. SNI

Cajas chinas



205

Hace unos años un historiador argentino, al cual tuve como docente en el posgrado, afirmó que la historiografía contemporánea de su país se había montado en buena medida sobre los intersticios que la obra de Tulio Halperin Donghi había dejado. Esa visión, pretenciosa e ilustrativa a un tiempo, podría trasladarse al Uruguay en referencia a José Pedro Barrán (1934-2009). Es muy difícil comprender la historiografía uruguaya de los últimos treinta años sin referenciar el trabajo de José Pedro Barrán (1934-2009). Resulta innegable su función en la apertura a nuevas perspectivas historiográficas (por ejemplo, la historia de la sensibilidad o de la vida privada), el trabajo conjunto de la Historia con otras disciplinas científicas (como la Medicina, la Psicología o la Antropología), el uso de fuentes que hasta entonces no habían merecido consideración (como intercambios epistolares particulares que *a priori* parecían intrascendentes) o la búsqueda de indicios sobre la sensibilidad social y cultural presentes en la papelería de hombres destacados en la historia del Uruguay decimonónico. La última década del siglo XX y la primera del siglo XXI

1. Agradezco a Daniel Gil y Gerardo Caetano el intercambio sobre alguna de las ideas presentes en este texto.
2. Nicolás Duffau es Licenciado en Ciencias históricas y Magister en opción Historia rioplatense por la Facultad de Humanidades (UDELAR). Es docente e investigador del Instituto de Ciencias Históricas e integra el Sistema Nacional de Investigadores y es responsable del proyecto "Alienados, médicos y representaciones de la 'locura': la psiquiatría pre universitaria en Uruguay (1860-1911)" de la Comisión Sectorial de Investigación Científica.

se poblaron de aportes que, con distintos énfasis, son tributarios de la obra de Barrán. Temáticas que hoy están instaladas en la agenda historiográfica, como la sexualidad, el derecho penal, el cuerpo, la fiesta, las instituciones de control y las ideas que le habían dado origen, fueron estudiadas por Barrán desde mediados de la década de 1980 hasta su muerte en 2009.

En este artículo me propongo estudiar los puntos más sobresalientes en la obra de Barrán sobre el funcionamiento de instituciones de reclusión de enfermos psiquiátricos, la psiquiatría *in statu nascendi* y el tratamiento aplicado sobre sus internos, en el pasaje del siglo XIX al XX. Para ello nos centraremos principalmente en los tres tomos de *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*, editados entre 1992 y 1995, obra que sentó un precedente importante para estudiar la vinculación entre ciencia y control social, a través del análisis de múltiples disposiciones legales aprobadas a propuesta del cuerpo médico.³

Canto de sirena



Barrán planteó en *Medicina y sociedad* que desde la segunda mitad del siglo XIX la sociedad uruguaya avanzó hacia un proceso de *medicalización* que, de forma paralela a la secularización, provocó una creciente presencia de los médicos en la vida cotidiana, su influencia en decisiones estatales y una monopolización del ejercicio de curar. Según el historiador uruguayo entre 1900 y 1930, la sociedad se *medicalizó*,⁴ a través de un proceso triple que implicó el rol creciente del médico en el tratamiento de la enfermedad, la conversión de la salud en uno de los valores supremos de la sociedad y la incorporación en la vida cotidiana de conductas, valores e imágenes derivados del saber médico. El discurso de la ciencia progresó de forma notable hasta convertirse en un lenguaje dominante, en el sentido que se trató del único saber reconocido como científico. Esa validación y el aumento de los servicios sanitarios estatales permitieron a los médicos intervenir en la vida pública y privada de los uruguayos.

A partir de 1900 la sociedad uruguaya convirtió a la salud en valor supremo. De él derivó un poder opaco pero absoluto, el del médico, y un sometimiento inconfesado pero total, el del paciente. Esta novedad

3. No fue el único trabajo en el que Barrán se ocupó de la locura, sino que ya en la *Historia de la sensibilidad* (1990) los “locos” fueron estudiados como uno de los objetivos del disciplinamiento. Asimismo en *Amor y transgresión* (2001) analizó la vinculación establecida entre los comportamientos sexuales (en especial la homosexualidad) y la locura.

4. Barrán estudió la situación urbana y en especial Montevideo, centro administrativo de las políticas públicas donde se establecieron la mayor parte de las instituciones sanitarias.

cultural definió a la modernidad tanto como, en otro plano, la libertad política y la lucha por el igualitarismo social. (Barrán: 1992, 238)

Podríamos pensar que estos trabajos de Barrán, en los que se estudia la formación de un “Estado médico-legal” (Salvatore, 2001) respondían al contexto histórico uruguayo reciente, si tenemos en cuenta las prácticas represivas y de control llevadas adelante por la última dictadura civil militar (1973-1985).⁵ Visto desde la década de 1990 el hospital psiquiátrico, o la psiquiatría en general, eran parte del repertorio de instituciones con que contaba el Estado para controlar y disciplinar a la población no normalizada.⁶ El mérito de la obra de Barrán en ese aspecto, fue deconstruir a estas instituciones de control, analizarlas históricamente, cuestionar su rol e increpar aquello que parecía tan familiar.

Barrán recogió elementos de la obra de Michel Foucault en su análisis sobre el poder médico del Novecientos. El pensador francés analizó cómo se habían desplegado en la sociedad francesa los mecanismos de poder. En el caso de la Psiquiatría buscó profundizar en la historia de uno de esos poderes. Se refirió a los psiquiatras (en su *Historia de la locura*) como los “soldados del orden”, en clara alusión al rol de los médicos psiquiatras como defensores del statu quo. Publicada en francés en 1961 la *Historia de la locura* fue el primer ataque de Foucault, en ese entonces de 35 años, al poder médico (que luego continuaría en obras como *El nacimiento de la clínica*, o sus clases compiladas en *El poder psiquiátrico* o *Los anormales*⁷) y dentro de ese poder a la psiquiatría y sus categorías de normalidad y patología. Es probable que a fines de la década de 1980 Barrán llegara a la obra de Foucault a través de las lecturas recomendadas por un grupo de psicoanalistas, entre ellos Daniel Gil y Marcelo Viñar, quienes ya habían entrado en contacto con el pensador francés en la década anterior. Gil cuenta con una voluminosa colección de escritos y discursos de Foucault editados en francés durante ese período.⁸



5. La dictadura prohibió a Barrán el ejercicio de la docencia en instituciones públicas o privadas.

6. Michel Foucault llamó normalización a las técnicas administrativas y políticas que colaboraron en incorporar a la hegemonía dominante a aquellos sujetos que mostraban algún tipo de indisciplina.

7. Por supuesto que las consideraciones de Foucault sobre la locura y el poder psiquiátrico exceden con creces los puntos que tocamos en nuestro trabajo, en el cual profundizamos de forma breve en aquellos aspectos de la obra *foucaultiana* que fueron recogidos por José Pedro Barrán.

8. Entrevista a Daniel Gil realizada por Nicolás Duffau, 19 de noviembre de 2012. El médico e historiador de la medicina Fernando Mañé Garzón, con quien Barrán tuvo contacto, también utilizaba desde la primera mitad de la década de 1980 los trabajos de Foucault. (Mañé Garzón: 1983, 16)

Para Foucault la enfermedad mental era una construcción social y cultural que se sustentaba en la moral dominante así como en una serie de dispositivos médico psiquiátricos. En ese sentido su historia de la “locura” estaría relacionada no con la disciplina médica o los discursos científicos, sino con los mecanismos que toda sociedad construía para combatir a lo que no estaba normalizado. La relación médico-paciente, instauró al primero por encima del segundo y la relación del psiquiatra con el “loco” hizo de este último un dependiente del primero quien arrogó para sí el poder de la razón. El confinamiento, la violencia, el control de poblaciones, la definición de lo normal, fueron los mecanismos que utilizó la psiquiatría para combatir a los “locos”, pero también fueron una pieza clave en el control de poblaciones crecientes e industrializadas. En la interpretación de Foucault la Psiquiatría era parte de un proyecto global que detrás de la asistencia sanitaria desarrolló una estrategia de vigilancia y normalización en un contexto de cambios políticos (la Francia postrevolucionaria), sociales (urbanización) y económicos (industrialismo).

La obra de Foucault destinada a analizar a estas instituciones fue recibida en la historiografía latinoamericana desde mediados de la década de 1980 (también en contextos posdictatoriales) y resultó central para los historiadores que se dedicaron a investigar los dispositivos de control y castigo social (cárceles, escuelas, hospitales, manicomios), procurando poner de manifiesto sus rasgos opresores y sus mecanismos de saber/poder. Esta apertura temática y teórica estimuló una serie de acercamientos que cuestionaron con perspectiva histórica instituciones, prácticas y sujetos que hasta entonces no habían merecido atención. Asimismo vinculó la aparición de instituciones de control con el contexto social y cultural, y con las ideas dominantes. La historiografía sobre la “locura” desarrollada por Barrán es sin duda tributaria de la construcción *foucaultiana* porque buscó comprender las características materiales y las justificaciones intelectuales del poder médico. Al decir del propio Barrán en la introducción al primer tomo de *Medicina y Sociedad*:

“al no ser médicos ni historiadores de la ciencia nos ha interesado más la historia del poder de la ciencia que la de sus descubrimientos, más la historia del saber médico en lo que tiene de cultural que en lo que tiene de científico.” (Barrán, 1992, 17).

Para Barrán la Psiquiatría fue un ejercicio médico, pero también una práctica cultural. En su visión, la Medicina fue fundamental en el proceso de disciplinamiento, y la Psiquiatría se incorporó como una pieza fundamental del poder. Ese proceso no fue abrupto, por el contrario implicó la ascendencia del poder médico sobre el religioso y la legitimación científica del disciplinamiento. Barrán no buscó reemplazar con

hipótesis historicistas o culturalistas las explicaciones sobre la temática en cuestión, sino admitir que una investigación sobre la medicina no podía ser comprendida fuera del orden social y cultural que la determinó y analizó.

Ortopedia

Según los testimonios y las crónicas de Isidoro de María (1887), Rómulo Rossi (1924) y Antonio N. Pereira (1899), hasta entrado el siglo XIX los “locos” no contaban con un establecimiento de reclusión específico, y si bien muchos fueron enviados, desde 1826, al Hospital de Caridad, la mayor parte permaneció en sus hogares o en las calles, librados a la buena voluntad de la población que los asistía con dinero, vestimenta o alimentos, aunque también con burlas y humillaciones. Para solucionar la existencia de esos hombres y mujeres, improductivos e inadaptables a la sociedad moderna, “degenerados” o “alienados mentales” –como se los comenzó a llamar desde la segunda mitad del siglo XIX– fue necesario crear una institución de contención y aislamiento. Esta problemática comenzó a subsanarse en junio de 1860 con el primer traslado de enfermos psiquiátricos internados en el Hospital de Caridad hacia la quinta de la sucesión de Miguel Antonio Vilardebó en la zona del Arroyo Seco. En ese período nació nuestro primer manicomio, llamado *Asilo de dementes*, establecimiento en el cual los enfermos psiquiátricos eran enviados para ser cuidados y los médicos ocupaban una aparente función secundaria, ya que la institución era regentada por la *Comisión de Caridad y Beneficencia Pública* que otorgó plena potestad para el tratamiento de los asilados (en este y en varios nosocomios) a la Hermandad de Caridad. La existencia de sociedades de beneficencia sería para Barrán el punto de partida en el proceso de medicalización, ya que la existencia de elites sociales que se abrogaron el derecho de cuidar a los desvalidos, derivó con el proceso de secularización en la actuación de profesionales médicos que cumplieron la misma función sustituyendo a los religiosos y modificando el discurso de la caridad (característico de la Iglesia Católica) por el de la ciencia, propio del positivismo finisecular y, a decir de Barrán, la “*forma cultural que asumió la verdad.*” (Barrán: 1992, 13).

Conforme avanzó el proceso de secularización y el desarrollo de la Medicina en el país (la Facultad de Medicina fue creada en 1875), los médicos cobraron un rol preponderante en el desarrollo del Manicomio Nacional (tal como pasó a llamarse el *Asilo* en mayo de 1880) y de otras instituciones sanitarias. Desde al menos el último cuarto del siglo XIX se produjo un enfrentamiento entre médicos y religiosos por el control hospitalario en el Manicomio Nacional, como quedó de manifiesto en las tesis de grado de los doctores Andrés Crovetto (1884) y Enrique Castro (1899). Este proceso también estuvo asociado con el pasaje desde la

caridad privada y la beneficencia pública, vinculada a instituciones religiosas a una idea de asistencia estatal secularizada, que concentró los servicios de salud con la ley de Asistencia Pública Nacional, aprobada en 1910, que legisló el acceso universal a los servicios sanitarios. El primer artículo de la Ley estableció que toda persona carente “de recursos proporcionados a la asistencia o amparo que requieran sus circunstancias, tiene derecho a la asistencia gratuita por cuenta del Estado.” (DSCR: 1911, 282).

La nueva normativa sustituyó a la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública (que, con distintas denominaciones, gobernaba las funciones asistenciales desde 1844) y formó un consejo de veintiún integrantes, en su mayor parte, médicos. El primer director general de la Asistencia Pública, el médico José Scosería, designó al frente de las instituciones hospitalarias a varios de sus colegas y consolidó con la medida lo que Barrán interpretó como un triunfo de la razón médica. Esta cultura de origen médico fue la que estableció la asociación entre normalidad y productividad, ya que lo anormal, y por ende inútil, chocaba con los fundamentos ideológicos de los nuevos valores dominantes: trabajo, ahorro, propiedad privada. (Barrán: 1990, 34). En la mayor parte de las historias clínicas que Barrán utilizó, el enfermo mental presentaba alguna psicopatía, sin embargo, el historiador no deja de señalar el rol de ese enfermo como un transgresor de las convenciones que comenzaron a regir el Uruguay moderno y que ordenaron a las mujeres a obedecer a los hombres, a la población económicamente activa a trabajar y sujetarse a la racionalidad burguesa y ciñeron la actividad sexual a un puritanismo de base católica.

Estableciendo un paralelismo con los fundamentos planteados por Foucault, el tratamiento de la “locura” se movía en un “marco de referencia jurídico-moral” (Foucault: 2000, 61). Por ello, entendía la existencia de normas incontrovertibles como el patriarcado, la disciplina laboral, religiosa, escolar, el sometimiento a los poderes del Estado o el rol asignado a hombres y mujeres. Para Barrán (así como para Foucault) lo que transformaba a estos “locos” en objeto de observación y tratamiento no era tanto lo que sufrían (o lo que eran) sino lo que habían hecho, sus comportamientos. El problema podía ser biológico, pero era sobre todo moral. Sostiene Barrán que en una “*sociedad tan jerarquizada, como lo era la uruguaya del Novecientos, con notorias y visibles divisiones de clase*” los distintos poderes surgidos en ese entonces tendieron “*a subordinarse a un fin clave: la cuidadosa preservación de las esencias del orden establecido.*” Y por “orden establecido” Barrán no hizo solo referencia a las estructuras económicas y sociales, sino también a las “*mentalidades y sensibilidades*” pues “*eran ellas las que permitían la reproducción permanente de las estructuras aludidas en primer término.*” (Barrán: 1992, 14). Barrán consideró que la mentalidad dominante (civilizada) se infiltró en

el saber científico de la época y reconoció como “locos” a los transgresores de conductas. Esto atravesó a psiquiatras con distintas orientaciones ideológicas, e incluso hombres como Francisco Soca o Santín Carlos Rossi, impulsores de una moral más “hedonista”, en palabras de Barrán, quienes también se encargaron de escrutar, y muchas veces condenar los rasgos considerados anormales.

Desde comienzos del siglo XIX los alienistas oscilaron entre dos modelos nosográficos para explicar la enfermedad mental: por un lado un esquema organicista que buscaba una lesión cerebral o física capaz de explicar el origen de la enfermedad y otra visión de carácter moral y social que explicó el desorden por la existencia de un terreno social patógeno habitado por el individuo. Siguiendo a Barrán sería dable sostener que la escuela uruguaya se inclinó por la segunda posición, aunque también hay recurrencia al problema de la herencia, por lo que podríamos hablar de una realidad socio-biológica en la cual la predisposición congénita se despertaba gracias a un medio social “impuro”. Atacando el medio social los psiquiatras lo que hacían era retrasar o evitar que los insanos despertaran su anormalidad y al mismo tiempo combatir aquellos focos del vicio (alcohol, mala alimentación, promiscuidad) que generaban una descendencia mórbida. Un caso trabajado por el psiquiatra Bernardo Etchepare y utilizado por Barrán es la historia de una mujer que convivía en la misma habitación con el “padre de su madrastra”, “un senil erótico de 70 años” quien “la depravó efectuando en ella la succión clitorídea”. Luego de eso la mujer experimentó “un placer tan grande” que “se hacía lamer los órganos genitales por un perro” y por otras mujeres, en lo que el médico interpretó como una clara manifestación de “desequilibrio mental, hiperestesia, inversión sexual, sadismo, hermafroditismo psico-sexual, mitridización e histeria”. (Etchepare: 1906, 725). Es decir, el contacto de la mujer con el anciano, consecuencia de la estrechez de la vivienda, despertaron en ella la patología psiquiátrica. No obstante, los psiquiatras también estudiaron las historias de degenerados por herencia que se insertaban en un medio social viciado. Dictaminar si la anomalía era congénita o adquirida correspondía a los hombres de ciencia y para eso debían conocer todos los aspectos de la vida de los enfermos.⁹ De esta manera, y al igual que había ocurrido en Francia, la Psiquiatría dejó de ser el mero poder para controlar, e incluso corregir, la “locura”, y se convirtió en el poder para controlar aspectos de la vida cotidiana, prácticas condenables, de las cuales podían surgir los enfermos psiquiátricos. Ese doble poder de la Psiquiatría, de detectar y curar la “locura” y al mismo tiempo convertirse en un instrumento de defensa social, se



9. Barrán no profundizó en una posible contienda entre lo congénito y lo adquirido, que presumiblemente tuvo lugar entre los psiquiatras de la época.

resume en la siguiente explicación de Santín Carlos Rossi, otro de los prominentes psiquiatras de la época:

El problema de la locura, como el de la tuberculosis y el de la criminalidad, suscita algo más que la atención del médico y hay que atacarlo en lo más recio de la vida, donde surgen las dificultades, se chocan los intereses sociales, hierven las pasiones y palpita el vicio. Habrá que salir de los hospitales e invadir de ideas el parlamento, la cátedra popular y la escuela, para preparar por la ley, la educación y la instrucción, el advenimiento de una vida cautivante y fácil, que inmunice a las razas del porvenir (Rossi: 1914, 5).

La dualidad normal/anormal era para la sociedad de la época tranquilizadora, ya que, como el mismo Barrán intentó demostrar a lo largo de su obra, la sociedad uruguaya del *Novecientos* (tal vez similar a sus contemporáneas occidentales) buscaba certezas morales para proporcionar seguridad a sus integrantes. El control permanente de los individuos llevó a un conocimiento cada vez más acabado sobre ellos. El listado de lo permitido y lo prohibido era parte de esa construcción y los “locos” representaban todo lo prohibido, por lo que hacían, pero también porque les faltaba la razón, una deidad en el mundo secularizado. De ahí la importancia que Barrán confiere al estudio de esa moral psiquiátrica: su intención no fue ver al “loco” solo como un excluido, sino como un álder go de la sociedad que ante su presencia se aterrorizaba.

Para Barrán los hombres de la “cultura bárbara” no se diferenciaban de los “locos” ya que vivían sus pulsiones como “*una animalidad casi al descubierto*”, mientras los “locos” que vivían el inconsciente no parecían muy alejados de aquella sociedad que disfrutaba del ocio y la sexualidad y resolvía los conflictos (civiles o cotidianos) a través de la violencia. Por lo que la cercanía con el “loco” no era un peligro como sí lo sería para el hombre civilizado (Barrán: 1990, vol. I, 106). El “yo” exhibicionista de la barbarie fue, según Barrán, sustituido a comienzos del siglo XX por el concepto burgués de intimidad e interpretado como una manifestación de la degeneración (ya sea por su herencia genética o por contagio en el medio social). “Así la Moral se vestía de Razón y la Razón de Moral, y la blanda y porosa argamasa de que estaba hecho el orden establecido de los valores, se trasmataba en cemento impenetrable. O por lo menos eso deseaba.” (Barrán, 1995, 124, 125).

Sin embargo, ese temor a los “locos” no se restringió de forma exclusiva a la enfermedad, sino que también dio cuenta de un temor colectivo a lo desconocido en un contexto de inmigración masiva, transformaciones y construcción de un Estado unificado y moderno. Para Barrán el control de todos los posibles enfermos (psiquiátricos, sifilíticos, tuberculosos, etc.) era un pretexto para lograr la higienización de los potenciales

portadores de enfermedades, por su extranjería o por no formar parte de las reglas de socialización comunes e impuestas. Lo que buscaban los médicos y los ciudadanos difusores de su discurso era un mundo de seguridades en un proceso de modernización y urbanización que hizo de cualquiera un sospechoso. Por eso, el miedo a la “locura”, o a la enfermedad en general, aparece entrelazado con críticas a la inmigración, a los nuevos hábitos, a la existencia de una vida sexual que no se atiene a la moralidad dominante. El análisis de la “locura” no da cuenta solo de la progresiva marginación de los “locos”, sino que para Barrán implicó también el estudio de las figuras antagonistas de la “locura” y los “locos”: la racionalidad y los hombres cuerdos. Por ende, el rol fundamental (y fundador) de la Psiquiatría a fines del siglo XIX y comienzos del XX fue el de reforzar la identidad de una porción de la población normal y “estigmatizar” a todo lo que saliera de esa norma. Estos planteos ya estaban presentes en la obra de Foucault quien al estudiar la Francia absolutista se refirió al confinamiento masivo de “locos”, vagabundos, prostitutas, mendigos y los presentó como víctimas de un proceso de institucionalización creciente que, contrariamente a lo que se creía, el orden establecido posterior a 1789 prolongó a través de un archipiélago disciplinario funcional al liberalismo burgués.



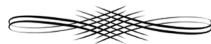
Consideraciones finales

En el juego de cajas chinas una primera constatación es que la lectura de la obra de Barrán resulta importante para plantear nuevas interrogantes sobre la temática en cuestión, pero también sobre el control estatal o sobre la formación de instituciones encargadas de la sanidad, la educación o el encierro penitenciario.¹⁰ El historiador uruguayo demostró que los primeros expertos en psiquiatría locales no se recluyeron tras los muros del Manicomio construido sobre la calle Millán, sino que a través de conferencias, estudios clínicos y artículos de divulgación lograron difundir su discurso que se amalgamó con el de médicos de otras especialidades. Ese discurso fue para Barrán homogéneo, sin fisuras y logró un tipo de vínculo médico-paciente donde el poder recaía de forma exclusiva sobre los galenos. Barrán estudió los aspectos materiales (lugares de encierro, tratamientos, medicamentos) pero también la estructura discursiva o simbólica que sustentó la construcción de esas instituciones de control. En ese sentido rompió con la exigua y más tradicional visión

10. Durante el período estudiado por Barrán se fundaron y desarrollaron, entre otras instituciones, el Asilo de Mendigos (1860), el Asilo de Huérfanos (1875), la Escuela de Artes y Oficios (c. 1878), el Manicomio Nacional (1880), la Cárcel Correccional y Penitenciaria (1887), el Lazareto (1890). La mayor parte de ellas dependientes originariamente de comisiones de caridad y beneficencia pasaron a la órbita estatal conforme avanzó el proceso de secularización.

historiográfica sobre cárceles u hospitales que solo se habían dedicado a enumerar su existencia y características, sin problematizar el contexto social. Sin embargo, la visión *barraniana* también sentó una nueva interpretación que perdura hasta la actualidad.

A partir de la visión que elaboró Barrán sobre las instituciones de reclusión manicomial y el rol de los médicos, la historiografía uruguaya actual puede complejizar el proceso con la incorporación de nuevas herramientas analíticas que han permitido repensar el control social. La influencia del positivismo criminológico, el estudio de la construcción social de los “locos”, las estrategias de resistencia montadas por los sectores subalternos, las fisuras en la hegemonía y las dificultades para centralizar los deberes punitivos de un Estado, como el uruguayo de la época, carente de recursos. Para ello será imprescindible tomar por base la obra de Barrán, pero al mismo tiempo dejar de pensar a la Medicina como una tabla rasa que se apropió de todos los espacios sociales, y enriquecer el análisis estudiando el creciente proceso de institucionalización del control social, pero también sus fallas, que también marcaron al Uruguay del Novecientos. Esta aproximación permitirá ver con mayor claridad el vínculo entre el Estado y el individuo, entre los reclamos de una sociedad temerosa ante lo “anormal” y los deberes asignados a estructuras burocráticas nacientes, pero no por eso poco pretenciosas.



BARRÁN, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. La cultura “bárbara” (1800-1860)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1990, vols. I y II.

_____, *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1992-1995, vols. I a III.

_____, *La espiritualización de la riqueza*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1998.

_____, *Amor y transgresión en Montevideo: 1919-1931*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2001.

FOUCAULT, Michel, *El poder psiquiátrico*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.

_____, *El nacimiento de la clínica*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

_____, *Historia de la locura en la época clásica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010, vols. I y II.

- _____, *Los anormales*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- MAÑÉ GARZÓN, Fernando, *Pedro Visca. Fundador de la clínica médica en el Uruguay*, Montevideo: s.d., 1983, vol. I.
- MORÁS, Luis Eduardo, *De la tierra purpúrea al laboratorio social*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2000.
- SALVATORE, Ricardo, “Sobre el surgimiento del estado médico legal en la Argentina (1890-1940)”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, año XI, n° 20, Santa Fe, Argentina: Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2001, pp. 81-114.





V CONGRESO LATINOAMERICANO DE OBSTETRICIA
Y GINECOLOGIA DE LA INFANCIA Y DE LA ADOLESCENCIA
II CONGRESO URUGUAYO DE GINECOLOGIA DE LA INFANCIA
Y LA ADOLESCENCIA



Centro de Convenciones - Hotel Victoria Plaza
14 al 17 de Mayo de 1997
Montevideo, Uruguay

Comisión Directiva

PRESIDENTE

Dr. José Enrique Pons

Montevideo, 17 de Mayo de 1997.

VICEPRESIDENTES

Dra. Inés Martínez

Dra. Selva Lima

Se deja constancia que en el

**V CONGRESO LATINOAMERICANO DE OBSTETRICIA Y
GINECOLOGIA DE LA INFANCIA Y DE LA ADOLESCENCIA
II CONGRESO URUGUAYO DE GINECOLOGIA DE LA
INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA**

SECRETARIA

Dr. María Luisa Barfi

PRO SECRETARIA

Dra. Stella Sollier

TESORERO

Dr. Gustavo Gallino

PROTESORERA

Dra. Marianela Lourido

*que se llevaron a cabo del 14 al 17 de Mayo de 1997, en el
Centro de Convenciones del Hotel Victoria Plaza.*

VOCAL

Dra. Estela Conseto

Dra. María Teresa Zuccarino

Dr. Roberto Sergio

COMITE CIENTIFICO

Dr. Alvaro Da Cunha Bastos (BRASIL)

Dr. Ramiro Molina (CHILE)

Dr. Antonio Perera Pérez (VENEZUELA)

Dr. Jaime Polto (URUGUAY)

Dr. Juan Carlos Reyes (URUGUAY)

PROF. JOSE PEDRO BARRAN

ha participado en calidad de

COMITE EJECUTIVO DE ALOGIA

Presidente

Dr. José María Méndez Ribas

Secretaría

Dra. Beatriz Pereyra Pacheco

Tesorera

Dra. Ana Coll

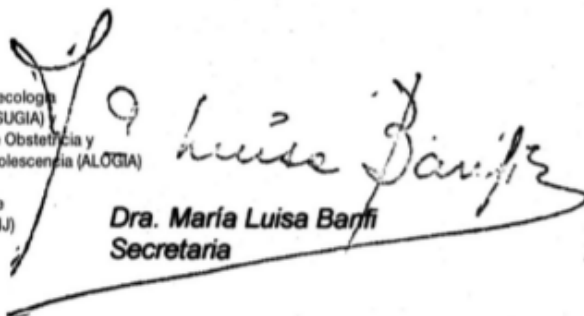
Organizado

por la Sociedad Uruguaya de Ginecología
de la Infancia y la Adolescencia (SUGIA) y
la Asociación Latinoamericana de Obstetricia y
Ginecología de la Infancia y la Adolescencia (ALOGIA)

Co-Auspiciado

por la Federación Internacional de
Ginecología Infantil y Juvenil (FIGIJ)

**Conferencista con el Tema:
"LA ADOLESCENCIA ¿UNA CREACION DE LA
MODERNIDAD?"**



Dra. María Luisa Barfi
Secretaria



Dr. José Enrique Pons
Presidente

INFORMES: Personas S.R.L. - Suipacha1861
Tels.: 481015 Fax: 482951
Montevideo - Uruguay

GYNERA
Schering

Barrán y el poder médico

Alvaro Díaz Berenguer¹

Facultad de Medicina - Universidad de la
República

“quien siga su obra verá siempre como objeto de estudio los poderes, y verá siempre -porque no puede ocultarlo-, su desconfianza profunda hacia el poder (...) sea el poder de los estancieros, del imperio británico, del Estado, de aquellos que controlan la vida privada, de los médicos o de la iglesia, de los dominadores”.

Gerardo Caetano



217

Sin duda que anda empujado por la pasión y contenido por el rigor, analizando desde distintos puntos de vista a la vez, hasta el más mínimo detalle, lo que hace de José Pedro Barrán el mejor observador que hasta ahora haya tenido el Uruguay sobre su devenir histórico. Es alumno de Pivel Devoto, al que reconoce como su maestro, pero como todo buen alumno se separa de aquel para construir su propio camino.

Dice José Pedro Barrán:

En *Las raíces coloniales de la revolución artiguista*, de 1952, Pivel estudiaba ya los orígenes sociales y económicos del pensamiento artiguista. Pero él estaba centrado sobre todo en la historia política, era su obsesión, y nosotros en aquella época queríamos hacer otro tipo de análisis y renegábamos de ese padre y esas formas. (Markarian y Yaffé, 2010)

1. Alvaro Díaz Berenguer es doctor en Medicina por la UDELAR, especializado en Medicina Interna. Profesor Agregado de Clínica Médica en el Hospital Pasteur. Integra la Comisión de Seguridad del Paciente y Prevención del Error Médico del MSP. Como ensayista es autor de los siguientes libros: *Medicina y Literatura* en coautoría con el Prof. José Pedro Díaz (1997), *La Medicina Desalmada* (2004), *El Narcisismo en la Medicina contemporánea* (2010), *La Medicina y el Sufrimiento* (2012). Es coordinador de la columna Medicina y Sociedad de la Revista Archivos de Medicina Interna y colaborador del semanario *Brecha*.

Se podría decir que descubre en la historia esa microhistoria necesaria para ver al habitante de este país, como tal, inmerso en su condición. Dice Barrán:

Porque si el hombre es parte de sus secretos, la Historia es parte de los hombres, y los hombres son seres de carne y hueso, concretos. Si no tomas en cuenta la microhistoria, la Historia en reducida escala de observación para el individuo, y haces solo macrohistoria, la historia de la economía, la sociedad, las clases, incluso de la sensibilidad colectiva, tienes una visión inexacta del proceso histórico, donde el hombre, el individuo parece una marioneta, y nunca lo es, tenemos más independencia y libertad, por suerte, de la que creemos (Escanlar, 2009).

Barrán es un observador del ser humano ante todo.

Nos detendremos aquí en una faceta particular de su trabajo: la observación del ser humano desde el ángulo de la Medicina, que revela a través de *Medicina y Sociedad en el Uruguay del Novecientos*, que es una secuencia de tres tomos que comienza con *El poder de curar* (Tomo 1) donde expone los hechos y una hipótesis sobre el “cambio de sensibilidad” así como la caracterización del poder médico; sigue con la *Ortopedia de los pobres* (Tomo 2), donde analiza este poder en relación a los “sectores dominados de la sociedad: las clases populares, la mujer, los adolescentes, los homosexuales”; y culmina con *La invención del cuerpo* (Tomo 3), donde muestra al saber laico como constructor o coeditor de los “conceptos dominantes de la sociedad”. En ellos el poder es tema central. Y cuando se analiza el tema del poder está implícito el análisis ético. La moral comienza cuando entra en escena el prójimo, lo que se hace inmediatamente presente cuando hablamos de imposición y sumisión.

La definición de poder se basa en la facultad para hacer algo, en la fuerza o potencia capaz de generar una acción transformadora. Esta fuerza puede estar dirigida contra las cosas o contra otros seres. Cuando se enfoca la historia del poder, se enfoca la relación ética entre los hombres. El poder es una de las bases de la organización de las sociedades con una doble función: interviene en las libertades y las obligaciones. Esto es evidente sobre todo cuando se toma al Poder del Gobierno o al Poder Judicial. Si bien es posible ver una estratificación del poder en clases, según aspectos económicos, también influyen otros elementos, entre los que se destacan los saberes, y dentro de estos el saber médico.

El simple hecho de mirar es un acto de poder, y por el contrario, evitar la mirada un acto de sumisión. A los reyes no se los podía mirar; tampoco a Moctezuma, el azteca; sería un acto de irreverencia. A través de la mirada se posee, se domina, se sabe lo que ocurre. De igual manera que el mirar, el saber por sí solo es una herramienta de dominación. Hay muchas formas de mirar, que se vinculan también con formas de saber.

En la consideración del surgimiento del poder médico, es necesario tener presente algunos puntos de vista de Michel Foucault, uno de los pensadores franceses en los que se inspira Barrán. Según Foucault, durante el siglo XIX surge una nueva forma de ordenamiento social; se pasa de una sociedad de espectáculo a una sociedad de vigilancia, lo que está directamente vinculado con el “disciplinamiento”:

[...] el asilo psiquiátrico, la penitenciaría, el correccional, el establecimiento de la educación vigilada, y por una parte los hospitales, de manera general todas las instancias de control individual, funcionan de doble modo: el de la división binaria y la marcación (loco – no loco; peligroso – inofensivo; normal – anormal); y el de la asignación coercitiva, de la distribución diferencial (quién es; dónde debe estar; por qué caracterizarlo; cómo reconocerlo; cómo ejercer sobre él, de manera individual, una vigilancia constante, etc.).

Y sigue con la descripción de lo que se conoce como “panoptismo”, basándose en una estructura arquitectónica carcelaria (el Panóptico de Bentham) que permite controlar a través de la visión directa y constante cada uno de los movimientos de los sujetos allí encerrados (Foucault, 2003). Foucault propone este modelo metafórico para postular que hacia fines del siglo XIX, este control se ejerce permanente sobre cada uno de los individuos que componen la sociedad y que presuntamente se encuentran en libertad.

Para Foucault el surgimiento del panoptismo viene de la mano del orden y de la disciplina. José Pedro Barrán analiza la sociedad uruguaya del cambio de siglo, y en particular lo que ocurre con la Medicina, partiendo de estos postulados foucaultianos. Como hechos fundamentales plantea que el médico, y su materia la salud, adquieren hacia el novecientos un lugar destacado en la sociedad; al mismo tiempo el profesional se transforma en un vigilante social. Lo primero que muestra es el ascenso de la figura del médico como referente social ineludible. Afirma que ante el terror de la epidemia en el siglo XVII el médico era solo “un ser a mencionar entre otros”, mientras que en el 900 existe una “obsesión personal por la salud”.

Dice Barrán:

Hemos pasado en doscientos años, del terror social al cuidado individual, del protagonismo de la epidemia al de la salud, del médico como figura accidental y esporádica, a su saber (y su poder, en consecuencia) invadiéndolo todo, la enfermedad y la salud, las ideas y las conductas, la razón y también la locura [...] De esos cambios quiere tratar esta historia (1992,10).

La propuesta fundamental del nacimiento del poder médico en el Uruguay, de sus orígenes y de sus consecuencias, recibe influencias del “análisis foucaultiano” de la historia, a través del cual toman jerarquía el saber científico asociado al disciplinamiento social en materia de salud, y consigo distintas formas de castigo, interferencias profundas en la sexualidad, cambios conceptuales de la locura y las enfermedades, todo asociado a un cambio de la sensibilidad. Al igual que Foucault, definido alguna vez como “pensador sísmico”, Barrán hace temblar la tierra, pero a la vez que derrumba también reconstruye y proyecta hacia la actualidad. Recoge también la influencia francesa, en la línea de Philippe Ariès, al construir los conceptos fundamentales del cambio de la sensibilidad en el Novecientos uruguayo (cambios en el conjunto de valores, formas de sentir, gustos, deseos, de la sociedad).

Uno de los hechos más destacados de su obra es la claridad con la que expresa el reemplazo de la figura normatizadora del religioso, por la del médico. Dice Barrán: “el cura fue sustituido por el médico en la dirección de las conciencias individuales”. Y añade: “la entronización de la salud como el Bien significó dar muerte a Dios y dar vida al cuerpo” (1992, 11).

Pone en evidencia el tránsito de la sociedad bárbara del XIX a la sociedad disciplinada del siglo XX; sobre la base de la exposición de los elementos que surgen de su laboriosa investigación, Barrán muestra cómo la sociedad uruguaya pasa de la relativa insensibilidad ante el dolor, la enfermedad y la muerte de una cultura bárbara, en donde el médico era casi un observador, a una cultura en donde el dolor, la enfermedad y la muerte se transforman en situaciones omnipresentes, angustiosas y dignas de ser atendidas, por lo que el médico pasa entonces a ocupar un lugar privilegiado.

Destaca la supremacía del poder médico sobre el resto de poderes y saberes (“a todos los cuales infiltró cuando no dominó”), como uno de los fenómenos culturales “más definitorios” del siglo XX. Como hipótesis fundamental plantea que el poder médico “fue uno de los primeros poderes que en el Novecientos emanó del saber, de la ciencia, es decir, de la forma cultural que asumió la verdad”, asociado al poder burgués y al poder masculino.

La presencia de Michel Foucault, en la forma de interpretar la historia y descubrir el juego de los poderes en la sociedad del 900 es notoria, influencia que Barrán reconoce y confiesa abiertamente haber recibido “al final de (su) mi formación intelectual”¹ (Barrán encarna, siguiendo a Foucault, el cuerpo de una “historiografía crítica”), pero lo que es propio y extraordinariamente original en Barrán es la profundidad del análisis y la exposición de una nueva historia del Uruguay.

En una conversación informal con él, luego de una presentación de estos temas a los estudiantes de medicina, mientras lo llevaba en auto

a su casa, confesó haberse dejado llevar en demasía por la influencia de Foucault y haber caído en una excesiva consideración negativa del poder médico del Novecientos.

Cuando se le pregunta por los libros donde enfoca la medicalización de la sociedad, Barrán responde:

Bueno, ahí la deuda con Foucault es grande, a veces demasiado, sobre todo en el segundo tomo. El mejor es el tercero, *La construcción del cuerpo*. El primero es muy impresionista. Yo escribo de más, debería seguir el consejo de Flaubert, reducir el número de páginas y de oraciones, sobre todo en el tomo segundo (1999, 118).

Miguel Morey plantea que el decir el presente y pensar de otro modo definen la tarea de Foucault (1999, 118). Esto requiere de una ruptura con la normalidad, diciendo algo en contra de lo que se dice; romper la inercia de lo normatizado. Más allá de esta observación a propósito de Foucault, toda nueva forma de observar la realidad es la característica esencial de un pensador, sea científico, filósofo o historiador, más allá de las influencias. Un cambio en la forma de observar los hechos, es el camino o punto de vista más destacable en José Pedro Barrán. No es un simple relato de sucesos, enumerados, ordenados, explicados por la concatenación, sino enraizados en un por qué individual, sobre una búsqueda sistemática de la pérdida de la libertad de los individuos en todos los terrenos, lo que trae aparejado permanentemente implicancias éticas. Analiza el surgimiento de nuevas concepciones de lo referente al ser humano, y aquí la medicina ocupa un lugar preponderante.

Pierre Macherey en sus observaciones sobre Foucault dice que “lo que sin duda más preocupó a Foucault fue comprender cómo la acción de las normas en la vida de los hombres determina el tipo de sociedad a la que ellos pertenecen como sujetos” (180); cómo estos sujetos son incluidos o excluidos del conjunto; cómo estas normas surgen del saber, fundamentalmente derivado de las ciencias humanas. Foucault no utiliza el clásico análisis marxista de la historia proyectando los medios de producción sobre la ideología, y la explotación del hombre por el hombre sobre una matriz productiva. Barrán adopta una óptica similar sin descuidar sin embargo, los postulados marxistas, develando saberes y normas, inclusiones y exclusiones de los sujetos de la sociedad del novecientos, mostrando nuevas concepciones en torno a la existencia del ser del Novecientos, y lo hace desde el análisis de los poderes en juego.

Barrán no es un historiador marxista; según él:

Un buen historiador marxista, que por supuesto los hay, diría que el sujeto está dentro de un contexto. Y que para entenderlo hay que situarlo

dentro de ese contexto. Y yo estoy de acuerdo con eso, siempre y cuando no considere que el contexto lo determina (Escanlar, 2009).

Las conclusiones de Barrán, muchas a modo de hipótesis, surgen de una maravillosa, rica, prolija, exhaustiva y rigurosa documentación (a la que él se refería como sus “ladrillos”), sin duda uno de los aportes más valiosos de su trabajo y los que hacen tan amena su lectura, pero que al mismo tiempo provocan el mismo efecto que los terremotos.

No podemos dejar de citar a Barrán con respecto a esos “ladrillos” y a la necesidad del rigor en el manejo de la documentación:

Pivel nos dio sobre todo la idea de que para hacer historia hay que primero (y segundo y tercero) investigar las fuentes primarias. Era muy exigente y minucioso: hay que tener primero los ladrillos para después atreverse a edificar la casa. Y los ladrillos eran los documentos, a los que había que seleccionar e interpretar y, ahora lo sé, leer del derecho, del revés, con el amor con que se escruta el cuerpo amado (y el propio cuando se le teme) (Markariany Yaffé, 180).



En la construcción de esa casa de la historia, como dice Miguel Morey con respecto a Foucault pero aplicable a Barrán, se pone “en guardia contra las inercias que nos hacen decir lo que hay que decir”. José Pedro Barrán es un analista crítico de lo que la sociedad presupone, de los paradigmas de turno. Descubre así la relación de los hombres entre sí, develando la opresión e iluminando los eventuales rincones de la libertad humana. Descubre nuevos objetos inmateriales de lo humano, entrometiéndose detrás de la escena y mostrando así lo que está detrás de los bastidores: nuevos símbolos y nuevos mitos.

El análisis de Barrán no está centrado en los personajes históricos particulares de los médicos a los que cita, sino en las situaciones problemáticas históricas que ellos representan. Así cada cita no está simplemente referida al ser humano concreto sino enraizado en condiciones propias y en su situación histórica dentro de los procesos sociales.

Barrán muestra los cambios de la Medicina del Uruguay del 900 como una avanzada de lo que luego ocurrirá en el contexto latinoamericano:

No conocemos el ritmo de la medicalización en el resto de América Latina, pero la pequeñez y uniformidad relativa del territorio uruguayo, así como el carácter migratorio europeo de buena parte de su población, abonan la originalidad, es decir, la rapidez del proceso, y su precocidad. [...] El saber europeo fue importado con increíble velocidad por el Uruguay. (Barrán: 1992, 61).

Marca el endiosamiento del médico y el nacimiento de la “clase médica”, junto con el “ejercicio del poder, la soberbia del saber, la solidaridad absoluta entre ellos”. Muestra claramente el nacimiento del poder corporativo de los médicos, y junto con el poder económico que ubicó a este profesional entre los individuos adinerados de la sociedad uruguaya de principios de siglo y más allá.

En este proceso de medicalización de la sociedad que advierte Barrán, se descubre al cuerpo sano y limpio, enfrentado a la sífilis, a la tuberculosis, que por esos tiempos hacían estragos. Ese cuerpo es una nueva forma de interpretar la existencia del ser en la Naturaleza: “El cuerpo era como una plaza sitiada por los microbios”(147). Y como afirma luego, “todo era sífilis”. Es lógico entonces el nacimiento de la higiene del cuerpo como premisa fundamental de la salud. Es el momento de la influencia de la bacteriología impulsada por Louis Pasteur.

Pero no solo la salud del cuerpo cayó según Barrán bajo la égida del poder médico, sino también la salud mental: el médico “era el único capaz de certificar la normalidad mental” disputando así al juez la capacidad de distinguir entre un loco y un criminal. Según Barrán:

“El saber lo convirtió en el único poder capaz de leer el cuerpo y el alma y también en el único capaz de legislar sobre la salud física y mental de los hombres, la más alta preocupación de cualquier política en la sociedad del Novecientos”(1992, 147).

Con su agudo olfato nos muestra cómo ese poder buscó la obediencia y el sometimiento y así “sanos y enfermos, por endiosar la salud, pidieron ser dominados. Uno de los resultados habituales fue la infantilización del enfermo hasta la legitimación del uso del terror por el médico”(194). La sola presencia médica era sanadora y los médicos lo descubrieron. Barrán afirma:

“La verdadera ciencia del hombre era la Medicina, por lo cual los médicos eran los “apóstoles” de la nueva teoría de la salvación personal y colectiva, a quienes debían, “allanárseles todos los caminos”, al decir de Francisco Soca en 1901.”(197)

Este poder obnubiló, según Barrán, la sensibilidad para con los sufrimientos:

El saber médico también insistió en dudar de las percepciones del paciente y preferir las propias. Las sensaciones de dolor, los estados de bienestar o malestar, fueron devaluados como síntomas. La salud pasó a ser un hecho certificable por su oficiante. Más valía el resultado de un análisis de sangre que la percepción personal del analizado sobre su salud (203).



Ese poder también se permitió invadir la privacidad de los pacientes, pero todo eso estaba permitido porque el médico personificaba a la ciencia y el paciente esperaba todo de él:

Esas miradas que veían pubis, esas manos que abrían vientres, esos oídos que escuchaban confesiones y las transformaban en síntomas, eran los de la ciencia. Esos cuerpos que se exhibían desnudos, esos vientres que se ofrecían, esos labios que relataban sus secretos, eran los de quienes imploraban la salud (213).

En *La ortopedia de los pobres*, Barrán enfoca la atención médica de los marginados, pobres, locos y mujeres sobre la base del poder de la clase médica sustentado en su saber, que ya había demostrado en el volumen anterior, en una sociedad por su parte dividida en clases, géneros, y por la cultura. Allí afirma que: “el Hospital también fue un recreador del orden social y sus jerarquías”, y añade:

El poder y saber médicos implicaban el uso del cuerpo del paciente para la experimentación y el aprendizaje. Pero en aquella sociedad, ese cuerpo era inevitablemente el del pobre, y ciertos excesos de la experimentación y el aprendizaje se nutrían de esa circunstancia. El desprecio por el tiempo y los sentimientos era un tic social que en el Novecientos compartían los médicos con los patrones de obreros y las patronas de sirvientas (Barrán: 1994,28).

El cuerpo era el objeto de estudio, tanto vivo como muerto, pero en ambos casos era el cuerpo de las clases menos pudientes de la sociedad. A comienzos del siglo XX ingresaban 400 cadáveres al año a la Facultad de Medicina para su estudio anatómico, que provenían de Hospitales y Asilos; se estudiaba el cuerpo de los pobres.

El Hospital se organizaba, como reflejo del “poder médico disciplinador”, como una escuela de conductas. Barrán marca cómo se usaban los términos de la disciplina militar, tales como “acatar” u “órdenes recibidas”, revelando según él “sugestivas coincidencias entre poder médico y poder castrense”.

El “Sifilocomio-cárcel”, las palabras lo dicen todo, era el lugar de reclusión de las prostitutas enfermas donde las internas eran sometidas a un “estrecho disciplinamiento higiénico-moral”. Se las vestía incluso con el “patriótico uniforme azul y blanco a usar durante su permanencia”.

Dice Barrán: “El cuerpo de las prostitutas era para estos facultativos una verdadera ‘cloaca’ –así fueron definidos sus órganos genitales– y simbolizaba la suciedad dominante en los sectores populares” (79).

Muestra cómo la medicina de la época tenía una misión salvadora de los males de pobres sobre la base del disciplinamiento casi militar:



En su esencia misma, aquel saber médico era iluminista, poseía un sentido misional: debía conducir al hombre a la salud, un estado derivado de la observancia de principios aprendidos y no intuitivos. [...] el poder médico fue un educador como la escuela valeriana, la fábrica o la Iglesia Católica.

En relación a la salud/enfermedad revela cómo se consideraba que los humildes eran ignorantes y supersticiosos; cómo en el mundo médico positivista regido por la Razón no cabía la magia: ni los curanderos, ni la aplicación del saber popular de los yuyos. “El médico debía ser un cruzado de una nueva religión, la de la salud, y disipar con su saber la tinieblas de la superstición popular” (159).

En *La invención del cuerpo* Barrán pone de manifiesto la concepción imperante de la mujer, del aparato reproductor femenino y de la sociedad patriarcal y machista, que se proyecta desde el poder médico, y junto con ello, una nueva moral basada en el cuidado del cuerpo.

Propone que en esa época no se admitían los matices, sino que se pensaba “en términos de contrarios”; era una necesidad cultural derivada del positivismo y de la Ciencia. Por tanto era necesario “definir con nitidez y separar lo patológico de lo sano, lo cuerdo de lo loco, lo masculino de lo femenino”. Para Barrán en el Novecientos se necesitaba pensar “en términos de contrarios”, “de tajantes oposiciones” para darle seguridad a una sociedad en donde se tambaleaban los roles clásicos de la femineidad, y por tanto de la masculinidad, donde Freud introducía variantes en el límite entre cordura y locura.

Barrán propone que la nueva moral que nace en el Novecientos no se distancia de la que la precede en términos de lo que se debe o no se debe, sino de las razones que la respaldan: si antes era evitar el pecado ahora era por el imperio de la razón científica.

Un punto especial en el que nos detendremos, es el cambio que advierte Barrán en relación al sufrimiento y la muerte del cuerpo:

El saber médico trasmutó al dolor y la muerte en meros síntomas descriptibles, clasificables y hasta evitables, cuando antes eran –seguían siendo para otros protagonistas de aquella cultura–. Vivencias cargadas de sentidos morales diversos o angustias ligadas a la esencia de lo humano”. (...)

El dolor, en verdad, había perdido casi todo el sentido de aquella cultura –que es la muestra en ese plano–; curable, se había vuelto intolerable, innecesario, carente de significación moral, solo cabía eliminarlo anestesiándolo, o estudiarlo para que guiara el conocimiento de la enfermedad.

El dolor pasó a ser “síntoma” o “complicación” y dejó de significar “virtud”, “virilidad”, “ofrecimiento a Dios”, “sacrificio” (Barrán: 1995, 288-289).



No creemos que las enfermedades que Barrán arrastró durante unos cuantos años, influyeran en su óptica sobre la medicina. Como su médico, me atrevo a describirlo como un paciente ejemplar, de los que da gusto tratar. No solo porque cada encuentro significaba para mí un enriquecimiento personal, sino porque “acataba” las indicaciones al pie de la letra y mostraba plena confianza en los médicos en general. Su visión tan crítica de la Medicina del Novecientos no afloraba en ningún momento en el trato como paciente. Recuerdo que más de una vez me dijo (tal vez no con las mismas palabras): “de ti depende mantenerme con vida”.

No hemos encontrado en sus textos referencias a su enfermedad; solo una frase en un reportaje que deja deslizar algo de lo que le sucede: “el amor con que se escruta el cuerpo amado (y el propio cuando se le teme)” (Markarián y Yafé, 180); teme a su cuerpo enfermo, al cual ve como poseído por un mal y lo deja en manos de su médico.

Asumió sus enfermedades y el paso del tiempo con particular serenidad y sabiduría, algo de lo cual se refleja en la Introducción al libro *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos* (2008): “La vejez conduce a escribir con cierto desparpajo, crea un clima receptivo para que se produzcan encuentros entre la intimidad de los otros y la propia” (8).

Allí el propio Barrán analiza los por qué del cambio en su percepción de la historia: “comencé a escribir otro tipo de Historia, preocupada por las mentalidades de los sujetos concretos de carne y hueso que las protagonizaban.” Y dice: “De seguro, la explicación de estos aparentes o reales desfases, se halla tanto en el ‘afuera’ como en mí”. Afirma que en el comienzo del siglo XXI lo público y lo privado “pueden estudiarse por separado o vincularse sin vergüenza” (...) “La historiografía hace ya varias décadas que asumió el estudio de la interioridad de los individuos”. Confiesa también que “Probablemente haya influido también en esta legitimación contemporánea del análisis de lo personal, el ocaso de la experiencia del socialismo soviético y del imperio ideológico del marxismo”.

También dice Barrán:

Los historiadores casi nunca pasamos al dormitorio, con sus sueños y pesadillas, y olvidamos que a las horas del día y la luz, en que ocurre casi siempre lo macro, sucede la noche, en la que todo puede estallar y esa explosión repercutir en el día.

Si bien la intención del presente trabajo no busca entrometerse en las distintas corrientes historiográficas de los últimos 50 años, sus motivaciones y consecuencias, es importante señalar que la óptica de Barrán es la de su propio tiempo, la de fines del siglo XX, plena de

contradicciones y desconcertos, en donde la tendencia positivista se ve enfrentada a la necesidad de la subjetividad. Pareciera que para él la verdad estuviera en la intimidad.

El momento histórico en que Barrán realiza sus observaciones, se caracteriza por la revisión crítica de la organización social con un ánimo democratizador casi hasta el infinito. La sociedad occidental de las últimas décadas del siglo XX se convirtió en iconoclasta; duda de todo poder establecido. Cae el ícono de la Unión Soviética y del imperio de la interpretación marxista de la historia como él mismo lo reconoce.

Desconozco si Barrán había leído a Iván Ilich, que en la década del setenta publicó su libro *Némesis médica*, donde afirmaba que la Medicina no era la salvadora universal donde Occidente había depositado toda la confianza desde principio de siglo, sino que era capaz de provocar enfermedades, e incluso matar a una proporción importante de personas. También desconozco si Barrán tomó contacto con la confirmación de esos hechos a fines del siglo XX, cuando se publicó en Estados Unidos *Errar es humano*, una investigación ordenada por Bill Clinton para analizar la importancia de los errores médicos. Allí se afirmaba que los errores médicos causan gran cantidad de perjuicios y muertes, lo que provocó una repercusión de enormes proporciones en la opinión pública, y un divorcio creciente entre médicos y sociedad. Este divorcio entre la esperanza puesta en la Ciencia como un nuevo Dios y la realidad de la Medicina práctica de eficacia relativa y plagada de errores, que provocó la “judicialización” de la medicina por un lado y la “medicina a la defensiva” por el otro, estaba naciendo en el entorno de Barrán cuando analizaba el poder médico en el Novecientos. Judicialización porque ante el desenlace desafortunado de la enfermedad de un paciente, se culpa casi sistemáticamente al profesional actuante lo que termina en demandas judiciales. Por otro lado, los médicos actúan muchas veces guiados por el temor a la demanda más que por la propia enfermedad que están tratando: es lo que se conoce como medicina a la defensiva.

Estos hechos si bien no son referidos por Barrán, probablemente subyacen en la consideración crítica que él hace de la problemática médica. Si bien en el Novecientos el poder médico al que se refiere Barrán está vinculado con un fenómeno cultural, persiste subyacente hasta el presente ahora arrollado por el poder tecnológico y las empresas que están detrás, lo que genera por momentos desconcertos éticos de enormes proporciones. Si en el Novecientos la medicina era “moralizadora”, pareciera que en el dos mil se comienza a comportar como “desmoralizadora”. Según José María Ceriani Cernadas “en este proceso del avance inusitado de la ciencia y la tecnología, no es nada sencillo diferenciar lo bueno de lo malo” (267).

En este ambiente surgen las opiniones de José Pedro Barrán, que tienen por un lado un terreno fértil para insertarse en una opinión

pública ávida por derrumbar el poder médico, ávida por las intimidaciones, mientras que por otro lado sus observaciones despiertan la resistencia de la clase médica que se ve asediada por una sociedad desconfiada.

A pesar de las resistencias que despertaron inicialmente las observaciones de Barrán, paulatinamente la clase médica comienza a tomarlas como necesarias para poder interpretar nuestro presente; nos ayudan a los médicos a descubrir el origen de nuestra posición social y a saber lo que se espera de nosotros. Nos muestran, de una forma original, las distintas relaciones de nuestra profesión con la sociedad, que son extrapolables en gran medida al presente, aunque con nuevos ingredientes. Barrán nos brinda un camino para el análisis ético de lo que hacemos. Con él advertimos nuestro poder y sus riesgos; nos descubrimos a nosotros mismos dictaminando criterios de normalidad y anormalidad, de inclusión o exclusión social, creando nuevas concepciones mitológicas del cuerpo.

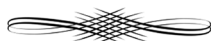
En la Facultad de Medicina pudimos tener contactos fugaces con él, a través de algunos encuentros extracurriculares o en algún Congreso Médico. Creo que todavía los estudiantes de medicina y los médicos en general, desconocemos en profundidad la obra de José Pedro Barrán, lo que debería corregirse en las próximas generaciones, ya que es un pilar ineludible en la formación del médico de hoy.

Si bien su análisis histórico se remonta a cien años atrás, la realidad actual no puede ser interpretada si no la vemos surgiendo de aquella otra. Aceptar las implicaciones éticas que se derivan de las observaciones que Barrán hace del pasado reciente de nuestra profesión, nos cuesta, porque gran parte de ellas se pueden hacer en la actualidad. Y como ocurre con la verdad en el terreno psicoanalítico, que se oculta sistemáticamente por ser moralmente insoportable, lo mismo ocurre en el terreno social con las situaciones que se desprenden del poder médico. Esta, tal vez, es la explicación por la cual todavía en la Facultad de Medicina no hay cursos curriculares que abarquen esta temática.

La creciente influencia científico-técnica del último siglo ha desplazado, u obnubilado, la consideración humana de los pacientes, lo que ha generado una medicina "amoral". El estudio de materias humanísticas, y entre estas de la historia, debería tener un lugar destacado en la formación médica para permitir recobrar el sentido humano de la profesión. José María Ceriani Cernadas se pregunta y se responde: "¿Cómo podríamos reaccionar ante la crisis del humanismo?" (267). La respuesta nos la dio Karl Jaspers hace unos cincuenta años: "Seguir con la idea de que la medicina se basa en la ciencia y en el humanismo. Esta asociación es eterna, pero no existe por sí misma, necesita constante renovación". (268).

La memoria y la historia dan unidad y coherencia a las sociedades; permiten su integración y sentido ético. La medicina es una disciplina esencialmente ética por lo que el conocimiento y evaluación de su

historia es clave para que su ejercicio encuentre un fin humano. En la construcción de la visión crítica de esta historia en el Uruguay, Barrán fue y es un historiador fundamental. Para cumplir con la necesaria renovación constante de la medicina, se requiere incorporar a José Pedro Barrán en la formación académica de la profesión.



BARRÁN José Pedro. *Intimidación, Divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Introducción, Montevideo: Ed. Banda Oriental, 2008.

_____. *El novecientos hacia el monopolio médico de curar. Medicina y Sociedad en el novecientos. (I) El poder de curar*. Ed. Banda Oriental. 1992.

_____. *La invención del cuerpo (3) Medicina y sociedad en el Novecientos*. La medicina del Novecientos como exorcismo. Montevideo: Ed. Banda Oriental, 1995.

_____. *La ortopedia de los pobres (II) Medicina y sociedad en el Novecientos. Dispensario y Hospital: cura y disciplinamiento de los pobres*. Montevideo: Ed. Banda Oriental, 1994.

_____. *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos. El Poder de Curar*, Montevideo: Ed. Banda Oriental: 1992.

CERIANI Cernadas, José maría. Los cambios en el ejercicio de la medicina, su influencia en la profesión médica y en el cuidado de la salud. En *¿Por qué ser médico hoy?* Buenos Aires: Ed. Libros del zorzal, 2009.

ESCANLAR, Gustavo. José Pedro Barrán, historiador de la mentalidad uruguaya. en la *Revista Galería*. 2 de abril del 2009.

FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* Argentina: Ed. Siglo XXI: 2002.

ILICH, Ivan. *Medical Nemesis. The expropriation of Health*. London: Calder & Boyars. 1974.

MARKARIAN, Vania; Yaffé, Jaime. *José Pedro Barrán: “¿Cómo pude haber escrito esto?”* Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX | Volumen 1, Año 1, 2010, ISSN: 1688-7638

MCHEREY, Pierre. Sobre una historia natural de las normas. En *Michel Foucault filósofo*. E. Balbier. G. Deleuze. H.L. Dreyfus. M. Frank. A. Glücksmann y otros. Barcelona: Gedisa 1999.

MOREY, Miguel. Sobre el estilo filosófico de Michael Foucault. Una crítica de lo normal. En *Michel Foucault filósofo*. E. Balbier. G. Deleuze. H.L. Dreyfus. M. Frank. A. Glücksmann y otros. Barcelona: Gedisa: 1999.



Arch. N.º 172
año 1914 (29)

Las "machonas" de Montevideo

Relatos verídicos de la campaña de "Justicia"

(14)

Salguedano



Precio del ejemplar: 0.20

MORAR y ASOCIACION 'SOCIAL'

¿El autor? ¿Dios? ¿MORAR y ASOCIACION 'SOCIAL'? Sí

Los artículos "Folletos"

De forma: PORTADA

VERONICA (Cortina)

Subrayado en el texto
y NADA MAS

(B)

El refido tiene sello
de autenticidad o
cédula

"Campaña Montevideo"

Vicario de Justicia / presentacion a su fin y a la vez se le pide

Oscar's verbales y documentos legales

Dos meses: la mejor posibilidad para que en un mes se implemente lo antes

por el

disfraz: la única que representa la independencia y la justicia

[Folletos hechos en expedientes jurídicos 1923]

Intimidad y (homo)sexualidad: entre la empiria y la teoría social

Diego Sempol¹

Facultad de Ciencias Sociales UdeLAR



231

Entre los historiadores que recorrieron el surco de la Nueva Historia en Uruguay, José Pedro Barrán (1934-2009) destacó por la calidad de su abundante producción. La investigación que culminó con la edición de su libro *Amor y Transgresión en Montevideo: 1919-1931* (2001) forma parte del eje analítico que lo apasionó durante los últimos años de su carrera: el estudio de la mentalidad colectiva y la vida privada. Línea de investigación que Barrán desarrolló en forma pionera y casi en soledad en nuestro país, a partir de la edición de los dos tomos de la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* (1989-1990).

En este breve artículo me propongo abordar algunos nudos temáticos y teóricos de este libro a efectos de discutirlos en el marco más amplio de su propia producción historiográfica y de la teoría social. La elección de este texto no es caprichosa, ya que en él aparecen con gran cristalinidad las tensiones entre lo individual y lo colectivo, entre la empiria y la teoría, que atraviesan buena parte de su producción. La propia estructura narrativa del texto, reflejando estas tensiones, se construyó a partir de un montaje en dos tiempos: en la primera parte se analiza la historia de nueve personas a través de su correspondencia (en particular la relación amorosa entre

1. Diego Sempol es candidato a doctor en Ciencias Sociales en la UNGS-IDES (Argentina), docente e investigador del Instituto de Ciencias Políticas FCS, UdeLAR e integrante del Sistema Nacional de Investigadores. Entre sus publicaciones más recientes: *De los baños a la calle: Historia del movimiento lésbico gay trans uruguayo, (1984-2013)*, Debate, Montevideo, 2014 y "Violence and the emergence of gay and lesbian activism in Argentina, 1983-1990" en *The Sexual History of the Global South. Sexual Politics in Africa, Asia, and Latin America*. Wieringa, S. Sívori, H. (2013) .

Rodolfo y Lucía, y la relación entre Alfredo, Chela y “E”) y en la segunda se indaga sobre dimensiones sociales y de mentalidad del período 1919-1931. El objetivo de la investigación, es comprender en el primer mojó “esos destinos y psicologías singulares” y en el último analizar “en qué medida estas vidas pueden señalararnos la dirección de algunos cambios que creemos estaban ocurriendo en las tres primeras décadas del siglo XX en la sociedad uruguaya” (Barrán, 2001: 9). El fin último de toda esta operación analítica es confirmar su línea interpretativa central: en nuestro país los años veinte y treinta fueron un período de transición entre una “moral puritana” y una creciente flexibilización de las normas y las costumbres que regulan las relaciones amorosas, la sexualidad, y los cuerpos.

Pero a medida que uno recorre sus páginas aparecen reiteraciones, sobreabundancia de información en función de la trama argumentativa y las hipótesis del trabajo propuestas. Este problema ¿obedece a una construcción de la estrategia narrativa? Mi hipótesis es que estas marcas narrativas no son fruto del estilo escogido, sino antes que nada hijas de la relación que tiene este historiador con la teoría social y su potencial explicativo. Similares pistas nos ofrece su prosa, la que es buena y erudita, pero recurrente al momento de la cita. Este dato sugiere una relación específica con la teoría social y un posicionamiento implícito sobre el potencial explicativo del historiador. A efectos de abordar estas dimensiones, analizo dos ejes de su libro: la relación que se establece entre la sexualidad y la intimidad, y la forma en que se trabaja la homosexualidad en Uruguay.

La sexualidad y la intimidad

Durante las primeras tres décadas del siglo XX en nuestro país, señala Barrán, las formas que asumía el comportamiento erótico, y la elección del objeto del deseo –en consonancia con los planteos de Foucault (1977)– fueron interpretados como constitutivas de la verdad profunda del individuo. Por ello este historiador afirma:

[...] debemos sumar la sexualidad para terminar de caracterizar lo privado de aquel tiempo, es decir, los deseos del cuerpo que invadían el alma y la colmaban de zozobras. [...] la sexualidad –el plano físico de la pulsión y el erotismo la forma cultural en que se lograba y vivía el placer personal– concluyeron confundándose con la clave de lo íntimo, el centro del yo, el secreto de los secretos. [...] En los años en que están fechados la mayoría de los papeles personales más interesantes de Lucía, Rodolfo y Alfredo (1919-1931) ya se había generalizado la opinión de que lo más íntimo y reservado debía ser lo atinente a la sexualidad y el erotismo personales. (Barrán 2001:18-19).

Sin embargo, unas cuantas páginas más adelante, el autor relata que Alfredo recibió una carta de su amigo Justo para invitarlo a un té danzante que se realizaba como despedida de una colega que se iba a Buenos Aires. Su carta, que conocemos a través de los fragmentos transcritos, describe la sexualidad de la homenajeadada (“es una buena muchacha, a pesar de la repulsión que siente por los hombres, tú sabes que le gustan las mujeres”) y de las posibles invitadas: “chicas poetisas, recitadoras, tortilleras, y que seguramente llevan en su bolsón de paseo la lista de las casas de cita de Montevideo, por lo que pudiera ocurrir. [...] esas chicas que ostentan como gran credencial cuatro o cinco abortos producto de otros tantos deslices con hombres distintos” (Barrán, 2001:101). El autor analiza el texto a efectos de visualizar la coexistencia de diferentes morales en los años veinte (lo compara con la epístola de Rodolfo), señalando así el resquebrajamiento de la “moral puritana”. ¿Pero qué pasaba aquí con esa sexualidad y erotismo encapsulados exclusivamente en la intimidad, rasgo distintivo del período? ¿Coexisten también dos nociones de intimidad diferentes, que pautan y negocian permisos, libertades y otros niveles de explicitación? ¿Cada moral implica diferentes nociones y prácticas de intimidad? Estos hilos analíticos no son resueltos, lo que estimula la desaparición en la reflexión de la dimensión pública que asume toda identidad sexual.

La construcción y autonomía creciente en la modernidad de la esfera de la sexualidad y su relación con la identidad de los individuos ha sido objeto de fuertes debates e intentos explicativos (Foucault, 1977, Marcuse, 1969, Giddens, 1992, D’Emilio, 1992). El desarrollo de la intimidad está ligado a la creciente individuación de los sujetos, procesos de subjetivación que tienen una dimensión también pública, ya que el reconocimiento es parte constitutiva de la identificación (Barth, 1976). Por más secretos existentes sobre la sexualidad, hay una gestión pública hegemónica de las identidades sexuales regulada por lo que Butler (2001) ha denominado la heteronormatividad, que ordena y define las posibilidades y lugares sociales según el género y la orientación sexual, así como las performatividades de género legítimas y las abyectas. Los regímenes de sexualidad y de género en la modernidad son interdependientes (Halperin, 1992:135), desde el momento que se presupone que lo masculino es sinónimo de heterosexualidad.

Reproducir exclusivamente el mandato de recluir la sexualidad a lo íntimo que señalan las fuentes, invisibiliza esta gestión pública de la identidad sexual y esta relación inestable entre género y sexualidad, homogenizando un mundo social atravesado por diferentes relaciones de poder y privilegios. De esta forma, cabría preguntarse: ¿Qué diferencias pueden detectarse entre los géneros a partir del lugar que ocupa la sexualidad en la intimidad? ¿Es la misma intimidad para hombres y mujeres?

¿Y cómo se define ésta en los hechos en la sociabilidad heterosexual y en la sociabilidad homosexual?

Ninguno de estos aspectos intersticiales aparece en la obra problematizada. Pasar por alto el componente público de la sexualidad que encierra y reproduce la performatividad de género, obedece a la forma en que el autor se relaciona con la teoría y con las fuentes. Barrán parece tener un rechazo al vocabulario de las ciencias sociales y no siempre las integra en su trabajo. Parece utilizar la teoría en forma profundamente enraizada y antiuniversalista. En todo el texto no existe una definición teórica explícita sobre qué es la intimidad, la sexualidad, ni el género. Se habla así de “patriarcado” y “misoginia”, dándoles un carácter transhistórico,² aspecto que ha sido vivamente subrayado como un peligro por historiadoras como Scott (1999:37).

Este estilo tiene que ver con una forma de trabajo que parte de las fuentes y resiste cualquier teorización si no existe un reflejo casi directo entre ambos niveles. Barrán reivindicaba esta posición en otra oportunidad:



Reivindiquemos ahora a las fuentes primarias. A menudo hay hipótesis que provienen del documento, de una lectura que debe ser copia manual de él, y a posteriori coinciden con determinados planteos teóricos que uno puede conocer o no. La idea, por ejemplo, de que la higiene, el orden, la contención sexual y el trabajo están vinculados entre sí, no la tomé de Gramsci, ni de Freud, proviene de José Pedro Varela. Varela fue el que dijo que el niño debía ser limpio, correcto y no entregarse a las pasiones. Gramsci, según leí después, afirma que la economía industrial exige un control del mundo pasional del ser humano. Y el endiosamiento, la sacralización del trabajo que se ve en la sociedad uruguaya del Novecientos, supone también el cumplimiento de esa exigencia. (Rodríguez Villamil, 1992: 135).

A su vez, estas tensiones entre fuentes y teoría, e hilos que se resiste anudar, puede obedecer también a su pertenencia a la Nueva Historia. Para muestra basta mencionar que en la página 116 de *Amor y Transgresión*, el autor analiza los “comportamientos y actitudes modernas”, sugiere cómo los placeres asedian al matrimonio, brevemente aborda el tema del divorcio,³ para luego introducirse en los derechos y los nuevos

2. Sobre este punto Barrán (Rodríguez Villamil 1992:138) señaló claramente su punto de vista: “Pienso que la historia de las mentalidades, la de los sentimientos, tiene también que poner sobre el tapete lo que es eterno, lo que permanece como fondo perenne en la vida de lo masculino, lo que (¿aparentemente?) es ahistórico. El hombre ha tendido siempre ha diabolizar a la mujer a la vez de amarla, a verla como ‘el otro’”.

3. La aprobación del divorcio y los debates sociales que generó constituyen un problema central para analizar las regulaciones sobre las parejas heterosexuales, las condensaciones sobre lo que supuestamente es el amor o su fin, de lo considerado legítimo o no entre los géneros, y de sus transformaciones en el tiempo. Como señala Rubin (1993) las leyes

deberes del cuerpo a efectos de subrayar el desarrollo de un nuevo hedonismo que eclipsa el ascetismo de 1900, para finalmente analizar la llegada del vestido corto y la melena a la “garçon” precisando que estos cambios “sucedieron específicamente en el y para el cuerpo de la mujer, y aunque a menudo los protagonizaron sobre todo las burguesas ociosas, tendieron a difundirse en todas las clases y a ser consideradas por la sociedad como síntomas de la ‘emancipación’ femenina.” (Barrán, 2001:126). El apartado, sin embargo, concluye con una reflexión que podría entenderse en sentido contrario de la línea argumentativa que venía desarrollando sin que medie una explicación que permita reunirlos:

Por lo demás, cabría pensar con Norbert Elias, que el descubrimiento del cuerpo y su progresiva desnudez podrían indicar –contra lo que se supondría– un mayor nivel de represión. Cuando la autoacción en los hombres es intensa no es peligroso para la mujer mostrarse semivestida. La mayor visibilidad del cuerpo puede estar ligada a su parcial deserotización. (Barrán, 2001:127).

El trabajo de Barrán busca devolver así al discurso histórico su carácter especulativo y provisorio, apelando a hipótesis fuertes solo en aquellos casos en los que las fuentes son abrumadoramente concluyentes, rehusándose en todo momento a realizar afirmaciones fruto de la reflexión teórica. Este estilo aparece en el texto en otras ocasiones mediante el uso frecuente de preguntas abiertas que no reciben una respuesta efectiva. “¿La herida en el imaginario?” (Barrán, 2001:109), “¿Un nuevo código ético?” (Barrán, 2001:129), “La sociedad homofóbica: ¿razones?” (Barrán, 2001:155).

Los homosexuales

Es la primera vez que un historiador en Uruguay avanza sobre este tema, y esto debe ser subrayado. La historización de la homosexualidad y la sexualidad en general son problemas pendientes en nuestra academia, y aquí Barrán una vez más fue pionero en nuestro medio. La forma de entrar al problema es excelente, ya que advierte en su trabajo empírico lo que Kosofsky (1988) sugiere a nivel teórico: la necesidad de analizar la homosexualidad como parte constitutiva del par heterosexualidad/homosexualidad, para lograr así comprender las transformaciones en las regulaciones y normas que los definen y construyen.

son un lugar privilegiado para analizar el orden sexual y los regímenes de género de una sociedad en un momento dado. El tema en este libro aparece, pero en forma muy escasa en las páginas 119 y 120, 131-132. Barrán recién abordaría este eje analítico en uno de sus últimos libros.

Pero si bien Barrán evidentemente toma en cuenta este aspecto (analiza la homosexualidad en un libro que aborda los cambios en las relaciones heterosexuales, y ubica el origen de la fobia hacia la homosexualidad en las tensiones y dudas de la sexualidad heterosexual) su obra no termina de responder algunas preguntas. ¿Existe alguna relación entre la consolidación de una sexualidad heterosexual no reproductiva (recuérdese los cambios en las tasas de natalidad en el Novecientos) y la condena creciente a la homosexualidad? Katz logró confirmar esa relación para el contexto europeo de principios del siglo XX, al demostrar que para que el erotismo heterosexual independizado de la procreación lograra considerarse normal fue necesario el ingreso de la homosexualidad en el terreno de lo anormal. (2007: 14).

¿Pero por qué la sociedad uruguaya de principios del siglo XX era tan homofóbica? La explicación que ofrece el texto es básicamente psicológica.

El enjuiciamiento de la homosexualidad y el lesbianismo como perversión y vicio, permitiría ubicar del lado del diferente, del enemigo, a lo ingobernable, irracional y abyecto que también se hallaba en la sexualidad de cada uno y todos los seres humanos. Y así tranquilizarse y alejar para siempre del “nosotros” lo que sólo pertenecía a los “otros”. [...] El homosexual angustiaba a la sociedad patriarcal pues le permitía husmear –utilizo este término conscientemente– la complejidad de la heterosexualidad, su indefinición intranquilizadora, sus componentes homosexuales. (Barrán, 2001:158).

Esta apuesta explicativa es problemática porque apela a los componentes psicológicos individuales para explicar hechos sociales y desconoce las elaboraciones que se vienen realizando en las ciencias sociales sobre el tema.

El término homofobia actualmente involucra dos dimensiones: una que alude al miedo irracional que genera en algunos individuos la homosexualidad, pero también otra que implica las actitudes y juicios negativos contra esta orientación sexual que usan fundamentos racionales y ciertas estructuras lógicas en consonancia con algunas premisas valorativas o morales (Vujosevich, Pecheny, Kornblit, 1998).

El estudio de la homofobia –con o sin argumentación racional– ha ocupado un lugar importante luego de que se produjo la despatologización de la homosexualidad, ya que la contracara de ese proceso fue precisamente la patologización de su rechazo. La Asociación de Psiquiatría Americana a principios de los años 70 comienza a plantear que la homosexualidad es un estilo de vida “normal y sano” que encuentra sus mayores dificultades y problemas no tanto en su propia constitución sino en el rechazo y aversión social que despierta en el resto. El pasaje de enfoques que hacían pie en la dimensión individual y psicológica a uno que

abordara la dimensión social del problema, se concretó en el ámbito académico con el interaccionismo simbólico. El estudio del estigma realizado por Irving Goffman ([1963]1989), implicó que el centro de atención pasó del “desviado” a los procesos sociales mediante los cuales una sociedad construye la estigmatización y a las formas en que este incide en la conducta de los individuos excluidos. En esta línea es que puede ubicarse la propuesta teórica del trabajo de Elias (1998), quien señala cómo los grupos establecidos tienden a endilgarle al grupo marginado características negativas que coinciden con lo “peor” de sus partes, con su minoría anómica, guardando para sí, representaciones que surgen a partir de una generalización de los rasgos de sus mejores miembros.

El “proceso sociodinámico de la estigmatización”, aclara Elias (1998:88), en general ha sido entendido como un problema individual de prejuicio, negándose un enfoque figuracional que permita comprender el proceso de estigmatización social como algo que trasciende el rechazo individual respecto a otras personas. Elias busca rescatar esta dimensión grupal del proceso de estigmatización.

No se puede hallar la clave para el problema que comúnmente se discute bajo el título de ‘prejuicio social’ se la busca exclusivamente en la estructura de la personalidad de unos individuos. Se la puede encontrar solamente teniendo en cuenta la figuración conformada por los dos (o más) grupos implicados, es decir, conociendo el carácter de su interdependencia.(Elias, 1998:89).

De esta forma, tanto la homosexualidad como la homofobia no pueden comprenderse apelando a motivos biológicos o universales. Es necesario fijar el foco en los procesos contingentes históricos en los que tienen lugar las prácticas a efectos de determinar sus sentidos y su diálogo con la configuración social existente. La homofobia no debe ser entendida solo como una forma de desvalorización de una práctica sexual, sino como una construcción social que busca además fortalecer los mecanismos de regulación de un orden social sexual más amplio.

La pieza central, agrega Elias, de esta figuración es una “balanza de poder desigual, con las tensiones que le son inherentes” (Elias, 1998:89), así como el hecho de que “la estigmatización puede ayudar incluso a perpetuar por un tiempo la superioridad de estatus de un grupo cuya superioridad de poder ha disminuido o incluso desaparecido.” (Elias, 1998:96). La estigmatización, propone Elias, surge por una lucha de poder: “Asuntos muy diversos pueden hacer brotar las tensiones y conflictos entre establecidos y marginados. De hecho, sin embargo, siempre se trata de luchas en torno a la balanza de poder”. (Elias, 1998:115).

En función de este enfoque más social, no resulta suficiente interpretar a la homosexualidad como una “traición”, aspecto que ya había desarrollado en profundidad en el Tomo II de la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Se vuelve necesario indagar cuáles fueron los procesos

sociales por los que se logró la construcción social de esta figura, con estas características. ¿Qué relación existe entre estos procesos y la andanada eugenésica de los años veinte en el Uruguay? (Leys 1991:185-186) ¿En qué medida las narraciones nacionalistas consolidaron un modelo de ciudadano y patriota que interpelaba y cuestionaba al homosexual? ¿Estos aspectos –construcción ciudadana y la consolidación de un estado-nación– tuvieron un papel central en la configuración de aquellos años sobre la homosexualidad? Barrán señala que las corrientes nacionalistas identificaron la homosexualidad con la “decadencia de la nación y el ocaso social” y con un ser “presa fácil del enemigo político o militar” (Barrán, 2001:164). Así como introduce una serie de preguntas abiertas que enuncian posibles líneas de análisis:

¿Acaso el miedo a la pérdida de la identidad social y política que implicaba la presencia de los inmigrantes y las ideologías “progresistas” fomentó el pánico al homosexual, pues todas esas presencias desdibujaban las viejas costumbres? ¿Acaso esa visibilidad de la problemática sexual insinuaba la ansiedad que producía estar viviendo en una época de inseguridad moral, en que hasta lo oculto se mostraba y parecía querer legitimarse? ¿Acaso los heterosexuales comenzaban a temer por su propia identidad? (Barrán 2001: 160).



También en este eje analítico resulta problemática la aproximación que realiza el autor a la figura del “homosexual corruptor de menores”, que es abordada en el marco del pánico social y el endurecimiento de las penas en el Código Penal de 1934 ante el desarrollo de una noción de la homosexualidad como algo “contagioso” fruto de una visión etiológica que la consideraba como una “anormalidad” adquirida por la imitación o seducción. Durante la explicación de este problema social se producen desplazamientos analíticos en el texto. Los violadores o corruptores de menores son presentados como “violadores homosexuales” (Barrán 2001: 175) sin que se esté aludiendo a conceptos o expresiones del período, y el propio fenómeno de la “corrupción de menores” es trabajado como si la violación de un varón menor implicara necesariamente la existencia de una identidad homosexual en el agresor.⁴ El autor así deriva automáticamente de las prácticas sexuales consecuencias identitarias, (reproduciendo el propio dispositivo de la sexualidad que en realidad

4. El caso del “sátiro con sotana” en Mercedes refleja que en la época existían visiones alternativas al dispositivo de sexualidad que liga identidad y práctica sexual en forma constante. En 1917 el fraile salesiano padre Rivero es acusado de “corromper menores” en el colegio en el que trabaja en la ciudad de Mercedes. La prensa nacional y el carnaval hablaron del “sátiro con sotana”, pero como señala Barrán su transgresión fue interpretada como fruto del “voto antinatural del celibato” y no como parte de su orientación sexual. De esta forma la sodomía recuperaba su carácter de acto y dejaba de representar un tipo de personalidad.

debe analizar). La relación entre prácticas sexuales e identidades, como señala profusamente la literatura especializada, es mucho más compleja, e implica una gran cantidad de alternativas. El modelo latino (Perlongher, 1987), una forma tradicional en el Cono Sur de conceptualizar y entender la relación sexual entre dos hombres después de todo reproduce los esquemas clasificatorios que oponen masculino-femenino, siendo esta relación homologada y relacional a otras: fuerte/débil, grande/pequeño, arriba/abajo, dominante/dominado (Bourdieu, 2000). La masculinidad hegemónica en Uruguay asocia lo masculino a la penetración (rol activo en el acto sexual) del cuerpo de otro/a. Según los modelos tradicionales de género –estudiados en Brasil por Fray (1985) y Perlongher (1987), en Argentina por Salessi (1995) y en Uruguay por Luis Behares (1989) y Carlos Basilio Muñoz (1996)– hombre es el que penetra con su sexo a mujeres u otros hombres feminizados bajo la categoría “bicha”, “loca” o “marica.”

La reproducción de la jerarquía en la relación hace así que el activo (“bufarrón”) muchas veces no sea considerado homosexual y escape casi por completo al estigma. Behares describía la permanencia de este modelo tradicional aún en el Uruguay de 1971:



Como el modelo preponderante para las prácticas homosexuales en aquel entonces era todavía el modelo latino, en el cual se distinguía muy escrupulosamente homosexual pasivo (generalmente con rasgos afeminados) de homosexual activo, se daba la situación muy frecuente de que muchos jóvenes de los niveles sociales más bajos, no autodefinidos como homosexuales, se integraban como activos ocasionales o estables a la comunidad. Se les denominaba generalmente “chongos” y casi siempre su participación en los contactos homosexuales estaba relacionada con alguna forma de prostitución masculina...la distinción activo pasivo propiciaba también la vinculación de jóvenes afeminados pasivos con adultos activos, ya que existía conmixción entre los ejes de definición homosexual por edad y por género (1989: 20).

Reflexiones finales

Amor y Transgresión funciona como una cuña para abrir nuevas lecturas de su vasto trabajo y confirma los motivos por los que su labor de investigación se vuelve punto de referencia obligada. La tensión entre teoría y empiria, si bien produce problemas analíticos, por otro lado da larga vida y vigencia a sus textos, al dejar puntos abiertos a partir de una perspectiva fuertemente enraizada y multidimensional. Esta obra además permite visualizar las permanencias y los cambios que el autor interminablemente fue procesando en su forma de trabajo durante su largo recorrido como historiador.

Es claro que el trabajo abordado refleja importantes cambios. Por un lado existe un claro intento de superar el uso de dicotomías analíticas que fueron recurrentes en el pasado (civilización/barbarie) abordando precisamente un período histórico de transición y de coexistencias complejas. Así como la firme intención de superar las confusiones entre discursos y prácticas, tan problemáticas en la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* (Caetano, Alfaro, 1995). De ahí que no sea casual que en la introducción de *Amor y Transgresión* afirmara con claridad:

Los investigadores en ciencias sociales tendemos a menudo a suponer que los poderes sociales poseen una facultad disciplinante todopoderosa, y –en el caso de los historiadores– que los individuos concretos que protagonizaron la historia real han sido poco más que juguetes de las estructuras económicas, sociales, políticas y mentales. Pero las formas que inventan los individuos para burlar, sobrevivir y convivir con los poderes e ir minándolas son infinitas, lo que no significa, por cierto, que los poderes carezcan de poder. (Barrán, 2001:22)

También en este libro existe un interés por superar una construcción analítica que consideraba a las mentalidades sin relación con la dimensión de clases sociales. Aquí Barrán tomó nota atenta de las críticas que realizó Ginzburg (1994:21-22) a la historia de las mentalidades por su connotación decididamente interclasista y el riesgo de generalizaciones indebidas. El autor en este libro subraya desde el vamos que la intimidad es un lujo que pueden tener algunos sectores sociales, aquellos en donde hay tiempo y espacios que garantizan cierta privacidad. La dimensión de clase también aparece al momento de analizar la homosexualidad y la represión policial (que recae especialmente sobre los sectores populares), y para explicar las tensiones y negociaciones que vivió Alfredo para construir su vida en ese momento.

Por último, las permanencias están ubicadas en su relación con la teoría y en la profundización de una misma línea de análisis. Continuidades en las que aún es posible detectar algunos rasgos en transición. El más importante tal vez sea que Barrán comenzó a dejar sus marcas personales en el texto, pautando cierto compromiso con la superación de la diferencia entre sujeto-objeto de investigación, que fue uno de los aportes centrales de la teoría feminista a la epistemología del conocimiento. La necesidad de asumir la existencia de un conocimiento localizado, a partir del cual se construyen preguntas y análisis, implica la explicitación de los puntos de partida del autor. No es casual que el libro se cierre, casi literariamente, afirmando: “El autor de estas líneas siente como los protagonistas de este libro aunque piensa como Proust”.





- BARTH, Frederik (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias*. México: FEC, 1976.
- BARRÁN, José, *Historia de la Sensibilidad en el Uruguay*. Tomo I y II Montevideo: EBO, 1989-1990
- _____ *Amor y transgresión en Montevideo: 1919-1931*, Montevideo: EBO 2001.
- BEHARES, Luis, "Subcultura homosexual en Montevideo". *Relaciones* N°65. Montevideo: 1989.
- BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama 2000.
- BUTLER, Judith, *El género en disputa*, Buenos Aires: Paidós 2001.
- CAETANO, G., Alfaro, M., *Cuadernos de Ciencia Política. Historia del Uruguay Contemporáneo*, Montevideo: FCU-ICP, 1995.
- D'EMILIO, John, *Making trouble. Essay on gay history, politics, and the University*. New York: Routledge, 1992.
- ELIAS, Norbert, "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados", en *La sociedad de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1998.
- FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad. La voluntad de Saber*. España: Siglo XXI, 1977.
- FRY, P. MacRae, E., *O que é homossexualidade*. São Paulo: Abril Cultural/Brasiliense, 1985.
- GIDDENS, Anthony, *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra, 1992.
- GINZBURG, Carlo, *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnik, 1994.
- GOFFMAN, Irving, *Estigma. La Identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu, [1963] 1989.
- HALPERIN, David, *How to Do the History of Homosexuality*. Chicago: University of Chicago Press, 1992.
- KATZ, Jonathan, *The invention of heterosexuality*. Chicago: University of Chicago Press, 2007.
- KOSOFSKY Sedgwick, Eve, *Epistemología del closet*, Barcelona: La Tempestad, 1998.
- LEYS STEPAN, Nancy, *The hour of eugenics. Race, gender and Nation in Latin America*. Estados Unidos: Cornell University Press, 1991.
- MARCUSE, Herbert, *Eros y civilización*, Barcelona: Seix Barral, 1969.
- MUÑOZ, Carlos, *Uruguay homosexual*, Montevideo: Trilce, 1996.
- PERLONGHER, Néstor, *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*, Buenos Aires: Paidós, 1987.
- RODRÍGUEZ VILLAMIL, Silvia (coord.), *Mujeres e Historia en el Uruguay*. Montevideo: Greemu/Logos/Fesur, 1992.
- RUBIN, Gayle, "Thinking sex: notes for a radical theory of the politics of sexuality", en ABELove, H., AINA BARALE, M., HALPERIN, D. (comps). *The lesbiand and Gay Studies Reader*. Nueva York y Londres: Routledge, 1993.

- SALESSI, Jorge, *Médicos maleantes y maricas*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 1995.
- SCOTT, Joan. “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en *Sexualidad, género y roles sexuales*. NAVARRO, M. STIMPSON. C. (comp.) México: FCE, 1999.
- VUJOSEVICH, J., PECHENY, M., KOMBLIT, A., “Discriminación de la homosexualidad: la homofobia en la ciudad de Buenos Aires en *Violencia Social y Derechos Humanos*. IZAGUIRRE, I. (comp.). Buenos Aires: Eudeba, 1998.





BARRÁN Y LA "HISTORIA RECIENTE"¹

Vania Markarian²

Jaime Yaffé³

Universidad de la República

El compromiso de Barrán con lo que seguimos llamando "historia reciente", con su eje en la última dictadura, fronteras lábiles en la segunda mitad del siglo veinte y una agenda abierta de preguntas y problemas, fue evidente en los diversos campos de su actividad profesional. Aunque cuestionaba el apelativo e insistía con "historia contemporánea", quizás porque se mantenía algo alejado de los debates y precisiones que marcan la construcción de toda nueva agenda de investigación, Barrán fue central en la legitimación académica de ese campo de estudio para los historiadores uruguayos y también en la difusión de ese conocimiento en la sociedad toda.

Aunque tenía como importante antecedente su papel en la fundación en 1986 del Centro de Estudios Interdisciplinarios del Uruguay, un espacio fundamentalmente dedicado al estudio de problemas del pasado reciente en la Universidad de la República, el momento en que expuso en forma más visible ese compromiso fue durante los dos primeros años



1. Los autores agradecen los comentarios a la primera versión de este texto formulados por José Rilla, quien igualmente no tiene responsabilidad por sus contenidos.

2. Vania Markarian es Doctora en Historia Latinoamericana (Columbia University), responsable del Área de Investigación Histórica del Archivo General de la Universidad de la República e Integrante del Sistema Nacional de Investigadores. Su último libro: *El 68 uruguayo: El movimiento estudiantil entre molotovs y musica beat*, Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

3. Jaime Yaffé es Profesor de Historia (Instituto de Profesores Artigas) y Magister en Ciencia Política (Universidad de la República). Docente de la Universidad de la República. Profesor Adjunto e investigador en el Instituto de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales. Integra el Sistema Nacional de Investigadores. Su último libro (en coautoría): *Medio siglo de historia uruguayo 1960-2010*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2012.



La lucha por la liberación de los presos políticos al final de la dictadura. (Foto de Nancy Urrutia).

de la presidencia de Tabaré Vázquez, entre 2005 y 2006. Ese impulso se desarrolló simultáneamente en varios frentes y estuvo fuertemente condicionado por el renovado contexto político que generó el acceso del Frente Amplio al gobierno nacional y por la relación personal que Barrán tenía con algunas de las figuras del nuevo gobierno, en particular en el ámbito de la educación y la cultura (especialmente con el ministro Jorge Brovetto, exrector de la Universidad de la República). Aunque, como se encargó de aclarar muchas veces, nunca fue un militante orgánico de ningún grupo o partido, no ocultaba su cercanía ideológica y cultural con la izquierda y su simpatía y adhesión política al Frente Amplio. En ese sentido, no debería haber sorprendido que aceptase integrar el Consejo Directivo Central (CODICEN) de la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP), si no fuera por el hecho de que hasta entonces había sido remiso a ocupar cargos que lo distrajesen de las tareas estrictamente académicas, en particular de la investigación y de la escritura a las que dedicaba gran parte de su tiempo desde la dictadura.

Fue precisamente en su condición de vicepresidente del CODICEN entre marzo de 2005 y octubre de 2006 que desplegó una de sus más claras iniciativas de impulso a la “historia reciente”. El protagonismo de Barrán debe entenderse en el marco de un lineamiento político claro por parte tanto del gobierno nacional como de las autoridades del sistema educativo bajo la órbita de la ANEP en el sentido de jerarquizar el estudio de ese tramo del pasado (y muy especialmente del período dictatorial) en los programas de historia impartidos en la enseñanza primaria y media. Este impulso se inscribió a su vez en un cambio más general relativo al giro que el acceso de la izquierda al gobierno nacional significó, entre otras cosas, en la atención y las políticas del Estado uruguayo hacia la problemática de las violaciones a los derechos humanos cometidas luego del golpe de Estado de 1973 y en el período inmediatamente anterior.

Desde la vicepresidencia del CODICEN, Barrán asumió la defensa pública de la necesidad y conveniencia de extender la enseñanza de la “historia reciente” entre niños y adolescentes, al tiempo que condujo personalmente la tramitación de la iniciativa dentro del organismo cuya dirección integraba. No se trató de una mera reforma de planes de estudio, puesto que la temática ya figuraba en los programas de enseñanza secundaria desde hacía varios años (aunque no en los de primaria), sino fundamentalmente de una exhortación a los docentes, cuerpos inspectivos y mandos medios de primaria, secundaria y educación técnico-profesional a jerarquizar los contenidos referidos al período en cuestión.⁴

4. Durante el primer gobierno democrático tras el fin de la dictadura, la ANEP, presidida por el historiador blanco Juan Pivel Devoto, puso en marcha un nuevo plan de estudios para la enseñanza secundaria (plan 1986) que hizo llegar el programa de Historia del tercer año liceal hasta “el restablecimiento de la democracia” ocurrido apenas un año antes.

Para ello, el paso más concreto que se implementó durante la gestión de Barrán fue la realización de cursos de actualización y profundización y de una guía de lecturas para los profesores de enseñanza media y los maestros de la primaria.⁵ La selección mediante llamado público abierto y compulsas de méritos de los docentes a cargo de esos cursos (que finalmente terminaron transformándose en una serie de conferencias grabadas por TV Ciudad y difundidas por Televisión Nacional a lo largo del año 2006) fue uno de los puntos más objetados por la oposición, bajo la acusación de sesgo partidario e intentos de construcción de una “historia oficial”. Esta impugnación de los investigadores encargados de los cursos se hacía extensiva al conjunto del profesorado en el caso de secundaria al que se consideraba mayormente alineado con el Frente Amplio y reacio a los partidos tradicionales.⁶

Era algo que Barrán reconocía como problema a tener en cuenta:

En realidad, yo no creo que el cuerpo docente tenga obsesión por la historia académica. El temor de los blancos no es desatinado. Parte del profesorado hace años que está identificado con la izquierda. Y como lee tan poco, funciona a partir del esquema de la izquierda (Markarián y Yaffé, 2010: 189).

Seguramente por ello, uno de los énfasis de los diálogos que mantuvo con el equipo seleccionado en el llamado antes referido fue la necesidad de preservar la amplitud y pluralidad en la presentación de distintos puntos de vista sobre los temas a considerar. Desde el comienzo Barrán había insistido en que los cursos fueran impartidos por investigadores de esos períodos como modo de poner en contacto a los docentes de primaria y secundaria con los universitarios que realizaban investigación original al respecto, estaban por tanto al corriente de las diferentes interpretaciones existentes y manejaban la diversidad de fuentes primarias disponibles para su conocimiento. Enfatizaba así la importancia de acercarse a esas décadas no para cerrar las inevitables polémicas que siguen ocasionando y, menos aún, para satisfacer ánimos ejemplarizantes, sino para mostrar todas las dificultades concretas que implica la construcción de conocimiento sobre el pasado de acuerdo a las reglas del oficio del historiador, en este caso tensionadas por

El contenido y fundamentación de dicho programa se encuentran disponibles en http://web.ces.edu.uy/ces/index.php?option=com_content&view=article&id=1080:plan-1986-tercer-ano-cb-c-sociales-historia&catid=2&Itemid=60

5. La presentación de la iniciativa (a cargo del propio Barrán), los currículos de los investigadores seleccionados, el plan general, el detalle analítico y bibliográfico de cada curso, y la guía de lecturas elaborada pueden consultarse en la página de la ANEP: <http://www.anep.edu.uy/historia/>

6. Véase el contenido de las impugnaciones en F. Alvez y L.F. Cerri: 2009.



las subjetividades de los protagonistas y el peso de ese pasado en el presente.

Esta actitud estaba en sintonía con una posición que lo caracterizó durante toda su trayectoria y que aparece claramente en varias entrevistas concedidas en los años noventa a partir del éxito editorial de su *Historia de la sensibilidad* (Barrán: 1989 y 1990). Barrán tenía confianza en las virtudes de una actitud abierta y sincera del historiador frente a los documentos, testimonios y otros rastros del pasado a la hora de reconstruirlo e interpretarlo. La insistente defensa de la objetividad del método historiográfico podía sonar algo pasada de moda en medios académicos e intelectuales, definitivamente influidos por el giro subjetivo y el constructivismo, sobre todo proviniendo de uno de los introductores de varias de esas tendencias. Barrán no solía detenerse a explicar sus aparentes paradojas, como tampoco analizaba su afirmado nacionalismo, especialmente en relación a la inserción de Uruguay en la región.⁷ Quizás también en eso era hijo de su tiempo, de un tiempo de marcadas transiciones entre formas de acercarse al pasado.

Digamos, en todo caso, que Barrán reconocía las tensiones que entrañaba la enseñanza de la “historia reciente”. Las consideraba una expresión de problemas similares a los que se pueden registrar con cualquier otro período histórico. Al mismo tiempo, sostenía la extrema conveniencia de dar un espacio privilegiado al estudio de ese pasado en los cursos de historia en los niveles primario y secundario porque los perjuicios de no hacerlo le parecían aún mayores que los posibles riesgos de llevar adelante la tarea. Apoyaba esta convicción en dos fundamentos. El primero refería al valor que le asignaba a la enseñanza de la historia (en particular de la más cercana en el tiempo) en la formación cívica de los alumnos, adhiriendo a la vieja idea de que la historia es una fuente de enseñanzas, maestra de la vida y madre de la verdad, en la formulación más clásica:

Frente a la necesidad y al interés que el alumno tiene por la historia más actual, y al temor del uso político de la historia, es necesario calibrar bien, de tal manera, de que por el temor no dejemos de enseñar. Porque el conocimiento del pasado es vital para formar al alumno como ciudadano. Si no la historia parece a veces como una asignatura casi gratuita, ¿por qué estudiar la fundación de Montevideo? Porque está en los orígenes de la nacionalidad, sí, pero también porque de alguna forma es el origen del país como nación soberana. ¿Y por qué estudiar la actualidad?

7. Por ejemplo, en ocasión de discutirse una propuesta de cambio de la fecha de la independencia del Uruguay, la Comisión de Educación y Cultura de la Cámara de Senadores requirió la opinión, entre otros, de Barrán quien se pronunció en contra por considerar que era “peligroso para la nacionalidad”. El texto completo de la carta dirigida a la comisión senatorial el 20 de mayo de 2006 puede consultarse en J.P. Barrán, 2010: 121-138.

Porque la historia del pasado más inmediato es la futura comprensión del presente. (Barrán: 2007)

El segundo fundamento que en aquellas discusiones expuso para apoyar su posición por la negativa: se mostraba convencido de que si la educación formal no se ocupaba de satisfacer esa curiosidad de conocimiento que creía percibir en los alumnos, otros agentes lo harían de una manera que juzgaba perniciosa. De allí la idea de que las desventajas de no enseñar eran mayores que los problemas involucrados en la inclusión de esos períodos en los cursos curriculares:

El riesgo de enseñar la historia presente (sic) no es nada frente al riesgo de no enseñarla. Porque entonces se deja libre el terreno a todas las otras fuentes, empezando por los partidos políticos, que intentarán dar su visión del pasado. Todo el mundo lucha por su visión del pasado. El pasado no es un terreno del cual un partido político o una ideología pueda prescindir. [...] Ud. corre el riesgo de dejarle a esas fuentes de información partidarias, ideológicas, periodísticas (...) la articulación de una visión del pasado, que no tenga ni por asomo algo de cientificidad. (*Enlaces*: 7).



En particular, fundamentaba esta idea en el papel de la enseñanza como compensadora de la influencia, que consideraba muy negativa, de los medios de comunicación masiva en la formación de las visiones del pasado. Citó para ello a dos ex presidentes del CODICEN a los que apreciaba especialmente y que habían estado vinculados con administraciones de los partidos tradicionales:

En los fundamentos de la enseñanza de la historia reciente (...) Pivel Devoto y Germán Rama coinciden en que es una forma de luchar contra la influencia absoluta, muy esquemática de los medios de comunicación y de su comprensión de la historia contemporánea del Uruguay (...) La única manera de jaquear a los medios de su influencia determinante, nociva, que casi no permite el enfrentamiento, porque es totalitaria por sí misma, es enseñar en las escuelas y en los liceos la historia oral (sic). Porque en una clase, un alumno, por definición, a la persona que está enfrente, la cuestiona ... Allí hay diálogo. [En cambio] la visión [de los medios de comunicación] tiende a ser, no en todos los casos, pero en la mayoría, monolítica. La interpretación es una sola, no se ofrecen, como debe ser en la enseñanza, diversas opciones. (Mantero-Vidal: 31-32).

En definitiva, el posicionamiento de Barrán sobre la enseñanza de la "historia reciente" revelaba un aspecto mucho más trascendente de sus concepciones: la fuerte confianza en el rol iluminador de la educación laica y su íntima relación con la formación de individuos capaces de ejercer y defender sus derechos cívicos y, más en general, de ejercer la

libertad, principio en cuyo valor puso gran énfasis y al que, como dijo en un tramo de una entrevista que se transcribe más adelante, consideraba como origen de todos los demás. Decía al respecto:

La virtud de la enseñanza está en que es siempre cuestionable y además, si respeta sus principios, en que el saber debe ser presentado como cuestionable: eso es la enseñanza laica. Todo saber debe ser presentado como cuestionable, como construido, y si fue construido puede ser reconstruido, y siempre algún elemento a revisar tiene. Si usted enseña historia reciente, aunque la enseñe mal, prejuiciosamente, el alumno tiene más defensas que ante la visión de la historia reciente dada por un periódico, un programa televisivo, una ideología, o un partido. O el silencio ... el silencio absoluto no existe, si la enseñanza no lo cubre va a ser llenado por otro lado. (*Enlaces*: 8).

Entre setiembre de 2005 y noviembre del 2006, casi al mismo tiempo que actuaba en la ANEP, Barrán llevó adelante otra iniciativa relativa al conocimiento de la “historia reciente” al aceptar ser uno de los supervisores académicos de la investigación sobre detenidos desaparecidos encargada por la Presidencia de la República. A fines de marzo de 2005, a fin de dar cumplimiento con una de las previsiones que aún se consideraban insatisfechas del artículo 4 de la Ley de Caducidad aprobada veinte años antes, el Presidente Vázquez, en consulta con el Rector de la Universidad de la República, había solicitado a Barrán que se ocupara junto con Gerardo Caetano y Álvaro Rico de conducir una investigación sobre el destino de los ciudadanos uruguayos desaparecidos durante la dictadura. Se pretendía de este modo dar contexto y complementar el trabajo encomendado al equipo que, bajo la conducción del arqueólogo José López Mazz, llevaría a cabo la búsqueda de restos óseos de los desaparecidos. (Rico, 2007).⁸ Desde el punto de vista del gobierno, la decisión era interesante porque apuntaba a abordar esos hechos desde métodos y criterios “científicos”, colocados así por encima de banderías e intereses supuestamente ajenos a la academia, y hacía de la dictadura y sus crímenes materia de dos disciplinas, la historia y la arqueología, que suelen remitirse a un tiempo saldado, relativamente ajeno a las discusiones vivas de una colectividad. (Marchesi y Markarian, 2012: 227).

Los historiadores convocados acordaron dividir sus funciones de modo que Rico se encargó de la coordinación ejecutiva de la investigación mientras que Barrán ofició junto a Caetano como asesor académico de la misma. Su involucramiento en este emprendimiento tuvo que ver directamente con el desarrollo y legitimación social de la “historia

8. Los resultados de la investigación arqueológica fueron publicados en el mismo momento como último (quinto) tomo de la misma serie en que se publicó la investigación histórica.

reciente” como campo de investigación. La participación de Barrán como supervisor de una investigación ajena a sus propios intereses como historiador, indudablemente derivaba de su compromiso cívico y ético con el tema que la motivaba. Según su propio testimonio, “En este caso estaba más convencido, que con la asunción del cargo en el CODICEN. Fue más sentido como un deber cívico al que podía y debía acceder” (Markarián y Yaffé: 2010,190). Pero su aceptación también puede inscribirse en una línea de compromiso estrictamente académico y sus repercusiones se sintieron especialmente en ese terreno.

La presencia de Barrán, que por entonces ostentaba desde ya hacía varios años la condición de ser el más prestigioso de los historiadores vivos en Uruguay, tenía un fuerte efecto legitimador de una investigación que se desarrollaría bajo la atenta mirada crítica (y la sospecha) de una parte importante de la oposición política y de la mitad de la ciudadanía que no había votado por el Frente Amplio en octubre de 2004. Como él mismo contó un par de años más tarde: “Le dije al Presidente [Tabaré Vázquez], que me llamó, que estando yo en el CODICEN no podía hacer mucho. [...]. A esta altura creo que me han convertido en una especie de figura académica ‘a usar’, que prestigia muchas cosas”. (Markarián y Yaffé: 190).

Más allá de esta razón, utilitaria y hasta oportunista, si se quiere, de su presencia como supervisor, Barrán tenía muy claro que esa investigación tendría un importante impacto social y político en relación a valores que él apreciaba fuertemente. Una vez concluido el trabajo, y tras haber repasado en detalle las miles de páginas del informe que se entregó a la Presidencia de la República, hacía en tono de balance y prospecto esta reflexión:

Es claro que a la larga esa investigación va a contribuir al conocimiento del horror de la dictadura y es para mí absolutamente clave que la sociedad se forme en el horror al autoritarismo y el totalitarismo. Es importantísimo. Lo dije en el Paraninfo [al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de la República el 12 de abril de 2007] y lo siento profundamente. Los ideales de la Revolución Francesa para mí, como para la burguesía de aquella época, siguen siendo esenciales, sobre todo el de la libertad del cual derivan todos, porque si no hay libertad, la igualdad y la fraternidad tampoco funcionan. (Markarián y Yaffé : 190-191).

Las acciones que recién reseñamos, tan costosas en términos de tiempo y esfuerzo físico en la última etapa de su vida, mostraron su compromiso con esos ideales de la modernidad. Se puede afirmar también que su convicción acerca de la necesidad de conocer y difundir los aspectos más terribles de la violencia del Estado en los años setenta tenía que ver con la proyección de esos ideales en su obra historiográfica: eran los aspectos más flagrantemente violatorios de unas normas de convivencia y una

serie de pactos ciudadanos que, con todos los matices y salvedades posibles, hacían a la imagen del pasado nacional que el propio Barrán había contribuido de modo central a construir. Su obra historiográfica, como todas las formas del conocimiento social y humanístico, debe entenderse en el contexto inmediato de los diferentes momentos que le tocó vivir, sin por eso caer en reducciones mecanicistas sobre la relación entre textos y contextos. Así, los siete volúmenes de la *Historia rural del Uruguay moderno* (Barrán y Nahum, 1967-1978) tienen en su germen la preocupación, tan propia de los años sesenta, por el destino del país y los orígenes de su crisis social y económica, mientras los ocho tomos de *Battle, los estancieros y el imperio británico* (Barrán y Nahum 1979-1987) muestran la revalorización de la política en los ochenta, un tiempo de restricciones que empezaba a vislumbrar la posibilidad de una salida democrática. Luego de la dictadura, sus numerosos libros en solitario sobre lo que llamó “historia de la sensibilidad”, con énfasis en los poderes disciplinantes del Estado y el poder médico, expresaron también una particular agudeza para captar las prevenciones que grandes sectores de la sociedad uruguaya habían desarrollado durante la dictadura frente a cualquier intento de implantar “un nuevo orden y una nueva autoridad”, como explica Nicolás Duffau en este mismo volumen.

Pero además de incursionar en la historia para entender sus repercusiones en el presente o para tratar de contestar preguntas actuales (por aquello de que toda historia es historia contemporánea), Barrán estaba convencido de que los historiadores, con las herramientas de su oficio, podían contribuir a entender el período autoritario propiamente dicho. Todos quienes fueron sus alumnos y también todos los que simplemente le acercaron sus trabajos para conocer su opinión y aprovechar sus comentarios, supieron de su capacidad para entusiasmarse por los más diversos temas y problemas, incluso los más alejados de su vasta e influyente producción historiográfica. Este entusiasmo fue particularmente patente frente a quienes creían que las décadas marcadas por la experiencia de la última dictadura podían considerarse parte de la historia y merecían, por tanto, el esfuerzo de definir un campo de estudio que trascendiera el ensayo, el testimonio y la denuncia. No dudó nunca en alentar a sus alumnos y colegas de diversas edades y orientaciones intelectuales a investigar sobre los diferentes aspectos de ese pasado, advirtiendo siempre sobre la necesidad de mantener un alerta especial frente a las posibles trampas de la memoria, los afectos y las adhesiones partidarias.

Quizás este doble movimiento de aliento y prevención puede vincularse con su forma de entender el pasado también como sucesión de generaciones, como un proceso de transmisión de experiencias y valores. Varias veces señaló que su interés por el novecientos tenía que ver con que correspondía a la etapa formativa de sus padres, como si su preocupación intelectual tuviera un componente fundamentalmente

psicológico (y afectivo) de comprensión del mundo que le había sido legado por sus progenitores y cuyos trazos cada vez más evanescentes trataba de rastrear en el pasado:

Es una manera de entenderme y no sólo desde el punto de vista de los ancestros que forman parte de uno. Como yo puse mis fantasmas allí [en la investigación sobre medicina y sociedad en el novecientos] es probable que la sintonía con los fantasmas de otros se produzca de inmediato. Si uno pone algo de su vida, generalmente habrá resonancias con otras vidas. Esta repercusión no es meramente intelectual es también emocional.⁹
(Daverio : 2)

Seguramente algo de eso se transmitía también a su percepción de la necesidad de otras generaciones de historiadores de acercarse críticamente a los años sesenta y setenta, a fin de cuentas los más inmediatamente influyentes en la realidad política, social y cultural que los rodeaba e intentaban entender.

Hay mucho más para decir sobre la forma en que Barrán concibió la necesidad de estudiar la “historia reciente” y sobre sus múltiples influencias en quienes nos dedicamos a investigarla. Hemos reseñado brevemente la forma en que su prestigio intelectual sirvió para alentar y legitimar la formación de ese campo como un espacio más o menos separado de otras formas de conocimiento como el testimonio y la denuncia (aunque siempre en diálogo con ellas), así como para incluir esos temas en la escuela y el liceo. Hemos tratado de explicar también algunos de los motivos éticos, políticos y personales que impulsaron esa forma de entender la investigación y la enseñanza de la historia en relación con las preguntas y problemas del presente.

Podríamos decir también que la práctica historiográfica de Barrán, especialmente su apertura en términos heurísticos, fue siempre una inspiración para ser creativos a la hora de tratar temas y asuntos que no pueden abordarse con una concepción conservadora del archivo y las fuentes. Y quisiéramos marcar, por último, algo más difícil de captar en sus textos pero que creemos que también habilitó la posibilidad de dedicarse al estudio de ese pasado tan marcado por experiencias traumáticas y formas antagónicas de entender el mundo. Barrán tenía una cierta distancia irónica frente a las cosas, un alejamiento siempre teñido de un humor suave y amable, una duda permanente sobre las verdades demasiado absolutas. Pero eso no lo convertía en un relativista absoluto. Y ese balance delicado entre distancia y compromiso tuvo un efecto particularmente productivo a la hora de alentar a quienes querían hablar de esas experiencias y visiones del mundo desde la especificidad del saber historiográfico. Quizás la siguiente cita, tomada de una extensa carta



9. La obra de investigación a la que se refiere es J.P. Barrán, 1992, 1993 y 1995.

de comentarios y reflexiones a propósito de una tesis doctoral sobre la izquierda uruguaya durante la dictadura, ilustra ese aspecto de su personalidad y magisterio. Fue escrita justo el día en que Estados Unidos invadió Irak en marzo de 2003:

Escribir sobre esto el día que se inició la guerra me hace recordar una anécdota de Balzac que quiero contarte:

Estaba Balzac de conversación con unos amigos en el París cuyas calles asistían a la revolución de 1830. Se referían, como es obvio para nosotros, a la situación política, cuando el escritor les dijo: –Volvamos a la realidad, hablemos de Eugenia Grandet.¹⁰

La cita evoca una imagen que ha aparecido en varias crónicas y reportajes: la de Barrán con su máquina de escribir portátil corriendo a fichar fuentes en la Biblioteca Nacional en medio de los gases lacrimógenos que lanzaba la policía contra alguna movilización estudiantil a fines de los años sesenta. Es el mismo Barrán que cuando en 1978 el gobierno autoritario lo destituyó de todos sus cargos en la enseñanza pública renovó su compromiso con la investigación y la enseñanza de la historia y, al tiempo que emprendía con Nahum su segunda gran investigación, decididamente centrada en el Uruguay del 900 al que dedicaría su obra desde entonces, comenzó a reunirse con colegas más jóvenes para discutir sobre el pasado (y el presente) del país en el living de su casa. (Alfaro, 2010).

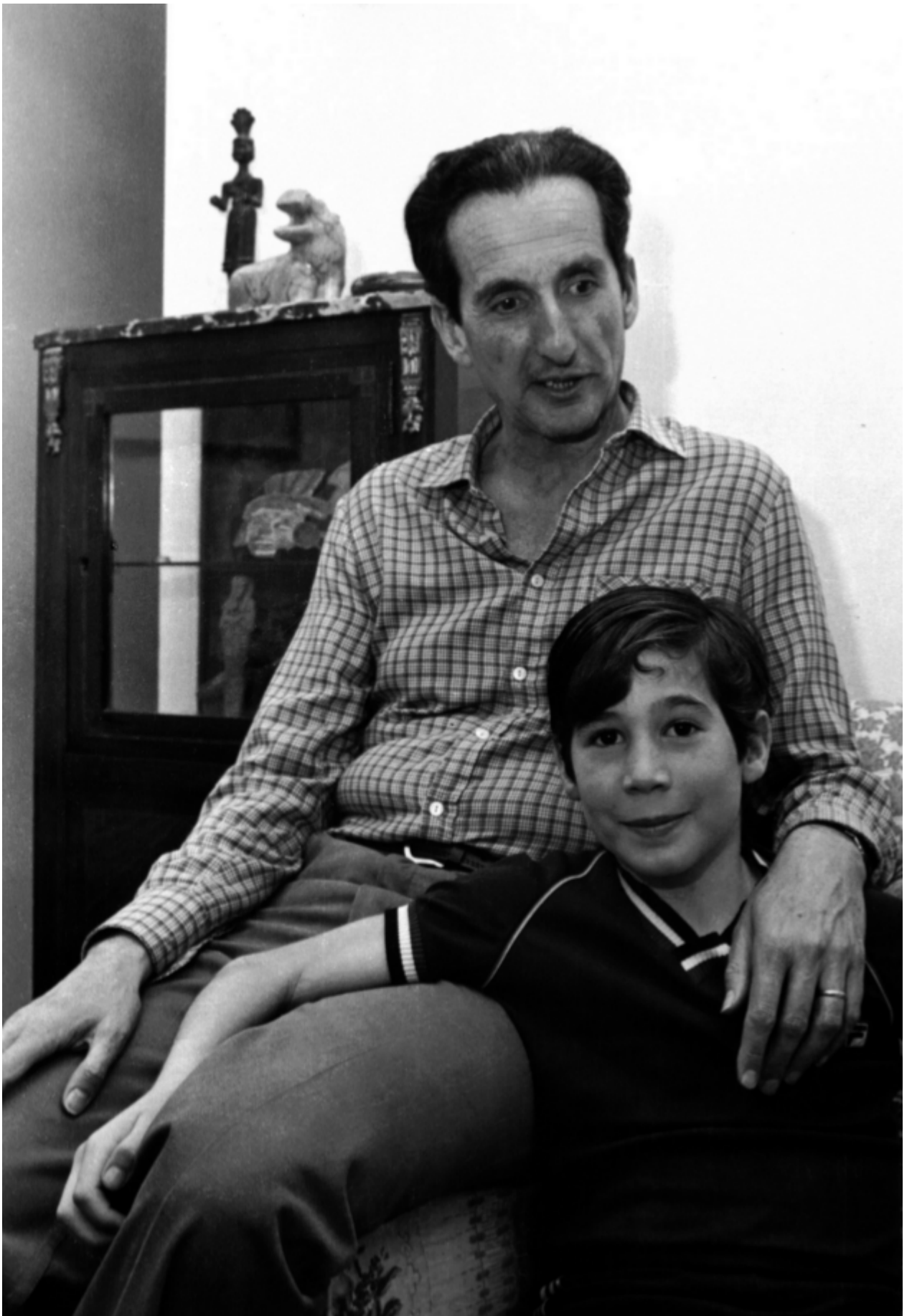
En definitiva, como hemos intentado ilustrar a lo largo de estas páginas, Barrán mantuvo con la “historia reciente” una relación que debe ser vista bastante más allá del evidente involucramiento que asumió en los últimos cuatro años de su vida. En ese breve período, una mezcla de circunstancias políticas, amistades y compromisos personales le llevó a ocupar posiciones de notoriedad pública que le habían sido bastante ajenas a lo largo de su dilatada trayectoria. Desde ellas, advirtiendo riesgos y sugiriendo criterios para lidiar con ellos, puso todo el peso de su prestigio académico y social al servicio de la causa de la enseñanza del pasado reciente entre niños y jóvenes, y de la investigación oficial sobre algunos de los aspectos más atroces del terrorismo de Estado desplegado durante la reciente dictadura. Sin embargo, hay un registro más largo, que permite percibir en Barrán una actitud abierta y bien dispuesta para la promoción de esas investigaciones por parte, sobre todo, de los historiadores jóvenes, con frecuencia más inclinados hacia el estudio de ese pasado al que él personalmente no se dedicaba. Y también una predisposición habitualmente despreciada hacia lo nuevo.



10. Carta dirigida a Vania Markarian, fechada en Montevideo 21 de marzo de 2003.

- ALFARO, Milita, "En busca del tiempo perdido: José Pedro Barrán (1934-2009), historiador y maestro", *Contemporánea*, No 1, 2010, págs. 239-243. Disponible en http://www.geipar.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2012/05/15_Recordatorios.pdf
- ALVEZ, Federico y CERRI, Luis Fernando, "Enseñanza de historia reciente en Uruguay: pasado y laicidad en el juego de la identidad", *Archivos de Ciencias de la Educación*, No 3, 2009, págs. 99-112. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4085/pr.4085.pdf
- BARRÁN, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, 2 tomos, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1989 y 1990.
- _____, *Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos*, 3 tomos, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1992, 1993 y 1995.
- _____, "Título Doctor Honoris Causa para José Pedro Barrán". *Universia Uruguay*, 4 de diciembre de 2007. Disponible en <http://www.universia.edu.uy>
- _____, *Epílogos y legados. Escritos inéditos / Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010.
- BARRÁN, José y NAHUM, Benjamín, *Historia rural del Uruguay moderno*, 7 tomos, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1967-1978.
- _____, *Battle, los estancieros y el imperio británico*, 8 tomos, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979-1987.
- DAVERIO, Andrea, "El intelectual debe ser demoledor". Entrevista a J.P. Barrán. *El País Cultural*, 4 de julio de 1997, págs. 1-3.
- ENLACES, "Entrevista al profesor José Pedro Barrán". Sin firma. Revista *Enlaces*, No 3, julio-agosto 2007, págs. 4-9.
- MANTERO, Gerardo y VIDAL GIORGI, Luis: "Que la historia tenga o no sentido importa relativamente poco. Lo que importa más es que para nosotros, como personas, la vida tenga sentido". (Entrevista) Montevideo, *Socio Espectacular*, junio 2007, págs. 28-34.
- MARCHESI, Aldo y MARKARIAN, Vania, "Cinco décadas de estudio sobre la crisis, la democracia y el autoritarismo en Uruguay", *Contemporánea*, No 3, 2012, págs. 213-242.
- MARKARIAN, Vania y YAFFÉ, Jaime: "¿Cómo pude haber escrito esto?" Entrevista a J.P. Barrán. *Contemporánea*, No 1, 2010, págs. 179-194. Disponible en <http://www.geipar.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2012/05/11>.
- RICO, Álvaro (coordinador), *Investigación Histórica sobre Detenidos Desaparecidos en cumplimiento del Art. 4º de la Ley 15848*, 4 tomos, Montevideo: Presidencia de la República - Dirección Nacional de Publicaciones e Impresos Oficiales, 2007.





El próximo Barrán. Recuerdos, ideas, hipótesis¹

Gerardo Caetano²

Universidad de la República SNI

A Juan Pedro Barrán Capurro

Conocí en forma personal a José Pedro Barrán entre fines de 1978 y comienzos de 1979. El ya era un referente primordial para los historiadores jóvenes que por aquellos años difíciles hacíamos nuestras primeras armas en investigación, en el marco del Programa de Historia del CLAEH que dirigía Carlos Zubillaga. Habíamos leído con pasión muchos de sus libros, sabíamos que había sido destituido por la dictadura y que había sufrido un fuerte quebranto de salud. Barrán acababa de publicar en junio de 1978 con Nahum el último tomo de la colección *Historia Rural del*



257

1. El texto siguiente retoma y profundiza algunos pasajes de un trabajo anterior del autor: Gerardo Caetano, "José Pedro Barrán o "la historia como hazaña de la libertad", en (Varios autores), *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp. 193 a 220.

2. Gerardo Caetano es Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Coordinador Académico del Observatorio Político del Instituto de Ciencia Política, Universidad de la República (desde el 2005 a la fecha). Entre el 2000 y el 2005 fue Director del citado Instituto. Director Académico del Centro para la Formación en Integración Regional. Es miembro de la Academia Nacional de Letras y de la Academia Nacional de Ciencias del Uruguay. Miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Nacional de Historia de la República Argentina. Investigador Nivel III del Sistema Nacional de Investigadores. Investigador y Catedrático Titular Grado 5 en la Universidad de la República. Autor de numerosas publicaciones en áreas de su especialidad. Ha obtenido varias distinciones y premios académicos nacionales e internacionales por su obra.



Dos generaciones:
junto a su hijo
Pedro. (Fotografía
de Marcelo
Isaurralde)

*Uruguay Moderno*³ y en ese enero de 1979 escribía lo que iba ser un prólogo pero se convirtió en el Tomo I de la nueva colección que estrenaba también junto con Nahum, *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*.⁴ En muchos pasajes de *El Uruguay del Novecientos* se prefiguraban muchos de los nuevos temas, intereses y preguntas que por distintos motivos ya por entonces comenzaban a inquietar a un Barrán cuarentón. Lo conocí en una de aquellas reuniones en la que los historiadores uruguayos de entonces, aquellos que todavía residían en el país (Barrán, Nahum, Zubillaga, Jacob, Rial, entre otros), se convocaban para discutir sus trabajos y proyectar un mejor futuro para el desarrollo de la disciplina, en un país todavía sometido a una férrea dictadura.

Para los más jóvenes aquellas reuniones eran instancias casi épicas en las que celebrábamos el poder escuchar a quienes considerábamos nuestros maestros y en las que a veces, solo a veces, nos animábamos a intervenir con alguna pregunta y con alguna reflexión. Todos sentíamos, sin duda los más jóvenes, pero creo que también los más experimentados, que discutiendo sobre nuestras investigaciones calificábamos nuestro oficio y que de esa manera también contribuíamos para apresurar el fin de la dictadura y la recuperación democrática. Recuerdo muy especialmente que en una de las primeras reuniones tocó el comentario de un artículo que había escrito en colaboración con Jorge Balbis y que había sido publicado en la revista *Cuadernos del CLAEH*.⁵ Como lo vería hacer en tantas oportunidades en el futuro, Barrán fue riguroso pero sumamente generoso en sus comentarios, preocupándose especialmente por alentar nuestro trabajo y por tratarnos de igual a igual, sin paternalismos. En aquellas reuniones nació una amistad fraternal y entrañable, cimentada en un sinfín de sintonías, un vínculo que perduraría y se incrementaría durante más de treinta años y que aun hoy me acompaña siempre.

Fue así que la vida me regaló la oportunidad de ser testigo muy cercano de lo que creo en verdad fueron los años culminantes en la trayectoria de Barrán como historiador y también los más felices y plenos de su vida. Era muy pudoroso y sobrio para hablar de sus afectos e intimidades, solo lo hacía en familia y entre sus amigos más cercanos. Pero con ellos aprendió a compartirlo todo, de manera muy radical y generosa, de lo cual podemos dar fe algunos pocos. No puedo ni quiero transgredir aquel pacto tácito de intimidades. Forma parte de un afecto

3. Cfr. José P. Barrán-Benjamín Nahum, *Historia Rural del Uruguay Moderno. Tomo VII. Agricultura, crédito y transporte bajo Battle. 1905-1914*, Montevideo: EBO, junio 1978, 199 páginas.

4. Cfr. José P. Barrán-Benjamín Nahum, *Battle, los estancieros y el Imperio Británico. Tomo I. El Uruguay del Novecientos*, Montevideo: EBO, diciembre 1979, 278 páginas.

5. Cfr. "Los sectores conservadores ante el modelo batllista. La coyuntura de 1916", en *Cuadernos del CLAEH*, N° 18, Montevideo, abril-junio de 1981, pp. 43-77.

especialísimo que ha estado y estará más allá de la muerte. Por eso es que en las páginas que siguen, aunque me cueste dejar la primera persona (de la que recelo en especial en la escritura), las ideas y las hipótesis predominarán sobre los recuerdos, en especial sobre aquellos más personales.

Las consideraciones que siguen no me han resultado sencillas. Por ello están muy recostadas en la profundización de textos y análisis anteriores. No puedo ocultar que a cuatro años de su muerte todavía me cuesta muchísimo hablar y escribir sobre Barrán y su obra como objetos de análisis. Aunque su presencia entre nosotros es permanente y cotidiana, se lo extraña mucho, demasiado. En particular, su último periplo del que trata este artículo, el análisis de su última agenda, la “despedida” de su último libro, sus reportajes, compromisos y discursos del tramo final de su vida, mantienen un aura de inspiración muy fuerte. Como me preocupo por señalarlo siempre, se trata de consideraciones que no ocultan la admiración del discípulo y el cariño de una amistad fraternal muy intensa, que como toda relación con un maestro tuvo –y tiene– mucho de filial. Creo que este reconocimiento no obsta para el carácter académico de este abordaje.

Cabe una última aclaración introductoria que tiene que ver con el título y con la dedicatoria de este texto. Tengo infinitos motivos para expresar una enorme gratitud por todo lo que le debo a José Pedro Barrán. Entre esos motivos figura el gran honor que me concedió para ser quien presentara muchos de sus libros, en especial el último. Siempre que presenté sus libros señalé una convicción que no nacía de la amistad sino del análisis riguroso: si bien sus trabajos siempre fueron magníficos, una y otra vez estuve seguro que deberíamos esperar al próximo libro para encontrarnos con el mejor Barrán. Y con su pasión y su talento de investigador, él nunca defraudó esa expectativa. Cuando con Marcelo Viñar y Daniel Gil presentamos su libro sobre la intimidad, la moral y el divorcio en el 900, sabíamos bien –también él, por supuesto– que entonces no habría próximo y que comenzaba la despedida. Sin embargo, cuando releo sus textos, cuando buceo en su recuerdo, cuando a cada paso me reaparecen sus dichos y su pensamiento ante circunstancias concretas de la vida cotidiana, cada vez me persuado más que él sigue entre nosotros. Sus ideas, en particular las de su último periplo, nos siguen interpelando y se renuevan en cada una de nuestras propias indagatorias, que siempre lo tienen como acicate e inspiración, a menudo como interlocutor imaginario. Sigo pensando que el mejor Barrán nos aguarda tras la relectura y el recuerdo, que sus aportes han dejado muchas pistas todavía no descubiertas y que deben ser trabajadas en plenitud. Es por eso que creo que para entender al “último” Barrán hay que hablar del “próximo” Barrán. Y también ese es el motivo para que no haya encontrado mejor opción que dedicarle este trabajo a Juan Pedro Barrán Capurro, el segundo de



sus nietos recién nacido este año, a quien todavía no conozco pero cuya sola mención me emociona.

La última agenda: ideas, revisiones sobre el oficio, hipótesis y convicciones

Fueron los últimos veinte años de la vida de Barrán, los que van desde la publicación del Tomo I de la *“Historia de la sensibilidad”*, *“La cultura bárbara”*, en 1989, hasta su muerte acaecida en setiembre del 2009, un período verdaderamente culminante de su trayectoria intelectual. Obsérvese de paso el muy particular tramo histórico que sirvió de marco de época a su última trayectoria. Lector atento y actualizado de la producción de su disciplina, pero también abierto a otros campos científicos y culturales, Barrán pudo comprometerse de forma muy radical con la empresa de comprender a cabalidad los aspectos que más le interesaban e interpelaban del mundo en mutación vertiginosa que le tocaba vivir. Su curiosidad fue más intensa que extensa, se focalizó en aquellos temas que eran los ejes de su preocupación como historiador y en general desdeñó adentrarse en otros escenarios. Sentía que expandir su mirada podía quitarle fuerzas y disponibilidad para profundizar de veras en sus intereses prioritarios, cada vez más acuciantes.

Sin embargo, como lo prueban muchos textos de sus últimos años, su voluntaria especialización –que defendió a capa y espada contra las múltiples demandas que le llegaban– no le inhibió de asumir en ocasiones especiales el riesgo de reflexiones que buscaran una interpretación más abarcativa de su tiempo. Desde el rigor del investigador radicado a plenitud en su parcela de intereses, se preocupó en determinadas instancias por comprender –y ayudar a comprender– el “giro de época” de su contexto histórico. En verdad sintió en profundidad la inflexión de esas dos décadas. En ese sentido, no resulta casual que el último capítulo de su último libro haya estado dedicado a interpelar su contemporaneidad, esa operación que cultivaba mucho en su vida cotidiana pero que en general resistía sumar a su trabajo intelectual más público, expresado sobre todo en sus libros.⁶

De allí que revista un interés especial repasar algunos núcleos prioritarios de sus indagatorias de esos últimos años, en tanto reveladores de intereses y definiciones que de algún modo terminaron por culminar su faena como historiador y como intelectual comprometido con su tiempo. En ese sentido, en el inicio de una reseña no necesariamente secuencial ni jerarquizada de los asuntos que marcaron su agenda

6. Cfr. José Pedro Barrán, *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2008, pp. 297 y ss. (Capítulo 8. “Impresiones: la nueva moral privada del novecientos y la actual”).

intelectual en esos años, habría que señalar en primer término su crítica creciente a toda visión determinista de la historia, con la recuperación alternativa de un sentido más contingente de las tramas del pasado. Ello lo llevaba a un distanciamiento cada vez mayor respecto a las interpretaciones de cuño más o menos “estructuralista”, del tipo de las que partían de la base de que “el pasado había sido lo que debió ser, lo único que pudo ser, [...] un juego a escrutar regido por un mecanismo de relojería entre fuerzas económicas, sociales, culturales y políticas”⁷

Esa visión sobre la indeterminación radical de todo proceso histórico lo llevaba a converger en la necesidad de explorar más hondamente en torno a los márgenes de libertad de los sujetos históricos concretos, frente a las estructuras de poder antes consideradas poco menos que imbatibles y absolutamente dominantes.

A las explicaciones del pasado que reducen sus claves explicativas a la fuerza con que la clase dominante, la economía capitalista, el Estado moderno o la mentalidad colectiva modelan a los integrantes de la sociedad, es legítimo oponer la riqueza y la diversidad de la vida real, riqueza y diversidad que solo puede denotar la compulsa de los más variados testimonios. [...] Porque son los sujetos históricos concretos los que lidiaron y lidian con las fuerzas impersonales, y es de esa lucha que surge la realidad global y es esa contienda la que el historiador no debe omitir. Nuestro objetivo debe ser acercarnos lo más posible al hombre concreto y sus experiencias interpersonales para poder observarlo como ser a priori libre de cualquier determinismo estructural, y estudiar sus estrategias –que a veces solo pueden ser estratagemas– frente a los poderes ...⁸

De allí que Barrán insistiera tanto en sus últimos años en la “virtualidad de posibilidades” del pasado como objeto de investigación. Esto lo llevaba a enfatizar en los espacios de “libertad, azar y conflicto” como claves indispensables para recuperar la dignidad de los hechos, la peripecia específica de los hombres concretos, en procura de reconstruir “un pasado que tiene del presente su cualidad más viva, la de no estar nunca completo, la de poder ser siempre diferente a como se le describe”.⁹

Por cierto que ese rechazo al determinismo contenía como base una profunda reconceptualización del poder, noción en la que resultaba inculcable la influencia de sus lecturas de Foucault. El propio Barrán no ocultaba esa filiación de su pensamiento. “El poder o los poderes -como quiere

7. Discurso de asunción como Académico de Número de la Academia Nacional de Letras, titulado por el autor “*La Historia y el discurso del idiota*”. Fue pronunciado el 27 de diciembre de 1998 e incluido en la antología del libro (Varios autores), *José Pedro Barrán. Epílogos y legados... ob. cit.* p. 173 y ss.

8. *Ibidem.*

9. *Ibidem.*

Foucault- no lo controlan todo”.¹⁰ Era esa pista la que él privilegiaba para poder entender más cabalmente la circunstancia del “sujeto contemporáneo” o “posmoderno”, que tal vez concentraba su interés especial desde su proclividad de siempre al acercamiento al mundo de los jóvenes –que era el de sus alumnos, a los que se dedicaba de modo particular y sincero– o desde la interpelación que allí podía encontrar en relación a sus propios valores y comportamientos.

Con su afirmación individualista extrema el hombre contemporáneo puede olvidar los presupuestos sociales, económicos, culturales y políticos básicos que permiten su “egoísmo”. Pero también nosotros, al ver en ese hombre sólo su “egoísmo” ante lo público (¿debería decirse, frente al “antiguo” concepto de lo público?), podemos olvidar que el derecho a ser como se es o se quiere ser, forma parte del intento de liberación del individuo que se halla en la historia de Occidente.¹¹

En su análisis del “hombre posmoderno”, el descubrimiento de la búsqueda de libertad, de “desenmascaramiento” y, tal vez en especial, lo que registraba como “la nueva utopía colectiva de la felicidad personal”, entusiasman mucho a Barrán. Sin embargo, ello no le impedía advertir sus contradicciones y contrariedades. Podía descubrir en la subjetividad posmoderna los efectos previsibles de una “wagneriana” “caída de los dioses”, pero ello no le inhibía de registrar los nexos entre las injusticias del nuevo capitalismo y esa pulsión egocéntrica, con las consecuencias de la degradación de los nuevos vínculos interpersonales y la erosión de lo público. En ese contexto, destacaba muy especialmente “la fragmentación de los afectos del sujeto”. En la misma dirección, no dejaba de problematizar lo que entendía como la simplificación de un inevitable “casamiento entre individuación y conformismo”, advirtiendo de paso su convicción acerca de que “ningún orden social que impida claramente la autorrealización personal será aceptado por el sujeto posmoderno”.¹²

Parece plausible entonces postular la hipótesis de que estas convicciones personales –su creciente antideterminismo, su reconceptualización en torno a los límites y alcances de todo poder y su acercamiento a una interrogación cabal, no sesgada a priori, en torno al “sujeto

10. José Pedro Barrán, “Conciencia de sí e Historia”, texto identificado en su archivo informático, fechado en 2003 e incluido en forma completa en la antología de sus escritos inéditos publicada en “José Pedro Barrán. Epílogos y legados”, pp. 47 y ss. Versiones de este texto fueron publicadas por el semanario *Brecha* en sus ediciones del 21 de noviembre de 2003 y en *La Lupa* de homenaje del 18 de setiembre de 2009.

11. *Ibidem*, p. 59.

12. José Pedro Barrán, “El primado de lo subjetivo”. Texto identificado en el archivo informático del computador de Barrán, no incorporado en la antología del libro *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*, cit.

posmoderno” y su subjetividad– mantuvieron una relación dialéctica, de efectivo ida y vuelta, con los acentos de su última visión sobre la disciplina y el oficio del historiador. Esa pista puede seguirse, entre otros textos, desde el análisis de un trabajo inédito que aparece en la versión que conocemos con un título algo curioso en Barrán: “Problemas de la historiografía (uruguaya) contemporánea. Algunos rasgos externos que reproducen, en el Uruguay, a veces insuficientemente, los de la historiografía occidental contemporánea”.¹³ En dicho texto Barrán podía condensar y sintetizar un compendio de perfiles que apuntaban en la dirección de lo que podríamos señalar como una codificación de algunos de los valores que más resaltaba como propios de una Historia de buena calidad y efectivamente contemporánea: “la calidad de nuestro trabajo depende más tal vez de nuestras preguntas al pasado que de las respuestas que en él hallemos”; resulta importante registrar “la nueva relación a construir entre el sujeto y el objeto del conocimiento (como forma de enfrentar) los problemas de la objetividad”; la reafirmación del anacronismo como “el pecado mayor del historiador”; el registro preciso acerca de las implicaciones de los “nuevos paradigmas interpretativos, algunos antimarxistas, otros de un marxismo renovador y pleno de heterodoxia, todos tendientes a rescatar la vida de los sujetos históricos reales y concretos para la Historia, a insistir en que la historia de las estructuras no alude a los hombres reales y a que estos no son un mero juguete de las estructuras de dominación”; la revaloración de “la lectura minuciosa y del análisis filológico de la documentación”; “el leer más que el contar y el narrar tanto o más que el graficar”; la especificidad en la narración histórica de “un espacio para lo imprevisible, para la libertad de los sujetos históricos reales, un espacio para el poder y otro para las resistencias y aun la creatividad de los de abajo”.^{14 15}



13. José Pedro Barrán, “Problemas de la historiografía (uruguaya) contemporánea. Algunos rasgos externos que reproducen, en el Uruguay, a veces insuficientemente, los de la historiografía occidental contemporánea”, texto identificado en su archivo informático, incluido en forma completa en la antología de sus textos citada, pp. 15 y ss.

14. *Ibidem*. Todas las aseveraciones registradas estaban destacadas en negrita en el texto de referencia, que probablemente haya servido como apunte de base para una conferencia. Como recordamos y hemos podido confirmar en el relevamiento de su archivo, sus conferencias -que Barrán no leía- no eran nunca improvisadas. Presentadas con la frescura y las inflexiones de un estilo coloquial que cautivaba a sus auditorios, tenían sin embargo tras de sí una fuerte preparación, lo que a menudo se traducía en textos elaborados que luego no publicaba. En más de una ocasión confió a sus amigos que antes de sus exposiciones públicas siempre se sentía nervioso y desafiado, lo que sin duda costará creer para quienes alguna vez lo escucharon.

15. En otro fragmento del texto mencionado, Barrán refería de manera crítica algunos claroscuros de la práctica profesional de los historiadores y científicos sociales contemporáneos: “La frecuencia de encuentros académicos, desde congresos a diversos tipos de jornadas se ha hecho tan habitual en el mundo académico occidental que algunas de sus

Nacionalismo y hedonismo, Pivel Devoto y Real de Azúa.

En el plano específico de sus trabajos en la disciplina, en esas dos décadas Barrán tuvo una producción descollante.¹⁶ Pero en particular en los últimos años, emergieron de manera tal vez paralela dos tópicos que sin ser nuevos en su obra, sí reconocieron en ese último tiempo un acento distinto que no ha sido –creemos– suficientemente registrado: el reconocimiento del batllismo como el “*sostén político*” de una “*moral hedonista*” que a su juicio vertebraría a la sociedad uruguaya del siglo XX y la reafirmación argumentativa (y podríamos agregar emocional) de un marcado nacionalismo “*uruguayo*” y hasta “*uruguayista*”. Sobre este segundo tema, debe remitirse a una lectura atenta de sus informes e intervenciones ante el Parlamento a propósito de un proyecto de ley presentado en el año 2005 por el entonces Senador Julio María Sanguinetti,¹⁷ en el que se proponía una revisión del calendario de celebraciones patrias, lo que venía a significar un replanteo de la vieja discusión en torno al 25 de agosto como la fecha de la Independencia Nacional.¹⁸ En esa ocasión ambos fuimos convocados por la Comisión de Cultura del Senado, requiriéndonos la opinión a propósito del tema y del proyecto. Recuerdo muy bien que defendimos posturas distintas, lo que no resultaba una novedad pues muchas veces antes habíamos discutido sobre el punto.



consecuencias se han sentido hasta en el excéntrico Uruguay. Se han señalado ventajas y desventajas de esa transformación de los científicos, sociales y “duros” en globe-trotters. El intercambio de información, orientación, la puesta al día, es, naturalmente, la cara positiva del fenómeno. La transformación del producto final de la investigación en breves ponencias preparadas a veces aceleradamente para esos congresos en detrimento de la concentración intelectual mayor que exige el libro, el tiempo gastado en viajes y reuniones en detrimento de la necesaria reflexión y la (ausencia de una) lectura sin urgencias, son consecuencias obviamente negativas que deberían, también, apreciarse”.

16. Un análisis sumario de su extenso currículum puede verse en el texto ya citado: Caetano, “Barrán o la Historia como hazaña de la libertad”, en *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*, pp. 194 a 201.

17. Barrán mantuvo una relación muy cordial con el expresidente Julio María Sanguinetti, la que nunca se dañó por sus diferencias políticas o ideológicas. En su archivo personal hay varias cartas intercambiadas entre ellos, que dan cuenta además de un fuerte respeto intelectual y una consideración mutua. El Dr. Sanguinetti ha sido un lector muy sistemático de la obra de Barrán. Por ejemplo, en dicho archivo figuran dos cartas personales que le dirigiera en ese carácter, la primera fechada el 28 de abril de 1987 cuando era Presidente, y la segunda fechada el 1º de noviembre de 2008. Ambas cartas fueron escritas a propósito de sus comentarios sobre dos de sus libros: el tomo 7 de la colección *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico, Lucha política y enfrentamiento social. 1913-1916*; e *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Ambas comunicaciones contienen comentarios muy detallados sobre los dos libros mencionados. Sanguinetti fue además uno de los muy pocos dirigentes políticos que asistió al velatorio de Barrán, en el Paraninfo de la Universidad de la República, en la mañana del 12 de setiembre de 2009.

18. Cfr. “*José Pedro Barrán. Epílogos y legados*”, pp. 115 a 138.

Barrán no ocultaba que en este punto heredaba de manera muy consciente y asumida buena parte del modelo piveliano. Esto no solo significaba compartir muchas –no todas– las visiones interpretativas de su viejo y querido maestro. También comportaba para él recoger los fundamentos emocionales de esa postura en tanto una manera de proyectar un creciente apego propiamente nacionalista al Uruguay. Es sobre este último punto que me gustaría enfatizar el análisis. Más allá de la persistencia de muchas de las argumentaciones y fundamentos de su posición sobre el origen del Estado oriental,¹⁹ lo nuevo en este último tramo de la trayectoria intelectual de Barrán fue la reiterada explicitación pública de una creciente y afirmada adhesión al Uruguay, un orgullo nacionalista que siempre lo había acompañado pero que se acrecentó en esta última etapa. En ocasión de su último discurso al recibir el Gran Premio a la Labor Intelectual, pudo expresar este sentimiento de una manera inolvidable:

Quiero agradecer sobre todo a un hombre que fue mi maestro, Pivel Devoto, de él aprendí muchas cosas, [...] (entre ellas) el amor a mi país. Pivel decía, usando una metáfora, que la vida de Oribe era la de un junco pintado de hierro. Queriendo decir que era un hombre débil el que se aferraba a la ley, porque era lo que le daba a él fortaleza, que en sí mismo no la tenía. Y el Uruguay es igual, pero no está pintado de hierro, es un junco con hierro y es muy difícil doblegarnos entonces. Eso me lo transmitió él y siempre que pienso en mi país, en todo lo que le debo, incluyendo esto, me emociona.^{20 21}



Adviértase la significación profunda de esa vieja descripción de Maillifer sobre Oribe, en la que se destacaba el apego estricto al derecho como una condición primordial de la identidad de los países pequeños, en especial en sus vínculos con los países poderosos. Barrán siempre reconoció a Pivel Devoto como su maestro y le dedicó varios de sus libros, tanto en conjunto con Nahum como en solitario. En la casi totalidad de

19. Sobre este punto Barrán había polemizado en 1975 (el terrible “*Año de la Orientalidad*”) nada menos que con Carlos Real de Azúa, a propósito de lo que este último entendía como producto de “la poderosa influencia de Pivel sobre ustedes”, que en su perspectiva había generado una “adhesión incondicional a la antigüedad del independentismo uruguayo...” Para seguir el muy rico intercambio de cartas entre Barrán y Real de Azúa, cfr. Varios, *Las brechas en la historia. Tomo 1. Los períodos*. Montevideo: Ediciones de Brecha, 1996, pp. 189 y ss. (“*Real de Azúa-Barrán. Una polémica rescatada del olvido*”, introducida y comentada por Jaime Klaczko.)

20. José Pedro Barrán, *Discurso de recepción del Gran Premio a la Labor Intelectual*, Teatro Solís, 5 de agosto de 2009. Incluido en la antología documental de *José Pedro Barrán. Epílogos y legados*, pp. 187 a 189.

21. Véase el tramo final de la entrevista de Salvador Neves a Barrán, “*José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009. “¿Qué me venís con el Virreinato!”*”, en *Brecha*, Montevideo: 7 de agosto de 2009, “La Lupa”, p. III. Allí Barrán explicita con mucha claridad y humor los fundamentos y la fuerza de su postura nacionalista.

sus últimas intervenciones lo mencionó especialmente, destacando en particular esa filiación “uruguayista” que heredó de él. Cuando Pivel murió en febrero de 1997, Barrán le dedicó un hermoso texto titulado “Recuerdos”, que fue publicado en *Brecha*:

Su pasión fue el Uruguay –escribió allí en un obituario intimista y emocionado–, la defensa de sus intereses, de su cultura, de lo que creía el ser nacional, que siempre describía original, diferente sobre todo del argentino, señalándoles a los que decían tener nostalgias de la Patria Grande, lo molesto que nos hubiera resultado el ser gobernados por un Perón o un Onganía (...).

Y aunque en su texto Barrán admitía en relación a Pivel que “la uruguayidad fue lo único que, creo, lo encegueció como historiador”, no dudó en destacar con gratitud que nunca había conocido “a nadie que tuviera tal sentido de la dignidad nacional, tal orgullo de ser uruguayo como él”.²²

Resulta importante registrar este vínculo entre ese reforzado nacionalismo de Barrán y su recuerdo emocionado de Pivel, cada vez más fuerte y cariñoso. Él mismo se encargaba de insinuar la explicación de esta filiación al concluir el obituario de su maestro: “Creo que, y por diferentes y complejas razones, los uruguayos no podemos ser buenos parricidas y a eso se deben ciertas continuidades, perversas o no. Lo cierto es que siento una inmensa admiración por Pivel; en realidad, he querido mucho y le debo mucho al más grande los historiadores uruguayos”.²³

Junto a esa reafirmación nacionalista que tanto tenía que ver con su admiración por Pivel Devoto, en sus últimos años Barrán también pudo dar “una vuelta más” a sus análisis profundos en torno al primer batllismo de Batlle y Ordóñez y su legado para la historia uruguaya de más “larga duración”. En su última investigación, sobre la que él decía que versaba “exclusivamente sobre el nacimiento de la moral hedonista en Uruguay”,²⁴ uno de los ejes centrales de la indagatoria se centró en la hipótesis del batllismo como “sostén político” de esa decisiva fundación en la historia uruguaya. Como el propio Barrán indicó, la hipótesis no era novedosa, pero sí lo era el encare y la formulación argumentativa que hacía de la misma, lo que venía a replantear de manera innovadora una vieja discusión de fuerte relevancia ideológica y de interpretación

22. Para leer el obituario escrito por Barrán ante la muerte de Pivel, ocurrida el 11 de febrero de 1997, cfr. José Pedro Barrán, “Recuerdos”, en “Juan Pivel Devoto. Un protagonista de la historia”. *Semanario Brecha*, Montevideo, 14 de febrero de 1997, p. 17.

23. *Ibidem*. Le escuché decir muchas veces a Barrán que “el único historiador” era Pivel, que el resto, él incluido, éramos “investigadores”.

24. Véase José Pedro Barrán, “Uruguay, una sociedad hedonista”. Texto incluido en la antología de José Pedro Barrán. *Epílogos y legados*, pp. 67 y ss.

histórica en el país. “Fue el Uruguay del Novecientos, –señalaba al respecto Barrán en un texto titulado “Uruguay, una sociedad hedonista”–, es decir, el que comenzó en el siglo XX y se arrastró hasta los años treinta, el que vio aparecer y consolidarse esta nueva moral, y fue el batllismo en su vertiente ética más radical, el sostén político de ese hedonismo, así como la Iglesia Católica su más formidable antagonista. (...) Afirmar lo precedente no es original. Ya en 1964, Carlos Real de Azúa, el más brillante de nuestros ensayistas, había reprochado al primer batllismo ser el origen de la cultura hedonista que informaba al Uruguay de su tiempo, con su condena del “sacrificio” y el “deber” como valores supremos y su ensalzamiento de la “vida fácil” y los “derechos”. Para Real eso había ablandado el cuerpo moral de la nación y debilitado tempranamente el proceso de acumulación capitalista, dificultoso o imposible en una sociedad que legitimaba los reclamos por sobre las exigencias, idea esta última que había enunciado José Irureta Goyena hacia 1917-19, el líder de los terratenientes. En Real el reproche no tenía necesariamente un tono social conservador, aunque su argumentación fue luego usada por el Presidente Bordaberry. Pero en el pasado habían sonado las mismas notas en las voces de las clases altas y la Iglesia opuestas a ese primer batllismo. Fueron ellos los primeros en adjudicar al batllismo la difusión de la ética que privilegiaba los ‘derechos’ sobre los ‘deberes’.²⁵

Barrán insistió sobre este tema, advirtiendo sin duda la relevancia conceptual que tenía su posición. Su acercamiento a la investigación de los asuntos de la moral pública y privada entroncaba con la sólida fortaleza de su conocimiento en torno al primer batllismo y su época, lo que le permitió un abordaje múltiple y persuasivo en torno al tema. Sus reflexiones a este respecto fueron presentadas de manera específica –como se verá más adelante– a través de las páginas de su último libro, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del novecientos*. Sin embargo, también tuvieron una expresión destacada en su libro anterior sobre *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*, publicado en el 2004, así como en el muy interesante prólogo que le hizo a la segunda edición de *El impulso y su freno*, publicada en el 2007. En la presentación de sus ideas sobre este asunto, Barrán eligió una vez más el recurso de una interlocución imaginaria con Carlos Real de Azúa, a quien siempre admiró pero con el que muy a menudo discrepó, como ya se ha visto. No fue casual entonces que este duelo argumentativo reapareciera cuando sus investigaciones sobre el batllismo y sus reflexiones en torno a la contemporaneidad de muchos de los procesos del 900 convergieran nuevamente en la indagatoria sobre la dimensión moral de la vida de los uruguayos. Ello agregó potencia y persuasión a sus argumentos, así como a la presentación general del asunto en debate.

25. *Ibidem*.

En su libro sobre los conservadores, Barrán señaló a propósito de las requisitorias antibatllistas de Real en su texto clásico de *El impulso y su freno*:

Carlos Real de Azúa reveló una sensibilidad similar a la de los conservadores de los años veinte y treinta, grupo al que adhirió en sus años juveniles. En su caso, la concordancia también se explicaría por su matriz católica y cierta apuesta personal a la moral del sacrificio (...). Desde este exclusivo ángulo, el de los valores y la mentalidad, un joven burgués proclive al fascismo no tenía que hacer un recorrido excepcional para llegar a la izquierda revolucionaria. Ambos extremos rechazaban lo mismo con vigor probablemente similar: la democracia liberal, el parlamentarismo y, sobre todo, la vida fácil y segura en oposición a la entrega a causas que trascendieran al individuo y tornaran virtuoso “vivir peligrosamente”. Y tal vez sea desde esa precisa perspectiva que el batllismo mejor se diferenciaba de la derecha y la izquierda. Para ambas fuerzas el batllismo era una combinación despreciable de vulgaridad mesocrática y apuesta del sujeto a la antiheroica seguridad.²⁶



El mismo Barrán, al prologar la segunda edición de esta obra de Real de Azúa en el año 2007, abundó nuevamente sobre el particular, con un grado de especificidad que resultaba sin duda revelador de la investigación que por entonces estaba terminando:

Este Marqués de Bradomín (se refería a Real de Azúa) intelectual, feo y ascético, era el escritor nacional mejor dotado para descubrir y repudiar al “hedonismo” uruguayo que atribuyó, en sus orígenes, al batllismo. El acostumbamiento tanto de los sectores populares como de los altos al paternalismo de Estado, sus incapacidades para el sacrificio en aras de ideales colectivos y aun de clase que trasciendan lo individual, son ciertamente rasgos que calan hondo en la mentalidad colectiva que comenzó a forjarse en la prosperidad del Novecientos y que solo un hombre que sentía en profundidad la ética del deber y de la culpa podía entrever. Hoy deberíamos (...) advertir que ese “hedonismo” uruguayo es nada más y nada menos que el resultado de una sociedad tempranamente secularizada, de un pueblo de inmigrantes en que el ascenso social se transformó en el ideal colectivo, y en que el único sacrificio posible y natural era el individual en pro de sí mismo y de su familia. De esta manera la responsabilidad del batllismo se atenuaría y hasta quedaría sumergida dentro de hechos mayores que la contienen y la explican.²⁷

26. José P. Barrán, *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*. Montevideo: EBO, 2004, p. 136.

27. José P. Barrán, “Carlos Real de Azúa”, prólogo de la segunda edición de la obra de Real de Azúa, *El impulso y su freno y otras páginas*. Montevideo: EBO, 2007, p. 8.

El contraste a la distancia entre las visiones de Real de Azúa y Barrán se vuelve sin duda apasionante, en particular respecto a un tema tan intrincado, complejo y a la vez decisivo como el de calificar el ideal moral de una propuesta política. Cuesta no coincidir con Barrán en su certera crítica y en su precisa explicación acerca de las razones del antibatllismo visceral del libro de Real de Azúa de 1964, tal vez demasiado “*hijo de su tiempo*”. Resulta compartible también, a nuestro juicio, la efectiva coincidencia de ambos en registrar como veraz ese “hedonismo uruguayo” tradicional, que no nació pero que se consolidó con el primer batllismo, de la mano del Estado providente y paternalista, de la ampliación de derechos en ocasiones sin la contraparte de obligaciones correspondientes, de la exaltación de los valores de la “seguridad” y el rechazo instalado al “riesgo” y a las exigencias de la asunción plena del “conflicto”, en especial de aquel más estrictamente radicado en la sociedad. Puede coincidirse además respecto a que este fenómeno social provenía de una historia más larga y colectiva, que era más fruto de la consecuencia de procesos sociales como los de la temprana secularización, las oleadas inmigratorias también precoces y expandidas sobre “un territorio vacío abierto al poblamiento,” la evolución de la estructura demográfica del país desde fines del siglo XIX y en particular desde el 900 en adelante, entre otros.

Pero caben también otras preguntas radicales, en particular si de lo que se discute es de esa “*moral laica*” que trabajosamente comenzó a construirse como soporte de la matriz de ciudadanía predominante en el “largo” 900. ¿Era ella en verdad tan distante de compromisos y deberes, tanto colectivos como individuales? Esa ciudadanía con perfiles republicanos y que hacía un culto de las “virtudes” y “valores” de índole cívica, ¿era poco exigente y pasiva? Esa temprana lucha por derechos, ¿se combinaba en verdad con una proclamada o supuesta “atonía ética” de la población? Todo ese radicalismo político participativo y deliberativo que impregnaba el modelo político defendido por el primer batllismo, más allá incluso de sus contradicciones, ¿apuntaba a un ideal de ciudadanía en repliegue, únicamente interesado en la suerte individual y familiar? Incluso en el plano de los debates más vinculados con asuntos de moral privada, como el divorcio, la protección de la madre soltera y de los hijos naturales, los debates sobre los derechos de la mujer o aquellos vinculados con las posturas abolicionistas o reglamentarias en relación a la prostitución, ¿ocultaban los mismos cobardía cívica o personal, desaparición de la responsabilidad del sujeto, falta de una cultura del deber o pasividad institucional? ¿Era simple *hedonismo fácil* apostar por un vínculo de pareja asentado “en el amor y en la pasión antes que en un contrato jurídico”, como proclamó Domingo Arena en el debate parlamentario de 1912, en torno al proyecto de Ricardo J. Areco sobre el divorcio por la sola voluntad de uno de los cónyuges, luego reconvertido al divorcio por la sola voluntad de la mujer? Reivindicar la legitimidad

de “*la felicidad*” como búsqueda de los cónyuges, del “*placer sexual*” para hombres y mujeres o defender la “*solidaridad social*” como guía ineludible de la acción del Estado, ¿acaso no implicaba una “*moral de exigencias*”?²⁸ Sin duda resultan interrogantes radicales, que mucho tenían que ver con el entramado más profundo de ese viejo/nuevo tema central de la historia uruguaya, que tanto interpeló a Real de Azúa y a Barrán.

Su último libro como despedida

Ya enfermo y con padecimientos físicos muy fuertes, las exploraciones de Barrán acerca de la interioridad más profunda del sujeto se orientaron hacia una indagación radical en torno a temas como el “*amor pasión*”, que él podía emblematizar en la ópera wagneriana “*Tristán e Isolda*”, particularmente en su Acto II. En ese afán, que lo acompañó hasta sus últimos días, precisamente un año antes de su muerte, pudo sorprendernos una vez más con la publicación de *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Fue sin duda su obra más autobiográfica, aquella en la que escribió más en primera persona, con un maravilloso telón de fondo literario y musical, en el que se combinaron como en una fiesta del espíritu Wagner, Flaubert, Stendhal, Céline, Pavese, Duby, Tolstoi, Ibsen, entre tantos otros. Como siempre hacíamos, sus amigos presentamos este nuevo libro como el “penúltimo”, como anticipo del próximo que tanto esperaríamos. Así lo hacíamos a corazón abierto, no sólo para exorcizar las acechanzas de la muerte anunciada, sino porque sabíamos muy bien que Barrán tenía muchos más libros para darnos, que su mente y su sensibilidad estaban en un momento extraordinario, que había alcanzado una increíble maestría en el oficio de historiador y que su sabiduría y su conocimiento habían llegado a fronteras muy singulares. Creo en verdad que él también lo “atisbaba”, por eso su melancolía del final. Quería vivir, tenía proyectos, anhelaba continuar la aventura. Las energías del investigador no solo estaban intactas sino que se encontraban en su mejor momento.

En ese su último libro, con una entereza conmovedora, Barrán de todos modos encaró su despedida, mucho más personal que intelectual. En procura de ese objetivo y desde la utilización de la primera persona del singular, se atrevió a comenzar el texto –y no puedo olvidar aquí su compromiso radical con la escritura– con una intersección que tituló

28. Tuve el gran honor que José Pedro Barrán aceptara ser el tutor de mi tesis de Doctorado ante la Universidad Nacional de La Plata. La misma versó sobre el tema “*Modelos y prácticas de la ciudadanía política. La matriz uruguayo-batllista. (1890-1930)*”, lo que de manera azarosa entroncaba muy fuertemente con el objeto de estudio de su última investigación, que concluyó con su libro sobre *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Ello promovió que pudiéramos discutir mucho en torno a esta temática en cierta medida común, pero a la que llegábamos por itinerarios bien diferentes.

como un “recuerdo personal y (a la vez, una) representación de lo colectivo”:

A veces me pregunto como fue posible que en el momento en que mi intimidad era más densa y reclamante haya escrito solo historia de lo público, de lo macro, de lo económico, lo social y lo político. Y por qué cuando mi vida personal se estabilizó y logró cierto tipo de acuerdo resignado con la realidad, comencé a escribir otro tipo de Historia, preocupada por las mentalidades de los sujetos concretos de carne y hueso que la protagonizaban. [...] De seguro, la explicación de estos aparentes o reales desfases, se halla tanto en el “afuera” como en mí. ²⁹

Desde una escritura en la que dejaba el resto, en la que no se guardaba nada, Barrán podía unir a continuación un texto de Césare Pavese, “La luna y las fogatas” (en el que encontraba las huellas de la aflicción por “tantos años vividos, tantas memorias, desaparecidos [...] en una noche sin dejar rastro”), con la música amada de *Tristán e Isolda*, convertida de pronto en un “recuerdo obsesión”, identificado entrañablemente con su vida. Desde ese sentimiento tan íntimo y desafiante podía confesar, casi en lenguaje cifrado, los rumbos de su angustia.



Yo no podía hacer [literatura como Pavese], pero sí intentar transformar mi intimidad en parte de mi oficio de historiador, en usarla como documento,... ¿y así vencer al olvido? Me resultaba casi insoportable que uno de mis recuerdos, ¿u obsesiones?, desapareciera “sin dejar rastro”, ese que bien podía ser el hilo conductor de todas las etapas de mi vida. [...] El objetivo final al redactar y comunicar *este* recuerdo, mi relación con el drama musical de Richard Wagner, *Tristán e Isolda*, [...] fue evitar que desapareciera sin dejar ningún rastro ese recuerdo y la pasión con que lo he vivido y vuelto a vivir cada vez que lo oigo como sonido y lo veo como representación en un teatro. [...] A veces llego al absurdo de pensar –pero como lo pienso lo diré, pues ese absurdo da cuenta de la densidad de mi obsesión– que me es insoportable la muerte de ese recuerdo, pues no puedo admitir que con él se vaya para siempre la pasión con que lo he vivido y revivido, como si temiera que el Tristán mismo se empobreciera al borrar el registro de las veces que lo he oído (tantas que no las puedo precisar) y visto en la escena. ³⁰

Como historiador (“confesémoslo, sacerdotes del tiempo”, como él mismo escribió ¿irónicamente? en ese mismo texto), una vez más pero con una radicalidad inédita, Barrán pudo presentarnos nuevamente al “largo” 900 uruguayo como un espejo muy apto para reflejar algunas

29. José Pedro Barrán, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay...* etc., ob. cit., p. 7.

30. *Ibidem*, pp. 8 y 9. Subrayado del texto original de Barrán.

búsquedas y paradojas bien contemporáneas. Los historiadores suelen tener un período privilegiado en sus investigaciones, un marco cronológico sobre el que más trabajan y al que vuelven en forma reiterada, desde el que interrogan al pasado a partir de sus preguntas más acuciantes. Para Barrán, ese período privilegiado fue sin duda el “largo” 900, como ya antes se ha señalado.³¹ En una de las últimas entrevistas que se le hicieran y que ya hemos citado, Salvador Neves lo interrogó a propósito de la persistencia de su estudio sobre ese período histórico y en la influencia que esa circunstancia podía haber tenido en su vida.

Deben interactuar –respondió–. Probablemente más de lo que yo advierta. Fue hablando con un psicoanalista que me di cuenta de que 1930, la fecha en que había fijado mi propio límite para la investigación histórica, coincidía con la de mi nacimiento, 1934. Para peor el golpe de Estado en el año 33 venía como a confirmar que el mojón aquel era válido. En realidad estaba estudiando el pasado adolescente y juvenil de mis padres; esa es una interpretación psicoanalítica, liviana, que yo hago de mí mismo en relación con mi preferencia por el Novecientos. Y eso influye seguramente en mi percepción del siglo XXI.³²



En su última aventura de indagación histórica, Barrán se arriesgaba como nunca a integrar un “recuerdo personal” con “la historia de lo colectivo”. “La definición wagneriana del amor pasión, “Oh, delicia llena de perfidias”, rondaba cerca del Uruguay de Batlle y Ordóñez”.³³ ¡Y vaya que el riesgo valió la pena y resultó en un relato por demás provocador! Luego de una primera exploración sobre las múltiples implicaciones de la investigación histórica sobre los temas de la moral y la intimidad, en la que llegaba a confesar cómo “el cuerpo, nuestro aliado de siempre, al que llegábamos a identificar con nuestro yo, puede vivirse como un extraño o el enemigo”,³⁴ Barrán se lanzaba a transitar temas que le resultaban tan cruciales como acuciantes. Una reseña de algunos de ellos puede ofrecer más de una pista: la identidad y el derecho al secreto; el derecho de tener una moral personal; la conversión del sujeto en individuo; la posibilidad de que el camino de hurgar sobre lo privado pudiera volverse una vía idónea para comprender lo público; la emergencia de lo íntimo como escenario de rebeldías frente a la dimensión de lo comunitario o del Estado; los múltiples vericuetos de un cambio de moral privada;

31. En conversaciones personales y hablando de este tema, Daniel Gil me ha señalado que Lacan habla del “*fantasma fundamental*” en relación a algo muy parecido que también ocurre en el trabajo de los psicoanalistas.

32. “José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009. “¡Qué me venís con el Virreinato!” en *Brecha*, Montevideo, 7 de agosto de 2009, “La Lupa”, p. III.

33. Barrán, *Intimidad, divorcio y...* etc. ob. cit. p.18.

34. *Ibidem*, p. 31.

los contornos originarios de una “*moral hedonista*” en el Uruguay; entre otros muchos.

Desde una hoja de ruta tan exigente y suscitadora, con el rigor y la maestría de siempre en el ejercicio del oficio, podía devolvernos un descubrimiento central: la reforma más importante del Novecientos y del primer batllismo, la que cambió al Uruguay por lo menos por un siglo y alcanzó a dejar su impronta en sus adversarios, fue la “reforma moral”. Pero el reformismo, contestado e influido también por sus opositores, debió también pactar en este campo del pleito por la moral, privada y pública, devenida así en una de las claves principales –sino la principal– del discurrir de toda una sociedad.

A partir de observatorios privilegiados como los grandes debates en torno al divorcio, la moral laica y las fronteras borrosas entre lo público y lo privado, entre el registro afinado del “silencio piadoso” y del “secreto prudente”, Barrán podía ofrecernos finalmente un “hilo de Ariadna” con el que intentar entrelazar “la nueva moral privada del Novecientos y la actual”.

Que hoy convivan –concluía en un capítulo final poco usual en su estilo, dedicado a volcar sus “impresiones” sobre la perspectiva de contemporaneidad que podía proyectar la narración de una Historia del Novecientos sobre la sociedad actual– diversos ideales de vida y conductas, no significa que hayan dejado de existir los dominantes. Y en este plano, creemos que la nueva moral privada del Novecientos constituye la base de la moral y los comportamientos privados actuales. (...) Con su afirmación de un individualismo extremo el hombre contemporáneo puede olvidar lo que le permitió recorrer ese camino, los presupuestos sociales, económicos, culturales y políticos que permiten su “egoísmo”, y confundirlos con la conquista de la libertad absoluta, la que a veces, parece contener una alta cuota de ilusión. (...) pero al historiador lo único que le corresponde es comprobar que el derecho a ser cómo se es o como se quiere ser, forma parte del intento de liberación del individuo, básico en la historia de Occidente.³⁵

Una vez más pero tal vez más que nunca, con inequívocos trazos de autobiografía, Barrán podía “frotar la lámpara” del viejo Novecientos para devolvernos imágenes reconocibles e interpelantes, con su relato y sus preguntas invitándonos a animarnos a pasar “al otro lado” de un fascinante –y por qué no, también intimidante– “juego de espejos”. Desde el coraje intelectual y personal de utilizar y trabajar la propia vivencia de la intimidad como si fuera un documento, esa forma tan singular de entrelazar la vida y el oficio que caracterizó su último periplo, el historiador podía aportarnos no solo pistas para una reflexión radical sino

35. *Ibidem*, pp. 323 y 324.

también la exigencia –comprometida y comprometedora– de un pensamiento verdaderamente libre.

Compromisos y confesiones

Sus últimos años estuvieron pautados también por confesiones y compromisos. De las primeras pueden encontrarse pistas interesantes en varios reportajes en los que en verdad pudo vencer su timidez y encarar de una manera renovada una introspección intensa sobre distintas facetas de su trayectoria y de sus ideas. En relación a los segundos, resultan emblemáticos su pasaje por el CODICEN, su aceptación para ser supervisor académico de la investigación sobre el destino de los detenidos desaparecidos y también su actuación como representante de la Universidad de la República en la Comisión Honoraria del Sistema Nacional de Investigadores.

De modo muy especial, su aceptación a participar en la dirección del sistema educativo a partir del año 2005, como Vicepresidente del CODICEN, resultó para él una decisión muy difícil. Quienes fuimos sus amigos sabemos bien del gran sacrificio personal, físico, que implicó su decisión, la que tomó como una obligación cívica que le debía a la enseñanza pública y frente a la que, más allá de sus preferencias y circunstancias personales, no podía sino comprometerse a pleno. Desde ese sentido de compromiso público fue que afrontó esta nueva instancia de actuación en la dirección de la educación, en el marco de una experiencia que nunca había hecho y en circunstancias personales especialísimas. En el desempeño de esta función siguió siendo el mismo de siempre, aportando, pensando y opinando con total libertad, inspirado en el objetivo de forjar una educación más libre y de mejor calidad. En este marco, debe señalarse con especial destaque sus esfuerzos firmes por defender la laicidad más que nunca y, al mismo tiempo, de forma por demás coherente, reivindicar la necesidad de la enseñanza de la historia reciente con el mayor de los pluralismos, en correspondencia plena con los valores republicanos y democráticos. Esos principios formaron parte de sus convicciones más profundas e irrenunciables en su actuación en el CODICEN.

Su defensa de la laicidad era enfática y se asentaba en una jerarquización de ese principio como una de las referencias definidoras de la mejor historia de la educación uruguaya. Le complacía coincidir en este destaque con su maestro, Juan Pivel Devoto, quien había insistido en la defensa de este mismo principio como Presidente del Codicen durante la primera administración democrática posterior a la dictadura.³⁶ Su celo



36. Al respecto, véanse los textos seleccionados en la antología documental del libro *“José Pedro Barrán. Epílogos y legados...”* etc. ob. cit, pp. 99 a 113, vinculados con su actuación como vicepresidente del CODICEN.

sobre este tema lo llevó a definiciones en verdad radicales. En este sentido, cuestionó la existencia de conflicto o contradicción entre los principios de laicidad y de libertad de cátedra. A su juicio, ambos debían armonizarse pues tenían “por objetivo asegurar la libertad: (...) la libertad del educando (...) de formarse su propio criterio frente al a menudo gravitante profesor” y “la libertad del docente frente a las múltiples caras del poder”. Pero también fue este mismo apego por la laicidad como principio vertebrador el que lo llevó a cuestionar ciertas propuestas de articulación entre “la educación en valores” y la “educación de la sexualidad”, frente a las que advirtió: “... educar en pro de determinados paradigmas de “moral privada” definidos de antemano por la autoridad y desde fuera del educando, es convertir la sumisión en objetivo de la educación, o sea negar a la vez la democracia y la libertad”.³⁷ Incluso en clave más polémica, su adhesión a la laicidad lo llevó en aquellos años a reivindicar en forma pública la necesidad de conciliar los derechos de los niños y de sus padres frente al hecho educativo, al tiempo que señaló “la superioridad del principio laico en la educación” ante ciertas tendencias “peligrosas” de “cierto tipo de enseñanza privada, como la confesional”.³⁸

Pero más allá de polémicas, lo que inspiraba sus mayores preocupaciones como autoridad de la enseñanza volvió a ser la defensa de la libertad, promovida en forma casi obsesiva. Ello podía percibirse en su celo en torno a la laicidad, como vimos, pero también en sus énfasis sobre la necesidad de la enseñanza de la historia reciente o en su firme promoción de la capacitación más profunda de los docentes.

Cualquier alumno lo sabe -decía Barrán en 2005-: la base de la buena enseñanza, del aprendizaje que ha dejado huellas en el recuerdo de la mujer y el hombre maduros, de esa educación que ha servido a la construcción de ciudadanos críticos, es el docente concreto, de carne y hueso, que nos tocó en suerte. Apostar al docente, más allá de programas y planes de estudio, es la clave, es volver a la realidad última de toda enseñanza. Por eso, formar a los docentes es la actividad pedagógica más importante y cargada en consecuencias. Formarlos en el conocimiento, en la capacidad de transmitirlo y recrearlo, [...] en el respeto por la libertad intelectual del alumno y la comprensión de que éste es una persona y no un mero receptáculo... [...] Únicamente el docente intelectualmente insatisfecho es capaz de enfrentar los desafíos del mundo actual: un conocimiento en continua expansión, una tecnología tan desbordante de información

37. *Ibíd.*, p. 107. Este es un texto escrito entre 2005 o 2006 que vale la pena leer en su totalidad. Formaba parte de una crítica dura pero respetuosa en torno al “*Documento de Referencia para una Experiencia de Educación en Valores*”, aprobado por el anterior CO-DICEN el 7 de febrero de 2003. Cfr. *ibíd.*, pp. 105 a 108.

38. Algunas afirmaciones de Barrán ante la prensa sobre estos temas llevaron al entonces senador nacionalista Gustavo Penadés a realizar un pedido de informes que fue contestado de inmediato. Cfr. *ibíd.*, pp. 109 a 113.

como avara en valores, una sociedad tan fragmentada que ya no se enfrentan solo las clases sociales sino también diversas subculturas. Y este mundo del presente, recordémoslo, informa tanto a los alumnos de ese docente como a él.

En un sentido similar, también debe destacarse la significación de su compromiso con la investigación colectiva sobre el esclarecimiento del destino de los detenidos-desaparecidos y de los niños secuestrados durante el período de la dictadura y del terrorismo de Estado, investigación coordinada por el Dr. Alvaro Rico y que en forma conjunta supervisamos académicamente a invitación de la Presidencia de la República.³⁹ En esa tarea compartida, pudimos ver una vez más en Barrán esa vocación por la defensa de la verdad y de la libertad frente a todo poder, viniera de donde viniera. De allí lo absurdo de algunos agravios que recibió en los últimos años, que en forma absolutamente injustificada pretendieron asociarlo con una visión sesgada y “hemipléjica” sobre la Historia reciente y su enseñanza.

Y aunque no se sentía capaz en esas tareas, su labor también resultó de fundamental importancia en la primera implantación del Sistema Nacional de Investigadores del Uruguay, integrando la inicial Comisión Honoraria del SNI en representación de la Universidad de la República. Ya tenía el antecedente de haber formado parte de la Comisión Honoraria del Fondo Nacional de Investigadores desde 1999. En ambas instancias, pudo sumar su prestigio pero también su trabajo riguroso en una labor de construcción institucional de relevancia estratégica para el país.⁴⁰

Pero en cualquier caso, el último periplo intelectual y personal de Barrán confluye ciertamente en la idea-fuerza que dominó en verdad su trayectoria final: la defensa más acendrada de las libertades como el valor superior y a la vez como el prisma privilegiado para interpelar tanto al pasado como al presente. Era la culminación de su largo peregrinar como historiador y también como intelectual-ciudadano. Una auténtica obsesión en torno a este punto se cuela permanentemente en sus últimos escritos y discursos. De ese modo, no podía sorprender que al hablar de la Historia de las mentalidades colectivas, deslizará al pasar que “toda buena historia (era) también un combate por la libertad”, al tiempo que explicitara su recelo a la visión acerca de que una mentalidad colectiva establecida pudiera ser percibida como “una prisión de la que nadie puede escapar”. En esa

39. “*Investigación Histórica sobre Detenidos Desaparecidos. En cumplimiento del Artículo 4º de la Ley 15.848*”. Tomos I a IV. Montevideo, Presidencia de la República, 2007. (Coordinador: Alvaro Rico; Supervisión Académica: José Pedro Barrán y Gerardo Caetano).

40. Para calibrar la calidad de su trabajo en estas dos instancias puede consultarse el trabajo de Rafael Radi, “*El rigor científico y la libertad*”, en “*José Pedro Barrán. Epílogos y legados*”, ob. cit. pp. 265 a 270.

misma dirección, tampoco vaciló en aceptar la eventualidad del “sin sentido” del devenir colectivo si esta era la premisa para el registro de márgenes más amplios de libertad individual. “Sea bienvenido el sin sentido del devenir colectivo si deriva del margen de libertad de los sujetos históricos concretos”.⁴¹

En el reportaje que le hicieran Vania Markarian y Jaime Yaffé para el volumen inaugural de la revista *Contemporánea*,⁴² Barrán volvió con fuerza sobre esa defensa radical de la libertad, que él vinculaba cada vez más no solo con su visión ideológica sino con sus ideas sobre la Historia como disciplina y con su propia peripecia personal.

Los ideales de la Revolución Francesa para mí, como para la burguesía de aquella época, siguen siendo esenciales, sobre todo el de la libertad del cual derivan todos, porque si no hay libertad, la igualdad y la fraternidad tampoco funcionan. (...) En esto de la libertad soy un liberal. Y esa identificación con la libertad política irrestricta no siempre ha sido propia de la izquierda, al menos de la marxista, por desgracia.⁴³

En la fundamentación de esa convicción Barrán destacaba los aportes de una historia volcada a la indagatoria de la intimidad y de las sensibilidades.



¿Qué quieres que haga un hombre a los 73 años sino algo que le guste hacer, un buceo en el interior de sí mismo? Además, vuelvo al argumento: si ahora describo “interiores” es también porque creo que ellos importan y contextualizan a los “exteriores”. Los historiadores casi nunca pasamos al dormitorio, con sus sueños y pesadillas [...]. Deberíamos oír más a Wagner y no solo leer a Marx. Y leer a Dostoievski. [...] Es que el buceo adentro de otros es un buceo adentro de uno.⁴⁴

Y aunque sea obvio decirlo, esa afirmación cada vez más radical en la libertad como valor primero no se afincaba en un desinterés por lo público o lo colectivo. En ese mismo reportaje, al hablar sobre su trabajo como coordinador académico de la investigación sobre el destino de los detenidos desaparecidos, confesó: “Yo leí todo el material con cierta me-

41. José Pedro Barrán, “La historia de las mentalidades y sus tribulaciones”. Le versión completa de este texto está incluida en la antología incorporada en “José Pedro Barrán. Epílogos y legados”, ob. cit. pp. 31 a 46.

42. “José Pedro Barrán: ¿Cómo pude haber escrito esto?”, en “Contemporánea”, Volumen 1, Año 1, 2010, pp. 179 a 194.

43. *Ibíd.*, pp. 190 y 191.

44. *Ibíd.*, p. 187.

ticulosidad y es pavoroso. El primer día me sentí horrorizado, no podía seguir leyendo... pero alimentaba mi ansia de libertad”.⁴⁵

Creo en verdad que fue esa obsesión por las libertades la que José Pedro Barrán quiso dejar como marca fundamental de su despedida, sin duda consciente pero siempre sobria y circunspecta, como a él le gustaba. En su discurso de aceptación del Doctorado Honoris Causa que le concediera la Universidad de la República el 12 de abril de 2007, Barrán utilizó como base para su exposición el texto de la conferencia con la que había ingresado como Académico de Número en la Academia Nacional de Letras diez años antes. Tomó varios párrafos e ideas de aquel discurso pero también le hizo algunos cambios significativos: renovó el título (que pasó de “La Historia y el discurso del idiota” al de “La Historia como hazaña de la libertad”), cambió los acentos argumentativos y el final, a través de lo que él mismo calificó de una “conclusión menos desencantada”. Este era el párrafo final del discurso que tenía preparado pero que, como siempre, no leyó sino que expuso:

El sentido que hemos asignado tradicionalmente al pasado en el relato histórico con frecuencia ha empobrecido al pasado y al relato, pues los hemos vaciado de indeterminación y conflicto, es decir, de complejidad, diversidad y libertad. Probablemente se aplique a lo colectivo lo que podría decirse de la vida individual: es preferible construirse una vida con sentidos personales o grupales, a vivirla con el sentido que los poderes le asignan. De esta forma, el sinsentido del discurso del idiota se transforma en una lucha por la libertad. Y eso es la historia, una hazaña por la libertad.⁴⁶

Finalmente, en aquella inolvidable y dolorosa noche de despedida en el Teatro Solís, al recibir el Gran Premio a la Labor Intelectual el 5 de agosto de 2009, así terminó mi maestro su discurso, la última enseñanza pública de su largo trajinar:

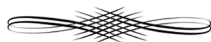
¿Por qué no ser lo que nunca pasó? ¿Por qué no puede pasar? Ese es el origen de la historia, el cambio, la novedad absoluta. ¿Por qué no pueden en algún momento, sin que la sociedad los estigmatice, amarse dos mujeres, amarse dos hombres o pensar en la sociedad sin clases? Son sueños, pero sueños que a veces la realidad se acerca a ellos y si no lo soñamos, nunca lo que no fue va a ser.⁴⁷

45. *Ibidem*, p. 191.

46. José Pedro Barrán, “*La Historia como hazaña de la libertad*”. Véase el texto completo en “*José Pedro Barrán. Epílogos y legados*”, pp. 181 a 185.

47. José Pedro Barrán, (Discurso de recepción del Gran Premio a la Labor Intelectual), Teatro Solís, 5 de agosto de 2009. Véase el texto completo en “*José Pedro Barrán. Epílogos y legados*”, pp. 187 a 189.

Barrán siempre me aconsejó no terminar los textos con citas. En verdad se me vuelve casi imposible hacerle caso en esta oportunidad, precisamente en relación al fragmento final de su último discurso frente al que no hay nada que agregar. Me impongo, sin embargo, agregar que su vida se cumplió a cabalidad pero que toda culminación también es una irresolución. Siempre hay aperturas posibles en el legado de los grandes. De allí que siga convencido de que siempre habrá un próximo Barrán que nos aguarde, como antes, para sorprendernos.







Noviembre, 2013. Depósito Legal Nº. 363-293 / 10
www.tradinco.com.uy